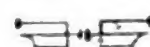


AQUILES B. ORIBE



MANUEL ORIBE

EN ESTE LIBRO
VA
INSERTO EL PROCESO
INSTAURADO Á
ANDRÉS CABRERA
POR MUERTE DEL DR.
FLORENCIO VARELA
Y JUICIO SOBRE
DICHA MUERTE



Cerrito de la Victoria

SU MEDIO-AMBIENTE POLITICO-SOCIAL
DURANTE LA GUERRA GRANDE

TOMO TERCERO

Estudio Histórico - narrativo

MONTEVIDEO
Tipografia «La Liguria», Juncal, 1433

AQUILES B. ORIBE

CERRITO-
DE LA

VICTORIA

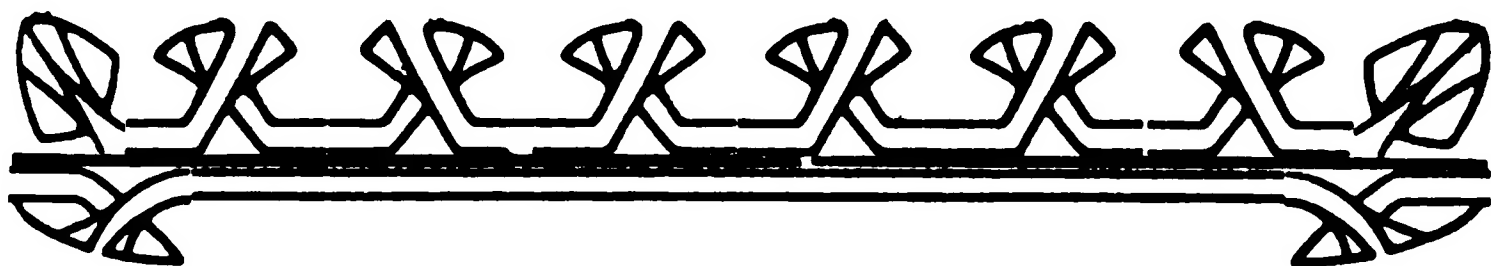
**SU MEDIO-AMBIENTE POLITICO-SOCIAL
DURANTE LA GUERRA GRANDE**

TOMO TERCERO

Estudio Histórico-narrativo



MONTEVIDEO
Tipografía «La Liguria» Juncal, 1433
1914



SEGUNDA PARTE

Desde 1846 à 1848

Proceso Cabrera. (Continuación)

Defensa de Cabrera (1)

Señor Juez Letrado de lo Civil (juzgando en lo criminal). El defensor nombrado de oficio al acusado Andrés Cabrera, por homicidio cometido en la persona del doctor don Florencio Varela, evacuando el traslado que V. E.

(1) Los otros escritos de defensa de Cabrera, no tienen importancia alguna al lado de éste, en donde se analiza hasta el cansancio todo aquello que pueda ser favorable á Cabrera y contrario al general Oribe. Se ha manejado en él, el sofisma con tal arte y maestría, que constituye, en ese sentido, un escrito notable y digno de leerse con la mayor atención; pues él enseña apreciar la medida de la saña empleada por ciertas personas contra el general Oribe; haciéndose de este proceso un arma política, con el exclusivo fin de dañar la reputación del citado general Oribe, completamente ajeno à los móviles, desconocidos hasta ahora del asesinato del doctor Varela: usándose, al efecto, de toda clase de falsedades que no hicieron camino ni con las inventivas del poeta Mármol, ni con la virulenta y parcial propaganda de algunos días de Montevideo

Las notas que van en el escrito, pertenecen al autor de este libro.

Las palabras que faltan en el escrito, es debido á no haberse podido leer claramente en el original.

me ha conferido de la acusación fiscal, como mejor proceda de derecho digo: que los deberes sagrados de mi profesión unidos á los que me impone el cargo de defensor de acusado, á que he sido compelido, no me permiten admitir como legal y válido cuanto se ha obrado en esta causa, pues comprendo que si la defensa anterior de Cabrera ha dejado algunos vacios, ó ha omitido remarcar algunas resoluciones, ó no ha apoyado en los debidos fundamentos las reclamaciones que haya hecho, resultando por ellos perjudicados los derechos del acusado, tal omisión ó descuido no debe dañar á Cabrera, desde que él no ha tenido parte en esa defensa, ni se ha confiado voluntariamente á la capacidad del defensor anterior. Espero que nadie verá en esta advertencia, de que he creído no deber prescindir, una censura de los medios de defensa de que se ha servido mi anterior; al contrario me complazco en declarar que el defensor anterior de Cabrera, no solo ha considerado el delito, de que este es acusado en su verdadero carácter, sino que ha empleado, en el desempeño de sus funciones, un celo bien digno de elogio, una energía bien digna de ese celo, y tan alta ilustración como reconocida era su rectitud y su talento. Sin embargo, todas estas calidades personales de mi antecesor, no han bastado, ya que no para detener el curso de esta causa, en obsequio de la ley de la necesidad, á que todas las consideraciones humanas se doblan, al menos para impedir que se le imprima el sello de la nulidad, prejuzgándola, quizás con perjuicio de la paz del Estado, y dándole así mayor celebridad que la que le producirán el alto rango de la víctima y el omnipotente poder pasado del autor del crimen. Todas estas circunstancias, Sr. Juez, contraerán todos mis esfuerzos á reponer esta causa en su verdadero centro; y estable-

cer los principios en su verdadero lugar: para ello voy á analizar prolijamente el proceso; combatiendo sus defectos, cualquiera que sea el origen de ellos, bien que inclinándome siempre ante la sabiduría de los S. S. Jueces que han resuelto los anteriores incidentes de esta causa; pero procederé constantemente guiado por el sentimiento de mi deber; y apoyado en la autoridad de la ley, la más alta de todas las autoridades, solo someteré mi juicio y mi conciencia á la razón y á la verdad. Si por desgracia en las funciones que voy á desempeñar pudiera herir alguna susceptibilidad personal ó de partido, á cuyos intereses y pasiones me juzgo y quiero ser ajeno, pido desde ahora perdón, y protesto que solo será debido á una indiscreción inculpable, en que puede hacerme incurrir mi incapacidad, mi ardiente deseo de llenar bien mis difíciles deberes en este acto y más que todo, la improvisación con que tengo que expedirme, á causa de mis numerosas ocupaciones y la brevedad con que debo evacuar el traslado, que se me ha conferido, despues de la lecutura de esta voluminosa causa. Me veo, pues, urgido, por la exigencia de mi misión, á hacer una breve historia razonada, de la parte de la causa, que precede al auto de V. S. de fs. 177 vta., que reclamo desde ahora como nulo, con todas sus consecuencias, reservándome hacer oportunamente, con el respecto que corresponde, la demostración de la nulidad de ese auto, que ha desnaturalizado el delito que se va á juzgar, que se ha expedido contra el tenor expreso de la ley, y que por lo tanto puede reclamarse perpetuamente, encontrándose ella palpitante en la misma causa.

Así pués cualquiera que sean las resoluciones judiciales, recaídas en ella, no podré prescindir de sostener constantemente que Cabrera no es responsable del delito

que se le atribuye, y que, aunque lo fuera á causa de la espontaneidad de su acción en la perpetuación de ese delito, él ha quedado ó debe quedar cubierto con el denso velo del olvido, que se ha corrido sobre infortunios iguales ó mayores, hasta que la historia severa, como imparcial, levante ese velo ciniestro y llame á juicio, ante un tribunal inflexible esos deplorables errores. El doctor Varela fué asesinado entre las ocho y nueve de la noche del 20 de Marzo de 1848. Este crimen tan funesto para su familia, como cruel para sus amigos, si produjo un dolor profundo en la mayoría de los habitantes de esta capital, no causó extrañeza alguna en gran numero de personas, que ya sabíanle amenazaba este peligro, desde algún tiempo atrás. Las cartas privadas, como los periódicos que defendían la bandera opuesta á la causa que sostenía Montevideo hacían este pronóstico sangriento; las primeras con más ó menos detalles, los segundos con amenazas y vituperios, (1). — Por eso que al mismo tiempo que la policía hacía sus pesquisas muy lejos del rastro luminoso, que había dejado en pos de sí el asesino, la conciencia pública acusó desde el momento, al único y verdadero autor del crimen. He aquí la primera vez que, para la formación de un sumario, ha podido llamarse á toda la población de una capital, para que sirviera individualmente ó en masa de testigo; la primera vez que millares de declaraciones hubieran guardado una uniformidad estricta; y cuando se hubiere preguntado á esos millares de testigos por el asesino de Varela, todos á la vez, y como movidos por un golpe eléctrico, hubieran señalado el sitio donde se escondía, y cuando se les hubiere pedido la razón de su dicho, cada uno y todos también á la vez, hubieran señalado su propio

(1) Todo esto no es cierto, porque el doctor Varela andaba sin cuidado por la calle: por eso lo mataron

corazón, sitio de la fé segura é incontrastable. Las afirmaciones de sentimiento de todo un pueblo, compuesto de hijos de todas las naciones de la tierra, como es Montevideo, no puede menos que mirarse como las afirmaciones de la verdad más evidente; pero lo que esta vez ha hecho más respetable el testimonio de ese pueblo, fué haber nacido súbitamente, y en el instante del delito, la notoriedad que él constituía. No hubo tiempo para que personas maliciosas, ó interesadas en ocultar al verdadero criminal, y volver la atención pública sobre otra persona enteramente ajena á aquel crimen pudieran esparcir voces ó cuentos calumniosos con el fin de levantar en el seno del pueblo esa notoriedad. Ella se formó, al parecer, por un soplo de inspiración, que penetró al mismo tiempo el espíritu de cada habitante de esta capital. Y cual pudo ser la causa de esta convicción, que nada hubiera podido hacer vacilar en aquellos instantes, como no podrán destruirla en los tiempos venideros, los más hábiles del talento, hasta que la historia, escogiéndola como una verdad, robustecida por una tradición constante, le imprima el sello de las verdades eternas ¿Cuál ha sido, repito, la causa de esa persuasión pública, que abaja más que otra toda alguna en favor de Cabrera? La persona de la víctima, sus calidades, sus antecedentes, y la misión que había asumido en las primeras filas de uno de los partidos políticos; misión tanto más peligrosa, cuanto más influyente era en el triunfo de la bandera á que estaba adscripta. (1) El doctor Varela, por la nobleza de su carácter y la rectitud de sus principios, no podía haber hecho mal á nadie; por el atractivo de sus maneras se ganaba las simpatías de cuantos se le aproximaban; su culta educa-

(1) Parece que la defensa quiere probar con la retórica, lo que no puede hacer con pruebas de indiscutible valor judicial.

ción, el círculo de sus distinguidas relaciones lo habían elevado á la más alta región social; y desde allí no podía, por razón de su propio rango, rosarse con los intereses de personas, capaces de convertirse, por motivos ordinarios, en asesinos comunes ó vulgares si de la altura á que lo había elevado la sociedad con su respeto y afección, podía dispensar sus favores á la clase humilde, á que pertenece Cabrera, no podía sin embargo dañar á los individuos de esa clase, por la distancia que había entre él y ellos, mucho más cuando el doctor Varela no ejercía empleo alguno, en cuyo desempeño pudiera haber herido, con algún acto de violencia, á alguna persona de esa clase humilde. Consagrado al cumplimiento de sus deberes domésticos, los rasgos de su vida moral no podían servir, sino de ejemplo; dedicado á la redacción de un diario, acogido con universal estimación, era mirado, quizás no sin razón, como el Juez más competente, para la resolución de todas las cuestiones políticas del Plata; como el consejero más hábil y experimentado, para proponer las medidas más útiles y urgentes de la administración pública. (1) Si este hombre era así, sino hacía sino el bien, sino dañaba á nadie, si todo el mundo, dentro de esta capital, conocía por lo menos su nombre distinguido, y lo pronunciaba con respeto; si todo el mundo le reconocía un mérito sobresaliente, como hombre y como ciudadano, y quien dentro de Montevideo, podía tener interés de matar este hombre? Quien se acercaba á él sin retirarse su amigo? Quien no recuerda

(1) Es cierto. El doctor Varela era un verdadero consejero para los hombres de la defensa. Por eso el grupo selecto de porteños que había en Montevideo, era el que resolvía las cuestiones más arduas de la lucha política de entonces. Contrarios del elemento riverista, éste grupo quiso, por medio de revoluciones, concluir con ese elemento porteño, que fueron los causantes del destierro del general Rivera.

todavía la impresión profunda que produjo su muerte? Quien no acudió al sitio en que se cometió ese atroz crimen, para maldecir allí á su autor, y para pronunciar con justísima indignación su nombre, respecto del que todos se pusieron de acuerdo? Quien en fin no asistió al día siguiente al templo, á que fué trasportado, para prestarle, al menos por este acto, el homenaje, de respeto y estimación, que se había conquistado con sus nobles virtudes, con su distinguido talento, con sus servicios á la República.

El doctor Varela, pues, no ha podido ser asesinado por motivo alguno ordinario. Luego es preciso ir á buscar la causa de ese crimen, dentro de la esfera en que funcionaba, no como esposo y padre de familia, no como simple ciudadano, sino como escritor público, como hombre influyente en la situación política de aquel tiempo, porque su vida privada no se extendía más allá de los muros del hogar doméstico, al paso que como hombre público, el eco de su voz persuasiva se hacía atender en todos los consejos, así como las producciones de su hábil pluma, que respiraban patriotismo, paz, libertad y civilización iban á producir su efecto aún en el seno de los enemigos de Montevideo, (1) por más precauciones que se tomara para impedirlo; porque el encanto de la razón y de la verdad no ha encontrado todavía quien lo desdeñe en lo íntimo de la conciencia, por más que alguna vez se aparente que se repele su irresistible seducción. Por otra parte, el doctor Varela, desde su asiento de redactor, hablaba al mundo

(1) Y del elemento riverista, anulado por la influencia porteña dentro de los muros de Montevideo, á la que le estaba todo supeditado. Prueba de ello; la muerte del coronel Estivao, el destierro del general Rivera, etc. De esto nos ocuparemos más adelante, porque muy bien pudo influir las revoluciones hechas dentro de la plaza de Montevideo, para restaurar el prestigio del ya citado general Rivera, en el asesinato del doctor Varela.

civilizado en ese lenguaje, con que se comunican los pueblos libres y cultos; les hacía día por día la historia presente de las sangrientas cuestiones que se debatían en el Río de la Plata, y poseído de la ardiente simpatía que profesaba á esta patria, más generosa con él, que la suya propia entónces, revelaba á todo el universo que Montevideo era un noble pueblo, valiente, generoso, amigo de la civilización Europea; pidiendo á esta el concurso de su poder y el apoyo de sus influencias, para hacer triunfar la causa de la República, (1) que el juzgaba era la causa de todos los pueblos libres y civilizados de la tierra. Y cuando las dos grandes naciones Europeas, que apoyaban á Montevideo, empezaban á vacilar en su empresa de pacificación en el Río de la Plata, cuando el doctor Varela redoblaba sus esfuerzos para conservar la presencia de esas potencias entre nosotros, por medio de sus agentes, al menos como mediadoras; cuando había empezado á dirigirse por la prensa á los representantes de esas naciones, que permanecían en Montevideo, y se preparaba, á emplear la seducción de su trato, de que se ha hecho mención en la asamblea del pueblo más culto del mundo; el hilo de esa vida laboriosa, como distinguida, fué cortado por un solo golpe de puñal de Cabrera, descargado sin cólera, sin odio, sin interés propio alguno, (2). Con razón, pues, todos han mirado en ese atentado un delito político, (3)

(1) Y los gobiernos europeos, para hacer triunfar la causa de la colonización en el Río de la Plata

(2) Todo esto, porque á la defensa se le antoja así afirmarlo, pretendiendo influir, sin duda, en el ánimo de los jueces, por medio de seductoras y almibaradas frases, que nada tienen que hacer en las cuestiones judiciales; á no ser que se quiera suplir con ellas, las faltas de pruebas reales y efectivas. Basta de literatas, señor defensor, y al grano.

(3) Y según otros privado, como se verá más adelante.

un delito cometido por mandato, por comisión; (1) y esta idea, que está arraigada en la conciencia de cada uno de los habitantes imparciales de este país, (2) tiene para esas mismas personas, otros fundamentos no menos sólidos en la persona de Cabrera. Si este es el homicidio del doctor Varela, *motu proprio*; ¿cual puede ser la causa del crimen que ha cometido en su persona? Todo delito proviene de un motivo; todo delito es el efecto de una pasión ó de un interés. Solo las acciones nobles y generosas se ejercen por instinto ó por placer; porque todos los corazones, por pervertidos que sean, sienten la dulzura que resulta de producir el bien. Por el contrario, la destrucción del hombre por el hombre, como que es una infracción de una de las primeras leyes de la naturaleza, repugna á todos los corazones, y esta repugnancia, para ser vencida, es preciso que la combata un interés muy poderoso. Aún los corazones más viciosos están sujetos á esta ley suprema de la naturaleza; es verdad que ella no es tan eficaz en ellos, como en los corazones virtuosos; pero no por eso sacuden aquellos totalmente su influencia, hasta el extremo de derramar la sangre de un semejante, indiferentemente ó por placer. Pero aún cuando en la especie humana hubiese monstruos que existieran fuera del influjo de esa ley natural, para quienes el asesinato fuera una delicia, no por eso podría decirse que Cabrera es uno de esos monstruos, sin que antes se probase por lo menos, que ha cometido, sino asesinatos sin motivos al menos homicidios, por cualquiera otra razón.

Luego el atentado, cometido por él, en la persona

(1) Esto hay que probarlo, con documentos y no con frases.

(2) Según la defensa.

del doctor Varela, es preciso que haya tenido una causa, un motivo, que le haya sido puramente peculiar, para que pueda decirse que ha obrado espontaneamente, *motu proprio*. Cual, pues, puede ser ese motivo? ¿Ha sido acaso un sentimiento profundo de odio? Ha sido movido por un impulso de codicia, ó influido por una envidia reconcentrada? Ha sido arrastrado de algún deseo vehemente de venganza, por alguna ofensa recibida? El doctor Varela ha podido agraviar á Cabrera en su persona, en su honor ó fama, ó en su fortuna? (1) ¡Es imposible! Baste decir que Cabrera no conocía al doctor Varela, y que en el momento de darle el golpe homicida, le fué mostrado por un tercero, que le debía ayudar en la comisión del crimen. Cabrera no podía aborrecer al doctor Varela porque jamás, lo había visto, porque nada de común había entre ambos; no podía tenerle envidia, porque jamás podía aspirar el primero á ser rival en ningún sentido del segundo; no podía desear vengarse de él, porque jamás le había ofendido, y porque la única vez en que el uno se aproximó al otro, sin conocerse, sin hablarse, sin mirarse siquiera de frente, nació recién entre ellos la primera y única relación que tuvieron jamás; la relación entre el homicida y su víctima. Acaso Cabrera ha sido conducido á cometer este atentado, porque poseído de un fanatismo político, miraba en la persona de Varela un obstáculo al triunfo de la causa que seguía? Después de ésta, no me queda ya otra suposición que hacer; pero si ella se admite como una verdad más ó menos probable, es preciso admitir también que el delito, cometido por Cabrera, es un delito político.

(1) Siempre se ha dicho con marcada insistencia antes y ahora, que el doctor Varela mantenía relaciones amorosas con la mujer de Cabrera.

Pero es posible suponer un fanatismo semejante en un hombre como Cabrera? Esas pasiones puramente morales, en las que ninguna parte tienen los sentidos, que nacen de las convicciones profundas y arraigadas del espíritu, que por malas que sean, se nutren siempre de ideas elevadas, que su objeto es siempre una perfección moral, más ó menos exagerada, á que se tiende constantemente con ardor, pueden abrigarse en el corazón de los hombres de la clase de Cabrera? Pueden las pasiones políticas adquirir un grado de energía tal, en el ánimo de un hombre, que, como Cabrera, no sepa leer ni escribir? (1) Puede un hombre como este sospechar siquiera, que la prensa periódica, ejerce una influencia poderosa en el tiempo de un partido político, cuando la exaltación de las pasiones, y el furor de los combates, que ellas preparan, resuelven todas las cuestiones en el campo de batalla, peleando 'cuerpo á cuerpo, y no creyendo triunfar jamás, sino después de haber inmolado á su enemigo, y truncado su cadáver, como tantas veces ha sucedido en la época de infortunios recientes que hemos atravesado? Puede un hombre rústico y sin instrucción sospechar que los artículos de un periódico han de hacer más impresión en el ánimo de los demás hombres, que la que hace en el suyo propio, cuando no concibe otro medio de vencer al partido que le es opuesto, que arrastrándolo á un combate decisivo y oprimiéndolo con el peso del poder material de su partido. Si todo esto no se puede admitir como posible, tampoco se puede que Cabrera haya sido capaz de comprender, que el doctor Varela era una persona importante para un par-

(1) Precisamente. El fanatismo político, se anida con más fuerza en pechos ignorantes que en inteligencias despejadas. Con esto, no queremos decir que Cabrera fuera un fanático político.

tido, como redactor de un periódico, que jamás había podido leer, ni comprender, aunque constantemente se le hubiere leído por otro. Tampoco se puede imponer, que Cabrera estuviere poseído de ese fanatismo político, pues á estarlo, lo hubiéramos visto combatiendo en las filas del partido á que pertenecía; pero lejos de ser conocido en refriega alguna, ni haber sido inscripto en la lista de un cuerpo cualquiera, no hay marinero ó pescador de este puerto que no lo conozca ó no haya podido dar en cualquier tiempo noticias de su paradero; lo que prueba que Cabrera, hasta el momento de haber muerto al doctor Varela, vivía constantemente sobre el mar ó viajando de esta ciudad al Buceo. Así, pues, todo cuanto he dicho me induce á afirmar que Cabrera no ha tenido motivo propio alguno, para cometer el homicidio de que se vé acusado, sino que la acción que ha dirigido su brazo, ha nacido de una voluntad extraña, y á la que la suya estaba subordinada, por una causa poderosa, cualquiera que ella sea, (1). Procuraré pues mostrar con el proceso que esta afirmación no tiene nada de atrevida, así como he demostrado por las reflexiones que proceden, que ella es la única racional, que puede hacerse sobre el caso en cuestión. Desde fs. 1.^a hasta fs. 38 de la causa, se ve á la Policía y al señor Juez Ldo. del Crimen, encargado entónces de este Juzgado, empeñados en buscar al homicida del doctor Varela, por un rastro distinto del que le indicaba la opinión pú-

(1) Vamos á ver que cabeza ha dirigido la mano de Cabrera. Esta es la cuestión: lo demás es pura literatura y profecía inútil, de la cual alardea demasiado la defensa sin saber nada: pues, en su preconcebido fin de encontrar un cómplice que ya ha bosquejado su odio, nos viene á ratos arrullando, con frases galanas y afirmaciones sin base, más propias de relatos novelescos que de la seriedad de un proceso.

blica. (1)Se examinó en vano á don Miguel Plaza Montero, y á otros muchos testigos, citados por él, á causa de una necia indicación, que se hizo respecto de su persona; y esa indicación se hizo por la razón de que cuando se comete un crimen, y no se conoce su perpetrador, se busca siempre la persona á quien el crimen aprovecha, para empezar la indagación. El doctor Varela era el defensor del señor Latorre, que sostenía un pleito de inmenso interés contra el señor Monteros; y de esta circunstancia tan poco digna de atención, hubo una persona que dedujo, que podía ser el doctor Monteros el autor del crimen, revelando al mismo tiempo indicios falsos, que la indagación hizo plenamente desaparecer. Por igual indicación de otra persona, se puso preso á don Andrés Llantada; pero con el exámen de los testigos que citó, justificó también la injusticia de la indicación, hecha respecto de su persona. El público veía con dolor estos procedimientos inútiles, y lamentaba que el señor Juez L. del Crimen y la policía se empeñasen en alejar su atención, de la única persona que era señalada por todo el mundo, como el autor del crimen. (2) Examinados después nueve testigos, que se hallaron en la calle de la casa del doctor Varela, más ó menos en el momento en que tuvo lugar el suceso en cuestión, solo uno de ellos, don Juan Madero, hermano político del doctor Varela, mostró al Juzgado el rastro que debía seguir en su indagación; declarando que « apesar de que el doctor « Varela había recibido varias veces avisos de sus amigos

(1) La opinión pública atribuyó también complicidad, á don Manuel Herrera y Obes, al elemento riverista y á la hermosura de la mujer de Cabrera.

(2) Ese «todo el mundo», lo constituían los extranjeros y un puñado de orientales que habían estado encerrados en Montevideo. Lo que la gente sensata lamentaba, era la excitación pública, debido á la imprudencia con que se había removido el asesinato del doctor Varela, con propósitos de odio partidario.

« en Buenos Aires, para que anduviese con cuidado, así
« como una carta anónima, que le enviaron de la línea
« y encontrada en las avanzadas, en que le prevenían
« que sino se desdecía de lo que había publicado contra el
« presidente Oribe dos días antes lo habían de matar antes
« de ocho días; pero que lo primero lo consideró el
« doctor Varela, como un deseo de sus amigos, para
« que se resguardase, y de lo segundo, no hizo caso
« alguno » fojas 280^a. (1) El Juzgado del Crimen y la
policía suspendieron su indagación; porque se conven-
cieron que las 38 fojas de la 1.^a pieza no les había
servido para más, que para mostrarles, que no se ha-
llaba en Montevideo, ni el verdadero autor, ni el eje-
cutor del crimen, cualesquiera que ellos fuesen. (2)

El proceso, pues, se suspendió desde 1848 hasta 1851,
en que se continuó con la prisión de Cabrera. La reve-
lación de Madero de fojas 28^a se conforma, en lo re-
lativo á lo que el dice de Buenos Aires, con muchas
otras advertencias, hechas desde aquella capital á di-
versas personas de esta, (3) sobre el mismo particular; y

(1) La declaración del testigo Madero es dudosa, por ser pariente de la víctima y enemigo declarado de Oribe

Unas de las versiones bien generalizadas en la época, era la de que, Varela había sido muerto por orden del elemento riverista que se había sublevado dentro de los propios muros de Montevideo en fechas anteriores

De que Cabrera estaba en combinación con algunos guardías de la plaza, no hay duda al respecto, porque ¿cómo se habría podido escapar de una ciudad sitiada, vigilada por los cuatro costados después de haber dado muerte á un personaje tan importante como el doctor Varela?

Por otra parte, es curioso que don Manuel Oribe se hubiera personalizado con Varela, habiendo hombres de tanto valer en Montevideo. Además: sino se le ocurrió mandar matar á nadie al principio de la guerra ¿se le iba ocurrir hacerlo á sus finales?

(2) Todo esto según la defensa, en virtud de sus altas condiciones proféticas; y que en el afán de basar todo en sus dichos, á fuerza de frases bonitas, va á concluir por ordenar al juez, con arreglo á su voluntad y arbitrio.

(3) Aunque no aparecen esas advertencias hay que creerlas porque lo dice la defensa.

además esa misma revelación da origen á deducciones, que no se pueden rechazar. Si Cabrera es únicamente el autor del crimen, si ha tenido un motivo poderoso para cometerlo, y si él era tan fuerte é indeclinable, como para hacerle olvidar, ó por lo menos despreciar, los grandes peligros que debía correr en esta ciudad, á cada paso, al llevar á efecto su intento; que motivo era ese, que nadie ha conocido, ni aún la misma familia del doctor Varela. (1) Que motivo podía ser ese, cuando Cabrera no había visto jamás, á aquél? Y si ese motivo tan poderoso existía, repito, ¿como lo ignoraban las personas que advirtieron al doctor Varela, desde Buenos Aires; que se resguardase? Como ignoraban ellas mismas que Cabrera había de ser el autor ó ejecutor del crimen. Sabiendo que existía el proyecto de asesinato? No se puede decir que esas personas quisieron callar estos accidentes del atentado, pues siendo amigos del doctor Varela, no se puede suponer esa omisión voluntaria, mucho más cuando el aviso que dieron al doctor Varela, prueba que querían librarlo del peligro que le amenazaba. Siendo Cabrera una persona de condición obscura, á quien no es posible suponerle relaciones de íntima confianza, con los amigos del doctor Varela, y estando además domiciliado en el Buceo ¿cómo aquéllos vecinos de Buenos Aires pudieron saber el intento de Cabrera? (2) No puede decirse que este hubiere te-

(1) En cuanto á los peligros, Cabrera no los temía: porque vivía en la ciudad de Montevideo, y tenía gente que le guardara las espaldas: lo que prueba que los cómplices estaban en la ciudad sitiada. En cuanto á sus designios ¿no le parece al señor defensor que Cabrera no los podía comunicar á nadie y mucho menos á la familia de Varela? ¿No le parece al señor defensor que esto es cuestión de sentido común?

(2) Con este argumento basado en un anónimo, se quiere impresionar seriamente á los jueces, para probar hechos ficticios que por sus fundamentos no podían ser aceptados por los interventores en el proceso

Las cartas de los amigos á Varela *ignoradas* por los partes en el proceso,

nido la temeridad de divulgar ese intento, para que llegase á saberse, no solo en el campo sitiador; sino también en Buenos Aires; pero supuesto este caso, el nombre de Cabrera hubiese sido conocido juntamente con su intento; más como aquel es un hombre de condición humilde, á quien el público no ha debido jamás contemplaciones, terror ó respecto; es visto que no había, en el caso impuesto, razón alguna satisfactoria, para que se hiciera correr el proyecto de Cabrera, con el misterio que se esparcía; reservándose su nombre, cuando ningún género de respeto ó miedo podía impedir; que se revelara ese sangriento proyecto de un hombre, colocado en los últimos puestos de la sociedad. No puedo hacer la injusticia á las personas de Buenos Aires y del campo sitiador, que tuvieron conocimiento de este proyecto de homicidio, suponiendo que lo conocieron de antemano con todos sus pormenores y detalles, y que lo callaron á fin de que él se ; pero no me queda duda alguna que ese designio se formó en varias personas; y que no pudiendo ejecutarse un plan tan atrevido, sin que algo se trasluciese en el público, las personas, que avisaron al doctor Varela de que se resguardase, solo adquirieron la sospecha del crimen, y por eso no pudieron indicarle

no tienen nada de particular, dado el terrible apasionamiento de la época. Era lógico que se hablara de muerte en una guerra á muerte.

En plena Guerra Grande ¿no se quiso matar al general Oribe envenenándole la comida? ¿No se le comunicaba por escrito, con bastante frecuencia, que se cuidara de la gente que entraba diariamente al Cerrito, porque había un complot contra su vida? ¿Qué extraño es, pues, que los amigos de Varela comuniquen á éste, dada su participación activa en la política, de que se cuide porque lo pueden matar, en un ambiente de destrucción y de muerte? Que se quiera emplear aquel argumento como frase de efecto á fin de sugestionar á los que proceden, únicamente, por la sensibilidad, puede ser admitida la viveza, pero de otro modo resulta poco serio y decoroso. ¡Argumentar con anónimos y hacer un enredo con las suposiciones emanadas de esos anónimos ó cartas que nadie vió y en el proceso, á fin de difamar á un tercero! ¡Esto es incalificable!

pormenor alguno, (1). Se ve además, que en el campo sitiador era conocido, al menos por uno el proyecto concebido contra el doctor Varela; pues la carta á que se refiere don Juan Madero, y cuyo contenido se conoció inmediatamente en el círculo de las relaciones de don Florencio, es una prueba que ese uno no era Cabrera, pues este no sabe leer ni escribir y por consiguiente no pudo escribir esa carta. Ella, pues, ha sido escrita, sino por un amigo del general Oribe, al menos en obsequio de su persona, y con el fin de vindicar por medio de amenazas, el crédito político de dicho general. (2) Si las amenazas contenidas en esa carta se realizaron, á causa de que el doctor Varela no se desdijo, está visto que él fué sacrificado por una causa política, ya haya sido por impulso propio de Cabrera, ó concebido el crimen en una región más alta de la sociedad y confiada en perpetración á aquel. El doctor Varela jamás tuvo la indignidad de tocar ni indiscretamente la fama ó vida privada de persona alguna; cuando atacaba al general Oribe, como escritor público de Montevideo y sustentador de su causa, que juzgaba identificada á la causa de la libertad de su patria, lo hacía solamente por sus actos públicos, y en su

(1) Está visto que, la defensa no encontrando mejor argumento de que echar mano, se aferra al deducido de un anónimo y cartas que no vió nadie más que el testigo, *Valiente consecuencia que evidencia la verdad* de lo que se propone el experto defensor.

Si por un anónimo y cartas que dice el testigo fueron enviados al doctor Varela sobre hechos que ellos suponían, se sacan consecuencias para condenar á una persona, de ese modo estamos todos expuestos á ir á la cárcel. Por lo demás, esto es ya demasiada mala fé. Un anónimo lo fabrica cualquiera.

(2) ¡Vaya hombre! ¡Apareció aquello! Con que habilidad ha sacado una deducción tan brillante el señor defensor! Parece que lo vemos lleno de gozo al suponer la maestría con que ha preparado el terreno para llegar á la consecuencia, por medio de un anónimo y cartas ignoradas de las partes en el proceso, de que Oribe podía ser el instigador de Cabrera. ¿No habría al lado del señor defensor una pitonisa ó alguna adivinadora y peñadora de damas? La verdad que esto parece cosa de magia ó algo parecido.

carácter de presidente del Estado, que dicho general se atribuía con razón ó sin ella. Luego contener con la muerte esos ataques; suprimir de entre sus enemigos políticos el más obstinado, y uno de los de mayor talento, por medio de un homicidio, es un crimen político, ya sea el concebido por una persona de alto carácter público, ó por un pobre hombre de la plebe, (1).

El hecho es el mismo, y no varía sino en la persona, que lo concibe ó . Si el general Oribe resultase el autor de ese crimen ¿hubiera sido enjuiciado por este Juzgado? Estoy seguro que no, (2). Luego; por que se ha de enjuiciar y condenar á Cabrera por un hecho, que en el general Oribe, no sería posible por las leyes comunes? (3) Se ve, pues, que los avisos de Buenos Aires, y la carta del campo sitiador, á que hace referencia don Juan Madero, prueban que el doctor Varela no fué asesinado como simple ciudadano, ni por ninguno de sus actos privados; sino como redactor del « Comercio del Plata », y por sus opiniones políticas contra el general Oribe, (4). Se vé además que al paso que ese delito es político, aprovechaba únicamente á la persona de aquel general, en cuyo obsequio se cometió, ó más bien al po-

(1) Es claro que es un crimen; pero en cuanto al personaje político, falta ver quien fué.

(2) Lo dice la defensa y basta: en virtud de la infalibilidad de su palabra.

(3) Pero ¿á qué vienen estas suposiciones absurdas y antojadizas? Cree la defensa que con esto va á confundir el criterio de los jueces? ¿Porqué no se podría enjuiciar á Oribe si hubiera causa para ello? ¿Porqué lo dice la defensa? ¡Es gracioso todo esto! Sino se enjuicia á Oribe, es porque no hay causa para ello; por lo demás, no le faltan ganas á muchos, que como el señor defensor, se desvive por poder mezclar á dicho general Oribe, en este ridículo proceso.

(4) Conste que á todo esto ha llegado la defensa, en virtud de un anónimo y una carta aviso que no han visto las partes interesadas en el proceso. ¡Qué olfato! Esto nos hace acordar á los reclames de rematadores de ferias, que hablan mucho para endilgarnos después una droga. Con que habilidad florentina prepara las cosas la defensa para echarle el perro muerto á Oribe.

der que ejercía, y que era combatido tenazmente por el doctor Varela; mientras que no se trasluce el provecho que resultaba á Cabrera de ese crimen, mucho más cuando don Florencio ignoraba que existía ese desgraciado en el mundo. De estas circunstancias se deduce un gran número de consecuencias, que los S. S. Jueces de esta causa sabrán apreciar, sin necesidad de que yo me detenga á numerarlas, (1).

Pasaré ahora á ocuparme de las siguientes piezas del proceso, y como es necesario que recorra ese cuadro de sangre, siguiendo el rastro del crimen que la hizo verter; como en medio de ese cuadro aparece la figura de Cabrera terrible é imponente; como fantasma siniestro que se desliza en las tinieblas de la noche, con los ojos vendados y un puñal en la mano y arrastrado de un influjo, (2) oculto y misterioso, que lo precipita sobre su víctima ilustre, sin odiarla, sin conocerla y solo por un decreto fatal del destino de ambos; yo protesto que, al analizar este cuadro horrible, que hace desfallecer mi coraje, (3) por los recuerdos que me despierta; al hacer la crítica jurídica de las piezas que lo forman, no conozco más verdad á los hechos que ellos comprenden, que aquella verdad, cuya evidencia se apoya en la ley,

(1) Porque si las enumera el señor defensor, nos va á endilgar á manera de prueba, una serie de frases bellas. Al señor defensor, sin más prueba que sus afirmaciones, se le ha antojado que el doctor Varela fué mandado asesinar por Oribe porque lo dice él, y hay que creerle. Ya lo saben los señores jueces. Ha innovado el procedimiento en materia judicial: ya no se precisan testigos ni documentos para los juicios, basta que el reo diga tal ó cual cosa y la defensa la apoye, para que todo sea cierto. Quedamos enterados de tanta belleza.

(2) Qué imaginación la de la defensa. Parece que en aquella época se hubieran publicado novelas por el estilo de las de Fernández y González.

(3) Si desfallecido y todo lo demás, nos ha soplado la defensa un escrito que ocupa noventa carillas manuscritas en cópia, que sería si al escribir tan hermoso escrito literario hubiera conservado íntegro su coraje... ¡Gracias benefactor desfallecimiento!

por más que me detenga á examinar, más ó menos prolijamente todos los accidentes de este proceso. La prueba en el estado competente del juicio, dará ó privará á esos hechos el carácter de verdad.

La segunda pieza de la causa, que corre en ésta, desde fs. 39 hasta la f. 50 inclusive, no sirve para otra cosa que para revelar que Cabrera fué ayudado por los individuos Federico Suárez, Manuel Alvarez, Rubin y Moreira, todo lo cual consta de las declaraciones del acusado, prestadas ante la Policía y este Juzgado; bien que en esas declaraciones, Cabrera acusa á Suárez del homicidio cometido en el doctor Varela, (f. 41), cuyo hecho dice que se lo reveló Suárez, agregando que lo había cometido, porque se lo había mandado don Manuel Oribe. Así es que no puede decirse que Cabrera, por salvarse de la responsabilidad del hecho, que perpetró, ha mezclado en él al general Oribe, porque la indicación de la persona de este general, la hizo cuando le imputaba la comisión del delito á Suárez, y cuando por la ausencia de este, no podría temer que lo desmintiera. Para salvarse, no tenía entónces necesidad de acusar á don Manuel Oribe, desde que tenía el expediente de imputar á Suárez su acción, sin peligro de que este lo desmintiera, (1). La tercera pieza de la causa que empieza

(1) Cabrera como medio de salvarse acusó al general Oribe, porque no se le ocultaba á su perspicacia que ese nombre quería salir de la boca de sus perseguidores, y que quizás al complacerlos podía aminorar su causa; cosa que no conseguiría con la acusación á Suárez que podía ser hallado y por lo tanto desmentido por él ó por su hermano

¿Cuál fué el motivo que dió Cabrera para aceptar la invitación de Oribe á fin de matar á Varela? El de que, aquel general lo perseguiría en sus dominios sino llevaba acabo el asesinato propuesto. Pues, con haberse quedado Cabrera en Montevideo, se habría librado de aquellas amenazas y por consiguiente, quedándose con sus manos limpias de sangre inocente. Este argumento que no es nuestro, luce en las respectivas vistas fiscales, como se verá más adelante cuando entremos en el análisis del proceso.

Cabrera quería salvarse, no por medio de un pobre diablo como él, que sabía

desde la f. 52 y alcanza hasta la f. 213, en el estado actual del proceso, comprende los hechos importantes de este, y los únicos dignos de llamar la atención del Juzgado. A f. 52 de esta pieza, aparece un parte del capitán don Manuel Caraza, de fecha 9 de Junio de 1848, al señor Jefe Político de este Departamento, en el que le comunica haber tomado preso, según las órdenes de dicho Jefe Político, al portugués Juan Silva y mediante una revelación de éste, á dos individuos más, llamados el uno de ellos Antonio Suárez, primo hermano de Andrés Cabrera, y además un niño. El capitán Caraza, en su parte dice además, que Antonio Suárez le había revelado, que su hermano Federico Suárez y Andrés Cabrera habían muerto al doctor Varela, y que Oribe había premiado, por el hecho, al segundo de ellos, (2). Enrique Santos uno de los presos, tomados por Caraza, declara á f. 67 en 10 de Junio de 1848, « que aún cuando
« no conoce á Andrés Cabrera, lo ha oído nombrar,
« como el canario que asesinó al doctor Varela, por dinero que dicen que Oribe le pagaba, lo cual ha oído
« decir á marineros y gente así con quien él conversaba ».

Acto continuo, ha declarado el preso Antonio Suárez,
« que una noche, cuya fecha no puede determinar, fueron
« llamados en el Buceo á la capitanía del puerto los

sería de resultados negativos, sino por medio de alguien que al escudarlo halagara, al propio tiempo, los sentimientos de venganza del elemento que lo tenía aprisionado. Cuando entremos en el análisis del proceso, se verá que su llegada al Buceo como él la pinta, fué desmentida por el jefe de guardia de aquel paraje.

Cuando se le preguntaba al general Oribe porque no adoptaba algún plan de defensa, contestaba: «mis compatriotas son demasiado dignos para juzgarme por la vil calumnia de un miserable»

(2) Careado Suárez con Caraza, aquel desmintió á éste, como se verá en el análisis del proceso. Cabrera en sus declaraciones desmintió terminantemente de que Oribe le hubiera dado dinero ni ningún género de recompensa.

« individuos José Manuel el Burro, Pedro Rubín y Fe-
« derico Suárez, hermano del declarante; que estando
« allí presente Andrés Cabrera, el capitán del puerto,
« cuyo nombre ignora el declarante, ordenó á los tres
« primeros que montasen en un bote de Domingo Mo-
« reira, y recibieren á bordo de él al expresado Andrés
« Cabrera; que lo condujeran hasta el baño de los
« padres, donde debía Cabrera saltar en tierra; que allí
« se esperasen los tres en el bote hasta que volviese
« Cabrera, é hiciesen después lo que éste mandara ».
« fojas 67 vuelta. (1) Y en seguida añade el declarante
« á fojas 68: que cuando Cabrera regresó dijo que había
« muerto á Varela, y entonces como el viento estaba en
« popa se hicieron á la vela, y fueron á encallar, allá
« por la Aguada, de donde llevaron el bote; en carreta,
« no sabe si de noche ó de día, ni á donde fueron á
« dar cuenta de su comisión; que esto lo sabe, porque
« se lo contó Federico y también los otros ». Más ade-
lante veremos confirmados algunos hechos de esta de-
claración, por el testimonio de otros testigos. Manuel
Paez, declara en 12 del mismo mes y año « que ha oído
« á los que venían del campo enemigo, y conversaban
« en las pulperías, que Cabrera estaba bien en aquel
« campo, que Oribe le había dado una chacra y se
« presentaba con espuelas de plata y buen apero ». Se ve,
pues, por estas declaraciones, que el nombre del general
Oribe no se halla mezclado en este triste episodio de
nuestra revolución, á causa de que Cabrera lo hubiere
comprometido, para salvarse de la pena del homicidio de
que es acusado; pues esas declaraciones son del año

(1) Más tarde declaró Suárez que eso se lo dijeron á él cuando vino de Buenos Aires, y después dijo que lo había inventado. Como hemos dicho en otro lugar, Cabrera negó siempre haber recibido recompensa alguna del general Oribe, como se verá más adelante en la citada declaración.

de 1848, poco más de dos meses después de la muerte del doctor Varela. Si esto fué un hecho exclusivo de Cabrera, á que se ponen de acuerdo tanta gente, desde aquella época, para complicar al general Oribe? (1) Que necesidad tenía Cabrera, sus deudos y sus amigos de acusar á aquel general, cuando el culpable estaba en seguro, y todas, las probabilidades eran de que jamás le alcanzaría el castigo de su crimen? En aquella época de angustias, para la plaza, cuya situación apurada era conocida, y aún confesada en alta voz, por amigos y enemigos, podía Cabrera temer que la acción de los Juzgados de la capital había de alcanzarle un día, para precaverse desde entonces, inventando una excepción, y publicándola á voz en cuello, dentro de los dominios del general Oribe, cuando esa excepción importaba nada menos, que una atroz calumnia contra dicho general? Puede concebirse que un hombre como Cabrera se atreviese á desafiar el desagrado del general Oribe, que era por lo menos en su campo, superior á todos los que residían en él? (2) Calumniar al general Oribe de una manera semejante, hasta el extremo de andar la calumnia de boca en boca, entre la gente de baja clase, como lo dicen Santos y Paez, y vivir el calumniador al lado del ofendido, libre y sano, es un milagro que nadie hubiera creído en esa época, desgracia-

(1) Volvemos á repetir que Cabrera declaró que nunca recibió recompensa alguna por su asesinato. Por consiguiente era una calumnia lo de la chacra, etc. Por otra parte, no se puede tomar en cuenta las declaraciones basadas en diceros y en boca de testigos irresponsables, para deducir de ellas un hecho: esto sería el colmo; y máxime cuando esas declaraciones se prestan ante el enemigo y la policía. Y todo el proceso es lo mismo: que fulano oyó esto, y que mengano lo sabe porque se lo oyó al otro, etc.

(2) Es una impostura sin nombre eso de que en el campo sitiador se dijera lo que afirma la defensa. Ya lo veremos más adelante. Por testimonios ya citados, se ha visto cómo en el Cerrito se condenó ese crimen.

da! No podrá sostenerse que el general Oribe ignoró esa calumnia, que sabía del homicida de Varela, con el fin de echar sobre él la mayor parte de la odiosidad de ese crimen; porque es constante que el general Oribe no ignoraba ni aún los hechos más insignificantes, que ocurrían dentro ó fuera de su jurisdicción; ni es tampoco creíble que entre el enjambre de adulones que rodean en todas partes al poder, no hubiere habido uno solo, que le hubiese referido la calumnia, manifestándole así el interés que tomaba en el honor ileso de su jefe. Menos puede sostenerse que el general Oribe supo la calumnia y á pesar de la brecha que ella podía abrir en su reputación, al menos entre sus enemigos, reposó en su conciencia y miró con desden al insolente, que se había atrevido á tomar su nombre, para cubrir con él un crimen tan espantoso. Por superior que sea el camino del general Oribe á los chismes é imputaciones de la gente baja, me será permitido dudar que desdeñase valientemente esta calumnia atroz, en una época, en que la inútil efusión de sangre, se había convertido en una práctica recibida en uno y otro partido, sin que ello pueda decir nada contra ninguno de ellos, desde que todos los pueblos del mundo han tenido sus épocas de crueles extravíos, (1). Muy

(1) Vamos por partes. 1.º Poco valor ó ninguno tienen las declaraciones tomadas el año de 1848, en una ciudad sitiada y en la cual se profesaba al general Oribe, por el elemento director de la defensa de ella, un odio mortal. 2.º Por odio al general Oribe se había esparcido el rumor de que él era el instigador de Cabrera, rumor que trascendió, como es muy natural, á la plebe y que más tarde declaró en ese sentido por *diccres*, declaración que no tiene valor ninguno porque no se han presenciado los hechos ni siquiera se han dado los nombres de los autores de los *diccres*, por parte de los declarantes. 3.º Solamente algún ignorante en historia respecto á la Guerra Grande, puede suponer que el general Oribe se iba á ofender porque se dijera que él había influido en Cabrera para que matara á Varela, cuando todos los diarios de la plaza, tanto extranjeros como nacionales, estaban llenos de insultos referente á su persona, y por consiguiente no podía ofenderlo una calumnia más cuando estaba tan acostumbrado á ellas. 4.º Que es una pretensión hartó ridícula el pretender

difícil es explicar la indiferencia ó clemencia del general Oribe con su detractor Cabrera y los amigos de éste, al parecer encargados de esparcir por todas partes la invención calumniosa de aquel; y por eso el hecho de haber salido Cabrera del campo sitiador, sobre lo que nadie tiene duda, para venir á perpetrar el delito á esta plaza, y el hecho de haberse refugiado en ese campo; en el acto de haberlo cometido, y de ir pregonando y diciendo á todos que son circunstancias que robustecen la presunción, cuando solo hubiese motivos en los autos para formarla, de que tuvo una comisión oficial, para cometer ese delito. Pero cuando además de todo esto, y apesar de la notoriedad del crimen y del ejecutor, Cabrera se conservó en el campo sitiador, impune y aún sin ser llevado ante los tribunales, allí instituídos, es un indicio ese que obliga á vacilar entre la aprobación tácita del crimen de aquellas autoridades, circunstancia que desde luego rechazo, y el mandato de una persona influyente, para la comisión de ese crimen, sobre cuya autoridad; nadie se atrevía á cuestionar, en una época tan excepcional. A fojas 96 empieza la declaración de don Eugenio Anbasede, prestada en 17 de Octubre de 1851, en la que refiere ese testigo: « que ha oído decir que el « asesino del doctor Varela fué un tal Cabrera, en circunstancias que el declarante se hallaba en la fonda del « Comercio, sita en la denominada calle Real, y oyó decir « á un señor, que supo era ayudante de don Manuel « Oribe, el cual tiene una figura alta y gruesa, barba « poblada y pelo negro y de color blanco, el cual dijo...

que el general Oribe juzgara en su campo á los que habían cometido crimen en campo enemigo, por carecer de jurisdicción para ello y por no poder penetrar en la plaza sitiada para obtener los elementos de juicio necesarios. 5.º Que se ve la justicia de la causa que se defiende, en cuanto tiene relación con el general Oribe, cuando se echa mano de semejantes vivezas.

« que había sido mandado por don Manuel Oribe para
« recibir á cualquiera hora en la playa del Buceo, á un
« individuo llamado Cabrera, quien no vino en dos días
« que lo esperó, pero al tercero, como a las nueve y
« media de la noche llegó en un bote y le dijo: yo soy
« Cabrera y acabo de asesinar á Florencio con este
« puñal, el cual estaba aún sucio de sangre, como una
« pulgada menos de la cruz, y cuyo cabo era de mar-
« fil y bastante pesado; que la hoja tenía más de un
« palmo de largo y de un ancho proporcionado. Que
« entonces preguntó Sienra, que Florencio era y Ca-
« brera respondió: Florencio Varela, y un capitán que
« acompañaba á Sienra, á quien no nombró, dijo: buen
« negocio, es un padre con diez hijos, y entonces Sienra
« dijo: horrorizado de esta circunstancia, y considerando
« que él era padre de seis, echó mano á la pistola que
« tenía en el cinto, con ánimo de pegarle un tiro á
« Cabrera; pero el dicho capitán lo contuvo, diciéndole:
« no haga. eso pues son órdenes superiores y te vas á
« comprometer. Que también le preguntaron á Cabrera,
« que le había hecho Varela, porque lo había muerto, y
« él respondió que nada, pero que lo había muerto por
« orden del presidente. Que inmediatamente Cabrera fué
« conducido al Cuartel General y habiendo detenido
« previamente á Cabrera en un lugar seguro, se pre-
« sentó á Oribe con el puñal que le había entregado
« Cabrera, diciéndole: ha llegado Cabrera y me ha dado
« este puñal, participándome que acaba de asesinar á
« Varela, y entonces Oribe dijo con rostro afable, —
« *está bueno*; déjelo aquí (el puñal). Pero Sienra le
« replicó, es que Cabrera dice: que lo ha muerto por
« orden del presidente, y entonces Oribe haciendo un
« mal gesto, y poniéndose de mal humor, respondió, re-

« tírese usted y él también, no quiero saber nada de
« eso ». Y al final de su declaración agregó el testigo
« Anbarade: « que el expresado Sienra también dijo
« que hacía más de tres semanas, que Cabrera estaba
« en esta ciudad, con encargo de matar á Varela, y
« que como tres ó cuatro dias antes de su muerte,
« este le escribió á Oribe que no podía encontrar buena
« oportunidad para efectuarlo, y que Oribe le contestó:
« — espere Vd. hasta conseguirlo, y que en efecto á los
« tres ó cuatro dias se efectuó el crimen » — don Pedro
Sagra (f. 88 vta.) en 16 del mismo mes y año, don
Lucio Rodríguez (f. 93) y don Eliseo Medina (f. 94 vta.)
en 17 del mismo mes, han declarado los tres sustancial-
mente lo mismo que el testigo Ambarade, con pequeñas
diferencias, en los accesorios de los hechos referidos, lo
cual depende de la más ó menos atención que prestaron
á la relación de Sienra, del más ó menos grado de me-
moría de los cuatro testigos, y de la más ó menos feli-
cidad y exactitud para referir lo que se oye, en cada
uno de ellos. Por ejemplo, el testigo Ambarade dice que
el oficial Sienra refirió que había recibido á Cabrera en
la playa del Buceo y los otros tres testigos, que oyeron
la misma relación á Sienra; dicen que este expreso haber
recibido á Cabrera en la playa; sin denotar los testigos,
que playa; pero como no hay propiamente playa sino al
norte de esta ciudad, es visto que esa playa de la Agua-
da que han mencionado también otros testigos, refiriendo
el punto á que Cabrera se dirigió, después de la comi-
sión del delito, de que es acusado. A fs. 131 se hizo
comparecer á declarar á don Juan G. Sienra, creyéndose
sin razón de que este señor era el oficial Sienra, que
habían citado los testigos precedentes, pues este señor
Sienra no ha sido en el campo sitiador ni oficial, ni ayu-

dante del general Oribe, ni hombre á quien pudiera confiarse la comisión de recibir á Cabrera, hombre capaz de aceptarla, pues tengo la fortuna y el honor de conocerlo, y me hago un deber de justicia en declarar, que creo que hubiera rechazado con toda la indignación de un noble pecho, la parte que se le hubiera dado en este crimen, por pequeña ó indiferente que ella fuere. El señor don Juan G. Sienna, además, de ser un caballero, de rígidos principios de honor, era Jefe de la Guardia Nacional del cuerpo sitiador, razón porque nunca ha podido ser comisionado para recibir á Cabrera en la playa, pasando allí dos ó tres noches. Por el contrario, el Sienna mencionado por los testigos que anteceden, como ayudante del general Oribe, ó como oficial subalterno, podía tolerar esa convicción poco honrosa.

Además, don Juan G. Sienna, físicamente hablando, es todo lo opuesto, al Sienna, dibujado por Ambarede, pues este Sienna era alto, grueso, blanco de color, etc., y el Sr. García Sienna es bajo medianamente grueso, moreno, etc. Está visto que no se ha con el Sienna, citado por los testigos, cuya declaración hubiera dado tanta luz á esta causa. Este vacío puede servir de pretesto para alegar contra las declaraciones de los testigos Rodríguez Medina y Ambarade, (1) que refieren haber oído á Sienna la relación de los hechos mencionados, en la declaración del último de los testigos, la que literalmente he copiado poco antes. (2)

(1) La declaración de Ambarede, es igual á la prestada por Medina, Rodríguez y Sagra

(2) El oficial Sienna que citan *esos testigos de última hora*, era una persona muy digna, señor defensor é incapaz de prestarse para ninguna empresa criminal, como Vd. lo da á entender en sus ansias de complicar, á toda costa, a la gente del Cerrito en el asesinato de Varela

El oficial Sienna, como Vd bien lo sabe, desmintió rotundamente á los *testigos de última hora* que Vd. cita, y dijo también que Cabrera no podía haber

Pero hay en la causa datos con que llenar ese vacío, y voy á contraerme á ello. Los cuatro testigos prenombrados prestaron su declaración en 17 de Octubre de 1851, refiriendo que habían hablado con el oficial Sienna el viernes de la semana anterior, lo que hace ver que la conversación que tuvieron con dicho Sienna, ocurrió pocos días después del ocho de Octubre, en que termina el sitio de esta ciudad. En esa fecha el oficial Sienna dijo que el puñal que le presentó Cabrera « estaba aún
« sucio de sangre, como una pulgada menos de la cruz,
« que separa el mango, cuyo cabo era de marfil y bastante pesado; que la hoja tenía más de un palmo de
« largo y de un ancho proporcionado. A fojas 7 se
« halla el informe médico del doctor Fernández, sobre
« la herida hecha al doctor Varela, en el que aparecen
« detalles que se conforman admirablemente con los
« accidentes del puñal descrito por Sienna ».(1) La herida, producida por el instrumento, al entrar en el cuerpo de la víctima, tenía cinco pulgadas de ancho, y en profundidad, atravesando todo el espesor del cuerpo, desde la espalda *bajo del borde posterior del homoplato*, alcanzó hasta la región anterior del cuello. Esta circunstancia hizo inferir con mucha razón al médico, que el instrumento que produjo esa herida, era *como una espada, ó daga, hecha de una hoja bastante ancha y larga*. El informe médico de los profesores Bond, Brunel y Bergara de fojas 35 conformándose rigurosamente con el informe precedente, en los accidentes exteriores de

desembarcado por donde dijo ¿Entonces ¿por qué Vd. da por valederas unas declaraciones desmentidas? ¿No dijo Sienna que no era cierto todo lo confesado por aquellos fulanos de última hora. ¿Cree Vd. que con esa persistencia, que parece hasta inconsciente por lo tenaz, va á conseguir su fin de condenar á inocentes? Esto es un error,

(1) Según cuatro testigos de última hora desmentidos por Sienna.

las heridas, expresa que el *instrumento que ocasionó estas, parece haber sido punzante y cortante, de más de tres pulgadas de ancho, en la parte mediana*; y por los accidentes internos de la herida, explicados también en ese informe, se ve que el instrumento debió penetrar hasta la inmediación de su cabo. Luego la circunstancia de haber presentado Cabrera al oficial Sienna el puñal, con que mató al doctor Varela manchado de sangre hasta cerca de la cruz, es un hecho probable, sino rigurosamente cierto; de lo contrario ¿cómo pudo adivinar el oficial Sienna esos accidentes de la herida, para conformar á ellos, ó á los informes médicos, que los precisaron, esa circunstancia, que ha referido, si fuera falsa y supuesta? Los informes médicos fueron expedidos en el año de 1848, en los momentos en que se cometió el homicidio, y la revelación de Sienna se hizo en 1851, cuando todos, ó la mayor parte de los sucesos accesorios de aquel que el público conoció, se habían olvidado. Por otra parte, yo no tengo noticia, que los antedichos informes se hubieren publicado, al menos en esta capital. Así pues, nada se puede decir contra la verdad del hecho, de que un oficial Sienna hizo, en una fonda, relación de los acontecimientos, espresados en la declaración de Ambaredé, porque este y los otros tres testigos que exponen esos acontecimientos, son testigos mayores de toda excepción, y por consiguiente sus dichos hacen plena prueba. Luego es un hecho evidente que Sienna hizo la revelación expresada por esos testigos; y como ya uno de los hechos referidos por Sienna concuerda perfectamente en lo contenido en los informes médicos citados, no puede privarse á ese hecho su ca-

rácter de verosimilitud, sin probar que él es falso. (1) Doña Cesaria López, á fojas 75 y vuelta, declara que el puñal con que siempre andaba Cabrera era de *un filo*; y habiéndosele puesto de manifiesto un puñal, cuya hoja tenía una cuarta de largo, y una daga que la tenía de una vara, se le preguntó á cual de las dos armas igualaría, en extensión, el puñal de Cabrera; y ella respondió: *«que el puñal de Cabrera, era como ha dicho, de un filo, más corto que la daga, y más largo que el cuchillo, y señaló sobre la primera como doce pulgadas de hoja (es decir una tercia), diciendo que ese sería el tamaño de la del puñal de Cabrera—*Manuel Paez á fojas 77 declaró, *que á Cabrera le ha conocido un cuchillo grande, como de una tercia de largo de cabo blanco.* Andrés Cabrera ha declarado á fojas 120 vuelta *«que mató á Varela con un cuchillo, cuya hoja tenía como una tercia de largo el cual usaba desde tiempo hace, en el ejercicio de marinero que tenía cabo de hueso entero.* Se ve, pues, que el cuchillo descrito por Sienra, se conforma con el que han descrito el acusado y los dos testigos que le anteceden: es decir, que el cuchillo de Cabrera tenía poco más de un palmo ó una tercia de largo, y que su cabo era de hueso blanco entero ó de marfil, como dice Sienra; siendo fácil que, por haberlo recibido de noche en el campo, hubiese equivocado el hueso blanco con el marfil, además de que generalmente se dice *cuchillo cabo de mar-*

(1) Es realmente audaz la afirmación de la defensa, en sus ansias de complicar al general Oribe. ¿Por qué no dice que ese oficial Sienra llamado á declarar desmintió á los testigos? ¿Plena prueba, una declaración desmentida, quizás fraguada y que sus autores no pueden comprobar? ¡Oh colmo! ¡Oh audacia! ¡Querer forjar un delito sin otra base que un anónimo, una carta - advertencia, que no se ha visto, y declaraciones basadas en *díceres!* Con razón decía el general Oribe, que sus compatriotas eran demasiado honrados para aceptar respecto de él, la vil calumnia de un miserable.

fil al que lo tiene solamente de hueso, siendo blanco. (2) Los testigos Ambarede, Sagra, Rodríguez y Medina dicen que Sienna refirió que condujo á Cabrera al cuartel general, y esta circunstancia se halla confirmada por la declaración de Federico Suárez á fojas 106 vuelta donde dice: *que al llegar á la playa salió un oficial á recibirlos, quien se llevó á Cabrera en su caballo, quedando el declarante y los demás, quienes bararon el bote, etc.* También la declaración de Cabrera confirma á fojas 107 vuelta esta circunstancia diciendo: *que desembarcaron en la playa de la Aguada y fué conducido por un oficial, hasta el campo de don Pancho Oribe.* Sienna también ha dicho, según Ambarede, *que hacía más de tres semanas que Cabrera estaba en esta ciudad, con encargo de matar á Varela, y esto mismo lo ha dicho también el mismo Cabrera, expresando que siendo tantas las amenazas de Oribe é Iturriaga entónces fué que el deponente no tuvo otro remedio que embarcarse para ésta ciudad, en la que demoró un mes poco más ó menos, (1).*

Tal circunstancia se deja traslucir también, si es que no se expresa claramente en otras declaraciones del sumario. Ahora bien, Sr. Juez, siendo un hecho plenamente probado de que Sienna tuvo la conversación que refiere Ambarede y los otros testigos que la presenciaron, solo pudiera quedar duda sobre la verdad ó falsedad de los hechos referidos por Sienna; pero si los testigos se hubieran puesto de acuerdo para atribuir falsamente á Sienna esa

(2) Sienna no recibió á nadie. Ya ha declarado que todo lo referente á él es una impostura, agregando que la noche del asesinato no podía haber desembarcado Cabrera por donde dijo. Y sin embargo la defensa argumenta sobre unas declaraciones desmentidas como si fueran ciertas. Esto es tomarle el pelo á los jueces.

(1) Iturriaga desmintió todo eso, como se verá más adelante.

Lo de las amenazas, es una gran invención de Cabrera, puesto que, vi-
viendo en Montevideo, no tenía nada más que quedarse en esta ciudad, para librarse de las referidas amenazas de Oribe.

conversación, suposición que la ley no permite ¿cómo han conseguido inventar hechos que han venido á ser confirmados en el sumario? Cómo adivinaron que habían declarado ó debían declarar esos hechos los testigos doña Cesária Pérez, Manuel Pérez, y los presos Suárez y Cabrera, y que además debían conformarse exactamente á los dos informes médicos de los profesores que reconocieron el cadáver del doctor Varela? (1) La misma pregunta se puede hacer, si la suposición de embustes se refiere al oficial Sienna. Entónces debemos colocar entre los datos, que deponen en favor de la aserción, de que el homicidio, cometido en el doctor Varela, es un delito político, la declaración de ese oficial Sienna, abonada por cuatro testigos conformes y mayores de toda excepción. Pero aún hay todavía mayores datos en la causa, que pueden aumentar los fundamentos de aquella aserción. A foja 106 y vta. declara Suárez que Cabrera lo *invitó á venir á pasear á Montevideo, ofreciéndole que el mismo le sacaría licencia, y habiendo aceptado el declarante salieron en efecto el mismo dia, llegaron á*

(1) Vamos á probarle á la defensa que tenemos más paciencia que Job ¿El Juzgado no aceptó la declaración de descargo que hizo Sienna? ¿No explicó éste, de como no podía ser cierto lo afirmado por aquellos cuatro *testigos de última hora*? ¿Y por qué tanta insistencia sobre lo mismo tratándose de un proceso iniciado, únicamente, por odio á Oribe y con testigos, en su mayoría recogidos en el arroyo para que declararan falsamente? ¿No ve que esa coincidencia que hace notar la defensa entre el informe médico y los *testigos de última hora*, es por demás dudosa? Las vivezas á un lado y la verdad á otro señor defensor.

Cabrera, en el deseo de salvarse, quizás por indicación de terceros, ha inventado lo del recibimiento del oficial, al igual que inventó lo del mandato de Oribe. Por lo demás, no tendría nada de extraño que al desembarcar, donde Cabrera dijo, cosa imposible según el oficial que estaba esa noche de servicio, que el oficial que estuviera de guardia en el paraje donde realmente desembarcó, le diera la voz de ¡alto! y lo condujera como sospechoso al campamento más cercano que debería ser el del coronel Serrano y no el del coronel Francisco Oribe. Pero como ya estaba decidido á asirse á los Oribe, para salvarse, posiblemente por indicación del enemigo, dijo que un oficial lo llevó á presencia de don Pancho Oribe, etc.

Montevideo y estuvieron en él muchos días. He aquí una nueva confirmación de lo que dijo Sienna respecto al tiempo que pasó Cabrera en Montevideo para matar al doctor Varela, y he aquí también otro hecho más que revela la parte oficial que todo el mundo reconoce en el homicidio de aquel. (1) Cabrera no solo obtenía fácilmente licencia para sí, sino para un otro extraño en el día mismo que proyectaban venirse á Montevideo, nada menos que á pasear. (2) Y que títulos tenía Cabrera para ser atendido como no lo era ninguno otro de su oficio ó profesión? Y quien despachaba esa licencia? Iturriaga nos ha dicho en su declaración, de que me ocuparé después, que él era el encargado de expedir esas licencias. Y quien es este señor Iturriaga? Dice Cabrera á fs. 107 *que fué el primero que le habló, para que se encargase de asesinar á Varela.* De modo, pues, que, cuando Cabrera vino á Montevideo con Suárez, para matar á aquél, quien le expidió la licencia, en el día que la pidió, para él y para Suárez, fué Iturriaga! Suárez declara también a fs. 121 vta. que él acompañaba á Cabrera por paseo; pero que los *otros dos* (Rubin y el Burro) *eran los que estaban á las órdenes de Cabrera según parecía, sin que sepa quien les pagaba su servicio,* (3). Cosa singular! Cabrera, un pobre marinero, no solo

(1) Cabrera residió en Montevideo, hasta el año de 1848. Así lo declaró ante el juez. Lo demás son contradicciones en que incurre como medio de salvarse, por eso acusó á Suárez como autor del asesinato del doctor Varela.

(2) Lo de la licencia está ya explicado. Cabrera iba al puerto del Buceo, como entraba y salía del puerto de Montevideo. No tenían porque vigilarlo, desde el momento que como marinero tenía necesidad de frecuentar el puerto.

(3) ¡Por favor, señor defensor! ¿Iturriaga no desmintió todo lo aseverado por Cabrera? ¿Por qué usted le da más crédito á la palabra de un miserable asesino que á la de un hombre honrado? Declaración por declaración, es preferible la de un ciudadano honorable, lleno de méritos como lo era Iturriaga, á la de un matador detrás de las esquinas, como lo era Cabrera. ¡Linda estaría la sociedad si sobre la palabra de la gente honrada primara la del canalla!

tenía influencia para obtener prontamente las licencias que necesitaba, para sí y los demás, sino que tenía á su disposición, de hora en hora, un bote y marineros para conducirlo apenas él lo ordenase, y eso, por el espacio, de semanas! (1) El señor Juez Letrado del Crimen, que empezó á formar el sumario de esta causa, tuvo, séame permitido decirlo, el descuido de omitir á fojas 107 las reconvenciones que se hicieron entre sí, Suárez y Cabrera, cuando aquel mismo Juez careó el uno con el otro. Esas reconvenciones mutuas hubieran podido darnos algunos datos más; igual omisión se ha cometido, lo diré ya que hay ocasión, en no llamar á declarar á D. N. Galto, citado á fs. 94 vta. por don Eliseo Medina. Urgido Cabrera por el careo con Suárez declaró y dijo á fs. 107 vta., « que iba á decir la verdad, pues era un desgraciado, que había sido compelido á cometer un crimen, amenazado por la fuerza y

(1) El señor defensor en su inmenso afán de culpar á la gente del Cerrito del asesinato del doctor Varela, llega hasta el extremo de creer que sabe lo que ignora. Por eso habla de la manera cómo Cabrera obtenía licencias, etc., etc. Se lo vamos á explicar.

Cuando el general Oribe estableció el puerto del Buceo, fué su deseo de que á él concurriera la mayor cantidad de gente y embarcaciones para demostrar así á los Agentes Extranjeros, la importancia del mismo y de las relaciones marítimas del territorio de la República que estaba bajo su mando. Por eso se daban permisos á quienes lo solicitasen y con mayor motivo á los poseedores de embarcaciones ó á quienes estuviesen á cargo de ellas. Que esto pudiera dar lugar á que penetrasen espías del campo enemigo, lo tenía sin cuidado al general Oribe y á los hombres del gobierno, en virtud de que no había ningún secreto militar que ocultar al enemigo y máxime cuando estaba prohibido acercarse á varias cuadras de las tropas que formaban la línea sitiadora. Sin embargo, se cometieron algunos abusos, contrabandeando carne y otros artículos para ser conducidos á Montevideo, apresándose á algunos infractores de las disposiciones aduaneras, como aconteció con Rosadilla, que por contrabandear carne en el sentido indicado, fué condenado á presidio y más tarde á muerte y después salvado por la intersición generosa de Ignacio Oribe (hijo), sobrino del general Manuel Oribe, y habilitado más tarde el tal Rosadilla, por el general Oribe, con una pulpería, como se decía en aquel tiempo. Así procedían las partes de aquel terrible juicio llamado: Guerra Grande.

« por temor de perder la subsistencia de su familia: y
« que el primero que le habló, para que se encargase
« de asesinar á Varela, fué don José Iturriaga, pero el
« declarante se opuso abiertamente, por lo que este le
« reconvino, que si no lo hacía, tendría que sufrir mucho
« él y su familia toda: que pocos días después le volvió
« á hablar el mismo Iturriaga, y como aún se resistiere
« el deponente, fué conducido con dos ayudantes á la
« presencia de don Manuel Oribe, quien le hizo las
« mismas amenazas, y aún más que las de Iturriaga, y
« entónçes fué que el deponente no tuvo otro remedio
« que embarcarse, para esta ciudad, en la que demoró
« un mes poco más ó menos que el deponente
« no conocía personalmente á Varela pero le fué mos-
« trado por Estévan Arbelo, (1) que tenía encargo de ha-
« cerlo, y quien se hallaba, junto con el declarante, para ese
« objeto, la noche en que mató á Varela ». Y después
« añade en la misma foja á la vuelta: « que él y los
« que lo acompañaban desembarcaron en la playa de la
« Aguada, y fué conducido por un oficial hasta el campo
« de don Pancho Oribe, en donde le ordenaron que se
« retirase: que al día siguiente se presentó á don José
« Iturriaga, á quien le refirió lo que le había acontecido,
« y este, después de haber esperado el declarante, le
« ordenó que se retirase, y que á su tiempo sería lla-
« mado, lo que no se ha efectuado hasta la fecha.

A fs. 115 vta. declara el mismo Cabrera: « que des-
« pués que se decidió á venir á Montevideo, temeroso
« de las amenazas que le había hecho Iturriaga y Oribe,
« de meterlo en un calabozo con una barra de grillos,
« se embarcó en un guadaño para Montevideo, y al día

(1) Testigo que nunca apareció.

« siguiente llegó un bote de Moreira con Federico Suá-
« rez, Rubin y José Manuel el Burro, con orden de po-
« nerse á su disposición que le comunicó este último
« por mandado de Moreira; que estuvo en la ciudad
« como quince ó veinte días, y encontrándose un día casual-
« mente con Estéban Arbelo, después de haber conver-
« sado de otras cosas le preguntó (Arbelo) si estaba
« él encargado de matar á Varela, y habiéndole respon-
« dido que sí, dijo Arbelo, *yo también tengo encargo*
« *de matarlo*, y como el declarante dijese que no lo
« conocía; él respondió:— *Yo lo conozco y te lo en-*
« *señaré* y á fojas 116 añade Cabrera: « que el bote
« diariamente estaba pronto á cualquier hora, como lo
« estuvo en esa noche que repetía no haber reci-
« bido ninguna recompensa, ni de Oribe, ni de Iturriaga,
« pues solo le ofrecieron amenazas que Arbelo
« apareció en el campo de los sitiadores después del
« suceso de la imprenta del Comercio del Plata, sobre
« cuyo hecho no ha tenido el declarante ninguna inter-
« vención, aunque sabe que él (Arbelo) fué uno de
« los principales: que el día que se hizo la paz, es-
« tando el declarante paseándose por la Capitanía, en
« el Buceo, encontró á Iturriaga que le dijo: Cabrera
« embarcate en el momento porque ten van á perseguir;
« yo también lo voy á hacer, y entonces fué que lo
« efectuó el declarante, sucediendo después su prisión.
« A fojas 120 agrega el acusado: « que hizo presente
« á Iturriaga la circunstancia de no conocer á Varela,
« y otras muchas, para escusarse, pero que él le res-
« pondió: *Vaya usted no más*, que no ha de faltar
« quien se lo enseñe, de lo que deduce, que Arbelo
« fué encargado por Iturriaga para matar á Varela. A
« fojas 124 continúa Cabrera diciendo: que tenía muy

« poca voluntad de hacer el crimen; que antes de eje-
« cutarlo le dijo á Arbelo en los momentos que se ha-
« llaban frente la casa de Varela, que porque no lo
« hacía él, y como éste le respondiere por varias veces
« que no, no hubo más remedio, que resolverse, porque
« temía no solo de Arbelo, sino también por las ame-
« nazas que se le habían hecho por Iturriaga y Oribe. (1)
« Estas declaraciones de Cabrera, confirmadas por su
« confesión de fojas 165, y que en suma constituyen esta,
« no son desatendibles, como se quiere, para salvar,
de toda responsabilidad á las personas, á quien el atribuye el pensamiento y aún la ejecución indirecta del crimen, de que él es acusado. Y mal-se puede aceptar esas declaraciones. en la parte en que el acusado revela que el fué quien hirió de muerte al doctor Varela, sin

(1) Ya lo han dicho los Agentes Fiscales, y se ha repetido hasta el cansancio, que las amenazas de Oribe dirigidas á Cabrera para que matara á Varela, no eran nada más que una farsa de Cabrera, puesto que, con haberse quedado en Montevideo estaba libre de dichas amenazas él y los suyos, que por otra parte residieron en dicha ciudad, hasta el año de 1848, fuera, completamente, de la influencia del referido general Oribe.

En cuanto á la participación de Iturriaga, ya lo hemos dicho que fué desmentida por aquel señor y no es el caso de volver á repetir aquí la misma argumentación que ya hemos expuesto en otro lugar referente á la diferencia existente entre un hombre honrado y un asesino, porque vamos á resultar más pesados que el señor defensor que está siempre con lo mismo.

Además, Cabrera, con la acusación á Oribe, oponía una excepción; y es un principio general de derecho, que el que opone una excepción tiene que probarla, y Cabrera no probó nada; por consiguiente, la acusación del susodicho Cabrera quedó inexistente como lo reconocieron los jueces en primera instancia, no molestando para nada al general Oribe, por resultar ridícula y absurda la acusación de un asesino vulgar que no tiene más base que su propia palabra. ¡Y cómo debe ser la palabra de los que matan por la espalda! Aceptar esto sería exponer á todos los habitantes del país á ir á la cárcel por el dicho del primer apache que cayera en poder de la policía.

Realmente que es disolvente la doctrina de la defensa. El odio puede explicar, únicamente, tan monstruosa afirmación.

Por otra parte, la Ley de Partidas que regía entonces dice:

“En pleyto mismo no puede ser ningund testigo”. (Part. 3.a, tít. 16, ley 18). Pero para la defensa, está visto, que no hay valla ante el furor que despliega para acusar á Oribe.

aceptar todos los demás hechos y accidentes, que comprenden esas declaraciones. La confesión judicial del acusado es indivisible; no hay hoy un criminalista que goze de alguna autoridad, que no establezca como un principio incontestable la indivisibilidad de la confesión del acusado; principio que es robustecido por la filosofía, por la moral y por la humanidad. Así, es preciso no dividir la confesión de Cabrera, aceptando solamente, lo que pueda dañarle, lo que pueda conducirle al patíbulo, lo único que pueda justificar esa saña pública, que se ha pronunciado contra él, por la prensa y en las conversaciones particulares, y desechar todo lo que pueda disminuir la odiosidad de la acción, de que es acusado. O es preciso aceptar íntegramente su confesión, con todos sus pormenores y explicaciones, ó desecharla totalmente. Solo pueden ocurrir dos casos en que pudiera nacionalmente admitirse la división de la confesión del acusado; y tales son, por ejemplo, cuando hay una fuerte presunción contra el hecho ó los hechos que se quieren dividir, ó separar de la confesión; ó bien cuando existe una prueba testimonial, que contradice esos hechos; pero aún así es necesario, que tanto la presunción, ó prueba, que debe dar lugar á la división, deben ser bien precisas y determinadas, porque es conveniente y rigurosamente justo; no separase ligeramente del principio cierto y universalmente reconocido en el día, de que la confesión del acusado es absolutamente indivisible. En vano sería citar casos prácticos que contradigieran este principio, porque los abusos, los errores ó las infracciones voluntarias de las leyes, no pueden ser jamás razones atendibles contra estas ni contra los principios justos, que de ellos se derivan según este axioma de exstricta razón: *legibus, non exemplis judican-*

dum est. La razón porque la confesión prestada en un acto y de una vez sola se reputa indivisible, de manera que no pueda admitirse en una parte y desechar en otra, es porque ella no se constituye sino de todas sus partes, las cuales son mutua condición más de otras; así como un objeto cualquiera dejaría de existir, tal cuales, si se le separaran sus condiciones ó calidades, del mismo modo el hecho confesado desaparecería, si se le quitasen sus accidentes, sus accesorios, ó los hechos subalternos que los explican. *Confessio dividi non debet*, se ha dicho desde aquellos tiempos, en que se escribían, en latín los axiomas del derecho. Así, pues, la confesión de Cabrera debe admitirse, como se ha prestado, y tenerse por verdadera, en todo lo que no se demuestre que es falsa, con pruebas suficientes; tanto más, cuanto que lejos de haber presunción alguna racional contra los hechos principales, que modifican el homicidio confesado por el reo, hay razones poderosas para formar muchas presunciones en favor de la verdad de esos hechos, y tales razones las he expuesto ya, aunque ligeramente, cuando he tratado de descubrir los motivos, que ha podido tener Cabrera, para la comisión del delito, de que es acusado. (1) Y esa confesión

(1) Lo que natura non da, Salamanca non presta, señor defensor. Aceptando sus propios argumentos, es decir, que en virtud de la indivisibilidad de la confesión, yo mañana mato á uno y digo que fué por mandato de fulano de tal, sea ó no cierto; y en virtud de la indivisibilidad de la confesión, como decíamos más atrás, tiene que aceptarse mi declaración, es decir: el hecho cierto y confirmado de que yo maté á uno, y la afirmación mía, sin pruebas ciertas, de que me mandó fulano de tal, á pesar de ser éste último una persona honorable y de gran figuración política en el escenario de su país; la reputación de un hombre honrado á merced de un miserable asesino y todo por ser indivisible la declaración.

Vaya, señor defensor. Con esa tesis brutal, todo hombre honesto podría ser acusado por un miserable y habría que creerle.

Por otra parte, según las leyes españolas que regían entonces, la confesión

además se halla confirmada, en cuanto á las excepciones que ha opuesto el reo, por las demás declaraciones, que he copiado, y por la voz pública, que, como en ninguna otra ocasión, se ha pronunciado desde el principio de este asunto, contra el verdadero autor del crimen. (1) Aún las personas más prevenidas contra el acusado, aún aquellos que más constantemente, y con mayor energía han pedido su castigo, reconocen y proclaman que Cabrera no ha sido sino un instrumento, dirigido por una voluntad, sostenida por todos los medios de

en materia criminal cuando era calificada, como la de Cabrera, dejaba de ser indivisible.

Con todo, señor defensor, teniendo en cuenta la intención con que usted se expresa, los hechos que forman la confesión calificada, no perjudican á terceros en el caso *sub judice*.

"Nadie puede ser testigo de sí mismo", dice una Ley de Partidas: lo que significa que todo aquello que se diga en beneficio propio (mandato de Oribe á Cabrera), debe ser probado (el mandato referido), por considerarse esto último como una excepción y el que la opone debe probarla.

El ilustre jurista Estéves Sagui, comentando las leyes españolas de esa época y en el libro titulado: "Tratado Elemental de los Procedimientos Civiles en el Foro de Buenos Aires", dice: "Así es que está dispuesto, que en los casos de confesión calificada, se tenga por cierto lo que se reconoce en contra del que la hace; y por dudoso lo que sea en su favor; pero concediéndole término y trámites para justificar esto último; en cuyo caso, resultando así, se complementa la indivisibilidad".

De acuerdo con esta opinión, se encuentran las leyes sobre la materia que regían en la época y que cita Sagui en la forma siguiente: Arg. de las Ll. 2, 3, 22 y 23. tít. 21, lib. 4. R. C. 32 L., tít. 16, Part. 3 y 7, tít. 8, lib. 2 F. R.

Por consiguiente, para que la confesión de Cabrera fuera indivisible, le falta probar con arreglo á las leyes citadas, que eran las que tenían fuerza legal en aquella época, le faltaba probar lo que declaraba en su favor (mandato de Oribe), y esto no lo probó nunca: porque los testigos que citó en su apoyo, lo desmintieron rotundamente. Todos los fiscales que intervinieron en este juicio, así lo reconocieron, como también el jurado y jueces respectivos.

Por lo tanto, señor defensor, lo único que queda en pie, son sus largas tiradas literarias, para probar lo que no puede probar, con lo que la ley exige en este caso. Busque otro recurso porque éste queda destruído.

(1) Basada en declaraciones ilegales, que no constituye prueba alguna por ser de oídas y en rumores propalados por el enemigo á base de odio y que la defensa llama voz pública.

seducción y de violencia. (1) Si se pide incesantemente su castigo por la prensa, es porque se espera ver reflejar de su condenación el nombre del poderoso que lo precipitó, á la perpetuación de ese crimen, que ha conmovido esta sociedad. Pero aún hay más datos todavía que dan todo el caracter de verdad á las excepciones del acusado, y á fin de que no pueda dañarle omisión alguna mía; voy á examinar esos datos. A fojas 109 vuelta declara Manuel Paez que hallándose en la pesca de Lobos « trató de presentarse al general Urquiza, y en efecto se dirigió desde Castillos hasta la punta de Yeguas á pedirle protección porque sabía era buscado, por considerarlo complicado en el empastelamiento de la Imprenta del « Comercio del Plata », sobre cuyo suceso nada debe, « sino que Estéban Arbelo le propuso un día para que entrase á la imprenta á deshacerla y estropearla, por recomendaciones que había tenido del Campo enemigo, según recuerda que dijo, y como el declarante no se prestase á ello, habló á un tal Birivilla, que ha sabido fué fusilado, quien fué por la noche del mismo día; y abriendo la puerta con un clavo torcido, entró á la Imprenta y toda la deshizó é inutilizó, lo que sabe el declarante, por haber ido con él hasta la puerta, donde se retiró inmediatamente, por lo que se enojó Biribilla, porque no lo había querido ayudar: que sobre este hecho no quiso dar parte, porque temía que lo agarrasen en la mar, cuando saliese á la pesca: que un día hallándose el declarante con Estéban Arbelo, en una pulpería frente á la muralla, vió éste que andaban celadores por su casa, buscando, y le dijo al

(1) Todas esas personas, son conocidas, únicamente por la defensa, como son igualmente los anónimos que quiere hacer tragar á los jueces á semejanza de pruebas.

« exponente que se fuese con él, pues lo habían de
« perseguir también, aunque más no fuera, porque andaba
« mucho con él, y que no temiese de nada, porque le
« daría todo lo necesario, por lo que el deponente asus-
« tado siguió el consejo y se fué con él hasta el Buceo,
« ocupándose allí en trabajar, como hasta ahora ». Y
á fs. 110 vta. añade: « que estando el declarante y
« Estéban Arbelo una tarde en un boliche, que tenía el
« declarante, cerca del Baño de los padres, donde estaba
« Cabrera, y después de haberse retirado éste, le dijo
« Arbelo al deponente: *sabes á que ha venido éste?*
« (porque efectivamente iba y venía continuamente del
« Buceo) á matar á Varela: que entónces el deponente
« le dijo que sería bueno dar parte, lo que aprobó, Ar-
« belo, pero después convinieron en no hacerlo, porque
« estarían continuamente amenazados, y espuestos á per-
« der la vida, especialmente el declarante, que se ocu-
« paba en la pesca y fácil sería el tomarlo ». Manuel
Paez, Mariano Hernández y Federico Suárez fueron re-
mitidos presos los tres juntos; y juntos también se ocu-
paban de la pesca en Castillos. Ya hemos visto quien es
Manuel Paez, ya sabemos que Federico Suárez, es uno de
los hombres que acompañó á Cabrera para matar al doc-
tor Varela, y que regresó con él al campo sitiador; que fué
declarado cómplice de ese delito por su hermano Antonio
Suárez, y su hermana María del Carmen, y un cuñado
Juan Silva y otros tantos testigos (fojas 61, 67 y 69, vta.)
(1) Ahora bien, ¿con qué permiso pescaban en Casti-

(1) Por haberlo oído á terceros, declararon los testigos Antonio Suárez, María del Carmen y Juan Silva en la forma indicada en el proceso: es decir, que se guiaron, para declarar, por habladurías, cosa que no tiene fundamento ni seriedad.

En cuanto á Federico Suárez, éste desmintió á Cabrera y á su hermano An-

llos estos tres individuos? Suárez lo dice « á fojas 105
« declarando que actualmente estaba pescando en Cas-
« tillos en un bote-barca, nombrado Nueve de Julio,
« que pertenece á Manuel Paez; que se halla preso en
« esta cárcel, junto con el deponente, y que trabajaba
« por orden de don Manuel Oribe, quien recibía la ter-
« cera parte de los cueros de dos pelos, y todos los de
« un pelo, repartiéndose del sexto entre toda la tripu-
« lación ». Se vé pues que Suárez el cómplice de Ca-
brera y Manuel Paez, compañero del célebre Esteban
Arbelo, agente principal del asesinato del doctor Varela (1)
y del empastelamiento de su imprenta, y además de
compañero de este, cómplice de Biribilla á quien acom-
pañó hasta la imprenta; se vé repito, que esos dos in-
dividuos tenían del general Oribe la comisión ó privilegio
de pescar lobos, con quien se répartían el fruto de la
pesca. ¡Qué casualidad! fijarse el general Oribe en esos
hombres para hacerlos sus socios en el negocio de la
pesca de Lobos! en esos hombres que tanta parte han

tonio y fué puesto en libertad por el Juez. ¡Y todavía la defensa habla de
Federico Suárez! ¡Esto es ya incalificable! ¡Qué mistificación!

La declaración prestada referente á hechos, por haberse oído hablar de estos
hechos, es nula. Esto lo sabe cualquier leguleyo.

Las leyes de Partidas que regían en aquella época, dicen terminantemente:

“Mas si dixere que la oyera dezir á otro, no cumple lo que testigua; fueras
ende en pleyto, é en posturas que los omes pusiesen entre sí unos con otros
en que vale el testimonio de oyda quando es fecho en esta manera; que diga
el Testigo: Yo vi, é oy á Fulano é á Fulana, fazer tal pleyto, é tal postura:
mas si dixere el testigo tan solamente, que oyera dizer á otro alguno, que tal
ome, é tal pusieran tal pleyto entre sí en esta manera, ó que un ome matara
á otro; tal testimonio non deve valer, porque el testigo depone de oyda”.

(Partida 3.a, Título 16, Ley 28).

La ley que acabamos de citar es expresa y terminante sobre el punto en
cuestión é invalida todas las declaraciones de este cuasi cómico proceso. Por
eso las referidas declaraciones no fueron tomadas en cuenta por ser con-
trarias á la ley.

(1) ¿Cuándo declaró Arvelo? A dónde? Es decir, que ya no solo la de-
fensa quiere que se acepten los testigos de oídas, sino también los inventados
por Cabrera y C.ia

tenido, como se vé de sus declaraciones, en los dos crímenes, en el que actualmente se persigue y en el que ejecutó Biribilla! Cualquiera se creería autorizado para creer que el general Oribe había premiado á esos dos hombres con la pesca de Lobos, habiendo como hay una obstinada persuasión en el público, de que dicho general es el autor ó mandante de esos delitos. (1) Se ve también de la declaración de Paez, que Arbelo, Biribilla y él tuvieron parte en el empastelamiento de la imprenta del Comercio del Plata, por encargo que recibió del campo enemigo, el primero. De modo que desengañado el autor ó autores del asesinato del doctor Varela de que había en Montevideo otra ú otras personas que pudiesen suceder á aquél en la misión que desempeñaba, trataron por un golpe decisivo sino anonadar la prensa de Montevideo, al menos suspender sus trabajos, y para el efecto fué comisionado Arbelo, Biribilla y Paez, para la comisión de ese nuevo delito, que pagó solo el desgraciado Biribilla. Podrá nadie creer que estos hombres, espontáneamente, y solo por un propio interés, se lanzaron á la perpetración de ese delito, que sólo aprovechaba el partido político, opuesto al que defendía la prensa de Montevideo, ó más propiamente, al jefe de su partido. (2) De cuando acá unos pobres canarios marineros habian tomado parte en los asuntos políticos, jugando en empresas peligrosas sus vidas? Podría nadie creer, repito, que esos marineros

(1) Lo que cualquiera vé, es la mala fé de la defensa, que quiere sacar partido de todo. Suárez fué puesto en libertad, porque no se le pudo probar nada. En cuanto al negocio con Oribe, para el caso de ser cierta no tiene nada de particular porque demasiado tenía que hacer este general para ocuparse minuciosamente de la calidad de los individuos que utilizaba, averiguando si habían hecho bien ó mal al enemigo: esto último, lo del mal, no podía ser delito.

(2) Eso no es cierto. A quien aprovechaba, era al elemento riverista contrario al grupo de emigrados porteños á quienes trataron de concluir en varias revoluciones como se verá más adelante. La gente del Cerrito sabía que con empastelar una imprenta no se sacaba nada, puesto que el tipo era otra vez repuesto como así aconteció. '

canarios estuvieren interesados en que hubiere en Montevideo, al frente de la prensa, hombres de talento, y después que no se redactare, uno de sus diarios con habilidad. Nadie podía siquiera suponerlo sin atraer sobre sí una acusación de locura. Creo que si tuviera á la vista el proceso formado á Biribilla, podría poner en evidencia que el empastelamiento de la Imprenta del « Comercio del Plata », como el homicidio del doctor Varela, han tenido un mismo origen, como es público y notorio en esta capital, y como se deja ver más probablemente en esta causa. De la declaración, de Manuel Paez se ve también, que Estéban Arbelo, se encargó de llevarlo consigo, y mantenerlo cuando huyeron de esta ciudad, para andar buscando á Arbelo unos celadores ¿De dónde sacaba este tanto dinero, para mantener á Paez y corromper á Birivilla, pues no puede suponerse que este desgraciado se precipitó al crimen, que cometió, gratis y por dependencia á Arbelo, mucho más cuando el atentado era peligroso? Consta también de la declaración de Paez, que él y Arbelo, supieron el designio de matar al doctor Varela, que trajo Cabrera del campo sitiador, y sin embargo lo callaron, *porque estarían continuamente amenazados y espuestos á perder la vida, especialmente el declarante, que se ocupaba en la pesca y fácil sería el tomarlo.* De quienes estarían amenazados continuamente? quién podía tomar á Paez, cuando anduviere pescando? Por cierto que ningún peligro tenían que temer de los habitantes de Montevideo, por la revelación que hubiere hecho del intento de Cabrera, estando como estarían á cubierto de toda persecución ó ataque, por la protección de las autoridades de la plaza y por el respeto público que hubiera inspirado su revelación. Si se admite que algunos otros Canarios podían amenazar su

vida por ese hecho, es preciso admitir que había una banda de asesinos organizada entre los marineros que iban y venían al Buceo; para hostilizar á la plaza; debiéndose por lo tanto admitir todas las consecuencias, que podían derivarse de esa circunstancia, que en todo caso sería preciso probar primero. El hecho es que Paez temía ser tomado en la mar, y solo podía tomarlo una autoridad pública, ó por su mandato, y se ve que esa autoridad no podía ser de Montevideo, desde que el hubiere hecho un servicio á su causa, salvando de la muerte á un primer escritor público. Sin embargo de la participación de Arbelo y Paez, en el atentado de Bibrilla, que favorecieron, y en el de Cabrera, que silenciaron, esos dos individuos están en libertad, como otros cómplices de Cabrera, sin cuya cooperación este no hubiere cometido el delito de que es acusado. (1) Yo juzgo con razón quizás, que la causa que obligaba á estos Canarios, á prestarse como instrumentos ciegos de estos crímenes ó á silenciarlos, era la necesidad que tenían, para vivir, de viajar de esta ciudad al Buceo, á donde no podían acercarse sin correr riesgo de pagar caro su falta de prudencia, exponiéndose á la venganza y persecución de los que ordenaron esos crímenes. No debe olvidarse que Arbelo y Paez, por declaración de éste, se fueron al Buceo después del empastelamiento de la imprenta del Comercio del Plata, y que lo mismo ha dicho Cabrera, respecto de Arbelo, en la foja

(1) Pero, ¡qué imaginación la del señor defensor! Habla de Suárez, atribuyéndole casos ciertos que éste los desmintió y que por eso fué puesto en libertad; de un tal Arvelo que nadie conoció y que posiblemente nunca existió y de Manuel Paez, cuya deposición como testigo no tiene valor alguno, puesto que está basada en díceres que no ha podido probar. Por esos fundamentos, la justicia no le dió importancia á la referida declaración de Paez.

110. (1) D. José Agustín Iturriaga declara « á fojas 160 que
« conoció á Cabrera con motivo de haber sido algún
« tiempo encargado por el general don Manuel Oribe,
« para expedir las licencias, para esta capital, á los due-
« ños de las embarcaciones pequeñas, que hacían el
« tráfico para este puerto, y siendo Cabrera uno de los
« hombres de mar, que se ejercitaba en esta navega-
« ción, según supone, ocurría con frecuencia á solicitar

(1) ¡Hombre! Se iban á quedar en Montevideo para que los condenaran. Valiente ocurrencia.

El empastelamiento de la imprenta del "Comercio del Plata", no tuvo otro origen que el odio profesado á los argentinos, contrarios á la paz, por el elemento riverista de la Defensa.

La colonia argentina tenía gran influencia en todo lo que se relacionaba con la intervención extranjera. El doctor Varela redactaba muchos de los documentos que se enviaban á los ministros extranjeros. La sublevación del comandante Larraya, la muerte del coronel Estivao y el paseo de su cabeza por la negrada sublevada dentro de los muros de Montevideo; la renuncia del coronel don Venancio Flores de segundo jefe de las armas, como así también el pedido de pasaporte para irse al extranjero, lo mismo que su demanda de baja absoluta del ejército, agregado todo ello al destierro del general Rivera para el Brasil y el pedido del ministro de la Defensa, en aquella Corte, doctor Andrés Lamas, de que aquel general fuera encerrado en la Fortaleza de Santa Cruz, prueban acabadamente la rivalidad existente entre el elemento dirigente de la Defensa de Montevideo.

El elemento civil de la Defensa contaminado por el elemento unitario porteño que quería prescindir de los caudillos para evitar que estos, todos orientales, pudieran arreglarse con el general Oribe y fracasar ellos, por consiguiente, en su plan de odio á Rosas y persecución de su ruina que en realidad no buscaban otra cosa, trataron de fundar la "Asociación Nacional", asociación que tendería más tarde á barrer del escenario político uruguayo á los caudillos orientales: pues, no podían olvidar el golpe que les había asestado el general Rivera, al eliminar como jefe de la Defensa, al general argentino don José María Paz.

El general Rivera, el viejo jefe del partido colorado, cuyo nombre estaba unido á todos los hechos de aquella agrupación política, desterrado del país al extranjero con el mote de ladrón de los dineros públicos, de caudillo arbitrario y desconocedor de la ley, de jefe capaz, únicamente, de mandar gauchos alzados y todo esto dicho por elementos civiles y de gran figuración en la Defensa, como se puede ver en los documentos de la época é insertos en nuestro libro sobre el general Oribe, estudio científico acerca de su personalidad, es cosa que da á comprender que ya no había orientales dentro de los muros de Montevideo, y los que habían, estaban influenciados por el extranjero. Como consecuencia de toda esta ingratitud, como consecuencia del servicio póstumo que le hacían los hombres de la Defensa al viejo y querido jefe del partido colorado,

« licencia, y que este es el motivo por el cual lo ha
« conocido ». Habiéndosele leído la primer declaración de
Cabrera que hace referencia á su persona, dijo: « que
« aunque no se consideraba obligado, después de los
« desenlaces de los sucesos políticos en Octubre del
« año pasado á responder á investigaciones, que tengan
« por objeto complicarla, en asuntos de una naturaleza

al que le había dedicado toda su vida y energías, vino como represalia á tan negra ingratitud, el empastelamiento del diario porteño y quizá no fué todo eso lo que armó el brazo de Cabrera, cuya culpa trató después de discernirse al general Oribe, como cabeza propiciatoria de todas las infamias cometidas por el enemigo.

Un distinguido publicista uruguayo, relata aquellos episodios en la forma siguiente:

"El año 1846 Rivera había recobrado el poder en Montevideo por medio de una revolución hecha al grito de: ¡ Viva el general Rivera! ¡ Mueran los porteños! ¡ Muera Pacheco! Y triunfando por medio de la violencia y de crímenes, que se iniciaron con la muerte del mayor Vedia y del coronel Estivao, llenaron la ciudad de cadáveres y hubiera sido exterminada la Legión Argentina si no hubiera sido por el Regimiento 75 inglés que protegió su paso á la aduana y su embarque. Esa revolución puso en libertad al general Enrique Martínez, á Pérez, Barreiro y otros riveristas á quienes habían encarcelado los conservadores, así como libertaron también á Bustamante, secretario de Rivera, á quienes los mismos habían destinado á soldado raso.

"Los almirantes franceses Lainé, é inglés Ingletfield, asumieron por algún tiempo el mando de la ciudad, y desembarcaron nuevas fuerzas para cubrir las trincheras. De manera que el año 48, cuando la misión Gore - Gros, la fracción conservadora anti - riverista que dirigía el doctor Varela era un esqueleto, que alejados César Díaz y Tajés por los riveristas no contaba ni siquiera con un jefe militar; ya el año 1847 había confiado el mando de la plaza á don José Garibaldi. Siendo esto demasiado escandaloso y la exhibición más evidente del extranjerismo dominante en una plaza que no tenía un militar que la mandase, las tropas se resistieron á obedecerle al jefe legionario italiano, y el batallón 2 de línea se sublevó; Garibaldi renunció á los doce días, y el Gobierno pidió al almirante Lepredour: "que tomase las disposiciones que son consiguientes "á la seguridad general". Rivera comprendiendo que en la campaña le era imposible triunfar, no satisfaciéndole con arreglo á sus hábitos y sus medios la posesión única de la ciudad y mucho menos puede decirse, estando en manos de los extranjeros, empezó á abrigar deseos de paz y de advenimiento con Oribe. Rivera creía con razón que nadie podía disputarle á él con buenos títulos la representación del partido colorado que él había fundado, que lo había acompañado á derrocar é imponer gobiernos, que lo había aclamado cuando bajaba á Montevideo á cambiar funcionarios y se retiraba en medio de los aplausos de los colorados al tranco de su parejero, y que había sancionado siempre todos sus excesos.

"La verdad era que el poco grueso que existía del partido colorado lo consti-

« semejante dirá sin embargo que es falso cuanto al « declarante se refiere en las citas de Cabrera ». Así será, señor Juez, pero esa referencia al *ocho de Octubre*, era invocación innecesaria de esa, fecha, esa mención

túan los riveristas y que los conservadores que lo combatían, eran apenas un círculo pequeño, sin jefes, sin soldados y sin opinión, y entregados por completo al extranjero, en el cual fundaban sus esperanzas, sembrando la discordia entre los dos partidos tradicionales del país. Fué animados de estos sentimientos que á continuación de la misión Gore - Gros y estando Rivera en campaña, los riveristas decidieron lanzarse á la revolución en las calles de Montevideo en favor de don Manuel Oribe. El general Enrique Martínez, colorado, aunque argentino, era reconocido como ultra - riverista, había sido arrumbado y vejado por los conservadores, y él fué el jefe del movimiento. Era guerrero de la independencia, y lo adornaba el combate de Guardia Vieja, que ganó á la bayoneta en los Andes contra los realistas, siendo sargento mayor. Lo secundaban los oficiales de la revolución riverista del año 46, y reunidos con los coroneles Bernardo Dupuy, Juan P. Rebollo, comandante José M. Carbajal y teniente Ramírez, se dirigieron á la plaza Constitución y tomaron el Cabildo y la Sala de Representantes: á los gritos de: ¡Viva la unión de los Orientales! ¡Vivan los generales Oribe y Rivera!

"Se le incorporó mucha gente en la confusión de los primeros momentos. El Gobierno al ver lo que pasaba se dirigió á los agentes extranjeros. Don Joaquín Suárez había presidido el gobierno de Melchor Pacheco y Obes cuando la revolución de Rivera, el 46, acató los sucesos y continuó como riverista; al ser vencida la revolución riverista del 48, se puso en contra de Rivera, al lado de los conservadores. La base de la revolución había sido el Batallón 1.º de línea que en parte llevó el teniente Ramírez á la plaza Constitución.

"Á la solicitud del Gobierno el Agente francés y los jefes italianos se dirigieron á los cuarteles de las legiones extranjeras, pusieron á éstas en acción, y ahogaron en sangre el movimiento matando al teniente Ramírez y á muchos otros. Los jefes principales se ocultaron en consulados y otros puntos. El general Martínez, aprehendido en la Sala de Representantes, dijo que había acudido allí sin saber de lo que se trataba. El movimiento fracasó por haberse anticipado de un día sin prevenirlo á las fuerzas del Cerrito, que les habrían dado protección y habrían asegurado el éxito operando simultáneamente. De esa manera el deseo de fraternidad de los últimos orientales de la Defensa, era defraudado por los extranjeros guiados por el círculo conservador que apoyado y contando sólo con el extranjero había ido á su vez alejando de la Defensa todo lo que era oriental, todo lo que en un principio pudo darle una sombra de partido, de beligerancia y de nacionalidad.

"Así disponían los extranjeros de la voluntad de los hijos de la patria y así se consumó la tercera ignominia de la Defensa cuando la misión Gore - Gros imponiendo la voluntad extranjera dentro de la plaza sobre los restos de la nacional colorada; por medio del Agente francés, de los jefes italianos y de las legiones extranjeras".

Ahora decimos nosotros: ¿Todos estos odios no podían haber armado el brazo de Cabrera declarando, sin embargo, que lo mandó Oribe por habérsele dicho que así se salvaría?

de los *sucesos políticos desenlazados*, esas *investigaciones que tienen por objeto complicarla*, que significan en la declaración de Iturriaga? Si fué falso que él tuviese algo de *común* con Cabrera, en la comisión de su delito, para él mejor que para otro, el delito de Cabrera debe ser común. Entonces él no tenía más que hacer que negar redondamente el hecho; pero cuando, al revés, ocurre al *ocho de Octubre, á los sucesos políticos desenlazados y á las investigaciones complicadoras*, es porque tiene el delito de Cabrera por político, y teniéndolo por tal, es porque le reconoce el origen, implícitamente que Cabrera le da;— Yo apostaría á que de cien personas imparciales, que leyesen la declaración de Iturriaga, no había una sola que no reconociese, que con esa declaración, más ha confirmado las declaraciones diversas del acusado, que repelido ó negado la participación, que Cabrera le atribuye en el delito en cuestión. (1) Pero aún hay, señor Juez, un documento más importante que todos los datos del proceso; el constituye la defensa completa del acusado.

Ese documento es la expresión de la sociedad, representada conforme lo prescribe la ley. No se me puede rechazar esa autoridad, sin quitar á Cabrera el medio más fuerte y eficaz para hacer su defensa. Don Jacobo Varela, representando á la viuda de su hermano, pidió al Juzgado, que hoy precide, V. S. que ordenase se citaran por edictos á ciertos individuos, citados en el sumario, y contra quienes se había librado orden de prisión. El

(1) No teniendo de que echar mano la defensa, entra en el terreno de los prejuicios, dándole á la palabra de los demás, el significado que se le antoja.

¿Por qué Iturriaga haya dicho que el delito es político basado en las versiones de la época; de que lo mandó matar á Varela el elemento riverista, es esto suficiente para que esa afirmación de Iturriaga se tome en otro sentido? El prejuicio no es permitido á nadie, señor defensor, y menos en las cuestiones judiciales: esto es elementalísimo.

Juzgado no hizo lugar á esta solicitud, resolviendo además otros puntos, de que prescindiré con el fin de abreviar este escrito. Don Jacobo Varela apeló de este auto y el Juzgado concedió el recurso solo en relación. Elevada la causa al Superior Tribunal S. E. la mandó pasar en vista al Fiscal General, nombrando al abogado don Ambrosio Velazco, para que lo fuese especial en esta causa, por no haberlo titular. El señor Velazco se espidió con un exceso de razón en la apreciación del crimen, y lo clasificó de una manera tan favorable al reo, que por esa razón he llamado á esa vista Fiscal, á esa pieza importante, el medio más fuerte y eficaz para la defensa de Cabrera. Prescindiendo de algunas frases de esa vista, que parecen dictadas, por pasiones, á que debe ser superior el Fiscal General de un estado cualquiera, el doctor Velazco ha dado una prueba en ella de que es un abogado hábil é inteligente, (1). El ha pedido al Superior Tribunal, lo que solo competía pedir el Agente Fiscal á V. S. en el estado competente de la causa, que fué cuando se le dió vista de ella, para que acusase, si encontraba razón para ello. Pidió, repito, el señor Fiscal *ad hoc* al Superior Tribunal, que adoptase una resolución definitiva que pusiese término á esta causa, en su estado de entónces, para no dar lugar á que el pernicioso ejemplo de su prosecución diere mérito á que se reprodujeran otros, renovando hechos, que han sido el efecto inmediato de los odios de partido; y « que en el « caso de no dictar una resolución de esa naturaleza, « prescriba al menos que en esta causa se omita toda « investigación, tendente á dar al hecho que lo motiva, « el carácter de delito político, porque de no hacerse

(1) Esa vista es muy importante, como ya se ha visto.

« así, los tribunales no podrán conocer de ella, etc. » El señor Velazco á fin de sepultar en el misterio la causa, que produjeron el homicidio del doctor Varela, quería que el Superior Tribunal funcionase en la esfera de las atribuciones de V. S., en la causa, cuando ella había subido solamente en apelación de un auto esencialmente interlocutorio, ó bien que calificase el delito, funcionando también en la esfera de las atribuciones de V. S., ante el estado competente de la causa, prejuzgándola, y como juez de derecho, cuando solo corresponde á los jueces del hecho; junto con el de derecho, la apreciación de los hechos, que son materia de la causa, y eso al tiempo de sentenciarla en definitiva. Pero siendo las reflexiones de la vista que me ocupa, tan favorables al reo, ruego al Juzgado se sirva hacerla leer en el juicio público en que se ha de ver esta causa, para que los S. S. Jurados puedan apreciar la fuerza de sus conceptos en lo que respecta, á la conveniencia de que esta causa se termine sin fallo alguno condenatorio, á fin de impepir que, si se ha tenido la suerte de terminar la guerra civil, por medio de las armas, no se empieze otra, no menos funesta, de procesos, (1). El Superior Tribunal mandó devolver la causa á este Juzgado, confirmando el auto apelado en la parte que no hacía lugar á la citación por edictos, que había solicitado la parte de Varela, revocando la orden de prisión contra Iturriaga, que había decretado este Juzgado, y ordenándole que procediese á tomar á los que considerase reos, sus respectivas confesiones.

Formadas estas á Cabrera y Suárez, siendo éste puesto

(1) Muy bien, señor defensor. Pero para eso no hay que proceder por medio de argumentos ficticios á fin de sacar consecuencias falsas que puedan despertar nuevamente aquellos odios,

en libertad, acto continuo el agente fiscal, usando de la vista de la causa, que se le confirió, acusó á Cabrera y pidió la pena capital. Conferido traslado de la acusación al defensor del reo, lo evacuó mi antecesor, negando competencia á V. S. para continuar en el conocimiento de ésta causa. Creo que mi antecesor cometió aquí un grave error; pues si él entendía que los Tribunales de la República eran incompetentes, para juzgar á Cabrera, debió deducir ésta excepción sin evacuar el traslado que V. S. le había conferido, pues por el hecho de hacerlo, reconocía la jurisdicción de V. S. y se sometía á ella tácita é implícitamente, al paso que esplicitamente se la negaba, V. S. confirió traslado de este escrito, al agente fiscal, quien lo evacuó diciendo: « que
« si la cuestión propuesta por el defensor ha debido
« tener lugar en la presente causa, ella fué puesta á
« consideración 'del Superior Tribunal de Justicia por el
« Ministerio público, en el parecer fiscal de fojas 144 á
« 148. El mismo Superior Tribunal en su auto de fojas
« 148 á 149 desestimó la excepción que ahora opone
« el defensor, mandando — *que el juez de la causa pro-*
« *cediese á tomar á los que considerase reos sus res-*
« *pectivas, confecciones, etc.* ». En primer lugar no es exacto que el señor fiscal *ad hoc* pusiese en consideración del Superior Tribunal la cuestión que mi antecesor suscitó ante V. S. porque este ha sostenido que siendo el delito, de que es acusado Cabrera, puramente político, los tribunales de la República no pueden juzgarlo, al paso que el señor fiscal *ad hoc* solicitó que se suspendiere la causa, porque era imprudencia, seguirla. no debiendo ser sobre todo el argentino Varela de mejor condición, que los orientales que habían sido fusilados por la espalda en esta capital, para que se hi-

ciere á aquel una ovación ó espiación sangrienta, que á estos no se les acordaba. Lejos, pues, de negar á los Tribunales de la República el derecho de juzgar á Cabrera, pide al Tribunal Superior que sobresea en la causa por las razones mencionadas. No se puede sobreseer en una causa, no teniendo jurisdicción para juzgarla. Tampoco el Tribunal la excepción deducida por mi antecesor, porque no habiendo sido opuesta todavía por la defensa del acusado, á quien solo correspondía oponerla. Siendo ella justa, mal pudo el Tribunal Superior resolver esa excepción. Lo que hizo, fué lo que debía hacer; es decir dejar que V. S. el verdadero juez de la causa procediese con arreglo á derecho, pues de lo contrario había atraído así el conocimiento de una causa, que no le correspondía juzgar por su estado, mucho más cuando solo había subido en relación, sobre un incidente de remota conexión con lo principal de la causa. Así hubiera resuelto otro punto cualquiera de ella, distinto del que fué sometido á su superior resolución hubiera prejuzgado esta causa é incurrido en insalvable nulidad, de que está muy distante su sabiduría. Al mandar á V. S. que tomare la confesión á los que resultasen reos, á juicio de V. S.; no calificaba el delito, que se persigue, porque ello no importaba reconocer el Superior Tribunal, que había reos, tanto más cuanto solo á V. S. correspondía resolver si los había ó no, y no á aquel Superior Tribunal; no habiéndose suscitado ante él esta cuestión. Así pues, el Agente Fiscal no ha tenido razón para decir que « el Supremo Tribunal, considerando esta « causa, como formada por un crimen común, reconoce « ó declara que hay reos presentes, mandando que se « les tome confesión á los que el Juez respectivo considere tales ». Estas últimas palabras del Agente Fis-

cal están diciendo que el Tribunal Superior no ha hecho semejante reconocimiento de reos, desde que deja esa declaración al juicio del juez de la causa, pues si el se hubiese creído con derecho para hacer esa declaración ó hubiere querido hacerla, hubiera dicho terminantemente; tómese la confesión al reo Fulano ó Sutano. Y sin embargo V. S., adhiriendo á la opinión del Agente Fiscal, consideró en su auto de fs. 117 vta. que no había en la causa otro fundamento para dar carácter político al crimen de que es acusado Cabrera, que el dicho aislado de este, que el auto Superior del Tribunal de Justicia ha caracterizado lo bastante la presente causa, y trazando la senda que debe seguirse en la sustanciación de ella: que en esta virtud se declaraba que el crimen, de que es acusado Cabrera, es de los comunes, por lo que V. S. ordenó al Defensor contestase derechamente á la acusación. Esta sentencia, señor Juez, es el punto de partida que yo buscaba en esta causa, á través de las ciento setenta y ocho fojas que he recorrido. La buscaba para decir á V. S., con todo el respeto que corresponde, que ella es insanablemente nula; que, como defensor de Cabrera, me encuentro habilitado para reclamarla en cualquier tiempo, por que la nulidad que él la envuelve es de aquella naturaleza que hace perpetua la excepción que nace de ella. Ruego á V. S. tenga para oirme toda la paciencia y moderación, que la ley recomienda á los jueces, cuando se les habla con el respeto debido y arreglado á derecho, mucho más cuando se trata de derribar una cabeza. He dicho que la sentencia de V. S. es nula, y voy á demostrar que lo es, 1.º por la inexactitud de sus fundamentos, 2.º porque V. S. no tiene facultad para pronunciarla (reitero más respetos); 3.º porque ella ha sido pronunciada importunamente, y antes de la sustan-

ciación competente de la causa. He dicho que los fundamentos de la sentencia de V. S. son inexactos, porque el primero de ellos establece « que en esta causa no « hay otro fundamento para darle carácter político, al « crimen de que es acusado Andrés Cabrera, que el di- « cho aislado de este » V. S. ha olvidado además la declaración de Federico Suárez, la de su hermano Antonio Suárez, las de los cuatro testigos Sagra, Rodríguez, Medina y Ambarede, que importan la declaración extrajudicial de Sienra, que se conforma con muchos datos y pormenores del sumario, y es además confirmada por las de Federico Suárez (1) y Cabrera; á las que debe agregarse la de Manuel Paez, la de Enrique Santos y otros muchos hechos y circunstancias, que he mencionado en el curso de este escrito, y con los que he probado que el delito cometido por Cabrera es puramente político; porque él no ha tenido por objeto aniquilar al hombre llamado Florencio Varela, sino al ilustrado redactor del « Comercio del Plata, (2) y robustece todavía más esta idea, el atentado que cometió Birivilla, empastelando la imprenta de ese diario, siendo él cómplice y compañero, de los cómplices y compañeros de Cabrera, Arbelo y Paez; (3) todo lo que muestra que este número de

(1) ; Otra vez, señor defensor! ¿No se ha dicho hasta el cansancio que Suárez desmintió á su hermano, lo mismo que Sienra á Sagra y Rodríguez, y que la declaración de los demás no tiene valor porque éstos dicen que oyeron tal cosa sin indicar á quién se la oyeron? ¿Cree usted que el Juez era algún abogadillo chicanero para tomar en cuenta esas declaraciones sin fundamento? Realmente que es usted pesado.

(2) Lo dice la defensa y esto basta. Hay que creerlo porque su palabra es infalible apesar de las pruebas contrarias.

(3) Lo de Birivilla no debía mencionarse, porque fué una gran injusticia el fusilamiento de ese pobre diablo que no sabía firmar y que fué víctima de un sumario instaurado por la policía de una ciudad sitiada, donde años atrás se había levantado el cadalso en donde pereció injustamente Baena.

personas estaban comprometidas, por razones poderosas, para hacer cesar aquel diario, como matando á un redactor, ya destruyendo su imprenta. Y esta verdad se hace más evidente, si se recuerda la declaración de Madero que revela que como ocho días antes de la muerte del doctor Varela, se le remitió una carta de la línea, encontrada en las avanzadas, en que se le preveía que si no se desdecía en lo que había escrito contra el Presidente Oribe, lo habían de matar, carta que siguió talvez á este artículo, del « Comercio del Plata », del 10 de Marzo de 1848, segunda página y que transcribo aquí para no dejar duda alguna sobre el carácter del delito que se va á juzgar. El doctor Varela decía en un diario en la fecha que precede. « Con un sentimiento fácil de
« comprender, pero sin dolor alguno, tenemos que anun-
« ciar á nuestros lectores, nuestra propia muerte, é in-
« vitados á nuestros funerales, que deben tener lugar en
« la costa del Miguelete, si es que el señor Presidente
« de aquellas chacras lo permite. El día 7 del corriente,
« á la tarde, fuimos solemnemente fusilados en la calle
« de la Restauración, habiendo aprobado don Manuel
« Oribe la sentencia, según hemos tenido noticia cierta.
« Nuestros lectores tendrán de hoy en adelante, que
« prestar mayor fé á cuanto le digamos, pues nuestra
« voz vendrá del otro mundo, y la voz del otro mundo
« es siempre voz de la verdad ». Este artículo es una prueba de las amenazas de muerte que se hacían constantemente al redactor del « Comercio del Plata ». (1)

(1) Realmente que hay que armarse de paciencia para seguir á la defensa en todas sus argumentaciones, que no tienen más base que la del aereoplano girando en el espacio.

Ya le hemos dicho á la defensa, que en aquella época terrible todo el mundo estaba amenazado de muerte.

El general Oribe hubo de ser envenenado por el enemigo en el propio Cerrito

Varela prometió hablar desde el otro mundo á sus lectores, y parece que así lo hizo, revelándoles á todos el nombre de su asesino pues todos al mismo tiempo se pusieron de acuerdo sobre el nombre de este y el sitio en que se escondía. Nadie hablaba de Cabrera sino como de un ciego instrumento. El segundo fundamento de la

de la Victoria. El coronel Lasala conservaba en su bolsillo una cartulina que le habían enviado de Montevideo y en la cual se veía á la efígie de la libertad sonriente y alegre, colocando en las murallas de Montevideo la cabeza ensangrentada de dicho coronel y la del general Oribe.

Nuestra abuela, doña María Josefa Ramírez de Oribe, recibió varias cartas de Montevideo, en donde se le comunicaba estuviera alerta, pues había un plan fraguado por los de la plaza con el objeto de robarle sus hijos varones, como medio de obligar al general Oribe á llevar á cabo ciertos actos. Tuvo tanta repercusión este hecho en la familia, que los Madriaga al servicio del general Oribe en número de veinte y uno, entre sobrinos, hermanos, etc., fueron dedicados en número crecido al cuidado de los hijos de don Manuel Oribe y sus sobrinos, los hijos de doña María Josefa Ramírez, esposa del general Ignacio Oribe, que fueron llevados al Cuartel General y entregados bajo la vigilancia de gente de confianza á pesar de que ya eran muchachos grandes.

Estos hechos nunca los hubiéramos relatado sino nos obligara á ello la insistencia de cierta gente, que hasta del anónimo quieren sacar pruebas para manchar la reputación de nuestras personalidades. Y fué precisamente que estando en el Cuartel General los sobrinos de don Manuel Oribe, Ignacio, Juan Pedro y Francisco, que se produjo el hecho del envenenamiento de la comida, la que al ser servida al oficial de guardia, le dió á éste un síncope, comprobándose, entonces, que aquel accidente había sido producido por intoxicación, lo que obligó á exclamar al general Oribe, una vez que tuvo conocimiento del hecho: "No quiero que mis sobrinos vayan á correr peligro, siendo inocentes de todo lo que pasa", y desde ese día fueron entregados al alférez Oliver, el que los conducía á comer á la casa de la madre de ellos ó á otra de confianza y amistad de la familia.

Ahora preguntamos nosotros: ¿qué extraño puede ser que en aquellos tiempos de muerte se le previniera al doctor Varela, dada su importancia, de que se cuidara porque podía ser asesinado? Si es cierto que recibió esa carta - amenaza del Cerrito, ¿por qué no podía ser mandada por uno de tantos desocupados ó fanáticos que andarían por allí? Á pesar de lo honorable que era el doctor Varela, ¿no podía haber esgrimido esa noticia que dió en su diario respecto á la amenaza de su vida, como una arma política á fin de desacreditar al enemigo, no siendo cierto el recibo del anónimo? Y de una cosa incierta, oscura, anónima, que se prestaba á diversas interpretaciones, en aquellos tiempos en que toda arma era buena para combatir al enemigo, ¿se iba á deducir la culpabilidad del general Oribe? Esto es ya hablar por odio, por pasión, no para la gente de pensamiento, sino con el fin de azuzar las bajas pasiones del arroyo; y en este terreno no entramos nosotros ni seguimos á quien en él penetra.

sentencia de V. S. « es que el auto del Superior Tribunal de Justicia de fs. 148 vta. ha caracterizado lo bastante la presente causa, trazando la senda que debe « seguirse en su sustanciación ». Rebatiendo la vista fiscal que ha antecedido á la sentencia de V. S., que me ocupa, he demostrado que el Superior Tribunal, en nada ha caracterizado esta causa, ni calificando el delito que le sirve de objeto; pero mucho menos ha trazado la senda que V. S. ha debido seguir en su sustanciación. De lo contrario, muéstreme en el auto del Superior Tribunal de fs. 148 vta. una sola palabra, que pueda significar la mínima indicación de la senda que debía seguirse en la sustanciación de esta causa.

El haber dicho á V. S. que procediese á tomar sus confesiones respectivas, á los que juzgare reos, es una prueba que no ha tenido ni la idea de hacer esa indicación. Absteniéndose de prejuzgar una causa que había subido á su presencia, para la resolución de un incidente que ninguna relación importante tenía con lo principal del asunto, ha dejado á V. S. único juez de esa causa, el derecho de juzgar reo á este ó aquel. Si el Superior Tribunal hubiese designado á los reos, hubiera despojado á V. S. de su jurisdicción privativa, cuando la causa no había subido á su presencia, por causa de la designación de esos reos. Y aún cuando el Superior Tribunal por cualquier razón los hubiere designado, no se seguiría de esa circunstancia, que había calificado el delito en cuestión, porque reo es el que comete delito político, como el que lo comete común. La diferencia en el caso presente, solo puede existir en las leyes, que deben aplicarse á uno y otro delito. Al final de la sentencia de V. S. se ordenó á mi antecesor que contestase derechamente á la acusación fiscal, de fojas 170

vuelta, y esta circunstancia es una prueba más (reitero mis respetos) de la lijereza con que V. S. expidió ese auto, pues el escrito de mi antecesor de fojas 173, es una contestación directa á esa acusación, como puede verse al principio del expresado escrito, en que el defensor dice, que *usa del traslado de la acusación pública*. Como V. S., ha declarado, al final de la sentencia que me ocupa, que el *crimen de que es acusado Cabrera, es de los comunes*, he dicho que la segunda razón porque esa sentencia es mala, (2) es porque V. S. no tenía facultad para pronunciarla. Así es la verdad, señor juez, y por fortuna es una verdad evidente, como V. S. mismo la reconocerá; porque la verdadera sabiduría y justificación de los magistrados, consiste en aceptar la verdad, de cualquier parte que ella venga, y por más intereses personales que ella ofenda. (1) V. S. sabe que por el reglamento de 1829 el Juez L. del Crimen, debe formar tribunal con cuatro hombres buenos, ó jurados, para el conocimiento del hecho, y que después de declarado este, solo entonces puede el juez aplicar al hecho establecido, la ley ó leyes del caso. Así pues, V. S. no ha podido, ni el Superior Tribunal tampoco, como V. S., lo ha dicho, calificar el delito de que es acusado Cabrera; tampoco ha podido apreciar, V. S. solo, el valor de la prueba producida en la causa, cuando no fuere para poner al preso en libertad, por no existir contra él prueba alguna atendible, como lo ha hecho con Federico Suárez. (3) V. S., y los cuatro jurados formando tribunal, después de conclusa la causa para definitiva;

(2) Es mala, porque no está de acuerdo con las ideas de la defensa.

(1) Y el deber de la defensa no es emplear el sofisma en vez de la verdad.

(3) ¡Bravo! No existe prueba contra Cabrera que declaró su delito, pero sí contra Oribe por la palabra de Cabrera: ¡qué lógica!

son los únicos que tienen facultad para someter á su fallo los hechos acusados, las excepciones del reo, los alegatos de una y otra parte, y con vista en fin de toda la causa, en juicio público, declarar, si los hechos acusados son ó no criminosos, ó más propiamente, de que manera resultan probados; formulando las conclusiones, que la conciencia del Tribunal, que conoce del hecho, ha derivado del juicio. Pero en el caso actual, V. S. solo ha hecho todo eso; V. S. solo ha estimado la prueba producida en la causa, ó más propiamente, el sumario en estado indebido de ella. Por eso he dicho, y lo repito otra vez, protestando de nuevo mis respetos, que V. S. no ha tenido facultad para expedir el auto que me ocupa. Ahora me resta probar que V. S. expidió ese auto inoportunamente, y antes del estado competente de la causa. Mi antecesor evacuó directamente el traslado de la acusación pública, ó quiso solamente oponer la excepción de incompetencia en V. S. para juzgar el crimen acusado, por ser delito político. Una de estas dos cosas ha intentado en su escrito de fojas 173 porque es imposible que hubiere querido las dos á la vez, por repugnarse ambas cosas entre sí. Supongamos, primero, que quiso oponer la excepción de incompetencia en V. S. para el conocimiento de un delito político, y que por una distracción, dijo en el escrito, en que dedujo esa excepción, que evacuaba el *traslado de la acusación pública*. Fórmese esa excepción como perentoria, ó como dilatoria, opuesta con el fin de hacer parecer al acusado ante otro Tribunal especial, el hecho evidente, es que la excepción es de las que se llaman *de hecho*, y no de las que se denominan *de derecho*; es decir que dicha excepción envolvía una cuestión puramente de hecho. Como esta cuestión debía resolver-

se en juicio previo, V. S. debió sustanciar el artículo en que ella se introducía, con un traslado al Ministerio Público, mandando á su tiempo, recibir el artículo á prueba, y una vez producida esta, como se`trataba de la calificación del hecho acusado, resolver la cuestión en juicio público, formando tribunal con cuatro jurados. V. S. no solamente ha hecho esto, sino que ni aún ha recibido el artículo á prueba. Supóngase ahora el otro caso: supóngase que mi antecesor tuvo la intención de contestar el traslado de la acusación fiscal, y que al hacerlo, excepcionó al reo con la calidad de delito político, no para negar á V. S. competencia para conocer en la causa, sino para disminuir la pena, ó para obtener la absolución del acusado, que es el caso más probable, en que se colocó mi antecesor. Entónces V. S. debió instanciar la causa con dos escritos de cada parte, pues aún no había sido dictada la ley de Julio último, y recibirla enseguida á prueba, resolviéndola en juicio público; y en Tribunal formado con arreglo al reglamento de 1829. Sin embargo, V. S. no ha hecho nada de esto, y por eso es que he dicho, que el auto de fs. 177 vta., ha sido expedido inoportunamente, antes del estado competente de la causa; y ahora agregó, que ha sido pronunciado además, por quien no tenía autoridad para hacerlo. Bien veo que se me objetará, con que el Superior Tribunal confirmó ese auto á fs. 195 vta. por sus fundamentos y lo nuevamente producido ante S. E. por el señor Fiscal General. El respeto que me inspiran siempre las resoluciones del Superior Tribunal, cuya sabiduría y justificación reconozco, es igual al respeto que debo á la razón, y á los deberes que lleno en este instante y que me han sido impuestos por ese mismo Superior Tribunal, y por eso es que previniendo la obje-

ción, que acabo de indicar, pregunto: si en el juicio público en que ha de verse esta causa; los S. S. Jurados que compongan el Tribunal, declaran que Cabrera ha muerto al doctor Varela, como redactor de un diario, y por sus opiniones políticas, ó bien que ha habido mandato del general Oribe, (1) ú otro cualquiera, para la comisión de ese crimen, todo lo cual importa como declarar que el delito en cuestión, es rigurosamente político, y no común, ¿á que debemos atender? á esa declaración, ó al fallo de V. S., confirmado por el Superior Tribunal? Yo creo, señor juez, que al fallo del Juzgado, porque es el verdadero juez de la causa, en cuanto al conocimiento del hecho que la ha ocasionado. Entonces me es necesario afirmar con el debido respeto, que siendo el auto de V. S. insanablemente, nulo; nula es también la confirmación de él por el Superior Tribunal, porque su elevada autoridad no es bastante, para hacer combalecer actos, que las leyes destruyen, ó que se han practicado contra su tenor expreso. Por otra parte, no puede decirse propiamente, que la confirmación del Superior Tribunal, prestada al auto de V. S. de fojas 177 vuelta; importe una declaración de que el delito acusado es común. S. E. confirmado el mencionado auto no ha hecho otra cosa, á mi juicio, que ordenar al defensor de Cabrera, que me procedió, que contestare desechar este á la acusación, no haciendo lugar al sobreseimiento en la causa, que dicho defensor demandó. Me parece que esto es obvio.

Habiendo expedido V. S. el expresado auto, mi antecesor apeló de él, no por otra causa, que porque V. S. no hizo lugar al sobreseimiento mencionado. Así se puede ver en su escrito de apelación de fojas 179; y lo mismo

(1) Ese es el afán de la defensa.

en el de fojas 187, en que expresó agravios de la sentencia ó auto de V. S.; *por no haber hecho lugar al artículo de sobreseimiento*, con las palabras del defensor anterior. No solo lo entendió así este, sino el mismo señor fiscal, contestando á esa expresión de agravios. Así es que al final de la foja 194 y vuelta dice: «siendo estos
«los únicos fundamentos, en que se apoyan *el artículo*
«*de no contestar á la acusación, promovido por el de-*
«*fensor*, en su consecuencia el fiscal pide á V. E. se
«sirva confirmar el auto apelado de fojas 177 vuelta,
«mandando se devuelva la causa al inferior, para que
«continúe conociendo en ella, con arreglo á derecho,
etc.». El Superior Tribunal, con justísima razón, ha juzgado que el punto apelado era solo el sobreseimiento, solicitado por mi antecesor, y así era en efecto; por eso sin duda alguna resolvió el artículo, confirmando el auto de V. S., siendo su mente ordenar que prosiguiere la causa y nada más; sin que por eso se entendiera que tuvo la idea de calificar el delito de Cabrera; tanto más, cuanto que el señor fiscal, era de opinión, con la que S. E. se conformó, de que los delitos políticos debían también someterse á juicio, siendo acusables insperpetuadores; opinión que acepto y profeso solo en general; pero no cuando una convención celebrada entre partidos rivales prescriben un perdón y un olvido, como sucede en el caso actual. Yo también quisiera, señor juez, echar una ojeada sobre la vista fiscal, expedida por el doctor Caravia, para hacer convertir en favor del acusado, muchos de los argumentos que ella contiene; pero la brevedad del tiempo que solo puedo consagrar á este escrito, no me permite detenerme para tomarla en consideración. (1) Evacuando yo el traslado de la acu-

(1) La vista del doctor Caravia no la toma en cuenta, porque no le con-

sación fiscal, que V. S. ha creído hasta hoy pendiente, me guardaré bien de desconocer á V. S. la competencia que tiene, para conocer en esta causa, como en cualquiera otra criminal, en la forma que las leyes establecen, desde que así lo ha resuelto el Superior Tribunal. Yo no pienso, como mi antecesor, que por ser el delito acusado, puramente político, V. S. no tiene jurisdicción para juzgarlo; porque siendo V. S. juez privativo del crimen, (al menos en esta causa) tiene derecho para llamar ante su Tribunal todos los delitos que se cometan en la República, no siendo ellos esencialmente militares, eclesiásticos, ó de imprenta, con algunos otros exceptuados, á causa del rango público que invistan los perpetradores. Pero si creo que el delito de Cabrera, por todas las razones anteriormente expuestas estaría fuera de la jurisdicción de V. S. si su carácter político fuera evidente, sin necesidad de la prueba del juicio. Pero ya que el Superior Tribunal, y más, que todo, la falta de evidencia del carácter del delito acusado, han sometido á Cabrera al fallo de este Juzgado, desde que un crimen sea declarado político, (como lo espero) ya sea implícita ó implícitamente, V. S. no podrá aplicar á ese crimen otra ley que el pacto de Octubre. Si por desgracia hubiera en la conciencia de S. S. Jurados alguna razón de derecho, de política ó de conveniencia pública que les impidiera acordar al delito de Cabrera el carácter político que tiene, y el único que se le pueda atribuir racionalmente, y en efecto le atribuye el público, pido no obstante á los S. S. Jurados, que reconozcan y declaren que Cabrera no ha cometido ese delito *motu*

viene, como no le convino á la defensa analizar minuciosamente la vista de los otros fiscales. Bien podía haber empleado tantas hojas de papel escrito en contestar las piezas verdaderamente jurídicas del proceso y no en disquisiciones literarias que á nada conducen.

propio, sino influido por un poder irresistible, que no solo hacía obedecer ciegamente, en la orbita de un imperio, donde era verdad discutir la justicia ó injusticia de sus órdenes, sino también en el centro mismo del poder que le resistía á causa de los medios de que se servía. En este caso también Cabrera no sería responsable del delito que se le atribuye. He llamado hasta ahora indistintamente crimen y delito al hecho de que Cabrera es acusado, porque esperaba llegar á este lugar, para negar á ese hecho la calidad odiosa de crimen ó delito, al menos en lo que respeta á Cabrera. Es tanta la animosidad pública que abrumba á este desgraciado, y viene á perseguirlo bajo sus hierros de su prisión, que causará indudablemente escándalo, que yo haya aventurado esa frase, pero V. S. cuya fría imparcialidad le es inspirada por la ley y su sabiduría, y arraigada en su ánimo por la práctica de juzgar, estoy seguro que reconocerá la justa razón de esta proposición: *¡Cabrera, matando por la mano, al doctor Varela, no ha cometido delito alguno!* V. S. sabe que delito es toda infracción libre, voluntaria y maliciosa de una ley que ordena ó prohíbe alguna cosa, bajo una pena determinada.

Así es que el proemio del título 1.º de la Partida 1.ª dice: que delitos son *los malos fechos que se fazen á plazer de la una parte, et á daño, et á deshonra de la otra*. Sabe también V. S. que si en la infracción de la ley ha faltado la voluntad ó la libertad, no hay criminalidad, que pueda imputarse al infractor.

Así es que no puede considerarse delincuente el que comete la acción, forzado por alguna violencia material que no haya podido resistir. Es preciso que la violencia material y no moral, porque para la violencia de las

pasiones desarregladas ó exaltadas, el hombre siempre tiene dentro de sí, el poder de la razón y de la libertad moral con que moderarlas.

No hay consentimiento, no hay libertad, he dicho, donde hay violencia, y una vez impuesta ella, no puede concebirse responsabilidad alguna en la persona violentada, por los actos que hubiese ejercido, bajo su irresistible influjo. Hay verdadera violencia, cuando es capaz de hacer impresión á persona razonable, inspirándole temor de exponer su persona ó su fortuna, á las personas á quien ama á su mal grave y presente. Esto es lo que ha sucedido á Cabrera: él ha confesado que el miedo de las persecuciones del general Oribe contra su persona y su familia le condujeron á verter la sangre de un hombre que jamás había visto, ni había tenido motivo para aborrecerlo. (1) Yo he dicho en otro lugar, que no es posible concebir, en el seno de la humanidad, un ente de razón, por limitada que ella sea, capaz de derramar la sangre de sus semejantes, sin más motivos que un capricho ó un feroz placer. Luego es preciso creer á Cabrera la razón que lo condujo á derramar la sangre del ilustre Varela. No es justo que negándole esa razón, le inventemos otra sin que podamos probarlo. (2) Algunos; conociendo hasta que extremo puede envilecerse el corazón humano, han supuesto que Cabrera vendió al general Oribe su brazo de asesino y la fama de su puñal; pero semejante imposición, es puramente obra de la malicia de los hombres, propensa siempre á aumentar la infamia

(1) Los fiscales todos, como ya se ha visto, declaran que esta afirmación de Cabrera es una impostura; pues podía haberse quedado en Montevideo evitando así las amenazas supuestas del general Oribe; cuyas amenazas jamás Cabrera pudo probar

(2) Como el no ha podido probar la que inventó apesar del descomunal esfuerzo de la defensa.

de un miserable ó los infortunios de un desgraciado. Pero aún en el supuesto de que Cabrera hubiere recibido oro del general Oribe, como se dice, en premio del homicidio que cometió en su obsequio y quien podrá probar que esa fué la causa impulsiva del atentado? Quién podrá probar que no hubo las amenazas que la sobrecogieron, y cuyo efecto sangriento fué después recompensado? (1)

Será posible que hemos de juzgar y condenar á los hombres por puras conjeturas ó sospechas? (2) Pero todavía quiero suponer que Cabrera concurrió libremente al ejercicio del mandato que se le confirió. En este caso mandante y mandatario habrían concurrido momentaneamente á la perpetración del delito, debiendo ambos en tal caso sufrir la misma pena; y esto es justo, porque el mandante pervierte el ánimo del mandatario, lo induce eficazmente á hacer, lo que no haría sin el consejo, la seducción ó la promesa, y aún que él no concorra físicamente á la ejecución, tiene tanta parte en ella como si concurriera. (3) *Aquel face el daño que lo manda facer*, dice la regla 2.º tít. 34 Part. 7.ª. El mandatario es solo el instrumento con que se comete el delito. ¡Y sin embargo yo veo solo á Cabrera en presencia de este tribu-

(1) ¿Y quién lo ha probado?

(2) Como usted, señor defensor, que quiere se condene al general Oribe por la acusación de un asesino vulgar, dejando sentada la doctrina que cualquiera puede matar y salvarse con tal de declarar que lo mandó Zutano ó Mengano. Esto si que es inmoral.

(3) Esto es realmente gracioso. La Defensa inventa delitos, forja pruebas los discute, etc., como si todo fuera cierto. Las declaraciones de los testigos, las vistas fiscales, el veredicto del jurado, la sentencia del Juez, todo le demuestra que este proceso no tiene base legal, que todo en él es ficticio y sin embargo sigue adelante en virtud de un fenómeno de auto-sugestión que le presenta las falsedades como verdades indiscutibles. Esto nos hace acordar á don Quijote, que se creía, en virtud de su sublime chifladura, personaje real en las aventuras que figuraban en los libros de caballería que habría leído.

nal! Si ese desgraciado ha vendido su brazo, para la ejecución de un horrible crimen. y porque no está á su lado quien lo indujo á cometerlo? Porqué la justicia de la República ha de abatir solo su cabeza? Porque solo para Cabrera ha de haber cárcel, prisiones, cerrojos que lo sepulten y ese odio tremendo del pueblo? Porqué se levantan contra él solo esos clamores que vienen á interrumpir su sueño y jamás dan tregua á los sobresaltos de su situación? (1) Porqué no están á su lado Federico Suárez, Manuel Paez y Estévan Arbelo, que habiendo más ó menos compartido con él, la ejecución del crimen que le trae á este lugar, debieran también compartir sus dolores, sus angustias y ese rumor público que va unido á su nombre? (2) Porqué en fin, el único que sacó ó esperó sacar provecho del asesinato del ilustre Varela, no ha dado siquiera razón de ese atentado, ya que no á la justicia de la República, al menos á la opinión pública, que se lo ha demandado? Suárez y Paez han sido puestos en libertad por inocentes, Arbelo ha vivido meses enteros á veinte pasos de la puerta de este edificio, sin que nadie se haya atrevido á interrogarle, sobre los crímenes que aparece complicado, y el otro... el otro... que todos señalan!... Se ha dicho que nadie tiene derecho para interrogarle, (3). En hora buena! He hablado del caso cuando el mandante y mandatario concurren libre y espontaneamente á la ejecución del crimen? pero que será cuando el mandatario es una persona que, en el

(1) Porque todavía hay bastante conciencia para no señalar á un tercero sin saber quien es.

(2) Porque los jueces no están mal de la cabeza y no los ciega ningún odio insano.

(3) Que señala la defensa y que nadie lo interroga porque todavía hay jueces en Berlín.

orden común está sujeto á los preceptos del mandante? Entónces este es sin duda alguna mucho más criminal que el mandatario que, por hábito de obediencia, por temor á su superior, ha ejecutado el mandato. La conciencia humana, dice un ilustrado autor, verá siempre en el mandante la parte principal de la obra, y no podrá prescindir de calificarle con mayor dureza, que al ciego ó débil instrumento de su maldad. En el ejecutor se encuentra un yerro de debilidad, un yerro de obediencia, que debe servirle de circunstancia atenuante; en el que manda no se encuentra sino el más horrible abuso de poder dirigido al más odioso de los objetos. Este es también el caso de Cabrera, como súbdito del general Oribe, como él mismo se clasifica en un escrito de fojas 155, al Superior Tribunal, y como todo el mundo lo ha considerado, antes y después del homicidio del doctor Varela. (1) Esta es también la diferencia que el público reconoce entre el acusado y quien lo indujo ó compelió al crimen. En el supuesto de que el homicidio del doctor Varela no se califique como un delito político; en el supuesto de que se quisiera hacer pesar sobre Cabrera solamente toda la responsabilidad de ese hecho, entonces es preciso apreciar legalmente la prueba producida en esta causa contra el acusado. Entonces se verá que en todo el sumario no hay una sola declaración que diga que Cabrera cometió el homicidio por un impulso propio, ni hay tampoco testigo que declare que se lo vió cometer. El más esplicito de todos los testigos, Suárez, que

(1) El dicho de un asesino vulgar considerado superior al de un hombre honrado. ¡Oh miseria de la vida! ¿Es decir que la afirmación de un miserable como Cabrera, sin más pruebas que su misma afirmación, vale más que la afirmación de un hombre honrado é ilustre como el general Oribe, aclamado por la mitad de los habitantes de la República como jefe de un partido? Estas infamias, creo que ni en el Congo se ven.

en todo caso resultaría cómplice del acusado, solo dice que sabe que Cabrera mató al doctor Varela porque él se lo dijo; á lo que debe agregarse la circunstancia de estar Suárez preso, en el momento de prestar su declaración; circunstancia que la invalida según las leyes 10 y 20 del título 16 de la Part. 3.^a. (1) De modo que solo queda la confesión del acusado la cual no es prueba suficiente para condenarle, pues, para esto, sería preciso que hubiere además uná semi plena prueba contra él. No olvidemos por Dios que nuestras leyes, y especialmente la 12 tit. 14, Part. 3.^a, así como las de todos los pueblos civilizados, exigen, para condenar á un reo pruebas más claras que la luz del medio día, *luce meridiana clariores*, de suerte que á ninguno se ha de castigar por *sospechas, ni por señales, ni por presunciones*. (2) No hay ya quien no reconozca la justicia del principio de que es mejor absolver á un culpado que condenar á un inocente; admitiéndose como dudosa la exposición del acusado en sus diversas declaraciones; admitiéndose que todas las reflexiones que he aducido para demostrar que Cabrera no ha tenido interés ni razón propia para cometer el crimen de que se le acusa, no son bastantes para esclarecer su inocencia, pero que tampoco puede negarse su fuerza; entonces apliquemos

(1) Pues, si esto es lo que venimos diciendo nosotros: que esas declaraciones no tienen valor alguno porque nadie presencié los hechos sino que declararon por díceres. ¡Acabáramos, señor defensor! Ya ve, que usted en dos palabras ha echado por tierra toda la argumentación de su artístico escrito.

Y según las Leyes de Partidas que usted cita, no tiene valor alguno la declaración del desgraciado Birivilla, lo mismo que la mayor parte de las que lucen en el sumario de aquel desgraciado, que declaró en una plaza sitiada, ante la policía y contra el enemigo, sin saber leer ni escribir.

(2) Sin embargo, no ya por presunciones ni sospechas, sino por lo que es peor, por la declaración de un asesino vulgar se quiere condenar á Oribe. Que lógica la de la defensa.

al caso el principio que precede: *satius est absolve no-
centen, quam innocentem comdenari*. Yo he omitido hacer
las citas que pudiera para apoyar cuanto acabo de expo-
ner porque confié en la ilustración y justicia de los S. S.
Jurados que han de fallar esta causa; pero más confío
todavía en que el ilustrado magistrado que los pre-
cede les ha de resolver toda duda ó dificultad legal que pu-
diera ocurrirles en la apreciación de la prueba de esta
causa. Estoy seguro señor juez que V. S. que integra y
precede este Tribunal no solamente puede sino que debe
conducir á sus conjuces á la idea perfecta y legal de
este proceso. V. S. con la conciencia libre, firme impar-
cial del Juez debe hacer comprender á los S. S. Jura-
dos, que la confesión del reo no puede dividirse, que
ella no hace, cuando más, sino semiplena prueba; que
todos los testigos de la causa ninguno ha dicho que haya
visto á Cabrera cometer el delito acusado, que todos
ellos son testigos de oídas despreciados por la ley de
Partida, que muchos declararon en prisión por lo que no
valen sus dichos por disposiciones del mismo Código,
(1); que alguno de los testigos han sido cómplices, ó
aparecen como tales, del acusado, por cuya razón no
son más atendibles sus disposiciones, según las mis-
mas leyes; y en fin que es un axioma del derecho, tanto
civil como criminal, que en caso de duda, debe resol-
verse esta en favor del reo, por lo cual Cabrera debe
ser absuelto. Debe V. S. contribuir á alejarse de esa
práctica retrógrada é inhumana, por la que, no hallándose
en los procesos, pruebas bastantes para condenar á
muerte á un acusado se le impone no obstante la pena
de presidio ú otra análoga por la prueba imperfecta que

(1) Ahora la defensa mantiene nuestra tesis.

resulta contra él. Esta práctica, lo diré sin temor, aquí, en la presencia de V. S. es una odiosa contradicción con las leyes liberales de la República, con la templada severidad de sus jueces, y más que todo con su reconocida justicia; esa práctica, añadiré, señor es atroz y abominable porque es contraria á la santidad de la filosofía, de la razón, de la humanidad, de la justicia y de las leyes. No olvide V. S. que sobre no haber en la causa, lo que en derecho se llama plena prueba, de que fué Cabrera el homicida del doctor Varela, hay además la duda legal, pero la certidumbre pública, de que este desgraciado ha sido compelido, inducido ó comprado para la comisión de ese crimen y que en caso de esta duda es una injusticia, condenarle á cualquier pena que sea, porque puede ser inocente, aún supuesta la verdad legal de haber ejecutado el homicidio. (1) No olvide V. S. que la excepción del reo es apoyada por todos ó la mayor parte de los habitantes de esta capital; y esa notoriedad; nacida, fuerte y respetable por el número y carácter de las personas que la constituye, en el momento del crimen, lejos de disminuir con este juicio, se aumenta y robustece. Esa notoriedad será aceptada en su verdadera importancia por el Agente Fiscal, quien en un caso igual, me ha argüido con ella en la causa de Manuel Maidana, bien que la notoriedad que ha traído al juicio como

(1) Cualquiera entiende ahora al señor defensor después de haberse decidido de todo lo que ha afirmado. Tan pronto dice que no puede condenarse á Cabrera porque no hay pruebas para ello, como que las hay para condenarlo. En definitiva, lo que pide la defensa en su serie de contradicciones es: que se despedaze á Cabrera con tal de que se condene á Oribe, resultando entonces culpable y valiendo para tal caso todos los argumentos de su escrito; ó que no se condene á Cabrera por ser inocente, no valiendo entonces la precitada argumentación, porque no se condena á Oribe. ¿Quién podrá explicar esta dualidad? ¿Quién podrá explicar este fenómeno jurídico? ¡El odio á un hombre: el odio al general Oribe! Qué nobleza!

prueba no tiene las condiciones de que está formada en un día entre los habitantes todos del país y por una especie de inspiración, (1). No olvide V. S. finalmente que el sumario no está completo, que se han dejado muchas citas sin evacuar, y parece que voluntariamente la que se refiere al general Oribe, pues sola una vez se ha mandado que informes sobre el contenido de las declaraciones de Cabrera, y no se encuentra en la causa nota alguna que muestre que se haya pasado el oficio al Ministerio de la Guerra para pedir á aquel general ese informe. No olvide V. S. que Arbelo no ha querido venir á declarar en esta causa, cuya rebeldía aumenta los indicios de culpabilidad principal que hay contra él en este proceso; no olvide V. S. que no se ha dado paso alguno para hacer comparecer á este individuo, después de que se revocó el auto de arresto que espidió este Juzgado contra él (2). Y pesando toda estas circunstancias en su ánimo imparcial é ilustrado, reflexionando, que quizás es debido á esas omisiones, cometidas en esta causa, que Cabrera no haya podido probar su inocencia ó su pequeña participación en el crimen; no olvide V. S. finalmente, que cualquiera que sea el grado de las sospechas ó indicios que obren contra Cabrera, en el proceso, que dan todas ellas bastantes purgadas con la larga duración y los horrores de la prisión que sufre, desde el 9 de Octubre de 1851; con los sustos, las inquietudes y las

(1) La notoriedad era visible, únicamente, en los enemigos del general Oribe, por odio político hacia su persona.

(2) Pero ¿cómo iban los jueces á poner empeño para que compareciera Arbelo? No ve el señor defensor que si Arbelo hubiera comparecido habría desmentido todo lo que tuvieron á bien declarar en su nombre en forma antojadiza? Se usó del nombre de Arbelo, á fin de querer inventar una prueba que después no resultó. Por eso dijimos nosotros que esa declaración á nombre de Arbelo no tenía valor legal alguno

vejaciones que le hace sufrir diariamente el odio del público, prevenido contra él, las lágrimas, el hambre y la miseria de su infeliz familia, y todo ese torrente de infortunios que cae sobre un desgraciado de esta especie desde el momento que entra en prisión.

No dude V. S. que si el doctor Varela descendiere ahora del lugar de su descanso á este sitio, al mirar ese padre de familia desdichado, olvidaría que sus hijos habían quedado huérfanos por la mano de ese hombre extraviado, y noble y generoso, como era, le sonreiría de compasión, abogaría también por él y obtendría de sus jueces ó justicia para su incentería, ó para sus extravíos ¡perdón! (1) Porque ha de ser V. S. más inexorable que él? (2) En nombre, pues, de las leyes de la República y en honor de sus pactos políticos que han terminado la más desastrosa guerra civil, pido la libertad del acusado Andrés Cabrera! Montevideo, Noviembre 1.º de 1853. **M. Acosta.**

Al final, la defensa ha venido ha robustecer nuestra tesis: de que las declaraciones prestadas en el proceso Cabrera, carecen todas ellas de valor legal, en virtud de que los declarantes han producido las mismas, basados, únicamente, en díceres y que por consiguiente no han visto nada. Esta tesis se robustece, con las disposiciones legales citadas por la defensa.

La defensa ha sostenido una tesis tan curiosa que, descartado el odio que respira por todos sus poros, no sabría uno á que atenerse.

1.º Considera bueno todo eso que llama declaraciones

(1) Ha llegado á tal extremo la osadía de la defensa, que ya no solo dice que valen y después que no valen las ilegales declaraciones de este ridículo proceso, sino que, hasta habla á nombre de los muertos ¡Qué poder extraordinario! ¡Cómo para no creer en los fenómenos de la metempsícosis!

(2) Atienda señor juez, aunque con esto se profane la memoria de los muertos.

en el proceso Cabrera, con tal que se condene al general Oribe; y 2.º, lo considera todo ilegal é insubsistente, sino se condena al general Oribe y si á Cabrera. ¡Qué lógica! ¡Pobre justicia!

A nosotros no nos sorprende nada de esto, porque á tan poca distancia de la guerra que acabó con el pacto de Octubre, los odios todavía deberían estar muy vivos. Pero para el tiempo no hay calumnias: todo se desvanece con su acción purificadora y si así no fuese, sería el caso de proclamar la famosa sentencia puesta por Miguel Angel en la estatua de la noche que dice:

*Grato m'e il sonno é piú l'esser di sasso,
mentre ch'il danno é la svergogna dura:
non veder, non sentir m'e gran ventura:
i deh'parla basso!*

Análisis del proceso Cabrera

La instrucción obligatoria reclama
la historia verdadera, y la historia verdadera se hará; ya está empezada.

(WILLIAM SHAKESPEARE, por Víctor Hugo).

La defensa de Cabrera que dejamos publicada, por lo extensa podíamos haberla reducido, insertando de ella, en nuestro libro, lo que creyéramos más necesario á nuestros fines. Pero como siempre hemos tenido por línea de conducta llevar á la luz pública, con preferencia, todo aquello que fuera más perjudicial á nuestros antepasados, resolvimos desde un principio, publicar íntegra la referida defensa, que vale más que todo el proceso y en donde no solo se transcriben todas las declaraciones más importantes y se expresen en la forma más habilidosa é imaginable, sino que, á fuerza de una dialéctica galana y altamente sofística se sacan conclu-

siones falsas, pero tan revestidas de apariencia de verdad, que hay que estar muy preparado para no dejarse marear por ellas. Todos los recursos del ingenio están agotados en esta defensa y con haberla publicado sola sin las demás piezas del proceso indicado, habría bastado para darse cabal y exacta cuenta del valor de aquel proceso, que es tan absurdo que no valen sus cientos de fojas, una página del escrito de la defensa, en donde todos los resortes de la retórica se han puesto en juego para suplir la deficiencia de las pruebas reales y verdaderas requeridas para los juicios de la magnitud como del que se trata.

Hemos cumplido con nuestro deber, al poner de manifiesto todos los elementos de juicios necesarios para emitir un fallo razonado sobre el particular.

Cualquier detalle ó declaración que hayamos omitido, involuntariamente, en la transcripción del proceso, la encontrará el lector en el análisis que va á continuación.

Primera declaración de Cabrera, prestada ante la policía, sin defensor y sin haberla firmado por no saber hacerlo, apesar de que firma otros escritos más adelante, como se verá en su oportunidad.

Dice: 1.º Que no mató al doctor Varela. 2.º *Que después de muerto Varela, se embarcó á las 8 de la mañana para el Buceo.* 3.º *Agrega más tarde, que no fué de mañana que se embarcó, sino de noche.* Que un tal Federico Suárez fué el que asesinó á Varela. 5.º *Que no conocía los que tripulaban el bote la noche que se embarcó.* 6.º *Dice, después, que los conocía.* 7.º Que Suárez dijo á todos los que iban en el bote, que había muerto á Varela. 8.º Que cuando bajaron á tierra les dijo también Suárez, que Oribe le había ordenado la muerte de Varela.

Como puede ver muy bien el lector, Cabrera, no solo empieza á contradecirse sinó que, á falsear la verdad; culpando á Suárez, que no ha tenido que ver nada con ese asesinato, con la muerte del doctor Varela.

Cabrera, en manos de la justicia, con la perspectiva de tener que declarar su delito, aterrorizado con la pena á que podía ser condenado, no titubea, como no titubeará, después, en abusar de la versión, de los enemigos del general Oribe, que le achacaban á éste, la muerte del doctor Varela, para asirse á esa tabla de salvación, diciendo: que Oribe había influído en su persona, en la de Cabrera, á fin de que asesinara al doctor Varela.

Pero sigamos adelante.

Llamada á declarar la mujer de Cabrera, Carmen Falcón, manifiesta: 1.º Que su marido se embarcó de día y llegó de día al Buceo, en viaje de Montevideo.

Conducido Cabrera á presencia del Juez competente, declara: Que se ratifica en lo que ha dicho ante la policía, con las siguientes aclaraciones: 1.º Que se embarcó de noche en Montevideo y desembarcó al otro día, habiendo quedado toda la noche en el bote. 2.º Que desembarcó en la Aguada y que su mujer no presenció el desembarque porque estaba en las Piedras. 3.º Que en su anterior declaración dijo, que Suárez le había dicho que Oribe lo había mandado matar á Varela, declaración que le hizo Suárez en la noche, pero que eso no fué cierto, que Suárez le dijo lo que acaba de expresar, al otro día de mañana.

Cabrera, no firma la declaración por no saber hacerlo, y sin embargo firma súplicas como puede verse á fojas 155 del proceso.

Cabrera procediendo con la mayor mala fé, no solo incurre en las mayores contradicciones, desmintiendo á

su mujer, que no tiene interés en ocultar detalles tan simples como la hora del desembarque de Cabrera, sino que trata á toda costa de buscar un cómplice á su delito

En el año de 1848, el capitán Caraza, en *parte firmado por él únicamente*, dice: que aprehendió al individuo Antonio Suárez, el que le declaró que Cabrera y su hermano habían muerto al doctor Varela. También dijo el referido Suárez, según Caraza, que había oído decir que Oribe les había dado dinero á dicho Cabrera y hermano de Suárez, por haber muerto á Varela.

Llamado á declarar Suárez, *dijo ser incierto lo comunicado por el capitán Caraza*, puesto que él no le había hecho manifestaciones en ese sentido; declarando ante la policía á renglón seguido, que le habían dicho, cuando vino de Buenos Aires, que su hermano Federico, José Manuel el Burro y Pedro Rubín, tripularon por orden del capitán del puerto del Buceo, un bote que condujo á Cabrera hasta el baño de los padres y que en aquel paraje debía Cabrera saltar á tierra, debiendo esperarlo los que tripulaban el bote hasta tanto regresara Cabrera á embarcarse.

Llamado el capitán Caraza, á fin de explicar la negativa de Suárez en lo referente al dinero que dijo Suárez había dado Oribe á Federico Suárez y Cabrera, dijo ser cierto lo comunicado en su parte á ese respecto. Interrogado Antonio Suárez, respecto á la firmación de Caraza, declaró haberlo dicho cuando le aprehendieron, pero que no era cierta esa declaración en virtud de haber sido inventada por él.

Suárez no firmó esta declaración, por no saber hacerlo.

La declaración de Antonio Suárez, no tiene valor alguno, puesto que él no presencié los hechos que narra y con el agravante de haber querido involucrar al ge-

neral Oribe, falsamente, en la relación hecha ante el capitán Caraza.

A su turno se verá, como el capitán del puerto del Buceo señor Iturriaga, desmiente lo afirmado por Suárez, lo mismo que su hermano Federico también así lo hace; por lo que resulta este señor Antonio Suárez, un reverendo embustero.

Por lo que respecta á los Caraza, damos á continuación la carta que el doctor Lamas escribió en Río Janeiro.

CARTA DE LAMAS Á DON MANUEL HERRERA Y OBES

Río de Janeiro, Mayo 13 de 1848.

Este general Rivera me causa tal repugnancia que me cuesta hablar de él. Pero haciéndome violencia, debo prevenir que según asegura el alférez Caraza, el general Rivera, ha ido á casa de Guido y está en conferencia con él. Algo puede salir de eso. Ya sabía yo por el coronel Espinosa, que Rivera envió á Guido un ejemplar de su libelo contra Vd., y Guido con la socarronería de su escuela, no ha dejado de decir: « No se puede dudar que Herrera es un ingrato ».

¡Que hombre este general Rivera! ¿Que dirán sus amigos de tales hechos?

Apropósito de estas infamias, y como no está demás precaución alguna, diré á Vd. también que no me gusta el modo en que Caraza explica su conducta y las de sus hermanos; según él se vinieron del campo de Oribe solo por unas querellas con Rincón en las que Oribe los desairó; y me gusta menos su asistencia á casa de Guido, que se ocupa casi exclusivamente de defecciones

personales. Tiene otros hermanos ahí. Vigilancia por lo que pudiera suceder.

ANDRÉS LAMAS.

(Vida Moderna, Julio de 1901).

Se presenta á declarar Federico Suárez y dice lo siguiente: 1.º Que fué Cabrera le matador del doctor Varela. Careado Suárez con Cabrera, declara éste ser cierto lo afirmado por aquel. Que dicha muerte la ordenó don José Iturriaga y que al negarse á efectuarla lo llevaron á presencia de don Manuel Oribe, el que también se la ordenó. Que una vez muerto Varela, se embarcaron en un bote yendo á desembarcar en la playa de la Aguada. Que de allí fué conducido á caballo por un oficial al campo de don Francisco Oribe, á donde se le dijo que esperara la recompensa á que se había hecho acreedor, sin haber obtenido hasta la fecha la referida recompensa.

Por el resumen de la declaración transcripta más arriba, vemos que Cabrera ha cambiado de táctica. Ya no es Suárez el matador del doctor Varela á quien Oribe le ordenó la muerte, sinó que es él, dicho asesino, mandado por Iturriaga y vuelto á mandar por Oribe.

Llamado á declarar el señor don José Iturriaga, manifiesta: 1.º Que conoce á Cabrera, porque él, era el encargado de dar los permisos correspondientes á la gente que tenían embarcaciones ó servían en ella, para que no fueran molestados en su oficio; y que como Cabrera era hombre de mar, tenía que conocerlo por ese motivo. 2.º Que en cuanto á lo demás que declaró Cabrera respecto á la orden que le dió para asesinar al doctor Varela, es una gran impostura.

Así que, la artimaña de Cabrera urdida contra Suárez, Arvelo é Iturriaga, quedan destruídas, lo mismo que la urdida contra Oribe, como se verá en el curso de estos comentarios.

Llamado á presencia del juez, nuevamente, Cabrera, declara que un tal Estéban Arvelo, le dijo, que él también tenía orden de matar á Varela, pero que le pidió á él, Cabrera, que lo hiciera, lo que cumplió en la forma conocida. Que Oribe siempre lo amenazó y nunca le dió recompensa alguna por aquella muerte.

El asesino Cabrera, en su anhelo de disculpar ó atenuar su delito, busca cómplices que le ayuden á compartir la pena á que se va á hacer acreedor y por eso no duda un momento en hacer entrar un nuevo personaje en escena, que es Arvelo, al que nunca se pudo hallar para que lo desmintiera como se merecía.

Vuelto á declarar Federico Suárez, es interrogado respecto á la persona ó personas que le pagaron á fin de que esperara en el bote á Cabrera, manifestando que no conocía dicha persona ó personas,

Esta declaración de Federico Suárez, destruye la de su hermano Antonio, en lo referente á que el capitán del puerto del Buceo, había ordenado á Federico Suárez, el Burro y Rubín, que llevaran á Cabrera á Montevideo y lo condujeran después á donde él ordenara.

Con esta nueva declaración de Federico Suárez, queda destruída por completo, la de su hermano Antonio.

Los señores Lucio Rodríguez y Eliseo Medina, dicen: que encontrándose en una fonda en compañía de un tal Pedro Sagra, fonda cita en la villa de la Unión, oyeron decir á un oficial de las tropas sitiadoras apellidado Sierra, que el había recibido á Cabrera cuando llegó al Buceo después de haber muerto á Varela; lo mismo que vió

el cuchillo con la sangre aún fresca del infortunado ya referido doctor Varela. Agregando los declarantes Rodríguez y Medina, que Sierra había manifestado también, que ese crimen se había llevado á cabo por orden de Oribe.

Presente el indicado oficial Sierra, declara: que por oídas sabe que Cabrera mató á Varela; que no conoce á Cabrera; que no supone cierto que Cabrera el día que asesinó á Varela, halla pasado por el centro de la línea y en la cual estaba de guardia; que los que pasaban por la derecha de la línea comprendida entre el mar y el Cerro, eran conducidos al Detall. Que no estuvo en ninguna fonda, en el día á que se refieren los señores Rodríguez, Sagra y Medina y por consiguiente mal puede haber dicho nada.

Esta declaración prestada por Sierra, inválida por completo las que otorgaron los preindicados Medina, Rodríguez y Sagra.

Llegamos al final de las declaraciones con el resultado siguiente:

Declaración de Antonio Suárez, que dice le dijeron, que Iturriaga ó sea el capitán del puerto del Buceo, ordenó á su hermano Federico Suárez y otros condujeran á Cabrera á Montevideo y que quedaran en el bote á su disposición.

Esta declaración es nula, 1.º: porque Iturriaga desmintió lo referente á su persona; 2.º: porque Federico Suárez no ha declarado ser cierto de que haya sido mandado por Iturriaga, sinó que fué pago su servicio no sabe por quien; 3.º: por testimonio falso contra el general Oribe, puesto que confesó ante el capitán Caraza, que Oribe había ordenado la muerte de Varela y después manifestó que había mentado al hacer tal aseveración; y 4.º: que

como no presenci6 los hechos que declara y no di6 6l nombre de la persona 6 personas que le relataron lo que 6l declar6, queda esa declaraci6n inexistente y por lo tanto nula de toda nulidad.

Las declaraciones de Rodr6guez, Medina y Sagra, tampoco tienen valor legal alguno, puesto que ellas se basaron en la afirmaci6n hecha por el oficial Sierra, afirmaci6n que el mismo Sierra declar6 ser inexacta, sin haber sido desmentido por los testigos antedichos, que se encontraban vivos y sanos y aptos para probarle a Sierra sus dichos. Cosa que no hicieron; quedando, por lo tanto, esa declaraci6n sin valor alguno para los fines del proceso.

Las dem6s declaraciones son referente 6 Cabrera 6nicamente y nada tienen que ver con el general Oribe.

Vamos ahora 6 la declaraci6n de Cabrera.

Primero dijo Cabrera, que Federico Su6rez hab6a dado muerte 6 Varela por 6rdenes de Oribe. Desmentido por Su6rez, dijo que hab6a sido 6l, por indicaci6n de Oribe 6 Iturriaga. Como la aseveraci6n referente 6 Su6rez fuera considerada absurda, el juez que entend6a en la causa, puso en libertad 6 Su6rez, porque no basta que uno afirme una cosa, sino que tiene que probarla. Si la declaraci6n de una persona con respecto 6 otra produjera prueba, por cierto que la gente honrada estar6a expuesta 6 verse comprometida en todo momento por el primer desvergonzado que quisiera comprometerla. Y tan elemental es esto, que el juez que entend6a en la causa instaurada 6 Cabrera, cuando don Jacobo Varela y la se6ora esposa del doctor don Florencio Varela, pidieron por escrito al juzgado la citaci6n de don Manuel Oribe para declarar, el juez rechaz6 tal pretensi6n. Apelado el auto para ante el Tribunal S. de Justicia, este

alto cuerpo pasó la citada apelación en vista al fiscal *ad hoc* doctor Eduardo Acevedo, el que dijo, que el ministerio público no debía acusar. No conforme el Tribunal con la vista del fiscal nombrado, nombra otro fiscal *ad hoc*, que lo es el doctor don Ambrosio Velazco, el que se produce en los términos ya conocidos; considerando absurdo, falso é ilegal el referido mandato de Oribe á Cabrera, por no poder concebirse el cumplimiento de él, en la situación de Cabrera, que era de perfecta libertad en la plaza de Montevideo y en la cual el general Oribe, no tenía autoridad de ninguna clase.

Lo de que el general Oribe podía vengarse en la familia de Cabrera, es también otra impostura; porque como decía muy bien el fiscal Caravia, solo el odio de partido podía dar cabida á semejante afirmación: porque en el campo sitiador, había la suficiente cultura, humanidad y nobleza, para no permitir procedimientos dignos de la tolteria de salvajes. Y él lo sabía bien todo esto, por haber vivido allí durante la guerra.

¿No podía Cabrera inventar cualquier pretexto relativo á no poder llevar á cabo su crimen por las sospechas que había despertado, podía decir él, su presencia en Montevideo, en virtud de que nadie podía desmentirlo? Y en ese interin ¿no podía traer su familia á Montevideo? ¿Declara la mujer de Cabrera que ella estaba sometida á rigurosa vigilancia en el Cerrito á fin de cumplirse en su persona la amenaza de Oribe para el caso que su esposo, Cabrera, no matara al doctor Varela? No dice nada sobre el particular en su declaración, por el contrario, declara dicha esposa de Cabrera, como una persona que ha estado en la más completa libertad y agena á todo lo acontecido.

Si el general Oribe la hubiera amenazado de algún

modo ¿no lo habría declarado á fin de apoyar á su marido? Claro que si; porque ella supo después, por ser del dominio público, que su marido se había confesado como autor de la muerte del doctor Varela por mandato del general Oribe, obedeciendo Cabrera ese mandato por temor de las amenazas del citado general Oribe. Porque no escapa al más negado, que si fuera cierto lo que dice Cabrera, estaba en la conveniencia de Oribe amedrentar á la esposa del referido Cabrera, para que éste se cerciorara de la verdad de las precisadas amenazas para el caso que no cumpliera lo que se le había ordenado. Y todo esto ha resultado que no es cierto, por la declaración tranquila y libre que prestó la ya tantas veces citada mujer de Cabrera. Por consiguiente, no fué nada más que una invención infame y quizás sugerida á Cabrera, lo de las amenazas del general Oribe. Todo eso que dejamos expuesto, es para el peor de los casos, suponiendo que la familia de Cabrera hubiérase encontrado en el Buceo cuando el susodicho Cabrera asesinó al doctor Varela. Pero no fué así. Cabrera se fué para el campo sitiador el año de 1848: luego su familia estaba en Montevideo, lo que explica su entrada libre y salida idem en la ciudad sitiada.

El 10 de Octubre de 1851, don José Martínez, comisario de la 3.^a sección de policía, se dirige al Jefe Político de la Capital, diciéndole entre otras cosas: «Efectivamente, embarcado «con los soldados y tropa puestas «á mi disposición me dirijí al Puerto del Buceo donde «á las cinco de la mañana me encontraba á bordo de «la goleta sarda denominada «Ninfa»...

«En este estado procedí inmediatamente á una visita «escrupulosa en el mencionado buque y después de

« mucho tuve la satisfacción de dar en la escotilla con
« el mencionado Cabrera ».

Preso Cabrera en Octubre de 1851, declara: « P. ¿qué
« tiempo hace qué falta de Montevideo? — que hará
« como dos años ». (1) Ahora bien. ¿En dónde están
entónces, las amenazas de Oribe á la familia de Cabrera
cuando ésta no estaba en el campo sitiador? ¿De dónde
ha sacado eso la defensa? ¿No ve qué esa amenaza es
una solemne impostura? Cabrera se fué definitivamente
al Cerrito, una vez que asesinó al doctor Varela y no
antes. Por consiguiente, estando la familia de Cabrera en
Montevideo lo mismo que él ¿qué temor podía tener al
general Oribe, cuando este general no tenía autoridad
ninguna en la citada ciudad de Montevideo? Con no
haber ido más al Buceo, si es que fué, quedaba libre
de todo el mal que se le podía hacer.

De todo lo expuesto, resulta la falsedad del mandato
de Oribe á Cabrera, como así lo reconocieron los dis-
tintos fiscales antes de los manipuleos, según los díce-

(1) Cabrera, en medio de la confusión que le produjo su prisión y en el deseo de acomodar su declaración al fin que perseguía por inspiración propia y ajena, declaró que hacía como dos años que se había retirado de Montevideo, es decir que se fué para el campo sitiador el año de 1849, lo que no es cierto. Después de muerto el doctor Varela (Marzo de 1848), Cabrera, suponemos, no volvió más á Montevideo. Así que, está transcurrido ó no ha querido decir la verdad. Cabrera permaneció en Montevideo hasta que mató al doctor Varela y su mujer se fué al Buceo poco tiempo antes de dicha muerte. Esto lo sabía bien toda la gente de aquella época, por ser proverbial la hermosura de la mujer de Cabrera entre las familias acomodadas de Montevideo que utilizaron en más de una ocasión, los servicios de aquella mujer. Por lo demás, no nos extraña el error de Cabrera en cuanto á los años indicados, porque creemos que no estaba como para recordar y calcular años y meses.

Cabrera, en otra de sus declaraciones dice, que estuvo un lapso de tiempo en Montevideo estudiando la situación para dar mejor el golpe. Esta contradicción evidente con la otra afirmación de los dos años y con la verdad, prueba su indecisión para decir lo que era cierto, lo que evidencia que trataba de acomodar su confesión á lo que se le había sugerido, es decir á que de ella se desprendiera una acusación á la gente del Cerrito: esta era la consigna del enemigo.

res de la época, del presidente del Tribunal, para arrancar un veredicto al jurado contrario á las resultancias de autos; llegándose hasta el extremo de dictar, después una sentencia nula con una firma que su propietario la desmintió públicamente y que se usó indignamente para dar viso de legalidad á aquella vergonzosa sentencia. Todo esto se verá más adelante, debidamente documentado.

El odio profesado al general Oribe, por sus enemigos, hizo todo eso y hasta consiguió dar visos de seriedad á este farsaico proceso, que por absurdo quedó tirado en uno de los estantes del archivo del Tribunal S. de Justicia, inconcluso y escondido á las miradas del público, sin que nadie se atreviera á pedir su continuación, debido, quizás, á que la acción del tiempo clareó, en algo, la conciencia de los incubadores del mismo.

La declaración de Manuel Paez, es para nosotros muy sospechosa. Resulta que este sujeto dice que ayudó á Birivilla á empastelar la imprenta del « Comercio del Plata ». Si eso fué cierto ¿á que vino hacerse de delito declarando su participación en aquel atentado que ya había pasado, decirse puede, en autoridad de cosa juzgada? ¿El mismo instinto de conservación no le indicaba á Paez que no debía declarar en un asunto que no tenía relación, al menos en aquellos momentos, con lo que él decía, máxime cuando nadie lo obligaba á depone de semejante modo? ¿Por qué quería entónces comprometerse? ¿Le pidieron que declarara así garantiéndole la libertad? Y si Paez se declaró cómplice de un delito ¿por qué no se le dejó en la cárcel en vez de ponerlo en libertad? Realmente que esto no está claro y se presta, por consiguiente, á varias interpretaciones.

Por lo demás, la declaración de Paez no tiene impor-

tancia, puesto que él le oyó decir á Cabrera que iba á matar al doctor Varela, aserto que quizás no podía probar y que por otra parte no viene nada más que á confirmar lo que Cabrera había declarado, que había asesinado al doctor Varela.

En cuanto á su declaración respecto á su participación con otros en el empastelamiento del diario «El Comercio del Plata», no vale nada en cuanto se relaciona con terceros, porque además de ser una afirmación aislada se encontraba en la imposibilidad de probarla, puesto que el tal Arvelo resultó ser un individuo desconocido de todos. Ya hablaremos de esto, cuando entremos en el análisis de esa gran farsa que se llamó proceso Birivilla.

Los otros testigos que declaran en el proceso como ser: Agustín Martínez, Juan Comas, Juan Silva, Carmen Suárez, Vicente Rodríguez, Gregorio Alvarez de Sosa, Manuel Pérez, dicen, que han oído decir que Cabrera mató al doctor Varela. Estas declaraciones son todas nulas, en virtud de la ley de partidas anteriormente citada en las notas al escrito de defensa de Cabrera; como también resulta sin fundamento legal alguno, en cuanto á la cuestión de derecho, porque por los hechos quedó destruído, el mandato de Oribe á Cabrera, en virtud, también, de las leyes citadas y autores al respecto.

Las luminosas vistas de los fiscales doctores Velazco y Caravia, bastan, por sí solas, para constituir la mejor defensa que se podía haber hecho, en aquella época, del general Oribe en cuanto á su participación en el asesinato del doctor Varela. Y no era posible que fuera de otra manera, tratándose, como se trataba, de dos miembros distinguidos del foro nacional, cuya rectitud y criterio justiciero no admitía ser torcido por las bajas pasiones de partido.

Naturalmente que, la ceguera y la ofuscación más lamentable podía, únicamente, pretender morder en la reputación del general Oribe; pero, para bien de la justicia, ésta se encontró representada en hombres del valer moral é intelectual como Tapia, Caravia, Velazco, etc., que á más de ser una garantía por sus talentos, austeridad y reconocidos sentimientos de humanidad hacia el prójimo, llevaban en sí, la herencia de un bien saneado origen, en cuyo haber existía exquisitez y sangre de larga lista de antepasados ilustres.

Persuadido el Jurado de la irritante injusticia que se cometía al involucrar en esta causa al general Oribe, dió el veredicto ya conocido, reflejo fiel de la verdad y de los hechos estampados en el proceso.

Concedida la apelación de la sentencia de primera instancia, en virtud del derecho que para este caso acuerda la ley, por justa y ecuaníme que sea aquella, se procedió á la convocatoria del Jurado, el que dió su veredicto en la forma siguiente:

VEREDICTO DEL JURADO EN SEGUNDA INSTANCIA

Que está probado que Cabrera espío y esperó varias veces al doctor Varela para cometer el asesinato.

Que está probado que Cabrera cometió el asesinato por mandato del brigadier general don Manuel Oribe.

Tort — Gómez — Santurio — Carlos V. López — Eduardo Bertrán — José M. Rossete — Tomás Vázquez — Avelino Delgado — Nicanor Costa — Gabriel González — Benito Larraya — Juan Antonio Lavandera.

SENTENCIA

Se confirma la pena de muerte con calidad de aleve impuesta por sentencia apelada á Andrés Cabrera, que se ejecutará en los términos en ella expresados; y al efecto devuélvase al Juzgado del Crimen el que procederá á formar causa al brigadier general don Manuel Oribe y demás que aparecen complicados.

*Salvador Tort — Juan Carlos Gómez
— Carlos F. Santurio.*

El jurado de segunda instancia, sin más pruebas que las que tuvo el jurado de primera instancia, dió un veredicto temerario, veredicto que no tuvo más base que el odio de algunos miembros del Tribunal hacia el general Oribe, odio que los llevó hasta dictar una sentencia nula, como se verá más adelante, violando descaradamente los reglamentos de justicia.

El jurado se componía de doce miembros. Siete de ellos votaron favorablemente el veredicto y el resto en contra.

Si todos los fiscales que intervinieron en el proceso hasta la instalación del jurado en 2.^a instancia, manifestaron que no estaba probada la participación del general Oribe en el asesinato del doctor Varela ¿por qué acusaba el Jurado á Oribe? Cabrera ¿no acusó igualmente á Iturriaga como su primer instigador? Y que resolvió el Tribunal cuando se pidió la prisión de Iturriaga? Vamos á verlo.

Auto del Tribunal Superior de Justicia.

. ;

« Por lo cual y atenta la conexión con el auto apelado de la prisión librada á fs. 111, contra don José Itu-

riaga, de que reclama el Fiscal, en consecuencia única de cita del reo Andrés Cabrera, que por derecho no causa semiplena probanza; se revoca la calidad de prisión contra dicho sujeto »...

Por consiguiente, si Iturriaga, agente intermediario, según Cabrera, entre él y Oribe para cometer el delito de que se trata á la vez que instigador, si fué absuelto por el Tribunal, al no consentirse en su prisión, en virtud de no existir más prueba que « única de cita del reo Andrés Cabrera », lo justo, lo lógico, era proceder en la misma forma respecto al general Oribe, y no llegar hasta el extremo de dictar sentencia nula por odio insano hacia su persona.

¡Juan Carlos Gómez, juzgando al general Oribe! ¡Juan Carlos Gómez, enemigo irreconciliable de aquel general, que ya había emitido su parecer respecto al proceso Cabrera, que ya había prejuzgado sobre el mismo, públicamente, ahora miembro, nada menos, que del Superior Tribunal de Justicia para juzgar á Oribe! ¡Esto es ya demasiado! (1).

¡El doctor don Salvador Tort, miembro de la Asamblea de Notables de la Defensa de Montevideo, enemigo también del general Oribe, político militante de la referida Defensa, formando parte de un Tribunal en el cual se iba á vertilar un proceso por el que se calumniaba al general Oribe! ¿No es un principio universal de derecho, que los amigos ó enemigos del acusado no pueden ser sus jueces? Y entónces ¿cómo los enemigos (Tort y Gómez), y los amigos (Santurio), podían dictar sentencia en un proceso que interesaba al general Oribe? Esto

(1) Debemos declarar en honor de la verdad, que Juan Carlos Gómez, por los motivos antes citados, se excusó de formar parte del Tribunal, pero este alto cuerpo, dispuesto ya á pasar por todo, no admitió dicha excusa. Santurio también se excusó

era lo mismo, que tomar la justicia para servir fines exclusivamente personales.

Pero sigamos en el análisis del proceso.

Sabido es, que el que opone una excepción, tiene que probarla; y sabido es, también, que Cabrera no probó la que opuso respecto al mandato del general Oribe. Luego, el Tribunal y el Jurado procediendo con imparcialidad y justicia, no podían dar por probado lo que Cabrera no probó.

Pero, como había especial deseo de involucrar al general Oribe en esa causa, hicieron en segunda instancia, lo que no pudieron hacer en primera.

Produjo tal efecto en el público la sentencia nula del Tribunal, que la prensa se expresó de la siguiente manera:

Señor don Carlos Santurio.

Después que se publicó la sentencia del procesado Andrés Cabrera, de que fuisteis juez, habeis querido salvar vuestro nombre de las complicaciones de aquel fallo: habeis creído un deber de honor y de conciencia salvar vuestro procedimiento: habéis dicho en alta voz que no está probado que Cabrera cometiese el asesinato por mandato de un tercero y que así lo sustentastéis en pleno Tribunal: que la sentencia recaída en autos con relación al general Oribe, era opuesta al mérito de ellos, injusta y atentatoria: *que el Presidente del Tribunal presentó las cuestiones bajo un punto de vista capcioso é indebido*: que á todo esto fuistéis opuesto y quisistéis salvar vuestro voto que no se os admitió.

(*El Nacional*, Julio 10 de 1854).

Apremiado el doctor Santurio por la publicación de lo transcripto más arriba, dió á la luz pública, el siguiente documento.

Don Martiniano Mouliá, Escribano de la Excma. Cámara de Justicia.

Certifico: Que en el acuerdo celebrado el 14 del corriente por los señores que constituyen el Tribunal Superior de Justicia en la causa que de oficio se le sigue al Reo Andrés Cabrera por el homicidio del doctor don Florencio Varela, compuesto dicho Tribunal de su Presidente el doctor don Salvador Tort y doctores don Juan Carlos Gómez y don Carlos Santurio, como conjueces, el sobre dicho doctor Santurio votó por la confirmación de la pena de muerte impuesta al referido Cabrera, pero se puso á que se le formase causa al general don Manuel Oribe.

Lo cual así consta del acuerdo de la referencia, á que me remito y doy fé. Y á solicitud del doctor Santurio previo mandato Superior, expido el presente en Montevideo á diez y nueve de Julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro, de que doy fé.

MARTINIANO MOULIÁ,
Escribano de Cámara.

« El Conciliador » Julio 21 de 1854.

La sentencia, dijimos, que era nula en virtud de los fundamentos legales que damos á continuación:

El artículo 48 del Reglamento de Administración de Justicia dice: « El Tribunal será compuesto por ahora de tres Jueces Letrados » ... (1).

(1) Caravia, Leyes y decretos, tomo 1 o.

La Ley del 3 de Abril de 1830, complementaria del citado Reglamento, dice en su artículo 2.º: « Para formar Tribunal, es necesario la existencia de cuatro Jueces, y para pronunciar sentencia, tres votos conformes ». Y la ley del 31 de Mayo de 1838, en su artículo 3.º dice: « Cuando por enfermedad, ausencia ú otro motivo, no haya en el Tribunal de apelaciones sino cuatro Jueces, bastará la concurrencia de tres para formar Tribunal, siendo necesario en este caso, para que haya sentencia ó resolución, que la votación sea unánime », (1).

Como ya se ha dicho, el doctor Santurio votó en contra de la parte de la sentencia que dispuso que el general Oribe fuera enjuiciado, y el resto de los miembros del ya citado Tribunal ó sean dos de ellos, votaron á favor del enjuiciamiento del general Oribe. Como la ley decía que para haber sentencia se precisaba tres votos unánimes y como no hubieron más que dos, la sentencia fué nula, ocultando esta nulidad el Tribunal, para satisfacer, así, odios que no debían tener cabida en quienes están encargados de aplicar la ley.

Nula con arreglo á la ley la sentencia preindicada, solo quedaba la afirmación del jurado, que de por sí carece de toda base de justicia, como ya lo demostramos anteriormente, por adolecer de falta de pruebas al respecto y por haber violado, en virtud de su ignorancia, un principio elementalísimo de derecho, aunque eran jueces de hecho que como ya lo dijimos, consiste en que, el que opone una excepción tiene que probarla, y Cabrera no probó la queo puso.

Si se fuera á enjuiciar una persona, porque un asesino vulgar ó un ladrón dijera que había cometido el delito por mandato de A. B. ó C., realmente que nadie estaría garantido y expuesto, por consiguiente, á ser pro-

(1) Rodríguez, Colección de Leyes y Acuerdos.

cesado, porque tal ó cual truhan se le antojara acusarlo para aminorar su delito. Bueno estaría el mundo con la absurda tésis sostenida por el jurado y el Tribunal en su conducta ilegal.

A todos sorprendió, sobremanera, la publicación hecha por el doctor Santurio respecto á su conducta en el juicio Cabrera.

¿No sabía el Tribunal que en virtud del artículo 48 del Reglamento de Administración de Justicia complementado por la ley de 3 de Abril de 1830, exigía en su artículo 2.º la conformidad de tres jueces para dictar sentencia? ¿No sabían los abogados de ese Tribunal, que la disconformidad del doctor Santurio viciaba de toda nulidad la sentencia que habían dictado? Y entonces ¿porqué aceptaron como válida esa sentencia dándola á la publicidad sin hacer constar en ella la disconformidad del citado doctor Santurio? Si los miembros del Tribunal, todos letrados, desconocían la ley ¿qué confianza se podía tener en la justicia de sus juicios? Aquí se puede ver en toda su extensión, el odio implacable del enemigo, el odio que todo lo arrostra con tal de satisfacer los bajos sentimientos de venganza.

¡El Tribunal Superior de Justicia, la primera autoridad judicial, entónces, de la República, dictando una sentencia nula y mandando cumplir la misma con el fin de suplir, con ella, la falta de pruebas para enjuiciar una persona! Realmente que es enervante la ruindad humana.

¿Qué garantías podía haber entónces en el país, cuando la suprema autoridad judicial violaba la ley á fin de procesar á los inocentes? Con razón dijo cierto personaje uruguayo, quizás en un momento de justa indignación: que no se escriba nuestra historia. Porque esta sentencia que estamos analizando, produce tanta tristeza

en el corazón y amontona tanto asco en el cerebro, que la mano pugna por dejar la pluma en el inmóvil soporte de su descanso.

Ahora bien. Si el Tribunal dispuesto como estaba á pisotear la ley ¿no habrá influido en los jurados á fin de obtener la conformidad de estos para sus ilegales planes? Nosotros creemos que si; y esto fué lo que se dijo en aquella época, sindicándose con nombre propio, uno de sus miembros. Porque de un Tribunal que está dispuesto á violar la ley, cometiendo el enorme delito de dar por valera una sentencia nula con el exclusivo objeto de inventar un medio para procesar á un tercero, se puede esperar todo.

El que escribe estas líneas, hace muchos años que es jurado en lo criminal y tiene el perfecto convencimiento de la inutilidad del juicio por jurados. 1.º Por el procedimiento observado en dicho juicio; 2.º Por la falta de idoneidad de la mayoría de los jurados; y 3.º Por la influencia decisiva del juez, en el debate, al discutirse el veredicto. Si esto que dejamos anotado pasa en la mayoría de los juicios que no tienen transcendencia pública ¿qué no habrá hecho un Tribunal, dispuesto á pasar por todo con el fin de poder procesar al general Oribe? Caiga sobre ellos el anatema, al haber querido, por medios ilícitos y reprobados, manchar la reputación del hombre honrado que no tenía otros errores que los propios de las luchas políticas de su tiempo.

En conocimiento el general Oribe de la sentencia ya referida, se presentó por escrito, el cual no transcribimos por su escasa importancia, atacando de nulidad la ya tantas veces citada sentencia de 2.^a instancia, amparándose, á la vez, en el pacto de Octubre de 1851, manifestando, al mismo tiempo, dejaran para la historia

la dilucidación de esta cuestióu. Y al proceder así, el general Oribe, lo hacía en virtud de un exceso de prudencia, acallando sus iras en obsequio á la paz de todos: pues los acontecimientos pasados estaban frescos, los odios tan vivos que la menor chispa podía encender de nuevo la guerra civil.

Cuando se le concitaba al general Oribe á que se defendiera publicamente decía: « *La calumnia no es eterna; con gusto sacrífico mi persona en obsequio á la paz del país. Si se tratara de su independencia, de su constitución ó sus leyes, desenvainaría de nuevo la espada. Por lo demás, fio en la posteridad* ». Y la posteridad le hará justicia.

El escrito del general Oribe, presentado por su apoderado, pasó en vista al fiscal, el que se expidió en la forma que va á verse:

Excmo. Señor:

Responde el fiscal en la causa seguida á Andrés Cabrera por el nomicidio del doctor Varela evacuando la vista que V. E. le ha conferido de los recursos de súplica y nulidad introducidos por el Procurador del general don Manuel Oribe sobre la sentencia definitiva de V. E. recaída en esa causa, en la parte que hace referencia al dicho general Oribe; dice, que los expresados recursos carecen de todo fundamento que baste á impedir el cumplimiento de la sentencia reclamada, por lo que V. E. se ha de servir desecharlos á la vez, condenando á la parte recurrente en las costas.

Dos son los únicos fundamentos del recurso de súplica, el primero consiste en que V. E. en su auto de fojas 149 revocó el del inferior de fojas 111 que man-

daba la prisión de don José Antonio Iturriaga en consecuencia única de la cita de Cabrera que por derecho, no causa semi-plena probanza; y el segundo, en que el pacto de Octubre cubría al general don Manuel Oribe, y lo salvaba de toda responsabilidad ante la ley, quedando solo sujeto á los fallos de la historia, de la sana razón y de la filosofía.

Se ve pues, que el primer fundamento no puede servir de base justa y legal al recurso de súplica introducido en favor del general don Manuel Oribe: 1.º porque el auto de fojas 149 revocó el de fojas 111 que mandaba la prisión de don José Antonio Iturriaga que es persona distinta de aquel pues, bien, (sigue una línea rota) don Manuel Oribe dejase de serlo; 2.º porque no se sigue del expresado auto de fojas 149 que V. E. hubiese reconocido ni entonces, ni antes, ni después, que en la causa no hubiese pruebas de la culpabilidad del expresado general Oribe; 3.º porque de la causa seguida á Biribilla, que ha sido agregada á esta después de la fecha de aquel auto, resultan pruebas suficientes que justifican la participación del general Oribe en el atentado contra la vida del doctor Varela, las cuales agregadas á las pruebas directas é indirectas que resultan de esta causa hacen plenísima probanza del hecho de esa participación; 4.º porque aún cuando el auto de fojas 149 hiciese referencia á don Manuel Oribe, por ser el interlocutoria, no se opondría á la sentencia definitiva que ha recaído en esta causa, en la parte que hace relación al mencionado general Oribe; 5.º porque el hecho de la culpabilidad de este lo ha declarado el Tribunal de hecho, que es á quien compete la apreciación de la prueba, por lo que el auto de fojas 149 no puede invalidar esa declaración, desde que él no importa la apreciación de esa prueba en el estado competente del juicio.

El segundo fundamento del recurso de súplica introducido á nombre del general don Manuel Oribe, es el pacto de Octubre, que no puede producir los efectos que pretende la parte recurrente, no solo porque á ello se opone la sana razón y la filosofía que invoca aquella, sino también la moral y la humanidad misma que exigen que se separen los desaciertos y errores que ocasiona la discordancia de ideas entre los miembros de una misma sociedad, de los atentados que tienden á la desorganización de esa misma sociedad, sin que ellos puedan, de manera alguna, servir á los intereses de las fracciones ó partidos en que ellas se hallen momentaneamente divididas.

Si el fiscal no estuviera persuadido que esta es la opinión robustecida por el sentimiento de cada uno de los sabios é íntegros jueces que componen este Tribunal Superior, se detendría á demostrar con la historia, el derecho público y el fallo de la conciencia y la moral universal, que, con ningún otro delito deben ser tan severas las leyes y los íntegros jueces que las aplican, como con esos asesinatos espantosos denominados imprudentemente políticos, porque no solamente son ellos cometidos siempre á mansalva, sino también á la sombra del estandarte de la patria ó de uno de los partidos en que ella se divide en crisis como la pasada, salpicando con la sangre que ellos derraman el rostro de los inocentes que los condenan y los maldicen. El fiscal pues, prescinde de esta inútil tarea, porque cree además que es ofender la razón y la moral, mantener discusiones de esta naturaleza; pero al mismo tiempo rechaza la aserción de la parte recurrente, relativa al hecho de que el Ministerio Fiscal ha emitido la doctrina funesta de que se sirve ella para la escusación de este atroz delito. Muy distinta cosa ha sido lo que ha solicitado en esta causa el fiscal ad hoc., don Ambrosio Velazco, pues en su vista de fojas insistió en que

se despojase de su carácter político al delito acusado en ella, y si este se considera de parte de Cabrera como un delito común, debe ser considerado de la misma naturaleza respecto de los demás que tuvieron parte en él, porque no hay razón para hacer distinción alguna entre el ejecutor del crimen, los que lo mandaron cometer y los que ayudaron su ejecución.

Contrayéndose el Fiscal ahora al recurso de nulidad, introducido á f. por el apoderado del general don Manuel Oribe le bastará referirse unicamente al testimonio de f. expedido por el Escribano de este Superior Tribunal. En el aparece que el doctor Santurio dió su voto como Juez de derecho con plena libertad de conciencia, luego falta de todo punto el fundamento único del recurso de nulidad deducido á nombre de don Manuel Oribe.

El Fiscal no puede prescindir de llamar la atención de V. E. sobre la irregularidad de conducta del Escribano don Martiniano Mouliá en el ejercicio de su oficio, al otorgar al doctor Santurio el certificado publicado en el « Conciliador » invocando en él la autorización de V. E. cuando no consta que V. E. lo haya dispuesto así, siendo por lo tanto esa indiscreción la causa del recurso de nulidad interpuesto y de otras ulteriores pùblicas no menos desagradables.

Por todo lo expuesto V. E. habrá de resolver como deja solicitado este Ministerio en el exordio.

Montevideo, Mayo 15 de 1854.

EMETERIO REGÚNAGA.

Como el defensor de Cabrera interpusiera también el re-

curso de nulidad contra la ilegal sentencia ya mencionada, el Tribunal, descubierto en su plan de odios hacia el general Oribe, no tuvo otra salida que aceptar el recurso solicitado, confesando implícitamente la nulidad de la precitada sentencia, por medio del auto que va á continuación, que abarcó en sus fundamentos el petitorio del general Oribe, en virtud de la indivisibilidad de las sentencias, jurídicamente hablando.

Ahora, he aquí dicho auto.

Y vistos: Importando el recurso deducido por el defensor de Andrés Cabrera una revista de la sentencia de 2^a Instancia, que no puede hacerse sino por el Tribunal que establece el artículo 56 del Reglamento P. de Administración de Justicia, procédase al sorteo de jurados, designándose al señor Ministro Decano doctor Antonio Rodríguez para presidir el acto.

TORT — RODRÍGUEZ — GÓMEZ — SANTURIO — VILARDEBÓ.

El Tribunal Superior de Justicia estando en acuerdo así lo mandó y firmó en Montevideo á 11 de Agosto de 1854 de que doy fé.

MARTINIANO MOULIÁ.
Escribano Público.

Contra la opinión del doctor Regúnaga, fiscal ante quien pasó en vista el escrito del defensor de Cabrera y el presentado por el apoderado del general Oribe, quien protestó por dicha sentencia á nombre del susodicho general, el Tribunal dictó el auto que se acaba de transcribir, auto que contrarió la opinión del fiscal que desconoció en su vista los fundamentos legales que establecían las leyes que aca-

bamos de citar para dar validez á la sentencia que se relacionaba con Cabrera y Oribe á la vez.

El fiscal, como decimos más arriba, dejó de lado la ley y se concretó á censurar la conducta del escribano Mouliá, por haber descubierto lo del voto de Santurio y por consiguiente, la nulidad absoluta de la sentencia; pero dispuesto á marchar por la pendiente del Tribunal, enuncia el hecho, pero no hace caso de él y dice que se deseche el recurso de nulidad interpuesto por la defensa.

El Tribunal que se habia dado cuenta de la cosa y del efecto causado en el público, retrocedió é hizo lugar al expresado recurso. Asi que, habiéndose ordenado la designación de nuevo jurado, y siendo nula, como era, la sentencia de 2.^a instancia, quedó todo esto en suspenso, sin efecto legal alguno y sí, únicamente subsistente todo lo obrado en primera instancia: es decir, probado: que Cabrera asesinó al doctor Varela y desechado por absurdo é ilegal lo referente al mandato de Oribe. Y aquí terminó esta causa.

Como ya este famoso proceso había entrado en el terreno de la ilegalidad, fué abandonado por varios años, hasta que pasó incompleto al archivo del Tribunal, para quedar allí como una pieza histórica, según reza la nota que en un pedazo de papel adherido á su carátula se ve en él; siendo dicho proceso, la prueba más acabada de la inocencia del general Oribe, en cuanto á su participación en el asesinato perpetrado en el ilustre hijo de la gran nación argentina, doctor Florencio Varela.

**Proceso instaurado á José Lorenzo (a) Birivilla,
por la policía de Montevideo y después por
un Juez militar « ad hoc », nombrado por el Mi-
nistro de la Guerra en el año de 1850. (1)**

Como el fiscal, doctor Regúnaga, dijera en su vista motivada por el recurso de nulidad interpuesto por el defensor de Cabrera y el apoderado de Oribe, contra la sentencia de 2.^a instancia, de que estaba probada la participación de Oribe en el asesinato del doctor Varela, en el proceso instaurado contra José Lorenzo (a) Birivilla, mandado agregar al de Cabrera, vamos á demostrar con las transcripciones en resúmen de las declaraciones del referido proceso, que esto, también, es falso de toda falsedad.

Este proceso se formó, en virtud del salteamiento llevado á cabo á la imprenta del « Comercio del Plata ».

INFORMACIÓN LEVANTADA POR LA POLICIA — DECLARACIONES TOMADAS POR EL COMISARIO DE ÓRDENES

A fs. 1, luce un oficio del Ministerio de Gobierno, firmado por el doctor Manuel Herrera y Obes y dirigido al jefe de policía, para que prenda á José Lorenzo (a) Birivilla, por ser agente del enemigo y querer atentar contra la vida del Presidente y otros.

De fs. 3 á 5, declaración de Andrés Conde (a) Calcuta, manifestando que conoce á Birivilla, que es un haragan y un borrachon; que se disfraza y que lo ha visto en actitud sospechosa con otro individuo apellidado Cavique. Que va y viene al Buceo.

De fs. 5 y 5 vta., declaración de Francisco Donato, en la

(1) Este proceso se encuentra archivado conjuntamente con el de Cabrera, en el Tribunal de 1er. Turno y consta de 184 fojas.

que dice que conoce á Birivilla y que no sabe de que vive.

De fs. 6 á 8 vta., declaración de Cristina Genara Magallán, la que depone en la forma siguiente: que es concubina de Birivilla, que hace unos tres meses fué aquel al Buceo á buscar trabajo por dos veces. Que es jugador.

De fs. 8 vta. á 10, declara Bartolomé Lanata, que conoce á Birivilla, que es un borracho, y que estando éste en una trastienda mostró 16 onzas y dijo que cuando quería plata no tenía nada más que ir al Buceo. Que tenía valimiento con la señora de Oribe y que había muerto un portugués en el Buceo.

De fs. 10 á 10 vta., declara Luisa González, que Birivilla iba á empeñar prendas á su casa.

De fs. 10 á 11 vta., declara José Alvarez y dice: que ha oído decir que Birivilla es un gandul.

De fs. 11 vta. á 12 vta., declara Francisco Ramos, que Birivilla es un olgazán.

De fs. 12 vta. á 13, declara Rafael Ferreira, manifestando que conoce á Birivilla.

De fojas 13 á 14, detalla Luisa González, la calidad de los objetos empeñados por Birivilla.

De fojas 14 á 15, declara Nicolás Rezzio, que conoce á Birivilla, que es mal pagador, jugador, haragán, etc., etc.

De fojas 15 á 15 vuelta, Antonio Vázquez, declara lo mismo.

De fojas 15 vuelta á 16 vuelta, Florencio Martins, relata hechos de la vida privada de Birivilla, que no contribuyen á dar más luz después de las declaraciones anotadas.

Pedro Allende, dice de fojas 16 á 18 vuelta, que los objetos que se le exhiben, que son los empeñados por Birivilla, le han sido robados. Que en la noche del lunes de Carnaval, se fué á un baile, dándole la llave de la puerta de la imprenta del Comercio del Plata, al repartidor del diario, *por*

no bailar con las llaves en el bolsillo. Que cuando él regresó del expresado baile, no encontró al portero, teniendo que esperar que viniera Varela para entrar á la imprenta. Que éste encontró la citada imprenta empastelada y que los asaltantes habían entrado por la azotea.

De fojas 18 vuelta á 20, declara Cristina Genara Magallán, que reconoce como suyas algunas alhajas y ropas empeñadas por Birivilla. Que éste había comprado una Bucetita con el dinero que ganaba con su trabajo. Que el dinero que poseía ahora, lo había ganado con el juego.

El perito Labat, dice que reconoce la ropa que se le presenta, como de propiedad del señor Allende.

De fojas 20 á 21, declara Tomás Genaro que conoce á Birivilla, que es mal pagador, jugador, vicioso, etc.

De fojas 22 á 22 vuelta, declara Tomás Baillo y dice : que conoce á Birivilla, que le habían dicho que aquel lo querían suponer, falsamente, como dispuesto á atentar contra el gobierno.

De fojas 22 á 23 vuelta, declara más ó menos lo mismo, Pedro Campos.

De fojas 23 vuelta, á 24 vuelta, declara Cayetano Guerra, y dice que Birivilla es un ladrón.

De fojas 24 vuelta á 25, declaran los individuos Cavilla y Guerra y dicen que Birivilla le dió una puñalada á un hombre.

De fojas 25 á 31, declara Biribilla, y dice :

1.º Que compró unas piezas de casimir abordo de una polacra y las revendió.

2.º Que en pelea hirió á un portugués.

3.º Que un tal Arbelo y Paez, le convidaron para asaltar la imprenta del Comercio del Plata.

4.º Que Arbelo y Paez le dijeron, que tenían orden de Iturriaga, y después de Oribe, de asaltar la imprenta del Co-

mercio del Plata y que le habían ofrecido por su participación la cantidad de 400 patacones.

5.º Que llegado el momento del asalto, entraron á la imprenta Paez, Arbelo y otros individuos que no conoce, quedándose él en la calle.

6.º Que los objetos robados que empeñó ó vendió, le fueron dados por los asaltantes. Birivilla no firma, por no saber hacerlo.

Un comisario de policía declara, (¡oh colmo!), que la conversación que tuvo Birivilla con Paez y Arbelo, fué oída por él, sin ser visto por aquellos.

La Canaria Luisa, un marinero italiano llamado Rafael, dicen: que Birivilla decía: que tenía del colector del puerto del Buceo, todo lo que quería. Todo esto puede verse de fs. 31 á 39.

Terminado el sumario por la policía, pasa éste al ministerio de la Guerra, el que nombra un juez «ad hoc» para entender en él, que lo es el Teniente Coronel José María Echandia y como secretario el Teniente de Artillería, José Felipe Pérez.

El resto de las fojas de este sumario, se compone de las ratificaciones de las declaraciones transcritas, órdenes de prisión, diversas notas de trámite, escritos del defensor de Birivilla, inventarios, etc.

Hacemos constar, que á este proceso, le faltan 10 fojas más ó menos, en cuyas fojas tendría que estar comprendida la sentencia, que no hemos podido encontrar en el susodicho proceso; y tendría que estar en esas fojas arrancadas, quien sabe con que fin, porque después de citado el Consejo de Guerra para dar sentencia definitiva, tendrían que estar decimos, las páginas que faltan y tienen que pertenecer lógicamente á la sentencia, porque las subsiguientes á las arrancadas ó extraviadas, las componen varios documen-

tos, entre ellos, la notificación de la sentencia á Birivilla y una nota firmada por el Teniente Coronel Echandia y su secretario don José María Blanco, dando cuenta de haber sido fusilado en la plaza de Cagancha el procesado Birivilla, el 3 de Agosto, á las 10 a. m. del año 1850, en cumplimiento de la pena impuesta por sentencia competente. Lo que prueba que Birivilla fué condenado á muerte.

En virtud de la agregación de este proceso al de Cabrera, y en virtud, también, de su contenido, el fiscal doctor Regúnaga, dedujo la culpabilidad del general Oribe, en cuanto á lo que se refiere á la muerte del doctor Florencio Varela.

En lo tocante á la sentencia de segunda instancia, no hacemos comentario alguno por haber tomado ó no el Tribunal como base para probar el mandato de Oribe á Cabrera, el proceso Birivilla, porque aquella sentencia, como ya lo manifestamos con los fundamentos legales del caso, es nula.

Así que, el doctor Regúnaga, por dícere, declara probada la culpabilidad del general Oribe en la muerte del doctor Varela, sin más argumentos y consideraciones que su palabra de fiscal. ¡Oh colmo! Así que, el doctor Regúnaga, por haber dicho un hombre de mal vivir como Birivilla, en una forma mentida, que dos individuos que no pudieron ser hallados, le manifestaron que tenían orden del general Oribe de asaltar la imprenta del Comercio del Plata y que lo invitaban para tal empresa dándole al efecto la cantidad de 400 patacones, declara probada la culpabilidad del general Oribe en el asesinato del doctor Florencio Varela. ¡Oh colmo! Así que, el doctor Regúnaga, por haber *dicho un comisario que oyó el diálogo entre Birivilla, Arbelo y Paez*, después de haber declarado Birivilla, es decir, después saber el comisario en que consistía ese diálogo por la declaración del ya nombrado Birivilla, declara probado el mandato de Oribe

á Cabrera. ¡ Oh colmo ! Así que, el doctor Regúnaga, cree que tiene algún fundamento la declaración de Birivilla, en lo tocante á la proposición de Arbelo y Paez, porque ¿ qué necesidad tenían Arbelo y Paez de Birivilla para asaltar la imprenta del Comercio del Plata, dándole 400 patacones, máxime cuando Birivilla no los ayudó en nada, sino que se quedó en la calle cuando se llevó á cabo el asalto ? Si Arbelo y Paez con otros hombres efectuaron á aquel asalto, ¿ para qué precisaban un presenciador de sus hechos como lo fué Birivilla, según su declaración ? ¿ Y por haber sido Birivilla expectador le dieron 400 patacones ? ¿ Y en virtud de todas estas patrañas, declara el doctor Regúnaga probado el mandato de Oribe á Cabrera ? ¡ Oh colmo ! Todo esto fué una gran mentira ; y si Birivilla entró á la imprenta del Comercio del Plata y robó, etc., fué en virtud quien sabe de que causa, pero nunca mandado por Oribe é Iturriaga.

Por otra parte, el doctor Regúnaga dispuesto ya á pasar por todo con tal de dejar en pie la acusación al general Oribe, hizo caso omiso de la ley en la creencia, quizás, de que todos podrían participar de su ofuscación, y no advertir los actos delituosos que se llevaban á cabo con conducta tan incorrecta como la del señor fiscal Regúnaga.

En efecto : las leyes de partidas, que regían en esa época, dicen expresamente :

« Más si dixere que la oyera dezir a otro, no cumple lo que testigua ; fueras ende en pleytos, e en posturas que los omes pusiesen entre si unos con otros en que vale el testimonio de oyda, quando es fecho en esta manera ; que diga el Testigo : Yo vi, é oy a Fulano, e a Fulana, fazer tal pleyto, e tal postura : mas se dixere el testigo tan solamente, que oyera dezir á otro alguno, que tal ome, e tal, pusieran tal pleyto entre si en esta manera, ó que un ome

matara á otro; tal testimonio non deve valer, porque el testigo depone de oyda ».

(Partida 3.^a — Título 16 — Ley 28).

Todas las declaraciones, como se ha visto, han sido prestadas en virtud de haberse oído decir esto ó aquello á Mengano ó Fulano, siendo todas ellas nulas con arreglo á las leyes citadas; como así lo reconoció el defensor de Cabrera en el largo escrito que comentamos en su lugar respectivo. Pero el doctor Regúnaga, perseguía un solo fin, y había que ir á Roma por todo: es decir, dejar en pié la acusación referente al general Oribe: y así lo hizo á pesar de que ello traía aparejado insalvable nulidad.

En la Partida 3.^a, título 16, ley 18, se lee: « En su pleyto mesmo non puede ser ningund testigo », y menos contra un tercero. Por lo tanto, el dicho de Cabrera, de Birivilla, etc., de que los mandó Oribe, es nulo y sin ningún valor jurídico, como así lo reconoció el fiscal doctor Velazco. Pero ya eran inútiles todas las disposiciones legales ante la furia desenfrenada que se había apoderado de ciertos magistrados relativa al general Oribe. Había que rendirse ante ellos, porque se creían hasta infalibles en medio de su odio.

Por otra parte, era inaudito que por el dicho de un ladrón, de un jugador, de un vicioso en fin, *sin más prueba que su palabra honrada*, se considerara culpable de tal ó cual cosa, á un hombre de servicios gloriosos á la causa de la independencia de su patria y de posición culminante política y socialmente. ¡Ni en Mozanvique, doctor Regúnaga! ¡Qué barbaridad!

Con lo dicho, creemos habernos ocupado demasiado de un proceso que fué instaurado en tiempo de guerra y pura y exclusivamente por los enemigos del general Oribe.

« El Defensor de la Independencia Americana », se expresaba así, respecto al proceso Birivilla.

« ... Alsina podría suponer, como lo hace en aquel mismo número que la mano de los sitiadores es la que le ha dirigido el golpe para destruir un periódico que en el concepto de ese ridículo y vil calumniador nos hace mucho daño. ¡Qué necedad! Como si el revólver, los tipos de una imprenta bastase para inutilizarlo! y como si tuviésemos algún interés en que callase un periódico que á fuerza de mentir y calumniar ha realzado la justicia de nuestra causa en la opinión de todo el mundo! Pues que ¿le parece al salvaje unitario Alsina que sus imposturas continuamente desmentidas, sus calumnias diariamente refutadas, sus noticias fraguadas para engañar á los extranjeros y deshechos por la luz de la verdad, casi en el acto mismo de él publicarlos, han contribuido poco á ilustrar la opinión en la Europa misma acerca de esta cuestión? ¿Cómo hemos de desear qua calle, quién por tales medios nos hace indirectamente un verdadero servicio hablando? Lejos de eso, sentiríamos mucho que ese pastel de que nos habla en su número del día 13 tardase mucho en sazonzarse; pues ya echamos de menos sus noticias, después de aquel suplemento con que trató de empastelar á los aventureros con la importante noticia de haber sido rechazado el tratado Le Predour el 26 de Noviembre. Arregle pues de una vez sus tipos, y vuelva cuanto antes á sus anteriores proposiciones para explicarles la razón porque habiendo sido rechazado aquel proyecto en Noviembre 26 se trató recién el subsidio en 21 de Diciembre acordando solo 500.000 mil francos para salir de los vencimientos que se aproximaban, en vez de 1.150.000 que proponía la comisión, y se deja para otro día la discusión del tratado, á propuesta del Presidente de la Asamblea, y del ministro de Relaciones Exteriores. Contrariedades son estas, que deben de llamar algo la atención de los salvajes unitarios, poco acostumbrados á leer suplementos con noticias tan impor-

tantes; y es preciso que « El Comercio del Plata » salga de una vez con el grandor necesario para aclararlos.

Y en el número 518, agregaba el mismo diario respecto al fusilamiento de Birivilla :

« Era ese infeliz (José Lorenzo (a) Birivilla), un español desválido, pescador ó guadañero, que fué preso por la declaración de una mujer perdida, y las atestaciones de un esbirro de la llamada policía de Montevideo, empeñada, en mentir, haciendo aparecer criminal al desgraciado Lorenzo. Una larga serie de declaraciones, ratificaciones, careos y diligencias de todo género, no dan después por resultado otra cosa sino la tenacidad con que se buscaba un delincuente á quien castigar, y ya que no se encontrase, á montonar cargos, que por más infundados que fuesen, vinieran agravitar sobre el acusado cuya sentencia estaba de antemano pronunciada.

.

« Por eso es que, alejándose voluntariamente (el redactor del Comercio del Plata), desde el momento en que se sintió ofendido, de la via que le estaba trazada respecto de sus ofensores, gritó contra los conspiradores, haciendo, del trastorno sufrido por los tipos y las cajas de su imprenta, una causa política, un ataque á la seguridad pública de los salvajes unitarios, y por consiguiente un motivo bastante para condenar á muerte al primer infeliz que pudiese ser tenido como delincuente, y conducido ante los asesinos, constituidos en tribunal ¡ pero que tribunal Señor !...

« Aquel, que integrándose con extranjeros, tales como Brié, Thiebaut y algunos italianos, ha mandado al cadalso, á varios ciudadanos de este País, cuya sangre mancha la frente de sus infames verdugos !

« Y desde entonces, desde que el salvaje unitario Alsina lanzó ese grito de alarma, complicando sus propios negocios

con los que entiende por seguridad pública nuestros enemigos, los alaridos de aquel demagogo, fueron preceptos para la intrusa autoridad, que se hizo un deber en espantarse del peligro que su existencia misma corría, por las tenebrosas maniobras de enemigos ocultos, soñados á montones. Era, pues, necesario sacrificar alguno, cualquiera y aunque fuese inocente para imponer á los otros, y dejar los fantasmas que agitaban el espíritu asustadizo del salvaje unitario Alsina y otros. El desgraciado José Lorenzo fué el primero sobre quien se fijaron, y aunque tan infeliz y tan insignificante en todos respectos, su cabeza era necesaria, y no trepidó un instante en derribarla.

« De esa base de conspiración contra la seguridad pública arrancaba la necesaria deducción de que los supuestos conspiradores de Montevideo eran movidos por órdenes emanadas de afuera, y de ahí, por consiguiente, que ellos eran los agentes del Excmo. señor Presidente de la República, con todas las demás insulsas necedades y absurdas, con que propalándolas no se ha cansado de ridiculizarse á asi mismo el salvaje unitario que escribe el Comercio.

Por de contado que nosotros haríamos un insulto al buen sentido público, con demorarnos á demostrar toda la impertinente estupidez que se prueba en esa, y otras tan miserables como torpes acusaciones. Son demasiado elevados y sobradamente acreditados, ante su patria y ante el mundo entero, los sentimientos nobles y caballerescos del Excmo. señor Presidente de la República, Brigadier general don Manuel Oribe, para que descienda á fijarse en las obras del salvaje unitario Alsina, á quien no puede mirar de otro modo que con un justo desprecio. El esclarecido Magistrado que preside la República, combate á sus enemigos en masa, y no necesita ocuparse de cada uno, ni puede racionalmente aspirar el salvaje unitario Alsina á

esa especialidad con que tiene la manía de pabonearse á menudo ».

. »

El proceso Cabrera, consta de 507 fojas y una sin numerar que lleva tres medias firmas del escribano Moulia. Además hay agregado un expedientillo por excusación del doctor Juan Carlos Gómez, que consta de 10 fojas; el del doctor Carlos Santurio de 9 fojas.

El proceso Cabrera se encuentra archivado en el Tribunal Superior de Justicia.

Las piezas del referido proceso que nosotros hemos utilizado, lucen en él en la forma siguiente :

Declaración Rodríguez, fojas 92 ; id. Medina, fojas 93 vuelta ; id. F. Suárez, fojas 105 - 121 - 129 ; id. Fernández, fojas 108 ; id. Paez, fojas 76 - 118 - 129 vuelta ; id. C. Rodríguez, fojas 64 ; Vista, Acevedo, fojas 143 ; id. Velazco, fojas 144 ; idem, de las Casas, fojas 272 ; id. Regúnaga, fojas 375 - 383 395 ; id. Caravia, fojas 189 vuelta ; Sentencia del Tribunal, fojas 338 ; declaración Sierra, fojas 191 ; id. Varela, fojas 86 ; id. Iturriaga, fojas 140 ; id. Delinotti, fojas 30 - 165 ; id. Cabrera, fojas 45 - 115 vuelta, 119 - 123 - 124 ; id. P. Falcón, fojas 46 vuelta, id. A. Martín, fojas 54 ; id. Comas, fojas 59 ; id. Silva, fojas 61 ; id. A. Suárez, fojas 67 - 71 vuelta ; id. Niño Rodríguez, fojas 71 ; id. Gregoria A. de Sosa, fojas 72 vuelta ; id. Sagra, fojas 88 ; veredicto 1.^a instancia, fojas 338 ; id. 2.^a instancia, fojas 388 ; sentencia de 1.^a instancia, fojas 338 vuelta ; id. de 2.^a instancia, fojas 389 ; Parte Caraza, fojas 53 ; Poder Oribe, fojas 453 ; Escrito, fojas 439 - 447.

Nombramiento del Provisor Eclesiástico

El 16 de Mayo de 1847, falleció, en el campo sitiador, el ilustre prelado uruguayo monseñor don Dámaso Larrañaga, á los 76 años, dos meses y seis dias de edad; Vicario Apostólico del Uruguay, según bula del Sumo Pontífice Gregorio XIV, expedida en Roma el 14 de Agosto de 1832, y más tarde, Proto-Notario Apostólico, Notario de la Santa Sede, cargos que le fueron conferidos por el señor Fabbrini, Pro-Delegado Apostólico Extraordinario en toda la América Meridional, con fecha 6 de Diciembre de 1836, nombramientos que recibió, después, la confirmación de la Santa Sede, (1).

El doctor Larrañaga, vinculado á la patria bajo su doble faz de político y eclesiástico, se distinguió siempre, en los puestos que desempeñara, por su fé ardiente y sincero patriotismo.

Fray Vernet, dice respecto á la Larrañaga: « En efecto, constante V. S. Ilma. en su conducta moral y política, ha sido siempre, sin lunar, el modelo de los más virtuosos eclesiásticos y de los mejores ciudadanos: la patria reconoció sus importantes servicios, y le condecoró con el ilustre empleo de Senador de la República: la gerarquía eclesiástica se esmeró así mismo en distinguir los relevantes méritos y virtudes de V. S. Ilma. confiándole grado por grado todas las dignidades, de que es susceptible esta Iglesia Oriental, hasta elevarle al lustroso título de Vicario Apostólico de toda la República, con facultades omnímodas á los que dió gustoso el « Exquatur » civil la sabiduría de este Gobierno, (2).

Vinculado al general Oribe, el inolvidable Larrañaga, por

(1) Historia de la Prensa Periódica de la R. O. del U., por Zinny.

(2) Viaje moderno á Tierra Santa, por Fray J. I. Vernet.

lazos indestructibles de inalterable simpatía, desempeñó, hasta su muerte, en el campo sitiador, el cargo eclesiástico ya indicado.

Muerto el vicario general de la República, el gobierno del campo sitiador se vió envuelto en un serio conflicto para proveer al establecimiento de aquella dignidad eclesiástica. Así que, sin dilación de ninguna especie, se tomaron las medidas, de las cuales nos habla « El Defensor de la Independencia Americana », en la forma siguiente :

« El mismo día que falleció repentinamente el virtuoso Prelado y Gobernador de esta iglesia don Dámaso A. Larrañaga, que tenía su residencia en este punto, el señor Ministro de Relaciones Exteriores don Carlos G. Villademoros, por orden de S. E. el Presidente de la República, comunicó este infausto acaecimiento al señor Guido, Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina cerca de la Corte del Brasil, suplicándole se acercase al Nuncio Apostólico de S. Santidad en el Janeiro y previniese su ánimo con tiempo, conforme á las reflexiones que se le hacían en apoyo de los derechos del Gobierno legal y en bien de la misma iglesia, para que no llegase á hacerse provisión ninguna, acerca de la vacante dejada por el fallecimiento del señor Larrañaga, emanada de la petición de los salvajes unitarios ; reservándose S. E. como se reservaba hacer las propuestas que le corresponde, en oportunidad.

« En 13 de Marzo del año corriente accediendo el señor Guido al exhorto que le fué dirigido por el Ministerio de Relaciones Exteriores se dirigió en los términos solicitados al señor Encargado de Negocios *ad interim* de la Santa Sede el Ilustrísimo señor Padre Maestro Antonio Viera Borges, que había quedado á cargo de la Nunciatura por ausencia del señor Fabrini.

« El Agente Pontificio Viera contestó al Ministro Argen-

tino con fecha 19 del mismo mes diciendo que no juzgándose, por su carácter de interino, con atribuciones para decidir sobre el contenido de la nota del señor Guido, la había remitido á Roma, para que la Santa Sede diese las providencias que hallase en su alta sabiduría ».

Los meses corrían y la iglesia nacional carecía del jefe que ordenara su movimiento; produciéndose, con esto, tan serios trastornos que se palpó la imposibilidad de poder seguir de aquella manera.

Pero, demos la palabra al citado Defensor de la Independencia Americana, que relatará minuciosamente lo ocurrido.

« Pasado algún tiempo después de la muerte del Vicario Apostólico Larrañaga, las necesidades espirituales de los fieles empezaron á hacerse sentir á tal grado que algunos curas se creyeron en el deber de ocurrir á S. E. el señor Presidente de la República poniéndolas en su noticia y aún estimulándolo á que las tomase en consideración y abriese algún camino para su remedio.

« Bien comprendía el Gobierno que no era eso una excitación á que metiese sacrílegamente su mano en el santuario, sino una denuncia que hacía el sacerdocio implorando del patrono aquellos oficios protectores en favor de la iglesia nacional, que ésta por su aislamiento y acefalia no se hallaba en estado de procurar. Esperó sin embargo, y solo cuando los males llegaron á ser de mucha gravedad, y cuando de todas partes del Estado salían los clamores quejándose de ellos, fué que trató seriamente de echar mano de algún arbitrio extraordinario para aliviarlos por lo pronto, en cuanto fuese dable, y preparar su completa cura más adelante y á la brevedad.

« Que esos males eran crecidos por extremo, y urgente su alivio, es fácil verlo si se considera que nuestra iglesia, aunque independiente de otra particular, y, formando por sí un

cuerpo separado, no constituye todavía de un modo regular una diócesis, ni tiene la organización gerárquica que como á tal le correspondería, ni hay en ella más que simples curas, de escasas facultades.

« Solo el que atiende á esa especialidad de nuestra iglesia y á las circunstancias políticas del país podrá hacerse cargo de las grandes dificultades en que se ha encontrado el gobierno para hallar una providencia que conciliase, en lo esencial, los deberes de protector de la iglesia del Estado con la obligación de no traspasar los límites señalados al patronazgo por su propia naturaleza y por la disciplina vigente.

En efecto urgía apretadamente la necesidad por un lado ; no era posible que una autoridad católica, y poseída de fuertes sentimientos religiosos mirase con indiferencia los daños que venían á la iglesia y á los fieles todos de la falta de una Potestad eclesiástica superior : pero por otra parte la situación anormal del país en el orden eclesiástico embarazaba y hacía dudosa la salida.

« Decidido que algo se había de hacer, recayó la elección en el nombramiento de un Provisor, medio que se estimó preferible á cuantos otros se ofrecían ».

Ahora, he aquí el decreto del nombramiento aludido :

¡ Vivan los defensores de las leyes !

¡ Mueran los salvajes unitarios !

Ministerio de Gobierno.

Cuartel G. en el Cerrito de la Victoria, Octubre 16 de 1848.

Considerando los crecidos males que trae al Estado y á la Religión la orfandad en que se encuentra la Iglesia Nacional por la muerte de su prelado y Gobernador Eclesiástico el Vicario Apostólico don Dámaso A. Larrañaga.

Considerando que no hay en la actual organización de la gerarquía eclesiástica nacional autoridad ninguna á ella perteneciente que pueda evitar los graves inconvenientes anexos á su estado presente de acefalía:

Considerando que, en este caso, extraordinario, es del deber de la Suprema Potestad Civil, en virtud de su alto Patronato y de la necesidad de atender á los grandes intereses públicos de que está encargada, hacer cuanto esté de su parte para proveer de algún remedio á tan perniciosa situación:

Considerando, por último, el bien que á este propósito debe resultar del nombramiento de una Autoridad Eclesiástica Superior, que, hasta donde lo permitan los Cánones y Leyes Civiles de la materia, pueda contribuir á atajar esos males, el Poder Ejecutivo de la República ha acordado y decreta:

Artículo 1.º Queda nombrado Provisor Eclesiástico el Cura Párroco de la Villa de Rocha don Manuel Rivero.

Art. 2.º Comuníquese á quienes corresponda y publíquese.

ORIBE.

Bernardo P. Berro.

El Padre Rivero, contestó en esta forma:

¡Vivan los defensores de las leyes!

Al Excmo. señor Ministro Secretario de Gobierno don Bernardo P. Berro.

Restauración, Octubre 19 de 1848.

El párroco que suscribe ha tenido el honor de recibir con fecha de ayer la respetable nota del señor Ministro á quien se dirige, manifestándole en dicha comunicación que como

la acefalía en que actualmente se halla la iglesia oriental por la repentina y muy sentida muerte del Ilmo. y Reverendísimo señor Vicario Apostólico doctor don Dámaso Larrañaga, puede ocasionar enormes males, así á la Religión como á la República, el Excmo. Gobierno del Estado, con las mejores intenciones y deseando impedir, cuanto esté de su parte, los graves daños que se recelan; en uso del legítimo patronato que tan justamente le corresponde, como protector de la iglesia y defensor de la Religión del Estado; ha tenido á bien nombrar de Provisor al infrascripto, para que con este honroso título llene el inmensurable vacío (lo que no es posible), dejado por aquel virtuoso, sabio y venerable Prelado, gloria ornamento del clero oriental, que en paz descansa, empleando su acción el Provisor nombrado hasta donde se lo permitan los sagrados cánones y leyes civiles.

Ahora pues, aunque el empleo de Provisor por la fuerte responsabilidad, asiduas y espinosas tareas que tiene anexas, hace temblar al que firma, y lo inclinan á una respetuosa y humilde negativa, coadyuvando á ella sus limitadísimas luces, avanzada edad y habituales achaques; sin embargo de esto, como se habla de perjudiciales emergencias que con motivo de la eclesiástica acefalía, amenazan á la Religión y á la patria; á esta patria que hace más de veinte y cuatro años admitió en su seno al que suscribe, adoptándolo amorosamente por hijo; (1) sería ingrato ciertamente en el más alto grado, si en esta ocasión el infrascripto no hiciera el placentero sacrificio de apurar su quebrantada salud y perturbar su sociego, aceptando el cargo con que se le distingue,

(1) El padre don Manuel Rivero, en quien ha recaído el nombramiento de Provisor, es natural de Chile; ha servido el Curato de Rocha desde el año de 1824, y fué secularizado por un Rescripto del señor Arzobispo de Filippos y Vicario Apostólico don Juan Muzzi.

(El Defensor.)

En esta inteligencia, pasa á desempeñar debidamente el que firma las principales obligaciones del empleo, espera de la eclesiástica gerarquía á quien compete, las indispensables facultades espirituales. Igualmente espera que el señor Ministro instruirá de esta admisión, y demás, al Excmo. Gobierno de la República, dignándose al mismo tiempo tributarle en nombre del que suscribe las más expresivas gracias por tan inmerecido acuerdo.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Excmo. señor:

Manuel Rivero.

Cuartel General, Octubre 23 de 1848.

Enterado : publíquese.

Rúbrica de S. E.

BERRO.

Comentando este decreto, dice el ya referido Defensor de la Independencia Americana :

« Por supuesto que no se pensó jamás en dar á este nombramiento el carácter que le ha atribuído el Comercio. Sabemos que entre las personas fuera de sus Ministros, con quienes S. E. el señor Presidente habló sobre el particular fué una de ellas el mismo señor Rivero, y que tanto discutiendo acerca de la materia en general, como tratándose del pensamiento del gobierno en nombrar un Provisor quedó plenamente establecido, como no podía menos de ser que no había facultad en el poder secular para conferir la jurisdicción espiritual, y que por consiguiente ese nombramiento sería, en su esencia, una nominación, cualesquiera que fuesen las formas de que se revistiese, y la especialidad

que envolviese, de lo que debía darse cuenta á Su Santidad para su confirmación ó dispensa.

« La noticia del nombramiento de Fernández para Vicario Apostólico complicando el asunto, y comprometiendo los derechos de la autoridad legal y los intereses de la causa, y haciendo ver el largo tiempo que aún pasaría sin que pudiese venir de Roma el remedio á tan dañosa situación, aumentaba la urgencia con la mayor necesidad de aliviarla, ó ponerle algún atajo para que no se empeorase.

Decretóse entonces, y sin aguardar á más, el nombramiento de Provisor eclesiástico á favor del Cura Párroco de Rocha don Manuel Rivero, cuidando de expresar en el decreto que se sometían sus efectos á lo que permitiese los sagrados cánones y leyes civiles de la materia, de tal forma que nada se hiciese ni valiese si á ellos se oponían.

« ¿Y se podrá llamar avance y extravío, (1) una medida de ese carácter, dictado en fuerza de una estensa necesidad, y con tanta consideración á todos los derechos? No es esa nuestra opinión, ni lo será seguramente tampoco de aquellos que pesen como es debido todas las circunstancias del caso. Muchas y muy fuertes son las razones que abogan en su favor para justificarla, como ya se habrá comprendido por lo que dejamos dicho, y aún se evidenciará más por algunas reflexiones que agregaremos.

« Es indudable que la necesidad cuando es grave y urgente confiere derechos que de otro modo no se adquirirían nunca ni podrían lícitamente hacerse valer. La Iglesia ha reconocido también este principio y lo tiene sancionado en varias de sus disposiciones. El Concilio de Letrán en el año de 1215 atendiendo á la necesidad que podía haber en las Iglesias distantes de Roma (*ultra italiam*) concedió,

(1) Esto se dice, en virtud del ataque llevado á cabo por « El Comercio del Plata », al decreto nombrando provisor.

contra la regla universal y el principio ya entonces reconocido de que la confirmación Pontificia era indispensable para la transmisión de jurisdicción en los Obispos, que los electos en esos lugares pudiesen *dispensative* administrar sus iglesias tanto en lo espiritual como en lo temporal sin esperar á la confirmación y canónica institución.

« Es cierto que esta disposición Conciliar fué posteriormente derogada, á lo menos en su mayor parte; más ella, entre otras, prueba lo dispuesta que ha estado siempre la iglesia á dispensar aquellos procedimientos fuera de la ley común ejecutados en fuerza de una necesidad superior.

« De tanto precio es este respeto tributado á la necesidad en casos excepcionales, y tanta razón y conveniencia se halla en ello, que bastantes canonistas, á pesar de la citada derogación, todavía creen hasta cierto punto vigente el cánen del Concilio Lateranense que más arriba mencionamos, sosteniendo que con tal que la elección de los Obispos sea en la forma requerida, puede tener lugar la dispensa, y entrar estos al ejercicio de sus funciones, *propter necessitatem vel utilitatem ecclesiarum*. Este es el sentir de Fagnano, González, Paulo Laiman y otros.

« Traemos esto aquí, no para que se crea que el Gobierno ha podido dar al nombramiento del Provisor el carácter de una elección con transmisión de jurisdicción pues no es ese el caso, sino á fin de que se vea cuanto se debe atender á la necesidad imperante, presunta la aprobación de la Santa Sede.

« A la verdad que si fuésemos á buscar ejemplos de providencias extraordinarias tomadas por las Potestades civiles. en esos casos de necesidad, muchos y muy notables podríamos presentar de infinita mayor gravedad y menos urgencia que la que con toda circunspección ha dictado nuestro go-

bierno. Bastaría citar las provisiones de Obispos hechas por Enrique IV de Francia entrados á la posesión de sus Obispos sin la debida confirmación; la decretada por Carlos IV, Rey de España en 1799 cuando falleció el Smo. Padre Pío VI, alterando considerablemente la disciplina existente, y aquí á nuestra inmediación los actos y reformas practicados por los gobiernos argentinos desde los principios de la revolución de la independencia.

« Lo que ha hecho el gobierno Oriental es mucho menos, y en circunstancias de más apremio. El no se ha avanzado á una alteración en la disciplina eclesiástica; ha buscado un remedio provisorio con sujeción á lo que en su vista determine Su Santidad; pues tenemos entendido que á ella se ha de ocurrir según lo ya acordado con una reverente exposición solicitando su aprobación y dispensa.

No ha querido ni pretende que obre el Provisor con aquellas facultades que no puede transferirle, sino que contribuya en virtud de lo que le dé su nombramiento y solo hasta donde lo permitan los sagrados cánones y leyes civiles de la materia, correctivo que deja á salvo todos los derechos; y que es capaz de tranquilizar los escrúpulos de la conciencia más timorata.

.

« Tal vez haya más de uno que crea que ha andado el Gobierno contenido en demasia en el acto que tanto censura el Comercio; y que hubiera podido hacer algo más siguiendo la analogía de lo que se encuentra en una disposición regia de la Monarquía hispana, con relación á Filipinas. Esa disposición como puede verse en el canonista Murillo ya citado, establece, con atención á la necesidad de las Iglesias, y á la distancia de la Corte Romana, que los Obispos presentados y que hayan aceptado, gobiernen sus diócesis antes de la confirmación del Papa, por supo-

nérseles transferida, por la autoridad del Sumo Pontífice y del Rey, toda la jurisdicción que necesitan.

« El Gobierno se ha ceñido, en nuestro concepto, todo lo que podía esperarse del profundo respeto que ha tributado siempre á los derechos de la Iglesia. El caso era imprevisto, no era posible aplicársele las reglas comunes en su rigor textual; pero estaba en aptitud de entrar en su espíritu y dictar una providencia benéfica equivalente á un remedio provisorio.

« Lo que le prohíbe nombrar un provisor (al poder secular), por conferirle la elección de este á los Obispos y capítulos, supone que ó unos ú otros de estos existan. Pero no los hay en el país; no hay autoridad ninguna eclesiástica que pueda hacer ese nombramiento; no se dá, pues, el caso de la ley, ni hay usurpación de derechos de nadie. La ley á dicho, nombre el Obispo al Provisor, en su defecto nombrelo el Capítulo ó quien gobierna la Diócesis; pero no ha determinado si faltan todos estos quien lo ha de nombrar ó que es lo que se ha de hacer en una necesidad urgente como la que nos apremia. Encontramos solo lo que con respecto á Filipinas se ha ordenado para las iglesias que se hallen faltas de pastor y sin cabildo eclesiástico, de lo que ya hicimos referencia; pero aunque el caso es análogo al presente, aquellas islas remotas no pertenecen á la América, ni en la legislación referente á estos vemos disposición ninguna de esa clase, ni de otra cualquiera sobre tal caso, del que se ha prescindido enteramente sin duda, por no preverse su posibilidad.

« Ese vacío ha sido suplido por el Gobierno nuestro como ha podido hacerlo mejor, consultando principalmente y sobre todo el bien de la Iglesia puesta bajo su protección.

• • • • •
« Diráse quizás que la medida es inútil ó por lo menos,

de escaso provecho, y que no vale la pena de haberse dado un paso irregular como el que se ha dado. Ya hemos observado con respecto á la irregularidad, que la que contiene lo hecho, si es especial y rara, raro y especial y sin ejemplo conocido es también el caso en que se ha verificado.

.

« El patronazgo si confiere derechos por un lado ; por otro sujeta á obligaciones sacratísimas. Todo Gobierno católico está, por estas, en el riguroso deber de beneficiar los intereses de la religión siempre que pueda hacerlo, ya sea en mucho, ya en poco. No es dueño de negarle su favor por la pequeñez de éste. Así es que el Gobierno del país, luego que vió el bien que podía resultar del nombramiento de un Provisor, debió decretarlo sin titubear, cualquiera que fuese la magnitud en que se le presentase á su consideración.

« Si el nombramiento de Provisor (dice « El Defensor de la Independencia Americana »), hubiese sido hecho para que ya ejerciese sus funciones en la República en calidad de tal y como Vicario General ó Capitular, según supone el Comercio, no se diría que era para contribuir con el P. E. á tapar hasta donde le permitiesen los cánones, los males de la iglesia ; pues munido el nombrado de las facultades correspondientes al carácter de Vicario Capitular, Sede - Vacante, quedaban con solo esto atajados los males. El señor Muzzi cuando nombró Delegado Apostólico al señor Medrano consideró suficiente esas facultades, para regir con provecho la Diócesis de Buenos Aires : « *constituimus Delegatum apostolicum*, dice el diploma, *in Diœcesi Bonaerensi cum omnibus et singulis facultatibus, quibus pollet, et*

gaudet Vicarius capitularis, Sede Episcopale vacante ». (1)

« Aquí advertimos de paso que es enteramente inexacto lo que sienta el Comercio que los Vicarios generales no tengan más facultades que las letras de que les provean los Obispos, ó Cabildos que en sede vacante los nombre. Estos vicarios, lo mismo que los capitulares, gozan de jurisdicción ordinaria : « *non habent jurisdictionem ratione delagationis, sed ratione officii, quad obtinet* ». (2)

Jur. Canon 1 1 t. 28 pág. 296.

« Siquidem Vicarii non habent jurisdictionem ratione delagationis sed ratione officii, quad obtinet ac proinde lex eis dat jurisdictionem, quæ consequenter ordinaria censetur. Vicarius generalis ratione sui officii potest expedire omnia negatia, et causas, quæ ad ordinariam, non vero ad delegatam, jurisdictionem episcopi pertinent, nisi speciali mandatum requirant. In his vero, quæ vicario especialitèr committuntur, non ordinaria, sed delegata jurisdictione gaudet. (3)

« El Comercio equivoca ignorantemente los Vicarios generales y capitulares con los foraneos. Estos son los que tienen jurisdicción delegada y no ordinaria. Esto sirve para destruir el ridículo que quiere arrojar sobre el nombramiento del Provisor suponiendo que como esté en clase de Vicario

(1) La traducción en castellano es esta:

Constituimos delegado apostólico en diócesis de Buenos Aires con todas y cada una de las facultades que posee y goza el Vicario Capítular en sede episcopal vacante.

N. del A.

(2) Traducción: No tienen jurisdicción en razón de la delegación, sino, más bien, en razón del cargo que obtienen

N. del A.

(3) Traducción: Así es que, los Vicarios generales no tienen jurisdicción en razón de la delegación sino en razón de las facultades inherentes al cargo que desempeñan y por eso la ley les da una jurisdicción que se considera ordinaria.

El Vicario general en razón del cargo que desempeña, puede entender en todos los negocios y causas que pertenecen á la jurisdicción ordinaria (no ya delegada), del Obispo, á no ser que se le precise la delegada por un mandato especial. Para este caso, cesa su jurisdicción en la esfera ordinaria

N. del A.

general no puede tener otras facultades que las que le señalen las letras en que se le deleguen, se encuentra sin ninguna por no existir tales letras ni designación de facultades.

« La ceguedad ó malicia del Comercio es tal, que no ha cejado, ni hecho caso ninguno de la aceptación del nombramiento de Provisor en la que con toda claridad, y de conformidad con lo que importa el decreto del gobierno, expresa el señor Rivero que acepta el nombramiento, y queda en su virtud esperando, de la potestad eclesiástica á quien corresponde las facultades espirituales. En vista de todo esto ¿ cómo es que ha podido el Comercio asegurar que se ha nombrado « un Vicario con jurisdicción espiritual quebrantando los principios fundamentales del catolicismo ? »

Hasta aquí el diario del campo sitiador.

Como lo dice, « El Defensor de la Independencia Americana », que para este caso interpretaba fielmente las ideas del gobierno, la necesidad obligó á proceder, como lo hizo, al citado gobierno del campo sitiador: necesidad perfectamente aclarada y explicada en los párrafos que dejamos transcriptos.

El general Oribe, (1) en virtud de los derechos que le acordaba el artículo 81 de la Constitución y en virtud, también, de lo preceptuado en el artículo 5.º del mismo código citado, debía y tenía que velar por el buen funcionamiento de la iglesia uruguaya. Encontrándose ésta sin dirección y en evidente perjuicio, por consiguiente, de sus intereses, el gobierno nombró provisor al párraco Rivero, nombramiento que fué sometido á la aprobación de monseñor Medrano, Obispo de Buenos Aires, facultado por el Papa para entender en los asuntos religiosos del Río de la Plata. De esta

(1) No debe olvidarse, que el gobierno del campo sitiador, se consideraba como el poder legal de la República, y bajo esta persuación, procedía en todos sus actos.

manera cumplió el general Oribe, con lo que dice el Lateranense, « que, hecha la presentación por los patronos á los Obispos, los presentados deben responsabilidad en lo temporal á los primeros, en lo espiritual á los segundos; así, el texto canónico manda que si los patronos legos vieren defraudar por los sacerdotes algo perteneciente á su autoridad de tales, los amonesten honestamente, ó los denuncien al Obispo ó Juez, para que les corrija. Que si fuere el Obispo el omiso ó fraudulento, se ocurra al Metropolitano, y si este fuérela igual, se participe al Rey. Por el Tridentino se acotó esta facultad de todos los Patronos legos, y solo se perpetuó en los Reyes, para que en el desempeño de ella, dice San Isidoro, defiendan, sostengan y amparen la disciplina eclesiástica, y sirvan, vocablos de San Agustín, á Dios, mandando lo bueno y prohibiendo lo malo, no solo en cuanto pertenece á la humana sociedad, sino en cuanto mira á la Divina Religión; como que les está encomendado por Dios el cuidado de la Santa Madre Iglesia, según los Cánones y las Recopiladas de Castilla, so pena de hacerse efectivo en ellos el severo juicio del Excelso ». (1)

« Los vicarios, generales ó foraneos, no son sino unos representantes de los Obispos, ó de los cabildos que en las vacantes hacen sus veces; solo éstos, pues, pueden nombrarlos... » (2) Una opinión más que confirma nuestra tesis.

Las cosas habían quedado en el estado indicado, después de diez y siete meses de fallecido el doctor Larrañaga, sin tenerse contestación alguna del ministro Guido, respecto á la solución que se pedía para normalizar la situación religiosa de este país.

Pero hete aquí, que por oficio datado en 16 de Octubre de

(1) El Patronato, por D. Vivas Cerantes.

(2) El Comercio del Plata, año 1848.

1848 , Monseñor Viera participó al general Guido : que Su Santidad al saber la muerte del Vicario Apostólico Larrañaga, y viendo que continuaban los mismos impedimentos de comunicación de estos fieles con su legítimo Obispo Diocesano en la ciudad de Buenos Aires, lo había autorizado para que por la Nunciatura de su cargo, diese provisoriamente las competentes providencias á favor de las necesidades espirituales de dichos fieles ; y que conforme á esta orden, por un Breve Apostólico, había promovido á Vicario de esta República al Vice - Vicario Apostólico de Montevideo, Fernández, con todas las facultades concedidas al señor Larrañaga.

Al día siguiente, el Ministro de la Confederación, en nota oficial, hizo presente al Encargado de Negocios de S. Santidad que no existía supuesta incomunicación entre el Estado Oriental y el Diocesano Bonaerense, fundamento, al parecer, de la provisión hecha á favor de Fernández ; que solamente la ciudad de Montevideo, ocupada militarmente por el extranjero, podía considerarse provisoriamente segregada de la nación y que, según verbalmente se lo había ya manifestado, podrían sobrevenir dificultades si el nombrado pretendiese el exquatur de su Breve del gobierno intruso, y no acudiese á la Suprema Autoridad de la República única legal de ésta, y única tutelar de los intereses de su iglesia, agregando que pasaría al conocimiento del Excelentísimo señor Presidente don Manuel Oribe, la comunicación del señor Viera ; como en efecto lo ha verificado dando noticia de la entrevista que antes había tenido con éste, en la que nada más pudo adelantar por ignorar á la sazón la residencia que actualmente tuviese Fernández.

El general Oribe no aceptó el nombramiento de Fernández, puesto que, como patrono de la iglesia nacional, á él le

incumbía hacer la propuesta para el susodicho nombramiento de Provisor. (1)

Como el diario « El Comercio del Plata », continuara diciendo, que si el general Oribe se consideraba como tal Presidente legal, debía aceptar al sacerdote don Lorenzo Fernández en calidad de Vicario Apostólico por haber sido designado competentemente para ese puesto, « El Defensor de la Independencia Americana », contestó en la forma que va á verse.

« No entraremos en cuestión de si el patronato, tal como lo poseían los Monarcas de España, ha pasado con el ejercicio de la soberanía, á sus herederos en esta antigua parte de sus dominios, los gobiernos americanos, daremos por sentado lo que nadie negará, y es que en todo país católico donde su gobierno lo es también, corresponde á éste ciertas regalías generales y comunes comprendidas en lo que se llama patronazgo ; y que lo que con relación á ellas se halla establecido en los códigos españoles declarados vigentes es regla á cuya observancia estamos obligados también, además de lo determinado en las leyes confeccionadas por la República.

« Una de esas regalías es el derecho de nombrar para todos las Prelacias, prebendas y beneficios eclesiásticos, muy especial y señaladamente aquellos funcionarios que tengan la gobernación superior de las iglesias de la nación. Este derecho, de cuyo uso no puede desprenderse el gobierno en ningún caso, sin faltar á sus primeros deberes, ha sido reconocido y forma hoy la ley común en todos los Estados Hispano - Americanos. Principalmente en la República Argentina, á que antes pertenecimos, se ha defendido con el mayor celo esa preciosa é importantísima regalía y los prin-

(1) Volvemos á recordar que el general Oribe, se consideraba como presidente legal de la República.

cipios á que está ligada. Por ellos ha podido dudarse si un Vicario Apostólico, admisible sin previo acuerdo con la autoridad temporal cuando es un delegado ó agente del Sumo Pontífice á quien se le han conferido ciertas facultades y encargos que ha de desempeñar en lo eclesiástico en una nación, es también de admitirse llanamente sin ese previo acuerdo cuando bajo su título esconde el carácter de un verdadero pastor y gobernador permanente de una iglesia, y como tal se incorpora á ella y lo rige ni más ni menos que pudiera hacerlo un Diocesano.

« Así fué como habiendo sido por un *motu proprio* constituido Vicario Apostólico el señor Gimenez, ya finado, por la Santidad de Gregorio 16, para que gobernase esta iglesia en defecto del señor Larrañaga que entonces la regía, el gobierno del país que lo ejercía el mismo que actualmente nos preside, oído el dictamen del Superior Tribunal de Apelaciones que aconsejaba la denegación del exequatur fundándose en la falta de la presentación ó acuerdo previo del petrono, concedió el pase á la Bula respectiva solo con la condición de sin ejemplar, y salvos los derechos del patronato que se estimaban vulnerados por ello. Este temperamento adoptado por respetos á Su Santidad, fué despreciado por la autoridad intrusa de los salvajes unitarios, la que en odio al señor Gimenez por no pertenecer á su facción, y apoyados en los fundamentos alegados por dictamen del Tribunal citado, retiró el exequatur, y prohibió á Gimenez ejercer las funciones para que su provisión lo habilitaba. Estos precedentes son de notar, y muy de considerarse para el caso presente.

.

« Nadie disputa hoy á la autoridad civil el derecho de conceder ó negar su pase á las bulas, breves y rescriptos Pontificios; y todos asimismo están conformes en que no pueden

tener efecto, sino se presentan á aquella y obtienen su correspondiente beneplácito. Esto que se halla establecido por los principios generales de la materia, está también expresamente consignado en las leyes del país. Véanse, en especial, las leyes 1, 2 y 3, tit. 9, lib. 1 de Indias, y la 55 del mismo lib. tit. 7. Por ellas y otras se manda que se recojan todas las letras de la Santa Sede, de cualquier calidad que sean, que no hayan sido pasadas por la autoridad civil correspondiente, y se prohíbe severamente la ejecución de lo que en ellas se disponga.

« ¿De qué manera puede, pues, dar curso el gobierno á una provisión de Roma que coloca un Prelado en esta iglesia de su patronato sin la menor participación suya, y sin que no solo no se le hayan presentado los Breves relativos á esa provisión, sino que se haya preferido practicar este requisito ante súbditos suyos rebelados? Sería preciso faltar á sus más sagradas obligaciones, y abdicar del todo su dignidad si el gobierno consintiese que se menospreciasen así sus derechos y los de la nación en la prescindencia que se ha hecho de él para introducir en la iglesia de que es protector legítimo un rector sometido á otra autoridad.

« El presbítero Fernández, rebelde contumaz y encarnizado, es Presidente del Congreso de los salvajes unitarios, y entre éstos figura como uno de los más decididos y violentos enemigos de la autoridad legal. No es su opinión, son sus hechos, constantes y notorios, los que le dan esta calificación. El se ha asociado en cuanto ha estado de su parte á todas las maquinaciones hostiles contra el gobierno legítimo del país, y permanece obrando del mismo modo entre el grupo de traidores que aún continúa en Montevideo su rebelión y su traición sometido vilmente al extranjero.

« ¿Dónde, en qué parte del mundo, por qué principios ó razones de justicia y de moral podría un gobierno que me-

reciese el nombre de tal, permitir que un súbdito suyo de esa clase ejerciese ningún género de funciones autoritativas en el territorio de su jurisdicción? ¿Habría algún poder legítimo sobre la tierra, tan estúpido y miserable, que hiciese lugar á las disposiciones de aquel que, sublevado contra él, para nada lo reconociese y dictase aquellas con la venia de la autoridad rebelde á quien solo obediese y acatase? ¿Puede una religión santa, que por la boca del Divino Maestro manda dar al César lo que es del César y obedecer á las Potestades superiores, hallar bueno ni aprobar que los ministros de ella quebranten ese precepto evangélico, y obtengan permiso para burlarse de los derechos de esas Potestades legítimas en el mismo ejercicio de su ministerio sacerdotal, y en los actos relativos á la dignidad eclesiástica de que se les haya investido por el Supremo Pastor de la iglesia universal? Delirio sería imaginar todo esto, cuanto más creerlo, y sin embargo eso es lo que propone el Comercio cuando sienta que aún concediendo que invista este gobierno el poder legal, debe dejar que Fernández ejerza sus funciones de Vicario Apostólico y gobierne la iglesia de la República continuando en su rebelión y hostilidades como hasta aquí.

.

Ese redactor, pues, del Comercio, que hoy se muestra como el más acérrimo y celoso ultramontano emitió las opiniones que pueden verse en un dictamen suyo publicado en el Apéndice al Memorial Ajustado que de orden del gobierno de Buenos Aires coordinó y dió á la estampa el Fiscal Agrelo en 1834. Entre las proposiciones que aquel gobierno sometió á su exámen y que él reconoció y aprobó, se encuentran las siguientes :

« El gobierno reconoce retrovertida á la nación que com-
« ponemos toda la soberanía de los pueblos que integran la

« República con todas las atribuciones, derechos y regalías
« que esencialmente le son anexas, y con que la ejercían los
« Reyes católicos de España hasta la Revolución. Item reco-
« noce y sostiene, que entre estos derechos y regalía de la
« soberanía, es la más preciosa y principal el supremo Pa-
« tronato y protección de sus iglesias, fundadas y edificadas
« en sus territorios, y dotadas y mantenidas, como lo están
« hasta el presente, con sus rentas.

« Item reconoce y sostiene, que este respecto y por su
« misma soberanía, corresponde á la nación y sus gobier-
« nos; el examinar y dar su plácito y exequatur, ó de ne-
« garlo á todas las bulas, breves y disposiciones pontificias
« de cualquier naturaleza que sean, y aunque sean tan espi-
« rituales como las mismas indulgencias, según que á su
« juicio no perjudiquen á las regalías de la nación y liber-
« tades de sus iglesias; sin más excepción que las que sean
« de penitenciaría relativas á las confesiones sacramentales
« de los fieles conforme á las leyes y disposiciones vigentes,
« dadas para el ejercicio de este derecho en los códigos que
« conservamos.

« Item reconoce y sostiene que por los mismos principios
« al gobierno, y no á alguna otra persona le toca la nomi-
« nación de los Arzobispos, Obispos, Curas, Canónigos y
« demás prebendas y beneficios eclesiásticos de sus igle-
« sias.

« Item reconoce y sostiene que el Sumo Pontífice no ha
« podido reservarse como lo ha hecho la provisión de las
« iglesias vacantes, y por vacar, procediendo á proveerlas y
« despachar otras nominaciones en la República, con des-
« pojo de aquellos nuestros derechos.

« Item reconoce y sostiene que todo Obispo, como todo
« empleado... debe prestar á la nación... un juramento
« preferente de fidelidad y respeto á su soberanía y go-

« bierno, reconociéndole como una atribución suya esencial
« é inalienable al Patronato de sus iglesias con toda la ex-
« tension y regalías que dichas leyes le tienen declaradas...

« Item reconoce y sostiene que... que todos los súbditos
« de la República, de cualquier clase y condición que sean
« están obligados á manifestar, y presentarle todos y cua-
« lesquiera bulas; y despachos que obtengan de Roma para
« que se les dé el pase y exequatur ó se les deniegue.

« Item el gobierno está dispuesto á dar su plácito y exe-
« quatur á todas las disposiciones que se le presenten de la
« Santa Silla y que emanen de las facultades y reservas que
« le tiene reconocida la iglesia universal y disciplina gene-
« ralmente recibida: pero para evitar abusos, y que no se
« alegue en tiempo alguno consentimiento y posesión, re-
« conoce al mismo tiempo y sostiene que lo debe de negar
« á todo lo que sea, cuando menos dudoso, y controvertible
« en su reconocimiento por parte de la nación, sosteniendo
« con preferencia en tales dudas la jurisdicción primitivas
« de las iglesias, hasta que se ponga expedita nuestra comu-
« nicación é inteligencia oficial con el Primado.

« Item reconoce como conforme á todo principio de dere-
« cho público... que esta incomunicación y falta de inteli-
« gencia oficial no se considerará haber cesado, mientras
« por parte de Su Santidad no se facilite un ajuste y con-
« cordato en que se reconozca recíprocamente los derechos
« y regalías de la soberanía de la nación en sus iglesias y
« las que competen, y deban reservarse en estas distancias
« á dicho Primado ».

« A todas estas, y otras proposiciones graves de este espí-
ritu, que omitimos por no alargarnos, prestó su aquiescencia
el redactor del Comercio, Alsina, apoyándolas con reflexio-
nes tales, que no sentarían mal al más ardiente secuaz de la
escuela galicana.

« El, (Alsina), sosteniendo que el patronazgo poseído por los monarcas de España había sido transmitido con nuestra emancipación á los gobiernos patrios americanos, dijo que los derechos anexos á ese patronato no habían menester para nada, ni necesitaban para su validez de las concesiones pontificias, que ellos nacían de otros títulos como la fundación, dotación y sostén de los templos: llama despojo la disposición de la Santa Sede por la cual se prohibió á los capítulos que hiciesen las elecciones de los Prelados; califica de odioso el sistema de las reservas y espectativas; declara abusivas las doctrinas de Gregorio VII en favor de la autoridad papal: cita con aplauso las cuatro proposiciones de 1682, en que se resumieron las principales libertades de la iglesia galicana; y alzando con valentía el estilo y las ideas se expresa así: « Me parece que en caso de negarse á
 « los gobiernos de América el patronato supremo de sus
 « iglesias, es forzoso sostener que él reside hoy en alguna
 « otra potestad; porque ello es que alguno debe hacer las
 « nominaciones. ¿ Y en cual, pues, ha residido desde la re-
 « volución, reside hoy, y residirá después, al menos mientras
 « otra cosa no se concuerde? ¿ Será siempre en los Reyes
 « de España, por cuyo nombramiento debemos pasar? Ver-
 « gonzoso es hasta el decirlo. ¿ Será en la Santa Sede?
 « Bien: pero si el patrono goza el derecho de presentar, y
 « otros honoríficos, también tiene la obligación no solo de
 « defender, sino de dotar y gastar. ¿ Y acaso el Papa nos ha
 « contribuido para esto desde la revolución acá? ¿ Nos con-
 « tribuye hoy? ¿ Nos contribuirá en adelante? de ningún
 « modo: y pretender que él goze de todos los derechos del
 « patronato, sin soportar los cargos, es pretender anonadar
 « todos los principios de la jurisprudencia universal ».

Si estos principios, si este lenguaje puede acomodarse con lo que ahora ha mantenido Alsina diciendo que S. E. el

señor Presidente Oribe, aún invistiendo realmente el poder legal ha debido dejar que Fernández ejerciera sus funciones en todo el Estado, lo comprenderá, sin duda, el discreto y entendido lector.

Habrase visto como se irritaba Alsina en solo considerar que pudiese concederse el ejercicio del patronato al poder español que nos disputaba la soberanía; vergonzoso le parecía hasta el decirlo. ¿Y como es que partiendo de la base de la legitimidad de este gobierno, que él concede en hipótesis, todavía quiere que esta suprema autoridad no haga caso del desprecio completo de sus derechos de patrono, se desatienda de la circunstancia de haber sido presentada la Bula de institución de Fernández al gobierno intruso, cierre los ojos á la condición de rebelde en que está el instituído; y aceptando el procedimiento también rebelde, de aquella presentación hecha á unos súbditos sublevados, no vea dificultad en que con su asentimiento designe ese mismo que lo desconoce é injuria, delegado para gobernar la iglesia en la campaña? ¿Habrían consentido esto los gobiernos americanos con los prelados que hubiesen ocurrido al monarca español como poseedor del patronato en las Américas?...

« Considérese, pues, si puede llamarse efecto de enconosas pasiones políticas, como supone el Comercio, el rechazo de Fernández, y el nombramiento de Provisor hecho en el señor Rivero. No; el gobierno no ha mirado en eso más que al cumplimiento de sus deberes, deberes políticos y deberes religiosos.

« Su respeto, su veneración al Supremo Pastor de los fieles, al Vicario de Jesu - Cristo en la tierra, es ilimitado; y está dispuesto según creemos á someterse, como católico cristiano, á su decisión apostólica. Esto no obstante, por las obligaciones á que está sujeto como Jefe de un pueblo inde-

pendiente, obligaciones concordes en un todo con los preceptos de la religión, entendemos que será siempre celoso de las prerrogativas soberanas que corresponden á la nación y á él como su legítimo representante, sin permitir que sean menoscabados en lo mínimo. Así los hicieron Príncipes y Potestades Ortodoxas; y así también procedieron varones religiosísimos, y aún Santos que la iglesia ha colocado sobre sus altares, rigiéndose por aquella sana doctrina que el Salvador del Mundo encerró en las memorables palabras suyas ya citadas: « Reditte quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo ». Dése lo que sea de Dios á Dios; y lo que sea del Cesar, al Cesar ». S. Mat. cap. 22, núm. 21 ».

El conflicto eclesiástico planteado, era de difícil solución dada la situación del país que tenía dos gobiernos.

No hay duda, que el gobierno es el que propone el nombramiento de las dignidades eclesiásticas del país á la autoridad espiritual que determina los cánones. Esto está reconocido por los bulas: *Cum alias nempé; Quam semper* etc., etc.

La doctrina de que, « hemos heredado á los reyes vencidos y que somos nosotros los patronos hoy de la iglesia » (1) se habia generalizado en aquella época; y sabido es que, « los reyes de España se creyeron vicarios apostólicos, facultados para el gobierno temporal y espiritual de las iglesias de América ». (2)

En virtud de lo que dejamos expuesto más arriba, algunos gobiernos del país, se creyeron habilitados para disponer de los bienes de las comunidades religiosas ó expulsarlas del país; como así lo efectuó el general Rivera y Pereira; el primero, por medio del decreto que va á continuación y que dice así:

(1) El derecho de Patronato, por Félix Frías.

(2) De la obra del doctor Velez, sobre derecho eclesiástico.

Artículo 1.º Queda extinguida la Comunidad de los Regulares Observantes de San Francisco, de esta capital.

Artículo 2.º La casa-convento, con todas sus oficinas, útiles y enseres que correspondan á dicha comunidad, *son bienes públicos*, y entran en la administración general de ellos.

.

RIVERA — SANTIAGO VÁZQUEZ — ENRIQUE MARTÍNEZ.

Y el segundo, Pereira, expulsando á los jesuítas por documento competente de fecha 18 de Enero de 1859.

« Las facultades que dieron las leyes á los soberanos de América para el gobierno y administración de las iglesias, eran moderadas por el espíritu religioso de aquellos tiempos », (1) pero dada la calidad de los nuevos dominios y la inmensidad de las tierras conquistadas por los monarcas españoles, gozaron siempre de prerrogativas especiales en cuanto á las iglesias de América.

Por último, el conflicto eclesiástico se solucionó en esta forma: el Provisor Rivero fué nombrado Vicario con autoridad en la parte del territorio bajo la jurisdicción del general Oribe, y el Vicario Fernández en la misma forma para la parte del territorio bajo la jurisdicción del gobierno de Montevideo; todo ello con especial aprobación del Obispo Medrano y el Nuncio Apostólico de Su Santidad en Buenos Aires, Monseñor don Luis Bisi.

Movimiento Comercial

De las estadísticas incompletas del año 1846, hemos po-

(1) Relaciones del Estado con la iglesia en la antigua América española por Velez Sarsfield.

dido sacar las cifras también incompletas, referentes al movimiento comercial de ese año y que son las siguientes.

COMERCIO INTERIOR — ENTRADA AL DEPARTAMENTO DE MONTEVIDEO

Entraron 298 hombres, por asuntos particulares, conduciendo 950 cabezas de ganado y 178 carretas, cargadas de yerba mate, leña, cebo, lana, efectos de almacén, caña, etc., etc.

En el año de 1848, desde Agosto 26 á Noviembre 23, entraron al Puerto del Buceo, 112 buques procedentes de Génova, Río Janeiro, Marsella, Buenos Aires, Río Grande, Terragona, Estados Unidos, Parnagua, Barcelona, Rosario, San Salvador, Colonia, San Juan, Maldonado, Colorado, Conchillas, Dolores, Mercedes y otros puntos.

Como manifestamos anteriormente, estas estadísticas son muy deficientes é incompletas.

Eran corredores marítimos, los señores: Lawy, Langdon y Cía., Manuel Caravaca y otros.

Tercera Parte

Internación y expulsión de extranjeros, durante la Guerra Grande

Encabezamos este capítulo, con el edicto dado por el Jefe Político de Montevideo, doctor don Andrés Lamas, expulsando ó internando fuera de los muros de la ciudad de Montevideo, á las familias de los que, por sus ideas políticas, militaban en las filas del ejército del general Oribe.

Nosotros no atacamos la referida medida, pero, sí, queremos dejar constancia de ella para que se coteje la fecha que llevan los documentos dados en el Cerrito y que encierran medidas iguales ó parecidas.

Aquí hablamos de documentos y no de noticias de diarios de que se hacía tal ó cual cosa en ambos campos enemigos : porque esto último era el producto del odio desplegado en la lucha formidable de la pluma, mil veces superior á la de las armas.

Dadas las explicaciones insertas más arriba, va á continuación el documento de la referencia que dice así :

EL JEFE POLÍTICO Y DE POLICÍA DEL DEPARTAMENTO

Artículo 1.º En las 24 horas perentorias, ó en término de tres dias en los casos que la Policía acuerde, después de publicada esta resolución, saldrán á dos leguas fuera de la fortificación :

1.º Las familias que residen en Montevideo de los individuos que hacen parte del ejército invasor.

2.º Las familias de los declarados prófugos y traidores por los edictos de Policía.

Art. 2.º Las familias á quienes comprende la resolución del artículo anterior que no quieran salir fuera de las fortificaciones quedan en libertad de embarcarse para fuera del país, al punto que elijan, dentro del término señalado ; y en este caso se les extenderá el correspondiente pasaporte en el momento que lo soliciten.

Art. 3.º Las familias que deben salir de la línea fortificada serán tratadas en su tránsito con toda consideración, recibirán auxilios para su transporte y podrán llevar consigo los muebles y objetos que crean necesarios para su uso.

Art. 4.º Esta separación será tan momentánea como la

presencia del ejército invasor que amenaza y asedia esta capital: Destruido que sea, ó si se aleja, podrán volver sin obstáculo de ningún género.

Art. 5.º Las familias que no cumplan con lo resuelto por los artículos 1.º ó 2.º quedan sujetas á las medidas que se consideren más eficaces para asegurar el cumplimiento de estas disposiciones y el orden público.

Art. 6.º La Policía, previo acuerdo de la superioridad, resolverá sobre las dudas que ofrezca la ejecución de esta medida, y acordará las excepciones que sea necesario hacer en favor de las familias que considere inofensivas.

Art. 7.º Publíquese por los diarios, fíjese por edicto y hágase saber por los Tenientes - Alcaldes.

Montevideo, Marzo 1.º de 1843.

ANDRÉS LAMAS.

(El Nacional, núm. 1265, año 1843)

Los documentos insertos en la Historia militar y política de las repúblicas del Plata, por don Antonio Díaz, respecto á la internación de extranjeros, no los insertamos en el presente capítulo, en virtud, como ya lo dijimos en otro lugar, de no merecernos mucha fé su autenticidad: no porque el señor Díaz haya procedido deliberadamente á estampar en su libro documentos falsos, sinó porque ha tenido, en algunos casos, poca suerte en la elección de los mismos y podría ser el que nos ocupa uno de ellos. Pero con todo, vamos á dar por sentado la expulsión de franceses de Paysandú, Salto, etc., é internados en el Durazno, según la palabra de Mr. Pourcel; lo mismo que la expulsión de ingleses, etc., etc.

Como el señor Díaz transcribe un documento en su

historia sin indicar su origen, que bien podría ser como el de la carta firmada por Oribe el año de 1858, cuando había muerto en 1857; ó como la publicación que hace de la capitulación de Quinteros, desconocida hasta la fecha; ó como la carta dirigida por Rosas al general Oribe, con motivo de la venida de la misión Gore - Gros al Plata, carta, de la cual no supo dar conocimiento, el referido señor Díaz, á pesar de haber sido interpelado públicamente respecto á su origen por el señor Antonino Reyes y doctor Adolfo Saldías, todos estos documentos publicados en su ya citada historia con la mayor buena fé, eso si, pero con muy poca suerte; y como la carta, decíamos, que transcribe el señor Díaz en su susodicha historia y firmada por su señor padre el general Díaz, negándose por ella á la internación de los extranjeros y escrita en términos un poco fuertes, que no se usaban en la época, pudiera tener el mismo origen viciado de los documentos aludidos, prescindimos tambien de la misma, pues en estas cosas hay que andar con un poco de prudencia, no sea el diablo que vayamos a incurrir en la inexactitud de afirmar hechos que jamas se han producido y la novela venga á reemplazar á la verdad.

Por consiguiente, damos á continuación la proclama y nota oficial del general Díaz cuando se avisto la escuadra francesa frente á Paysandú, que motivó la expulsión de extranjeros de esa ciudad; documentos que revelan que el citado general Díaz, no estaba tan enojado como lo supone su señor hijo.

He aquí esos documentos :

¡ Vivan los defensores de las leyes !

¡ Mueran los salvajes unitarios !

Ex.mo señor Presidente D. Manuel Oribe.

Paysandú, 28 de Setiembre de 1845.

Mi estimado amigo y señor :

Ahora, que son las ocho de la mañana, viene acercándose á este puerto la escuadra de salvajes unitarios y la de sus viles aliados los perfidos extranjeros, y dentro de dos ó tres horas la bateria Presidente Oribe romperá sus fuegos al grito de viva el Presidente de la República y la Independencia Americana. Los partes de la costa me anuncian 34 buques, pero yo no veo aún sinó 14 mayores, entre ellos un vapor : las vueltas de la costa me impiden ver el resto. La suerte de Paysandú vá á decidirse dentro de sus trincheras, y en su último caso bajo sus ruinas : y puesto que no se salve la existencia ha de salvar el honor de los Orientales y Argentinos y la dignidad de sus gobiernos, este su reconocido.

Q. S. M. B.

ANTONIO DÍAZ.

(El Defensor de la Independencia Americana, núm. 37, año 1845).

¡ Vivan los defensores de las leyes !

¡ Mueran los salvajes unitarios !

El general don Antonio Díaz, ministro, etc.

PROCLAMA

Habitantes del pueblo heróico de Paysandú ! Guardias Nacionales, columna indestructible del órden y de las leyes ! Guerreros argentinos, defensores inclitos de la libertad y la independencia americana !

El bando feroz de salvajes unitarios, combinado con las fuerzas navales de Inglaterra y Francia se atreve hoy á alzar su serviz humillada en cién combates, cuyos lauros ennoblece vuestras sienes. Vedlos acercarse ya á este puerto con

el auxilio de sus inicuos protectores cargados con los despojos de la Colonia y Gualeguaychú, que entregaron al incendio, al pillaje y á la destrucción.

Su presencia es para nosotros el anuncio de nuevos días de gloria. En breve momento sonará en este recinto la hora del combate: ello lo será también de la venganza de aquellos pueblos indefensos. Que Paysandú sea en el Uruguay el baluarte en que se estelle la ambición de los pérfidos de nuestra independencia, sus trincheras, nueva tumba para los salvajes unitarios y escarmiento ejemplar, á sus innobles aliados.

¡Ciudadanos! ¡Soldados argentinos y orientales! Todos los habitantes de las dos Repúblicas del Plata, fijan hoy sus ojos, en las márgenes del Uruguay, y todos esperan, confiados en vuestro valor y patriotismo, la noticia de nuestro triunfo, sobre la horda de viles piratas salvajes unitarios y sus cooperadores auxiliares. Si, Paysandú heroico se opone á su marcha devastadora; y á fin de que aquella confianza honrosa no sea desmentida, antes que pasar por la ignominia de ser esclavos del extranjero, vamos á combatir con la resolución de vencer ó morir por la libertad y la independencia de la patria.

¡Viva el excelentísimo señor Presidente de la República, Brigadier General don Manuel Oribe!!

¡Viva el excelentísimo señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier don Juan Manuel de Rosas!!

¡Mueran los salvajes unitarios!!

¡Mueran los enemigos de la independencia americana!!

Paysandú, 29 de Setiembre de 1845.

ANTONIO DÍAZ.

(El Defensor de la Independencia Americana, núm. 39, año 1845).

Próximo á ser bloqueado el puerto de Paysandú por la escuadra francesa, el general Oribe, dicen algunos escritores que han tomado este dato de la historia del señor Antonio Díaz, ordenó la expulsión de los franceses sospechosos de Paysandú, mandando, también, fueran concentrados en determinado punto, por temor del auxilio que pudieran prestar al enemigo; siendo reintegrados á su hogar, los franceses que probaron ser hombres de paz y de labor.

La medida de la referencia tomada por el general Oribe, ha sido observada, en multitud de casos, por los gobiernos más ilustrados de Europa y América, como pasamos á probarlo.

Guésalaga, en su libro sobre el « Estudio de las leyes de la Guerra, dice: « Tampoco es susceptible de aplicar dice el mismo autor (Medina), la regla de conducta que preconizan los autores, referente á la permanencia en el territorio, de súbditos de la nación enemiga. A nuestro juicio deben ser expulsados cuanto antes, porque su tolerancia se convertiría en un seguro espionaje.

« El gobierno frances, que al principio de la guerra mencionada (franco - prusiana), observó las reglas del derecho, tuvo por fin que verse obligado á ordenar la expulsión de los alemanes de París . . .

.

Heffter, en su obra titulada: « Derecho Internacional Público de Europa », agrega:

« Los súbditos enemigos que, al comenzar las hostilidades, se hallaren en el territorio de una de las potencias beligerantes, ó que hubiesen entrado en él durante la guerra, tendrán un plazo razonable para salir de él. Sin embargo, hay circunstancias que pueden hacer necesario su secuestro provisional, para impedir que den noticias ó armas al enemigo ».

.

El tratado de Utrech celebrado entre Francia é Inglaterra y entre Inglaterra y España, confirma lo que dice Heffter en el libro citado.

No debe olvidarse que el general Oribe consideraba como beligerantes á la Francia y á la Inglaterra y que el derecho de represalia lo autorizaba á tomar aquella medida ; sin que quiéramos decir con esto, que usara de ese derecho en aquella ocasión. Lo que hacia, era preservarse contra las contingencias posibles de la guerra. Y estaba en su derecho, al venir la escuadra francesa é inglesa á operar sobre Paysandú y cañonear la ciudad como así lo hicieron. Pero sigamos con los ejemplos.

Napoleón, después del tratado de Amiens, expulsó á todos los ingleses del territorio frances.

« La Tribuna Popular » de fecha 12 de Febrero de 1909, publicaba el siguiente telegrama :

PARIS, 12 — El gobierno de Austria ha notificado á las potencias que no puede tolerar la propaganda que en contra de la política del imperio están haciendo los servios residentes en las provincias anexionadas últimamente.

En vista de la conducta del pueblo servio, ha resuelto el gabinete austriaco cambiar de procedimientos para con los campesinos de la vieja Servia. Se les expulsará temporalmente del territorio, para evitar una insurrección en general.

También anuncia la nota que las tropas austriacas ocuparán los puntos estratégicos más convenientes, aún dentro del territorio servio, si no cesa la agitación en la zona fronteriza.

El mismo diario de fecha Octubre 1.º de 1907, agregaba respecto á la invasión francesa en Maruecos.

MADRID, 1.º — El cónsul español en Casablanca ha protestado contra las órdenes del comandante Mangin, nombrado gobernador de la plaza por el general Drude.

El comandante Mangin ha dispuesto la expulsión de todos aquellos individuos sin distinción de nacionalidad ó raza que inspiren la menor sospecha de ser enemigos de los europeos.

Varios centenares de habitantes de la ciudad han recibido orden de abandonarla, y entre ellos hay varios moros y judíos protegidos por varias naciones europeas, los que han ido á ampararse á sus consulados respectivos.

« La Razón » de fecha 28 de Abril de 1911, nos dice, en los telegramas que van á continuación, lo siguiente :

LISBOA, Abril 28—El gobierno ha ordenado, la inmediata expulsión de notables monarquistas, produciendo ello marcada agitación, en las provincias.

Los jefes realistas, han salido del territorio portugués, estableciéndose en Pontevedra, pero han quedado numerosos afiliados y correligionarios, que prosiguen la activa campaña, á favor de don Manuel.

El gobierno ha enviado un oficial de justicia, con el encargo de investigar sobre el estado de las poblaciones é informarle detenidamente.

Los movimientos insurrectos nacionales continúan en los diversos puntos de la república, apesar de la rigurosa vigilancia que ejercen las autoridades.

SAN PETERSBURGO, Abril 28 — En el territorio ruso de Dieff, han sido expulsados 1.500 familias judías, por las autoridades pretextando la necesidad de disminuir las aglomeraciones poco higiénicas en los barrios obreros. No obstante esta manifestación, entre los expulsados, se cuentan, médicos, abogados, farmacéuticos, etc.

Mucha gente ha protestado de esta arbitrariedad, ante el Zar, de quien se espera justicia en este asunto.

Varios representantes diplomáticos de países americanos,

tratan de llevar á todos los obreros expulsados, á la América del Sur, donde se le facilitarán tierras para colonizar.

« El Día », de Febrero 16 de 1908, transcribe el siguiente telegrama referente á las medidas tomadas por el gobierno francés, por temores guerreros.

PARIS, 15—El príncipe de Formosa, descendiente de una de las más nobles y antiguas familias de Palermo, ha sido hoy notificado de una orden del gobierno francés, disponiendo que en el plazo de veinticuatro horas abandone el territorio de la República, del que se le declara expulsado.

Los motivos que han inducido al gobierno á proceder en esa forma, no se han divulgado, pero los diarios de la noche se ocupan extensamente del asunto, que como queda dicho, ha causado impresión en todos los clubs elegantes de París, donde el príncipe era conocidísimo.

Unos diarios atribuyen la expulsión á que se tenía al príncipe por un ferviente orleanista, por cuya causa trabajaba con entusiasmo y actividad, no obstante su carácter de extranjero, mientras otros creen ver en este asunto un caso de espionaje descubierto.

Todo esto no pasa de la categoría de conjeturas, pues la reserva del gobierno es, en esta cuestión, absoluta.

El príncipe salió de París dos horas después de serle notificada la orden, acompañado de un agente de seguridad, hasta la frontera italiana.

Ahora agregamos nosotros :

En la guerra anglo-boers, los ingleses fueron expulsados del Transvaal.

El gobierno Servio ordenó á los bulgaros, abandonar el país en el termino de 24 horas, en el año de 1908, con motivo de la complicación Balkanica, á causa de la anexión, por parte de Austria, de las provincias turcas, la Bosnia y la Herzegovina.

En virtud de la guerra con Chile, el gobierno de Bolivia daba un decreto con lecha 1.º de Marzo de 1879, que en su artículo 2.º decía así :

Art.º 2.º Los chilenos residentes en el territorio boliviano serán obligados á desocuparlos en el término de diez días contados desde la notificación . . . » (siguen otras prescripciones contra los chilenos).

(Caivano, Historia de la Guerra de América, entre Chile, Perú y Bolivia).

Bernier, en su obra titulada : « De la ocupación militar en tiempo de guerra, dice : que los alemanes en la guerra de 1870, al pasar por las provincias francesas, llevaban consigo á los hombres notables de las mismas, á fin de evitar cualquier perjuicio con la estadía de aquellas personas en las citadas provincias.

En la guerra de Crimea, los rusos expulsaron de algunas de sus ciudades, á los franceses é ingleses.

(Historia de la guerra de Oriente, por Pagnoni).

En las guerras de Italia, en los años de 1848 en adelante, hubieron expulsiones de extranjeros á causa de la guerra misma. (1) Y hoy, á 69 años de distancia, después de todas las leyes sancionadas por pomposos congresos internacionales ¿ no se procede de la misma manera ? Vamos á verlo.

El czar de Rusia, con fecha 20 de Julio, del corriente año, daba el siguiente úkase :

« Primero. Que se suspendan todos los favores y privilegios de que gozan los Estados enemigos en virtud de los tratados.

Segundo. Que se detengan como prisioneros á los súbditos de los Estados enemigos que están en servicio militar activo ó que sean movilizados.

(1) Ver Historia Universal, por César Cantú, tomo 6.º.

Tercero. Que se conceda á las autoridades el derecho de expulsar á estos individuos de Rusia ó transportarlos á las diferentes regiones del imperio.

(La Razón, Setiembre 23 de 1914).

Y los diarios franceses, daban la noticia que va á continuación, con motivo del actual conflicto europeo.

« Se han fijado carteles oficiales en los muros de esta capital para informar á los súbditos alemanes y austriacos que deben salir del territorio francés en un plazo de veinte y cuatro horas, después de ordenada la movilización.

« Los demás residentes extranjeros deberán declarar su presencia ante las autoridades, las que permitirán que permanezcan en los departamentos occidentales ».

De las provincias Schelevg - Holstein, que fueron quitadas á Dinamarca por la Prusia, se expulsó á todos los súbditos dinamarqueses. Los ingleses confinaron en el islote denominado Flat Holm y en Blackdoron, á los alemanes que prestaban servicios en sus buques mercantes y cargaban carbón en sus puertos.

Y la Gran Bretaña en sus medidas contra el enemigo en la presente guerra europea, se denota por las siguientes :

« Centenares de alemanes y austro-húngaros no naturalizados ó naturalizados desde menos de diez años, siguen siendo arrestados en todos los centros poblados de la Gran Bretaña, para ser conducidos á los campos de concentración de prisioneros.

« En las 24 últimas horas solo en Manchester fueron detenidos quinientos ».

(El Día, Octubre 23 de 1914).

LONDRES, 21 — La municipalidad de Brighton ordenó

que todos los súbditos austriacos ó alemanes sin excepción abandonen la ciudad inmediatamente.

LONDRES, 21 — En esta capital continúa muy viva la campaña de la prensa contra la presencia de súbditos alemanes y austro-húngaros en el país. Los diarios piden que se tomen medidas rigurosas contra esos extranjeros, de los cuales doscientos han sido arrestados hoy en Londres.

(*La Nación, Buenos Aires, Octubre 22 de 1914*).

LONDRES, 23 -- Con motivo de la detención de los austriacos y alemanes, de 17 á 45 años de edad, la Embajada Norteamericana, en esta capital, ha tenido excesivo trabajo pues centenares de mozos de hotel y de otras clases de empleados, de aquellas nacionalidades, han pasado hoy por las calles de la ciudad en dirección á la prisión, donde permanecerán hasta que la guerra termine.

Las esposas y niños de los detenidos, se han presentado en número considerable en la Embajada de Norte América, buscando socorros.

(*El Día, Octubre 24 de 1914*).

El czar de Rusia para no ser menos que los demas, tomaba la siguiente resolución :

LONDRES, 3 — De Petrograd informan que se otorgará breve plazo para que los residentes turcos abandonen el territorio ruso, al igual que se dispuso respecto á los alemanes y austriacos.

Y los alemanes, por su parte, procedían del modo que se verá á continuación :

LONDRES, 19 — Comunican los diarios de Copenhague que el gobierno alemán ha resuelto que las mujeres británicas existentes en Alemania desde el principio de las

hostilidades y que por no haber podido abandonar el país fueron concentradas en los campamentos establecidos en Baviera, sean trasladadas á la ciudad de Danzig sobre el mar Báltico. Como la región donde está situada la ciudad de Danzig se reputa la más fría de toda Alemania del norte, se considera una crueldad la resolución adoptada por el gobierno alemán.

Danzig se encuentra además á 100 kilómetros de los lagos mazurianos donde se está librando una gran batalla entre rusos y alemanes y se considera imprudente enviar mujeres donde operan varios millones de soldados.

(El Día, Noviembre 20 de 1914).

LONDRES, 16 — Noticias de Berlín dan cuenta que el Jefe de Policía de Francfort anunció que todos los residentes pertenecientes á los países que están en guerra con Alemania, deberán partir antes del 24 de Noviembre, debiendo informarle antes del día 17 del mismo mes, hacia donde desean dirijirse.

Esta disposición se hace extensiva á todos, sin distinción de sexo ni edad.

PARIS, 16 — Fueron secuestradas en esta ciudad, las oficinas del corresponsal de la Agencia Wolff y del Banco Otomano.

(El Día, Noviembre 17 de 1914).

LONDRES, 24 — « The Daily Telegraph » publica un telegrama de Rotterdam en el cual anúnciase que se dió un plazo de varias horas á los franceses é ingleses que quedan en Ostende y otras ciudades del litoral, para abandonarlas inmediatamente. Todos ellos salieron para Holanda.

(La Razón, Octubre 24 de 1914).

AMSTERDAM, 18 — Las informaciones recibidas en ésta, vía Frankfort, anuncian que acaba de publicarse una orden del Estado Mayor alemán, por la que se obliga á los súbditos de las naciones enemigas, sin distinción alguna, á abandonar los siguientes puntos: Potsdam, la región del mar Báltico, inclusive la isla Ruegen, las ciudades de Stettin, Koenigsberg, Elbing, Luebeck, Kiel y Rostock.

También abandonarán la región de los lagos Masuria y las ciudades de Schneidemuehl, Thorn, Allenstein, Leipzing, Poden y Glogau.

En la costa del Mar del Norte las islas del mismo, inclusive las ciudades de Emden, Wilhelmshaven, la desembocadura de los rios Weser y Elba, hasta Bremen y Hamburgo, así como los alrededores del canal Kiel.

Se hace extensiva dicha orden á las ciudades de Neumuenster, Leipzing, Breslau, Glatz, Essen, Duesseldorf, Colonia, Nuerenberg, Gotha, Dresde, Griedrichshafen, Bad Nauheim, Estrasburgo, Neu Breisach, Metz, Lahn, Taeglische y Rundschau.

Se anuncia que el gobierno está á punto de adoptar medidas, aún más enérgicas, contra los súbditos de las naciones enemigas.

Se sabe que el gobierno ruso obliga á los alemanes residentes en Rusia, á vivir en los campos de concentración. Si éste persiste en su actitud, los rusos residentes en Alemania serían igualmente conducidos á los campos de concentración.

Se dice que el gobierno alemán protestará, por intermedio de los gobiernos neutrales, contra el encarcelamiento de las mujeres alemanas, residentes en Inglaterra. En caso de que esa protesta no tuviera resultado, se procedería al arresto de las mujeres inglesas residentes en Alemania.

(*El Día*, Noviembre 19 de 1914).

No contentos los gobiernos europeos con las medidas tomadas contra los súbditos de naciones enemigas, la emprendieron contra las propiedades de los mismos en la forma que vá á verse.

PARIS, 19 — Se está efectuando con mucha diligencia y en forma prolija el censo de las propiedades de los súbditos alemanes y austriacos residentes en la República Francesa.

Según los informes oficiales en los primeros días de esta investigación, las autoridades se incautaron de 1380 casas de comercio de firmas alemanas y austriacas, las que representan un valor de muchos millones de francos.

Todas las patentes y marcas de fábricas de los alemanes y austriacos, han sido anuladas.

Entre las firmas que han caído bajo la acción del gobierno francés, figura la casa Dilette, que comerciaba en minerales y carbón.

Asimismo aparecen en el censo más de 50 hoteles, cuyos propietarios eran súbditos alemanes ó austriacos.

PARIS, 19 — En cumplimiento del decreto dictado recientemente, fueron secuestradas otras cuarenta casas alemanas.

(El Dia, Noviembre 20 de 1914).

WASHINGTON, 26 — La embajada francesa ha dado á la publicidad esta mañana un comunicado que dice textualmente como sigue :

« Según informaciones recibidas de Suiza, el gobierno alemán intenta apoderarse de las propiedades territoriales que en Alsacia-Lorena tienen algunos ciudadanos franceses allí residentes. Este acto será llevado á cabo á manera de compensación por las propiedades alemanas en Francia, de que se ha incautado el gobierno francés ».

(La Nación, Buenos Aires, Octubre 27 de 1914).

LONDRES, 2 — Telegrafían de Port - of - Spain que el gobierno hizo cerrar todas las casas pertenecientes á alemanes.

Después de todo lo expuesto, puede tenerse el coraje de criticarse todos los actos y medidas análogas llevadas á cabo en nuestras guerras civiles, cuando la *vieja, culta, modelo é incomparable Europa, foco de civilización, astro de primera magnitud en la constelación universal, luz que irradia al mundo entero con su sin igual sapiencia, puede tenerse el temerario coraje decímos, de criticar los que hicieron nuestros antepasados, en menor escala, hace un siglo, de lo que hace hoy la ejemplar Europa en la época de la telegrafía sin hilos, del fonógrafo y del aereoplano.*

Más conocimientos, menos lirismo y odio se necesita para encarar los hechos en su brutal realidad.

Y podríamos citar multitud de precedentes al respecto, si esto no fuera una cuestión clara y dilucidada en el derecho internacional, por medio de sus tratadistas más afamados.

Para terminar, transcribimos á continuación un notable artículo de « Tribuna » de Buenos Aires, de fecha Junio 9 de 1904, sobre las expulsiones.

EL DERECHO DE ESPULSION

En esta cuestion de la residencia del extranjero, que antes de ahora hemos examinado con bastante amplitud, se incurre siempre en confusiones y errores que es fuerza poner de manifiesto, á fin de dar á esa cuestion la solución que ha tenido en todos los países libres y bien organizados.

Nuestras instituciones son las más liberales del mundo. El extranjero está equiparado al ciudadano nativo en el goce de todos los derechos civiles. Desde que entra en el territo-

rio nacional puede usar de la manera más amplia de todas sus facultades, entre las cuales va comprendida la de adquirir bienes raíces y celebrar todos los contratos y ejercer todas las acciones personales y reales. En esa parte no hemos sido guiados por el criterio restrictivo que ha prevalecido en muchos de los estados de la Union Americana, lo que puede explicarse por haber adoptado aquí un sistema uniforme y central de legislación común, mientras en la Union Americana retuvieron los estados particulares la facultad de darse la legislación propia, sustantiva ó adjetiva.

Nuestro derecho, repetimos, es el más amplio en favor del extranjero, pero no por eso hemos de prescindir de establecer en este punto una distinción forzosa que en todas partes se admite, entre el derecho privado y el derecho público. La ley civil rige las relaciones de los particulares entre sí, pero no se aplica á las que existen entre los individuos y el estado ó la soberanía.

En todas partes se reconoce ese derecho del soberano, que provee á la salvaguardia y conservación de la sociedad política, por medio de medidas de alta administración y de policía.

La residencia en el territorio nacional, no es simplemente un derecho civil; crea relaciones de orden político y administrativo y participa por consiguiente de las condiciones de un derecho político, que no ampara por igual al hijo del país que al que quiere permanecer en su territorio, vinculado, sin embargo, á una soberanía extraña.

Los extranjeros gozan de todos los derechos civiles, á la par de los ciudadanos, pero sus relaciones con la soberanía territorial no son idénticas, y bien se demuestra, desgraciadamente, en todos los conflictos, en los cuales no deja de invocarse la nacionalidad extraña, cuando llega la oportunidad.

La concesión de los derechos civiles de que disfruta el extranjero, está necesariamente subordinada, como dice Fiore, á la condición de que no haya decaído del derecho de residir en el país, de que no haya sido privado de ese derecho de residencia, lo que puede ocurrir cuando falta á sus deberes hacia un país hospitalario. Es el gran publicista italiano el que habla, comentando la legislación de su país.

.

Tales son, en efecto, los principales fundamentos de que parte ese derecho de expulsión del extranjero, que se funda en razones de orden público, y que se ejerce, por lo tanto por la autoridad política, la administración ó la policía.

Tal es, en efecto, el carácter que reviste la expulsión. Es una medida ejecutiva, política, de policía, que se ejerce en virtud de un derecho de conservación y de orden público. O existe de esa manera, ó no existe en forma alguna.

En todas las naciones europeas, lo mismo que en Estados Unidos, es de esa manera que se entiende y se procede. En Francia, por *medida* de policía, puede conminarse á todo extranjero que viaje ó que *resida* allí á que salga inmediatamente del territorio francés. Ese derecho ha sido aplicado hasta los últimos días. Una ley reciente de Bélgica establece que el extranjero que comprometa con su conducta la tranquilidad pública, puede ser obligado por la policía á residir, en un punto dado ó á salir del territorio. Y así en todos los demás países.

El instituto de derecho internacional que se reunió en Suiza en 1892, adoptó reglas importantes á ese respecto consagrando el principio de que la expulsión no es propiamente una pena, siendo por lo mismo independiente de la extradición. La negativa de esta última no implicaría una renuncia al derecho de expulsión. Las restricciones que establece el instituto al ejercicio de ese derecho, confirman

también los principios que defendemos. La expulsión no puede ser pronunciada en un interés privado, para impedir una concurrencia legítima, para impedir justas reivindicaciones, acciones ó recursos regulares entablados ante los tribunales ó autoridades competentes.

El instituto estableció el derecho de expulsión *ordinaria y extraordinaria*. La primera es puramente individual. La segunda es colectiva, aplicándose esa categoría á grupos de individuos en razón de una guerra ó de graves perturbaciones.

Las numerosas causas de expulsión que admitió el instituto, comprenden á los extranjeros que entrasen en el territorio fraudulentamente, á los que estuviesen atacados de enfermedades que comprometiesen la salud pública, los mendigos ó vagabundos, los que se hiciesen culpables de excitaciones ó de infracciones graves contra la seguridad pública y otras muchas que repugnarían á nuestras costumbres.

Es de advertir que el Instituto admite la expulsión aún de los extranjeros domiciliados, residentes en el país, ó que tuviesen en él un establecimiento de comercio, toda vez que se hiciesen culpables de graves infracciones contra la seguridad pública, etc. Solo recomienda que la expulsión no se pronuncie en esos casos en forma que traicione la confianza que los extranjeros tuviesen en las leyes del estado. Debe dejárseles la libertad de usar, sea directamente si es posible, sea por intermedio de terceros por ellos elegidos, de todas las vías legales para liquidar la situación.

Tales son los principios consagrados por el Instituto de Ginebra. Nos guardaremos bien de aceptarlos en toda su extensión, pero ellos reflejan bien el espíritu europeo á ese respecto. Los hechos han ido mucho más allá todavía. En 1896 fué expulsado de Francia, á las veinticuatro horas de

llegar, el príncipe Pedro Kropotkine, que se proponía tratar con un editor francés la publicación de su obra : « El apoyo mutuo en el mundo animal y al través de las diferentes faces de la civilización humana ».

Mr. Mac-Pherson, corresponsal parisiense del periódico de Londres *Labour Leader*, fué expulsado más tarde de Francia. También lo fué el escritor italiano Monfalcone, que durante quince años había redactado y publicado en Francia numerosos periódicos. No se le concedió el menor plazo.

En 1895 fué expulsada de Milan la señorita Sordvillet, y cuando fué interpelado el ministro Crispi sobre ese asunto por el diputado Cristóforis, respondió : « que todos los gobiernos tienen derecho de expulsar á los extranjeros por razones de orden público ».

El fabricante francés M. Bies fué expulsado de Alemania igualmente en 1896. Se le dió veinticuatro horas de término al día siguiente de su llegada á Metz, para salir del territorio alemán, previniéndosele que si volvía sería encerrado por dos meses en una fortaleza. En 1897 fueron expulsadas también otras personas caracterizadas.

Es oportuno recordar también la historia de Pedro Muller, expulsado sucesivamente, en los últimos años, de Estados Unidos, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra, Bélgica y Francia, sin que ninguno de estos países se haya preocupado de otra cosa más que de desembarazarse de un huésped que consideraban molesto.

Por último, el diputado italiano Sr. Morgari fué expulsado de Francia, en 1900, á consecuencia de las huelgas de Marsella. No le valió ese carácter de diputado de una nación amiga. La policía le acompañó hasta la frontera.

Hasta aquí, el artículo de Tribuna.

A los casos citados por el autor del artículo que acabamos de transcribir, podemos agregar el del ex presidente de Ve-

nezuela, general Castro, que fué expulsado del territorio de los Estados Unidos y de algunas posesiones inglesas.

Ahora decimos nosotros: ¿si las autoridades de un país estan facultadas para internar ó extrañar los súbditos de naciones extranjeras por el hecho de querer atentar contra el orden de cosas establecidas en el país donde residen no es más justo, más lógico que procedan en la misma forma contra esos súbditos de naciones extranjeras por sospechas comprobadas de querer atentar contra la seguridad del país donde residen? Sobre esto creemos que no pueden haber dos contestaciones.

Si el general Oribe sospechaba de los extranjeros residentes en Paysandú ó en otra parte ¿no procedió perfectamente bien al internar esos extranjeros? Esto ha quedado comprobado terminantemente con las citas pertinentes al caso y los precedentes respectivos. Por consiguiente, nada más tenemos que decir sobre el particular, agregando para terminar, algunos párrafos de la nota publicada en la página 156 de este libro, y que pone de manifiesto la impresión que había quedado en los franceses residentes en Paysandú, con el recuerdo de las expulsiones de ellos, según los crónistas

He aquí dichos párrafos :

Aceptaríamos, señor Ministro, con mucho placer esa oferta (la de ir á Montevideo), si estuviéramos en duda que el señor general don Servando Gómez no respetaría la neutralidad de que él no ignora hemos hecho profesión. Bien lejos de eso, debemos decir en honor á la justicia y á la verdad, que él se halla para nosotros lleno de benevolencia y de las mejores disposiciones, siendo completa la confianza que tenemos en él. Su conducta hacia nosotros, es del todo opuesta á la del señor general Rivera, que sin respeto á esta misma neutralidad, que debería ser nuestra salvación, nos ha hecho saquear, maltratar durante cinco días consecutivos

por sus tropas con la mayor inhumanidad, y que después de habernos arruinado, tuvo aún la crueldad, sin para ello ser autorizado, de levantar la enorme contribución de veinticinco por ciento sobre los frutos del país que habían escapado al fuego y al pillaje, contribución injusta y arbitraria en una circunstancia tan deplorable.

« Permaneceremos, pues, aquí... los desgraciados siempre encuentran corazones compasivos, y se protejen y se ayudan entre sí más de lo que se piensa. El general don Servando Gómez nos hace dar el agua, la leña y la carne; el que tiene tres camisas da una á su vecino, y así podremos, si Dios quiere, esperar con resignación que pase la borrasca presente, y haga renacer los días felices ».

La colonia francesa, pacífica y laboriosa, siempre reconoció la rectitud de procederes del general Oribe, y tranquila vivió al amparo de su gobierno. Y publicamente, por documentos oficiales, fueron también reconocidas las garantías que aquel mandatario ofreció en todo momento á la precitada colonia extranjera.

Los documentos que van á continuación comprueban nuestro aserto.

En la sesión celebrada por la Cámara de Diputados en Francia, referente á la cuestión del Plata, el Ministro de la Marina, Almirante Mackau, tomó la palabra y dijo:

« Pero desde luego siento la necesidad de tributar homenaje á la conducta, celo y habilidad del ilustre Almirante Massieu... »

« Si la Cámara quiere conocer extensamente el estado actual de las cosas, he ahí el último informe que él me ha dirigido.

« Extracto de un informe oficial del señor Vice Almirante Massieu al señor Ministro de la Marina.

« Gloria, Montevideo, 26 de Octubre de 1843.

« El Gobierno de Montevideo, para prolongar su existencia, ha adoptado un sistema de terror sobre la población de esta ciudad.

.
« Las familias del partido de Oribe que tenían deudos al servicio de este General, han sido expulsados de la ciudad de donde procuran retirarse hoy bastantes personas de todos los partidos.

. »
Y en otra particular dirigida al mismo Ministro de la Marina sobre sucesos también de Montevideo, agregaba el citado almirante Massieu: que podía ser todo lo que se quisiera menos partidario de la gente del campo sitiador, dado los móviles políticos que perseguía la Francia en el Plata, conocidos ya por los documentos transcriptos y escritos al respecto de reputados publicistas que se ha ocupado de estas cuestiones en el Rio de la Plata.

Ahora, he aquí el escrito á que nos referíamos:

« No podría negarse; son siempre los mismos hombres que, queriendo á viva fuerza jugar un rol en este país, con riesgo de comprometer á sus compatriotas y arrastrarlos á perniciosos negocios reaparecen en toda circunstancia para hacer oposición á lo que quiere el Gobierno Francés. Por ejemplo, la necesidad de armarse, que ha hecho presente para arrastrar una parte de la población, es un pretexto falso; porque toda garantía, toda seguridad había sido prometida á los que, en nombre de un centenar de signatarios, han venido á dirigirse al jefe de la estación, cuando deberían haber hecho llegar esta reclamación por el Cónsul. Efectivamente ¿ *puede obtenerse garantías más amplias y más completas que las que nos han sido dadas por Oribe, y que nos estaban aseguradas desde largo tiempo?* Pero los maquinadores no querían ni promesas ni garantías; querían que

todo fuese puesto en cuestión; que desembarcase marinos armados, que hiciese atacar la escuadrilla de Brown, y que, en una palabra, me hubiese decidido á comenzar de nuevo la guerra con Buenos Aires en provecho de ciertos mercaderes de Montevideo, y del suyo.

« Se ha dicho la verdad en Francia, cuando hablando de los negocios del Plata, se ha asegurado que los negociantes más respetables se mantenían apartados de todo esto; porque es preciso decirlo, son simples artesanos, ó algunos subalternos que han venido á buscar fortuna aquí, que sirven como capitanes en la legión dicha de voluntarios.

« A pesar de sus decretos revolucionarios, apesar que hoy el gobierno de Montevideo no tiene ya nada que reprochar á nadie, en cuanto á medidas ilegales y subversivas de toda justicia, me parece muy difícil que pueda sostenerse por mucho tiempo ».

Y continúa diciendo el almirante Mackau :

« La Cámara ve, pues, que esta triste y larga lucha toca á su término y *que estamos en el momento de recojer el fruto de la sábia política, seguida en esos parajes.* (1)

(*Archivo Americano, tomo 2.º Primera serie*).

Y en la nota dirigida á la Cámara de Diputados de Francia por los franceses emigrados de Montevideo á Buenos Aires, iba agregada la de los franceses de Paysandú, de fecha Noviembre 30 de 1844 que decía así.

.

Y, considerándola como la expresión de nuestros padecimientos (la nota enviada por los franceses emigrados de Montevideo en Buenos Aires), causado por el abandono

(1) La de colonizar; pero no se lo permitirán la gente del Cerrito.

absoluto en que nos dejan los señores almirantes, y no teniendo nada que añadir, nos unimos á nuestros compatriotas emigrados en Buenos Aires, para solicitar de vosotros señores diputados, que os digneis tomar las medidas necesarias para que los ministros del rey hagan respetar eficazmente nuestra neutralidad, nuestras personas y nuestras propiedades *por el gobierno de Montevideo, quien procede de un modo muy distinto de el general Oribe. Este nos dispensa la mayor protección*, sin exigir de nosotros más impuestos que los ordinarios, respetando nuestra neutralidad, mientras que el otro hace cometer por sus tropas todas las tropelías imaginables contra los neutrales, como lo comprueba el saqueo del Salto, sin que un castigo ejemplar y severo-exigido por los señores almirantes, haya puesto término á estos males.

Os rogamos así mismo muy respetuosamente, por los mismos motivos, y por las mismas razones deducidas por nuestros compatriotas emigrados de Montevideo á Buenos Aires, de pedir á los Ministros del rey que reclamen el licenciamiento efectivo de los franceses armados en Montevideo, desde el 1.º de Abril de 1843, por ser ellos la causa única de nuestra ruina y miseria, que exijan también la cesación de los impuestos de guerra, que han sido descargado sobre los neutrales de Montevideo desde el principio del sitio, en contravención de los tratados, así como su reembolso inmediato, como lo practicaron en Campeche, en 1842, las autoridades francesas; y en fin que no se permita al gobierno de Montevideo de sobrecargar á los neutrales con más contribuciones que las que existían antes del 1.º de Diciembre de 1842.

Somos con el mayor respectó, señores diputados, etc.

Siguen las firmas.

(Archivo Americano, año 1845, tomo 2.º. Primera serie).

Por lo que se acaba de leer, puede calcularse la justicia de la medida de expulsión de los precitados franceses, cuando los existentes en la misma ciudad de Paysandú, no querían abandonar dicha ciudad por encontrarse perfectamente amparados y socorridos por las fuerzas del general Oribe. Y así son todos los cargos : pero gracias á Dios, tenemos, la suficiente paciencia para destruirlos.

En todos los actos de la vida el sentimiento, dice Balmes, debe ser guiado por la razón, como único medio de evitar que nuestro corazón nos pierda. Porque la imparcialidad histórica, agrega Tácito, obliga á escribir sin pasión de amor ni de odio, si se quiere hacer profesión de fé y de verdad incorrupta.

Cuarta parte

La paz y el general Rivera

La vida es un compuesto de necesidad y de libertad; es el producto de los factores que se cruzan y modifican recíprocamente; ni podemos predecir por mucho tiempo nuestras resoluciones, ni menos prever los sucesos

GOETHE.

Antes de empezar este capítulo, queremos dejar constancia de nuestro sincero agradecimiento, hacía el distinguido y meritorio ciudadano señor don Pio J. Barrios, que nos ha auxiliado con valiosos documentos, desprendidos de su importantísimo archivo, que nos ha valido de mucho para confeccionar nuestro libro y sobre todo para el presente capítulo.

No solo la simpatía que ha nacido espontáneamente de la tradición de familia, ha contribuido á esa gentil deferencia del

señor don Pío J. Barrios para con nosotros, puesto que el coronel don Juan Barrios, militar de talla, de valor espartano, de corte heroico y de gloriosos servicios en esta altiva é indomable nación uruguaya, con más brios que Zapicán y Abayubá ardorosa y entusiásta cultora de la libertad y del derecho; con más pujanza que el pampero cuando lame sus lomas y cuchillas; con más coraje en el entrevero de sus famosas patriadas que el potro de juguetona crín ante la mano fuerte del jinete que pugna por volcarlo en el gramillar, teatro de sus titánicos esfuerzos, ante de doblegarse á su dueño, el coronel Barrios, decíamos, abuelo del señor don Pío J. Barrios, no solo fué subvalterno del general don Mannel Oribe, conjuntamente con aquel león americano que se llamó Bernardino Olid, sino que fué también su amigo querido á quién distinguió siempre con la exquisitez de su trato y con todo el econocimiento de su corazón.

No solo la tradición de familia, decíamos, ha contribuido á esa gentil deferencia del señor don Pío J. Barrios para con nosotros, sino que, lo que ha prevalecido en él para facilitarnos la hermosa documentación de sus archivos, á sido su natural idiosincracia, que se denota por un espíritu amplio, noble y justiaiero, siempre ancioso de hacer el bien y siempre dispuesto á amparar á todo aquel que siga por el recto camino de la verdad.

Con arraigo y prestigio en el departamento de Rocha, solar este de la patria que se ha distinguido siempre por su amor al civismo, don Pío J. Barrios ha sido y es un elemento de progreso en su departamento, apreciado por todos y solicitado por sus coterraneos en los momentos de aflicción y amargura con positiva ventaja para los desvalidos. Corazón amplio y espíritu desinteresado, don Pío J. Barrios se ha hecho por sus excepcionales condiciones, digno del ilustre apellido que lleva.

Que estas líneas, espejo fiel de la verdad, sean un pálido reflejo del agradecimiento que experimentamos por todas las bondades recibidas del virtuoso y austero ciudadano, don Pío J. Barrios.

Escritas estas palabras, entremos en materia.

El elemento extranjero, principal sostén de la plaza de Montevideo, había acaparado para sí, toda la influencia en la decisión de los negocios públicos anulando, en su legítima preponderancia, á los jefes orientales.

Don Manuel Eguía, miembro conspicuo del unitarismo argentino, en carta dirigida al ilustre publicista Esteban Echeverría le decía : « Para la prensa de Montevideo, la Francia y la Inglaterra tienen todos los derechos, toda la justicia. Aún más, pueden dar una puñalada de atrás, un tajo de pillo, arrebatar una escuadra, quemar buques mercantes, entrar en los ríos, asesinar á cañonazos, destruir nuestro cabotaje, todo eso y mucho más que aún falta es permitido á los civilizadores.

« Para esta prensa el francés maquinista que cae atravesado por una bala es digno de su compasión y duelo : lo llama desgraciado y vé rodar 400 cabezas argentinas, (se refería al combate de Obligado), y no derrama una lágrima, no muestra el menor sentimiento por su propia sangre : no hay un pensamiento de nacionalidad, una palabra de dolor sobre la tumba de 400 hermanos. La prensa de Montevideo es completamente franco - inglesa . . . »

(Los partidos de la R. O. del U., por G. Melián Lafinur).

El general Enrique Martínez, miembro de la Asamblea de Notables, decía respecto á la influencia extranjera dentro de los muros de la ciudad asediada : « La República, señores, en mi opinión, concluirá si continuamos entregados á las manos de la intervención europea.

(Actas de la Honorable Asamblea de Notables).

Y el señor don José Luis Bustamante, escribía, por su parte al general Rivera lo siguiente :

Excmo. señor general don Fructuoso Rivera.

Montevideo, Agosto 29 de 1845.

Mi estimado amigo :

No perdamos un momento de trabajar en el sentido convenido con los ministros extranjeros, para que se comprenda bien los hombres y las cosas y lo que conviene hacer en estos momentos.

.

Por momentos esperamos el pronunciamiento de los brasileros.

Me repito de V. E. etc.

JOSÉ LUIS BUSTAMANTE.

(Los partidos de la R. O. del U. por G. Melián Lafenur).

Y como complemento de todo esto, decía el doctor don Manuel Herrera y Obes : « En fin, mientras duren los cuarenta mil del subsidio podremos mantener la situación actual . . . »

Y el doctor don Andres Lamas agregaba : « que Rivera habia presentado una memoria á Lord Howden que en resumen decía lo siguiente : « que Montevideo está sometido exclusivamente á la influencia francesa y á la voluntad de Garibaldi ; que esa influencia y esa voluntad conspiran hace tiempo, y han conseguido en gran parte, aniquilar toda influencia y todo elemento Oriental ; que no existe, por consiguiente, en Montevideo, autoridad alguna que revista caracter ni represente intereses nacionales ». Y don Andres Lamas decía al margen de dicha carta : » Las ideas de la

memoria (la presentada por Rivera á Lord Howden), son con contadas excepciones, las que tienen y se han arraigado en todas las clases porque ellas, cuéstate decirlo, lejos de ser contradichas han sido profesadas por los mismos que por deber, por honor, por posición han debido contradecirlas, en todas partes y de todos modos ».

Y para concluir, copiamos las sujerentes palabras del ilustre ministro de la Defensa, doctor don Manuel Herrera y Obes que son : « A fuerza de empeños y tramoyas hemos conseguido que el almirante francés baje á tierra cuatrocientos artilleros » . (1)

Y como remate á todo esto, podemos citar las palabras de don Martiniano Chilabert, estampadas en su solicitud de retiro, presentada al susodicho gobierno de Montevideo que dicen :

« Más ahora, S. E. esa misma querida patria á quien sirve desde la edad de quince años se vé hostilizada por dos formidables potencias y, á su juicio, amenazado en sus más altos intereses, en su dignidad, en su gloria y en su futura prosperidad ».

Si bien es cierto que en las cuestiones internacionales era decisiva la influencia de Inglaterra y Francia, sobre todo la de esta última nación, tampoco no es menos cierto que en las cuestiones internas la influencia porteña se hacía sentir en forma casi incontrarrestable.

El elemento riverista que era el que pesaba más en las decisiones de la plaza de Montevideo, era el blanco, precisamente, del unitarismo porteño : pues éstos no podían perdonar al general Rivera que debido á su persistencia dejara el mando de las fuerzas que defendían á la citada ciudad de Montevideo, el general don José María Paz, elemento de

(1) Ver Vida Moderna, tomo 5.º. Correspondencia confidencial y política del doctor Manuel Herrera y Obes. Año 1900.

real valer y prestigio entre los componentes de la fracción citada. Esto y el temor que abrigaban de que los jefes orientales pudieran hacer la paz con Oribe malogrando su causa, que era la destrucción de Rosas que estaba por encima de todo, siendo la cuestión uruguaya, para ellos, un simple medio para obtener el fin: aniquilamiento del federalismo, aniquilando á Rosas, no perdían ocasión de poder concluir con la fracción riverista: la única temible en aquella época dentro de la ciudad asediada.

Derrotado el general Rivera en India Muerta; emigró al Brasil; aprovechando, el entonces gobierno de la Defensa, la oportunidad que se le presentaba para alejar al referido general Rivera del país, satisfaciendo así las miras del unitarismo porteño.

El señor don Santiago Vázquez, ministro de relaciones exteriores, pasó al plenipotenciario del gobierno de Montevideo ante la corte del Brasil, señor don Francisco Magariños, la nota que va á continuación; tendiente á no permitir la venida del susodicho general Rivera al suelo de la patria.

Hela aquí:

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

(Reservado).

Montevideo, Agosto 10 de 1845.

« El infrascripto Ministro de Relaciones Exteriores, tiene orden de dirijir al señor Plenipotenciario de la República en Janeiro, las explicaciones que el Gobierno considera necesarias para ilustrarle sobre la conducta que conviene á la República que observe en las ulteriores de la detención del general Rivera.

« La violación de la libertad de un general de la nación no puede soportarse sin provocar explicaciones que satisfagán el decoro de ella y reparen el agravio personal en su caso. El señor Plenipoten-

ciario ha llenado este deber de una manera noble y honrosa, y el Gobierno ha aprobado su conducta y elojado su celo.

« Pero habiendo insistido el Gabinete en la violación bajo los argumentos que contienen las notas de que V. E. acompañó copias, y que el gobierno cree poder calificar de pretextos insignificantes, no debiendo considerarlos como efectos de animosidad personal poco honrosa para el Gabinete, es oportuno que prevea las consecuencias de las ulterioridades graves que podrían ocurrir en esta competencia, atendiendo á las circunstancias de que la República se halla cercada y á la importancia de dejar airoso el decoro nacional, pero sin atraer sobre la República los males que hoy la produciría la mala inteligencia con el gobierno del Imperio, y sin desvirtuar las probabilidades de su pronunciamiento contra el tirano de Buenos Aires.

« El estado de la negociación emprendida por los Plenipotenciarios de Francia é Inglaterra, de que se habla en nota de esta fecha, y los datos confidenciales que se han obtenido, prometen la ocasión más oportuna para el indicado pronunciamiento; mientras que verificado, parece natural que cese todo motivo de detención del general Rivera.

« La funesta impresión que ha causado en los ánimos el desastre de la fortuna en India Muerta, y su consecuencia de quedar en poder del enemigo casi la campaña entera; la necesidad imprescindible de nombrar un Jefe del Ejército en campaña, y de que la dirección de las nuevas operaciones se reconcentre en el gobierno mismo, como que han de nacer del concierto en esta capital con las fuerzas navales francesa é inglesa, ha ocasionado el nombramiento del general Medina y supresión de la anterior dirección de la guerra, como consta de las copias adjuntas; estos incidentes concurren felizmente á disminuir ó frustrar los obstáculos en que el Gabinete se ha apoyado en relación á su neutralidad; y si bien esta política no está en conformidad con la nota de la Comisión Permanente, también es cierto que su publicación importuna no procede del gobierno, sino de la Comisión misma, ignorándolo aquel.

« Finalmente, la República, como producto de la época, ha visto aflojarse de una manera peligrosa los vínculos sociales, y aún más los de la disciplina militar, y ha necesitado hacer sacrificios de toda especie para evitar ventajas al enemigo, único grande objeto á que se ha consagrado: — hoy, más que nunca, se agitan las pasiones y las aspiraciones de todo género; y el gobierno firme en su propósito, aspira á prescindir tanto cuanto puede de sus efectos, elevándose prudente y cautamente sobre ellos y sus peligros, para obtener la libertad de la

República, y que por la franca aplicación de sus instituciones obtengan una elección verdaderamente nacional del Jefe que haya de presidirla : — esta es su aspiración, estos sus votos.

« Pero estos mismos principios, y los de una justicia rigurosa, le impelen á la vez, á considerar el estado de la opinión, pero á no olvidar los antiguos y eminentes servicios que ha prestado á la República, para su independencia y organización el distinguido general Rivera en época en que las luces no estaban tan difundidas, y en que su prestigio era de gran peso ; quiere, pues, el gobierno, que sino le es dado hacer por él todo lo que en situación menos premiosa consideraría propio, se le conserven cuantas consideraciones sean compatibles con la presente.

« En ella, sería una aventura impolítica la presencia del general Rivera en esta capital, como el señor Plenipotenciario lo deducirá del texto de esta nota ; pero no por eso se disminuye el pesar de que sufra una detención injusta en esa corte.

« Quiere, pues, el gobierno, que la discreción del señor Plenipotenciario se ejercite dando aplicación oportuna á los antecedentes contenidos en ella, llevando por base obtener por medios decorosos y amigables la libertad del general, y que aprovechando de nuestra situación ventajosa para obtener auxilios de ese gobierno para nuestro Ejército y emigración, haga sentir que si él estuviese dispuesto á dar esos recursos al general Rivera, y este se presentase con ellos en el continente limítrofe, aprovecharía este gobierno la primera oportunidad de darle una ocupación digna de su rango y de las que antes ha obtenido, si circunstancias invencibles no se opusiesen á ello.

« El gobierno fía en la habilidad y celo del señor Plenipotenciario que sabrá conducirse de manera que, haciendo cuanto debe por la libertad del general Rivera, y decoro de la nación, en nada la perjudique : todo lo que se dice al señor Plenipotenciario con arreglo á la nota de 9 del pasado.

« El infrascripto saluda al señor Plenipotenciario con su mayor aprecio y distinguida consideración.

SANTIAGO VÁZQUEZ.

Señor Ministro Plenipotenciario de la República, don Francisco Magariños ».

El general Rivera tenía gran partido entre el elemento militar de la Defensa, por lo que querían aprovecharse de su

alejamiento algunos elementos civiles en unión de los porteños, para anular aquella influencia; concluyéndose, así, con la preponderancia que pudieran tener los jefes orientales en la citada plaza de Montevideo. Pero la situación se hacía insostenible.

La Asociación Nacional que se había fundado con el único fin de terminar con los caudillos, dió resultados negativos, produciendo rencores tales en los diferentes círculos políticos, que hubo necesidad de tomar medidas violentas para contener la catástrofe.

El coronel don Venancio Flores, que siempre se había distinguido por sus condiciones de carácter (1), elemento

(1) Como prueba de lo expuesto, va á continuación una carta del coronel Flores dirigida al doctor Andrés Lamas, cuando este personaje estaba en todo su apogeo.

•Señor don Andrés Lamas.

•Señor mfo:

•Me es imposible mirar con indiferencia las desgracias del país: un enemigo fuerte y poderoso que tenemos al frente no me horroriza ni me infunde terror: pero me lo infunde su conducta presente; V. se ha constituido el árbitro de la fortuna de este honrado pueblo. Lo roba, lo insulta, lo humilla y se complace en abatirlo y por desgracia se cree el único hombre á quien los demás deben rendirle homenaje; por puro patriotismo se le ha sufrido hasta hoy y no se ha querido dar un paso violento, porque el enemigo no tuviese motivos para alucinarse y mejorar de situación; pero hoy que sin embargo cansado este heróico pueblo de hacer sacrificios infructuosos y verter á torrentes la sangre de sus hijos y que todo se mira con indiferencia, estoy resuelto si necesario fuese á que llegue el día de clavar un puñal en el mónstruo que todo lo devora y este es usted. Vea como marcha de hoy en adelante. El pueblo pide satisfacción y es preciso dársela. usted se ha considerado árbitro de la fortuna de este benemérito pueblo, ha dispuesto de ella á su antojo, la ha prodigado entre media docena de hombres. No ha dado al pueblo un manifiesto de la inversión de este caudal, hoy llegó el momento en que debe darlo y de no ha de estar alerta. Ya basta de sufrimientos, no crea que el pueblo que ha insultado es un rebaño de ovejas. Es un pueblo compuesto de patriotas y este patriotismo lo ha hecho callar hasta este momento en que uno de sus hijos no ha podido soportar su atrevimiento sin límites.

A esta, su contestación será satisfacer al pueblo y cambiar de marcha.

De usted S. S. S.

VENANCIO FLORES.

riverista de primera fila, dió contra el círculo porteño y el que representaba el entonces ministro de relaciones exteriores don Santiago Vázquez, viéndose el gobierno en la necesidad de expatriar á dicho coronel, lo que no se pudo llevar acabo en virtud del peligro que encerraba el cumplimiento de la precitada medida y á demás por la intervención eficaz de la Comisión Permanente.

Vuelto el coronel Flores á la plaza, del buque en el cual marcharía al destierro, el ministerio presentó renuncia en la forma que instruyen los documentos que van á continuación, conjuntamente con los demás relativos á este incidente.

COMISION PERMANENTE

« Proyecto de nota á la Asamblea General que presentó á la H. C. P. el Sr. D. Joaquín Sagra, como miembro de ella, y comisionado al efecto, sobre actos del P. Ejecutivo é infracción de la Constitución del Estado.

« Montevideo, Noviembre de 1845.

« La no interrumpida serie de actos con que mucho hace se está violando la Constitución, y hollándose los derechos de los ciudadanos, en sus personas, honor y fortunas, si bien ha mucho que debiera haber provocado á la Comisión Permanente á llenar la misión de que está investida, y hacer al Poder Ejecutivo las advertencias y observaciones convenientes para contener sus avances, fué hasta hoy tolerada, porque ella, por una parte creyó que un remedio estrepitoso que tanto más fuerza moral daría á nuestros encarnizados enemigos exteriores é interiores, cuanto más debilitase la nuestra, con la publicidad del desacuerdo entre los Altos Poderes, podría traer funestas consecuencias; y por otra, el silencio de tanto y tan enormemente ofendida parecia autorizar este mismo juicio. Pero hoy que se ve interpelada con la petición de uno, que se manifiesta estarlo por los procedimientos del P. E.; y que este lleva ya sus pretenciones hasta desconocer el derecho que tiene para ser informada sobre el asunto

y su deber de hacerlo siempre que le sea pedido: que trastornando las formas, se quiere substraer á él, llevando á la A. G. un conocimiento de la exclusiva competencia de la Comisión Permanente durante el receso, y que solo corresponderia, tomar á V. H. cuando por no haber producido efecto, las observaciones de la Comisión fuese por ella convocada al efecto: hoy no puede esta, sin una responsabilidad enorme ante la Nación, dejar de llevar al seno de la A. G. un bosquejo del trastorno en que se halla el edificio social, minado por todos sus fundamentos para que palpado de un modo oficial este mal enorme, de que ninguno de los miembros que componen este Honorable Cuerpo ha dejado individualmente de participar más ó menos, dicte su sabiduría las medidas conducentes á cortarlo, antes que ni escombros, ni sombras aún, haya quedado de esa Constitución y Libertad, con tanta sangre y tantos desvelos cimentada, y con tan heróicos sacrificios sostenida.

« El Coronel D. Venancio Flores en uso del derecho que tiene el último ciudadano, acudió á la Comisión Permanente por el de petición, por el agravio, que en los suyos más preciosos, decia hacerle el P. E. expatriándolo arbitrariamente, y sin figura de juicio; cuyo pedimento la Comisión acompañaria si el P. E. á quien la pasó con la nota que en copia certificada se adjunta con el número 1.º, no se hubiera quedado con él, faltando hasta en esto, á lo que se debe á una ordinaria y regular correspondencia. En vez de dar el informe que no podia escusar, contestó con la nota tambien adjunta número 2, que motivó la de esta Comisión núm. 3.

« Con presencia de estas piezas, y la que el Ejecutivo había pasado á V. Honorabilidad, sería un agravio á las luces de la A. G. el detenerse á patentizar cuanto aquel se ha desviado de la senda constitucional en su marcha, y la indispensable necesidad de hacerlo entrar en ella, para que no acabemos de precipitarnos en un abismo, harto inminente, y tan profundo, como el mismo de que á toda costa queremos y esperamos salvarnos, de los que lo han traído hasta nuestras trincheras, y pretenden ser nuestros tiranos. Que estos lleven tal ó cual nombre, adopten este ó el otro lema, desde que no tengamos Constitución, ni otras leyes, que el arbitrio del que manda, el resultado es el mismo; y violándose con repetición una y otra, es como sino existieran; los derechos del ciudadano habrían desaparecido, y su honor, su vida y su fortuna estarían á merced del más espantoso despotismo. Si el coronel don Venancio Flores puede ser empleado

de su patria, á quien el mismo P. E. ha confesado pocos días ha, que prestó relevantes servicios ; si puede ser despojado de su elevada clase, por una simple orden del Ejecutivo, sin trámite ni figura de juicio ; si se tolera con el coronel don Melchor Pacheco y Obes, no menos meritorio, se haya intentado hacer casi lo mismo, que la notoriedad lo publica ¿ qué garantías nos dan los principios consagrados en las páginas de nuestro Código ? ¿ quién nos asegura que nuestras mismas personas inviolables, no se vean arrastradas á una prisión, á un buque, á un cadalso tal vez ? No sería de cierto, una sola, la que en esta tenebrosa época hayan sido de ello amagadas ; más cuando no lo fueren, ¿ cómo, acaso para nosotros solos, los orientales han conquistado con su sangre garantías, o es para defenderse las que nos han colocado y nos conservan en este recinto ?

« La policía dicta decretos creando y calificando crímenes, designa á estos penas hasta las más infamantes ; — el Ejecutivo las erige en leyes, y establece á su antojo tribunales para aplicarlas ; deroga formas tutelares, y las sustituye arbitrariamente con otras : se aconseja para hacerlo con profesores extranjeros, y á estos nombra para que con fallo inapelable, decidan del honor y de la vida de ciudadanos, arrancados á su fuero competente y por un derecho que no existe. Hace la C. P. sobre tamaño atentado, observaciones al Ministerio en el seno de la reserva ; tiénense conferencias varias, pero él subsiste.

« Con el laudable objeto de acoger bajo de techo á las infelices familias arrojadas desgraciadamente de sus hogares por un invasor el más inhumano, y de aliviar la suerte de las de nuestros defensores que destinados exclusivamente á oponer sus pechos á los ataques de este, están imposibilitados de emplear sus brazos en el trabajo que les proporcionaba habitación y subsistencia, destínanse para unas y otras, las casas que han dejado desocupadas los enemigos de nuestra causa, los cobardes que con la fuga se han sustraído á defenderla, y ¿ qué resultado produce una medida teóricamente tan benéfica ? Avergiénzase el decirlo ! aquellas casas son distribuidas hasta con escándalo del modo más arbitrario, y el objeto no se llena : ha habido familias de las más recomendables, sin obtener en 14 meses un alojamiento ; mientras personas que ningún título tienen á consideraciones de esta clase, ocupan casas grandiosas en la época de las calamidades, cuando en las prósperas han vivido tal vez agregados á otros.

« De tan irregular y desacertado manejo, resulta otro ataque positivo al derecho de los propietarios : ya nadie lo es de sus fincas, ni

siquiera por urbanidad se le reconoce tal, al que se le desocupa una. El Ministerio de gobierno, el gefe de Policía, cualquier Comisario se apodera de las llaves, y mete en ella á quien se le antoja; pero ¿cómo? hasta arrojando el inquilino que el propietario pudo haber encontrado, y ocupando muchas veces ; para alojar una simple mujerzuela) una propiedad capaz de mil aplicaciones, ó lucrativas para su dueño, ó útiles para el servicio público, y otras para que con su arriendo, monopolizase el alojado, ó el subalterno que lo aloja. Si sobre este cargo se abriera un juicio, resmas de papel se escribirían con pruebas; pero todos los miembros de la H. A. que son vecinos de la Capital, las tienen incontestables en sus casas y personas.

« No confiscación (que detesta) secuestro de los bienes raíces de los enemigos, sancionó 1.º la Cámara de RR. para que ellos pudiesen un día contribuir á la reparación de perjuicios y premios de los leales. — La Cámara de Senadores ni aún así dió paso á esta ley; tal es su horror á la depredación condenada por los principios y las luces del siglo. El Ejecutivo, pues, sin respeto á aquellos, ni ley alguna que lo autorice; está invadiendo por medio de la Policía, cuantos bienes ó muebles presume que pertenecen á personas ausentes; no precisamente enemigos ni prófugos, no; hasta de empleados que por causa de enfermedad notoria, y peor que todas, la pobreza, — han ido con licencia del Gobierno, á procurarse en el Brasil el restablecimiento de su salud, y apoderarse de ellos; los vende ó no los vende, y su aplicación es para los depredados y para el público un arcano. Lo es también y muy conspicuo, la que tienen las llamadas personerías de la Guardia Nacional Pasiva.

.

« La atribución soberana de publicar indultos y acordar amnistias, es reservada solo al Poder Legislativo. El Ejecutivo con todo, los ha concedido de su privada autoridad, y á fé que el resultado no ha disminuido lo reparable de la arbitraria medida.

« Lo es al mismo Cuerpo, la de dictar y dar interpretación auténtica á las leyes. Es público la de la abolición de fueros, reservando solo á los privilegiados el conocer de los delitos, que solo pueden ser cometidos, por personas que respectivamente dependen de ellos; y en el militar los perpetrados por estos en campaña, en marcha etc. Una orden general declaró servicio de campaña el que estaba prestando el ejército de la guarnición, compuesto en su máxima parte de vecinos y hombres de fuero común y hasta de Repre.

sentantes. Erigiéndola el Ejecutivo en ley, y constituyéndose en intérprete de ella, declaró que estos ciudadanos que hacían el servicio con sujeción á las reglas que se hace en campaña, estaban en campaña, que campaña era la capital, y en campaña estaban los Altos Poderes que ejercen la soberanía, cada uno en su esfera; y que los delitos comunes de aquellos habían de ser juzgados militarmente, y del modo que le pareció establecer, no solo despojándolos de su fuero natural, sino inhibiendo al Juzgado competente del conocimiento de las causas pendientes, y abrogándoselo por medio del Ministerio de la Guerra, que llevó la irregularidad hasta el punto de dirigirse, con mengua de su posición, oficialmente al Alcaide de la cárcel, y arrancarle con amagos de la fuerza los procesados que tenía bajo su custodia y la jurisdicción privativa del Juzgado del Crimen, sin conocimiento de este.

« Frecuentemente se ven establecidos impuestos nuevos sin noticia siquiera del Cuerpo Legislativo, y cuando, se le da fé, es después de ejecutados los actos para que no está autorizado, y en uno de los últimos, hasta usando de la fórmula — « dese cuenta al P. L. para su aprobación », como si esta fuera una consecuencia necesaria de lo que le pareciere hacer, ultrapasando sus atribuciones, é invadiendo las que constitucionalmente competen solo á este Honorable Cuerpo. De esta infracción son muchas, y muy repetidos los ejemplos, que la Comisión Permanente en obsequio á la brevedad no detalla, pero cada uno de los cuales formaría un cargo incontestable en una acusación, si fuere indispensable promoverla, y no se toma alguna medida constitucional que evite un resultado desagradable, pero que sería forzoso en otro ».

.
Hasta aquí el informe de la Comisión Permanente, que nos da una idea acabada de la situación de la plaza asediada.

« Exmo. Señor :

« Quando acepté el Ministerio de Guerra con que V. E. se sirvió honrarme, lo hice en la persuasión de que era una necesidad de las circunstancias. Así también tuvo V. E. la bondad de manifestármelo . . .

« Considero que mi continuación en dicho Ministerio, no está hoy apoyada en los mismos motivos que me trajeron á él, y que un individuo cualquiera con iguales deseos, pero con mejores aptitudes, debe

reemplazarme ; y animado de esta convicción vengo á rogar á V. E. se digne aceptar la renuncia que de él hago, así como de los sentimientos con que soy de V. E. muy obsecuente servidor.

» Exmo. Señor.

RUFINO BAUZÁ ».

« Montevideo, Noviembre 27 de 1845.

« Respetando las razones en que se funda el General Bauzá para renunciar el cargo que ejerce, el Gobierno ha acordado y decreta :

« Art. 1.º — Admítase la renuncia que hace el Brigadiere General D. Rufino Bauzá del Ministerio de Guerra y Marina.

« Art. 2.º — Nómbrase Ministro Secretario de Estado en los Departamentos de Guerra y Marina é interino en el de Gobierno, al Conselero D. Francisco J. Muñoz.

« Art. 3.º — Dense las gracias al General Bauzá por sus buenos servicios y se le nombra Consejero privado del Gobierno.

SUAREZ.

SANTIAGO VÁZQUEZ.

JOSÉ DE BEJAR »

Exmo. señor Presidente.

« Pesando con exceso sobre mis débiles hombros el doble cargo de los Ministerios de Gobierno y Relaciones Exteriores, el infrascripto pide á V. E. se digne admitirle la renuncia que hace del primero, que ha desempeñado por cerca de 34 meses desde el memorable 3 de Febrero de 1843; — lo que le permitirá también prestar una atención más asidua á los graves negocios que ocupan las Relaciones Exteriores.

SANTIAGO VÁZQUEZ ».

Montevideo, Noviembre 27 de 1845.

« Admítase la renuncia que hace el señor Senador don Santiago Vázquez del Ministerio de Gobierno, que ha servido con tanta asiduidad, devoción y sacrificios en el espacio de más de treinta y tres meses corridos desde el 3 de Febrero de 1843 hasta la fecha. — Dénsele las gracias á nombre de la Nación por sus importantes servicios, y publíquese.

SUAREZ.

JOSÉ DE BEJAR ».

A don Santiago Vázquez, no se le permitió renunciara la cartera de relaciones exteriores, aceptándosele, únicamente, la renuncia de la cartera de gobierno.

El general don Melchor Pacheco y Obes que había llegado del Brasil, asumió la dirección de la Defensa, agravándose los conflictos políticos de bandería con tal llegada y nombramiento.

Todo lo que dejamos aquí expuesto, era del dominio del campo sitiador: lo que aumentaba su expectativa respecto al final de los sucesos.

Naturalmente que, los hombres del Cerrito no ignoraban que poco podía hacer Rivera en Montevideo, dado el poder aplastante del extranjero; pero creían que las disenciones con él, podían ser de graves resultados para la causa que defendían los sitiados.

Los conflictos que surgían en Montevideo, siempre producían esperanzas de paz en el Cerrito: pues veían que ésta se aproximaba, á medida que el enemigo discutía entre sí.

El general Rivera que había sido el promotor de todos los sucesos anteriores á la guerra, con prestigio propio en el país, alabado por muchos de los hombres que hoy lo combatían, ¿cómo era posible que ahora lo quisieran arrojar de sus filas? ¿Es que ya no había orientales dentro de los muros de Montevideo ó que algo muy extraordinario iba á pasar? ¿Si todos ó casi todos habían aplaudido la conducta del general Rivera, precursora en parte de la guerra actual, porque se le expulsaba ahora? Todas estas interrogaciones se presentaban en la mente de los habitantes del campo sitiador, sin poderse dar una respuesta favorable. Por consiguiente, la nerviosidad propia de la duda contribuía á mantener la atención de aquella gente, predispuesta siempre á lo anormal, á lo extraordinario, en virtud del ambiente especial en el cual se agitaban. Y así seguía la vida de los habitantes de

ambos campos, pendientes de una noticia, alegres por un suceso ó entristecidos por un comentario; pero siempre ávidos por saber lo que estaba más allá de los acontecimientos, de lo que podía moldear las circunstancias.

Si agitados tenía á todos, los que pasaban en Montevideo, mayor expectativa produjo la venida del general Rivera á esta ciudad cuando nadie lo esperaba. Vale la pena que expliquemos estos sucesos porque ellos fueron los del conato de paz en Maldonado.

El elemento riverista harto ya de los vejámenes que sufrían por parte de algunos extranjeros y hombres de la Defensa, se decidieron á hacer venir á su jefe para que los sacara de aquella situación, á lo que accedió el general Rivera, presentándose de golpe en la rada de Montevideo cuando nadie lo esperaba. Naturalmente que la alarma fué grande; y nadie atinaba á dar con la fórmula que pudiera zanjar el conflicto.

La primera medida del gobierno, fué prohibirle terminantemente al general Rivera, que bajara á tierra.

De María, en su obra: Anales de la Defensa de Montevideo y en el tomo tercero, dice al respecto:

Ignorante de esa nueva disposición, (Rivera), tan contraria á la que se le había comunicado, era de presumir el efecto que produciría en su ánimo al venir y encontrarse con una novedad de tal naturaleza.

Para robustecerla más y ampliarla acordó el Consejo de Estado el 16 de Marzo, la prohibición absoluta del desembarco y la espatriación temporal del general Rivera. Esa resolución fué transmitida al gobierno el 17, aprobándola en el día, pero sin dársele publicidad hasta cuatro días después. en que la tuvo.

No transcurrieron muchas horas entre el acuerdo y el arribo á estas aguas, del que lo motivara.

El 18 aparecía en ellas el bergantín español *Fomento*, con procedencia del Janeiro, viniendo á su bordo de pasaje el general Rivera, nombrado Ministro Plenipotenciario de la República cerca de la del Paraguay, con su Secretario el doctor don José María Vidal, como lo indicaba la bandera oriental que traía á popa.

A la vela todavía el buque, llegó á su costado una lancha de guerra inglesa, desprendida de la Almiranta, y poco después otra de la fragata española *Perla*. — En seguida fué la falúa de la Capitanía del Puerto con el jefe interino de él, coronel Estivao, acompañado de sus ayudantes, quien declaró el *Fomento* en estado de incomunicación con tierra hasta segunda orden.

Se había pedido á los Ministros interventores su cooperación para hacer efectivas las disposiciones del acuerdo de 17, colocando á Rivera en alguno de los buques de guerra de sus respectivas naciones. En consecuencia, se le condujo en la tarde abordo de la Almiranta de la marina británica, donde fué recibido por el almirante inglés con consideración y cortesía. En ella permaneció hasta las 10 de la mañana siguiente. Durante su permanencia en aquella nave, se presentó el coronel Estivao á hacer conocer al general la resolución del 17. — Este rehusó oírle, fundándose en que, en el carácter que investía, no era aquel el conducto regular por donde podía recibir órdenes del gobierno, y mucho menos hallándose bajo pabellón extraño.

A eso de las 10, se retiró Rivera de la Almiranta, regresando al *Fomento* que ancló dentro del puerto. En las primeras horas fueron á visitarle su señora y algunas otras personas de su amistad, pero á las dos de la tarde quedó prohibido el embarque, disponiéndose por el jefe de las armas el envío de una guardia al *Fomento*, con orden de impedir la subida á bordo de hombre alguno. El Ayudante de

la Capitanía don Manuel Fraga fué encargado de ella. Como la prohibición no rezaba con las damas, pudo recibir la visita del resto de su familia y de otras de las principales de la sociedad de Montevideo que se dirijieron á saludarle en su arribo. — Pero aún esa libertad limitada al sexo débil, fuele horas después, denegada enteramente.

En esa condición tan mortificante y depresiva para el general Rivera, resolvió abandonar el *Fomento*, trasbordándose a la fragata *Perla*, á donde fué conducido por una de las lanchas de esa nave de guerra española. — Desde entonces permaneció á su bordo, bajo la protección de su bandera, donde la hidalguía de la marina hispana le dispensó todo género de atenciones.

Todas esas sorprendentes é inesperadas escenas observadas desde el instante del arribo de Rivera á este puerto, no dejaron la menor duda en el juicio de todos, que su detención respondía al deliberado propósito de impedir su desembarco y alejarlo de estas playas.

En la expectativa de los sucesos, la prensa guardaba silencio, pero los ánimos empézaban á agitarse. Pequeños grupos en la noche del 20, de los partidarios de Rivera, lo vivaban en las calles, como el augurio de perturbaciones ulteriores.

El estado de la capital tornabase cada día más crítico. El 21 se prohibieron como tumultuarias las reuniones ó grupos en la ciudad que escediesen de seis personas, pasando las seis de la tarde, y se publicaba recién el Acuerdo del 17.

El 23, por intermedio del Encargado de Negocios de España, hizo llegar el general Rivera á manos del Ministro de la Guerra una comunicación reclamando del Acuerdo, y enviando copia de ella á los Ministros Interventores.

El 24, se dirijía el Ministro de Relaciones á la Legación Española esponiendo algunas consideraciones y solicitando saber « si se hallaría dispuesta á usar de sus medios, para

retornar al Janeiro al general Rivera; ó conducirlo á donde quisiera ir, con tal que fuese fuera de Cabos ».

En esa fecha, el coronel Tajés tomaba otra vez el mando de su Regimiento y se pedía á la Colonia la remisión de caballos, que no llegaron hasta el 1.º de Abril, en cuya tarde se efectuó trabajosamente su desembarco por el Ayudante de la Capitanía don Manuel Fraga.

Algunos ciudadanos promovieron una solicitud á los Ministros Interventores, pidiéndoles la interposición de su influjo para que no se privase á la República del concurso valioso del general Rivera en la presente lucha. — Redactada por el coronel don Bernabé Magariños, otros se encargaron de buscar firmantes, entre estos el comandante don Juan Feliciano Vázquez y mayor Almada, que quedaron por el hecho sindicados.

En el seno del Gobierno no era todo completamente hóstil al general Rivera, ó inclinado á procedimientos extremos, lo mismo que en el Consejo; pero las disposiciones más templadas ó conciliatorias, tenían que subordinarse al imperio fatal de las circunstancias.

No faltó alguno que privadamente insinuara á persona íntima y amiga del general Rivera, el espediente de ocurrir á la Asamblea de Notables, reclamando del ostracismo que se le imponía, pero al mismo tiempo significándole « que si su persona se consideraba como un « obstáculo á las convenciones públicas, renunciaría á todos sus derechos y partiría resignado, haciendo votos por la ventura de la Patria ». (1)

En esas circunstancias, por demás críticas y violentas, arribó del Janeiro don Francisco Magariños, Ministro de la República acreditado en aquella Corte. Quiso utilizarse su

(1) Borrador del escrito, cuya dirección se aconsejaba.

amistad personal con el general Rivera, para que de viva voz, le explicase la mente del Gobierno. Magariños, que deploraba vivamente las emergencias actuales, y deseaba con espíritu sereno una solución prudencial, pasó á la *Perla* á hablar con el general Rivera. — La disposición que halló en este, y el resultado de su entrevistas, dejaremos que lo explique el contenido de la correspondencia particular de Rivera con don Joaquín Suárez, que se verá entre los documentos que figurarán en este capítulo.

El 28 cesó en la investidura diplomática que se le había conferido por decreto anterior, cerca del Paraguay, derogándose ese decreto.

La capital fué declarada en estado de sitio, y las medidas excepcionales empezaron, reduciendo á prisión á varios jefes y ciudadanos y buscando á otros con el mismo fin, que lograron ocultarse. Entre los aprehendidos de más representación social que fueron conducidos al cuartel de Artola unos, y al Cabildo otros, poniéndolos en incomunicación, se encontraban el general don Enrique Martínez, los coroneles Labandera, Viñas y Mendoza, el mayor Almada, y el ex-Senador don Miguel Barreiro.

El 29 se resolvió el inmediato alejamiento del general Rivera de las playas de la República, debiendo embarcarse en el buque que se le designase. En consecuencia, se pasó una extensa nota al Encargado de Negocios de S. M. C. acompañándole los antecedentes, é insinuando su conducción á España en el bergantín de guerra español *Héroe*, cuya salida se anunciaba.

El 30 recibió Rivera el *ultimatum* del Gobierno para su retirada inmediata del país, declarándose que atentaba á la tranquilidad pública y contrariaba la defensa del país, por cualquier acto que tendiese á embarazar ó impedir la plena é inmediata ejecución de lo dispuesto.

Resignado al ostracismo á que se le votaba, escribe particularmente al Ministro Muñoz, interesándolo en que consiguiera la demora de 10 á 12 días, para poder arreglar sus negocios particulares y su familia, antes de dejar la patria.

Tal vez entraba en sus cálculos ó esperanzas, dar tiempo á que se produjese algún acontecimiento favorable, que trajera la modificación de lo resuelto.

Entretanto, tuvo aviso Pacheco ese dia de que las Legiones se disponían á pronunciarse en favor de Rivera. En precaución de lo que pudiera acontecer, toma sus medidas. Destina el 4.º de línea al mando del coronel Cesar Diaz á situarse en el Cabildo, muy distante de imaginarse que ese cuerpo estuviese minado, como lo demostraron los sucesos. Reforzó al coronel Estivao en la Capitanía del Puerto con 70 hombres del batallón del coronel Lezica, y adoptó algunas otras medidas.

Las prisiones efectuadas, los términos amenazadores de la Orden General del 29 y la venida de tropas á la ciudad, no podían dejar de infundir serios temores entre los tenidos por partidistas de Rivera. A la vez, los recelos del pronunciamiento de las Legiones, ó de alguna otra trama subversiva, preocupaban el ánimo de los hombres del Gobierno y los sostenedores más íntimos de su política.

En la noche del 1.º de Abril se reunían en el Departamento de Policía, bajos del Cabildo, los principales jefes de su confianza, algunos miembros del Consejo y otras personas de valer, para tratar de lo que debía hacerse. Una de las cosas que acordaron fué el destierro inmediato de los presos políticos á Malvinas. Esa resolución se les notificaba á los del Cabildo por el Comisario Roballo, previniéndoles se preparasen para embarcarse al dia siguiente á su destierro.

Entre los presos notificados se hallaba don J. Angel Za-

balla, (compañero de calabozo del Ayudante don Ramón Irigoyen) ligado por vínculos de familia al señor Lamas, y pidió que lo llamasen un momento para hablarle. Lamas fué á su llamado, y en momentos de efectuarlo, se sienten gritos, vivas y tiros en los altos del Cabildo, donde estaba alojada la tropa del 4.º de línea. Era la sublevación de ese batallón que á los ¡vivas al general Rivera! dados por los sargentos entonces don Ignacio Madriaga y hermano y don N. Ramírez, de la banda, promotores del pronunciamiento armado, se precipitaba á los bajos del edificio para salir á la plaza en actitud revolucionaria.

La fuerza pronunciada descendía de los corredores, bajando en tumulto la escalera vivando á Rivera. Se presenta el mayor don Enrique Vedia, espada en mano, á querer contenerla. Querido de la tropa le grita esta con repetición « retírese mayor, retírese ».

El valeroso oficial insiste, cuando un tiro de fusil vino á derribarlo sin vida en los últimos escalones.

En ese conflicto, los de la reunión en la Policía se ponen en salvo. Los jefes montan á caballo y se dirijen precipitadamente á la línea, siguiendo el mismo rumbo, los oficiales. La alarma cunde en la población. La tropa pronunciada queda dueña del campo.

Faltaba un jefe que se pusiese á la cabeza. Buscan al mayor Almada, sacándolo del calabozo, para que tome el mando. Almada vacila, pero al fin se decide á hacerlo. Ciñe la espada y se coloca al frente de los pronunciados.

A los primeros tiros que se sienten, el coronel Estivao se pone en guardia en la Capitanía del Puerto, ocupando con la fuerza de que disponía, unos 100 hombres, la azotea del edificio.

La noche fué de ansiedad, de temor y de zozobra. Estivao espera por momentos ser agredido. Manda al Ayudante de

la Capitanía don Manuel Fraga, á pedir protección á los Ministros. Estaban refugiados en casa de Ouseley y Deffaudis, Ministros de Inglaterra y Francia. Habla con el Ministro Vázquez y este le hace decir que se sostenga, que iban á hacerse señales á la estación francesa, para que viniesen lanchas en protección. En efecto, vinieron algunas al aclarar el día, pero se mantuvieron á la expectativa.

Amanece y empiezan á engrosar gradualmente las filas de los pronunciados. Los coroneles Susviela y Agüero se les reúnen, y más tarde el coronel Dupuy y algunos otros hombres armados. Las Legiones no tardan en plegarse al movimiento. El batallón 5.º sigue sus huellas. Mientras tanto, el general de Armas en la línea, toma sus medidas, para contrarrestar el movimiento.

El coronel Aguirre había tomado el mando del batallón. Este jefe, con los coroneles Magariños, Velazco, y la señora esposa del general Rivera, dijose entonces que habían sido los principales instigadores del movimiento.

Los pronunciados acuerdan mandarle una Comisión, pidiendo el libre desembarco del general Rivera. Mandan en ella al Jefe de Policía acompañado de otras personas. El general Pacheco los despide, significando que iba á marchar sobre los insurrectos.

Los pronunciados toman posesiones, forman cantones y se preparan á la lucha.

El conflicto tomaba creses asustadoras. Iba á correr sangre entre los defensores de la ciudad heroica. El Almirante francés quiere evitarlo. Sale á ver al general Pacheco. Habla con él en la plaza de Cagancha, donde formaba su artillería, y le persuade á desistir de su intento.

Entretanto, fuerzas de los pronunciados habían marchado á tomar la Capitanía del Puerto, con el propósito de facilitar el desembarco de Rivera. Estrechan allí á Estivao

que se defiende resueltamente. El tiroteo es terrible y la lucha encarnizada. En medio de ella, va el joven oficial de Guardias Nacionales don José Batlle, á transmitir órdenes á Estivao para que cese en la tremenda resistencia, cuando al cumplir su comisión fué muerto desgraciadísimo por una bala.

Estivao persiste en la tenáz resistencia. Los atacantes al grito de ¡Viva Rivera! ¡Muera Pacheco! (1) asaltan, haciéndose la pelea más encarnizada. Muere el infortunado Estivao y otros de sus compañeros, que caen muertos ó heridos. El resto baja las armas. De una y otra parte hay víctimas lamentables. Los atacantes triunfan y ponen sus guardias en el muelle.

Como á las once de la mañana de aquel día aciago, el movimiento estaba consumado.

.

En la tarde del 2 embarcóse Pacheco por la barraca del Mar, haciendo renuncia del cargo de general de Armas. Sucesivamente elevaron la suya los Ministros de Relaciones y Guerra, quedando la tranquilidad restablecida.

Tales fueron las deplorables consecuencias de aquella tempestad política, que conmovió los cimientos en que se apoyaba la defensa, y en que los estravíos de todos, las aspiraciones é intereses encontrados, que desde tiempo atrás alimentaban las divisiones, tuvieron su parte. Errores

(1) « El año 1848 Rivera había recobrado el poder en Montevideo por medio de una revolución hecha al grito de • ¡ Viva el general Rivera ! ¡ Mueran los porteños ! ¡ Muera Pacheco ! Y triunfando por medio de la violencia y de crímenes, que se iniciaron con la muerte del mayor Vedia y del coronel Estivao, llenaron la ciudad de cadáveres y hubiera sido exterminada la Legión Argentina si no hubiera sido por el Regimiento 75 inglés que protegió su paso á la aduana y su embarque. Esa revolución puso en libertad al general Enrique Martínez, á Pérez, Barreiro y otros riveristas á quienes habían encarcelado los conservadores, así como libertaron también á Bustamante, secretario de Rivera, á quienes los mismos habían destinado á soldado raso ».

N. DEL A.

de la época, reconocidos más tarde, como se verá en el curso de los acontecimientos políticos, en que Rivera y Pacheco, principales actores en esa escena sombría, volverán reconciliados á estrecharse las manos.

Dejaremos ahora á los documentos de esa época, la demostración de lo relacionado.

MINISTERIO DE GOBIERNO

Sin perjuicio de la manifestación instruída que hará el Gobierno oportunamente, y en la forma que corresponda, de los antecedentes y motivos de la siguiente resolución, ha acordado su publicación inmediata.

CONSEJO DE ESTADO

El Consejo de Estado en sesión de ayer aprobó la resolución siguiente :

Tomadas en consideración por el Consejo las explicaciones que le han hecho los Ministros del Poder Ejecutivo, sobre las razones de conveniencia nacional, interior y exterior, que tuvo en consideración el 10 de Agosto de 1845 para acordar que la persona del general don Fructuoso Rivera no regrese al territorio de la República, sin orden expresa del gobierno.

Visto el acuerdo y nota del 1.º de Enero de 1846, en que nombrando al dicho general Ministro de la República en la del Paraguay, se le designó para su tránsito el territorio del Brasil, previniéndole que sino podía obtener el permiso necesario para que lo verificase, se le diera cuenta al gobierno, para que este resolviera lo que fuera de hacerse, no debiendo entretanto presentarse el general Rivera en las aguas de este puerto, como así expresamente se le ordenaba en las comunicaciones que se tienen á la vista.

Visto el acuerdo de 2 de Febrero proximo pasado, en que el gobierno ha resuelto adoptar todos los medios que estuviesen á su alcance para impedir el desembarco del general Rivera en la Capital, en el caso inesperado de que se presentase en ella, en contravención á las terminantes órdenes que le fueron comunicadas.

Visto la nota del mismo día dirigida á los Excmos. Ministros Interventores, comunicándoles el anterior acuerdo del gobierno, y pidiéndoles su cooperación para hacer efectiva aquella determinación,

colocando al dicho general en alguno de los buques de guerra de sus respectivas naciones.

Oidas las explicaciones del Presidente de la República y de los Ministros de Gobierno y Relaciones Exteriores en la consulta que dirigió al Consejo, sobre los medios que deban adoptarse para conciliar aquella resolución con las consideraciones que el Poder Ejecutivo desea guardar con el general Rivera, y la memoria que hace de sus antiguos servicios que ha prestado á la nación, ha acordado:

1.º Que al comunicarse al señor general Rivera la resolución de apartarlo del país, durante solo las actuales circunstancias, se le manifieste que el gobierno hace en este acto un sacrificio á las conveniencias de la República.

2.º Que esta separación cesará por el hecho de hacerse la instalación del gobierno Constitucional que ha de regirnos al establecimiento de la paz.

3.º Que se asigne al general Rivera, y se le garanta el pago de una pensión bastante, para que pueda vivir en el extranjero con decoro y comodidad.

4.º Que si el general Rivera al transmitírsele esta resolución, en el momento de su llegada, se muestra, como es de esperarse, sumiso á las órdenes del gobierno, y resignado al sacrificio temporario que le exige el bien de su país, el gobierno vea de habilitarle en el extranjero, con una representación pública de primera clase.

5.º Que se adopten todas las medidas necesarias para que se llenen los altos objetos que se tienen en vista al dictar esta resolución.

6.º Que se inserte este acuerdo en la nota que se pase á la Capitanía del Puerto, para que lo haga saber al dicho general al dar cumplimiento á lo dispuesto en el artículo 1.º.

Lo que se comunica al Poder Ejecutivo para su conocimiento.
Dios guarde á V. E. muchos años.

Montevideo, Marzo 17 de 1846.

ALEJANDRO CHUCARRO, Presidente
Juan Atanasio Lavandera, Secretario.

Al Poder Ejecutivo de la República.

DECRETO DEL PODER EJECUTIVO

Montevideo, Marzo 17 de 1846.

De acuerdo en todo el Poder Ejecutivo con la medida propuesta

por el Consejo de Estado en la presente resolución, cúmplase, comuníquese, acúsesse recibo é insértese en el Registro Nacional.

SUÁREZ — JOSÉ DE BEJAR — SANTIAGO VÁZQUEZ
— FRANCISCO J MUÑOZ.

EL PODER EJECUTIVO DE LA REPÚBLICA

Montevideo, Marzo 21 de 1846.

Para que no sorprenda la ejecución de las disposiciones de la legislación común vigente, contra los que se reúnen en tumulto y asonadas; — y teniendo en este carácter los pequeños grupos que en la noche anterior han cruzado algunas calles de la ciudad, el Gobierno ha acordado y decreta:

Artículo 1.º Todo grupo que esceda de seis hombres reunidos después de la seis de la tarde, será considerado tumultuoso.

Art. 2.º Todo grupo de cualquier número que sea, que profiera victores ó mueras en la calle, será considerado tumultuoso.

Art. 3.º Toda reunión tumultuosa si requerida tres veces en la forma de la Ley para que se disuelva, no lo verificase en el acto, será disuelta por la fuerza, y los individuos que se aprendan en ella, serán juzgados y castigados como tomados en asonadas.

Art. 4.º Además de la vigilancia y de los deberes que caben al Jefe Político, el Gobierno encarga especialmente la conservación del orden público y el cumplimiento de las anteriores disposiciones al General Jefe de las Armas.

Art. 5.º Comuníquese y publíquese por Edictos.

SUÁREZ — JOSÉ DE BEJAR.

(Copia).

Rada de Montevideo, Marzo 23 de 1846.

El infrascripto brigadier general de la República tiene el honor de dirigirse á S. E. el señor don Francisco Joaquín Muñoz, Ministro de Guerra y Marina, en la misma República, para pedirle, se sirva poner en conocimiento del Superior Gobierno que, ayer ha visto con estrañeza (habla con el respeto debido) el Acuerdo del 17 del corriente, por el que se le prohíbe bajar al suelo de la Patria, á la tierra de su nacimiento, á cuya libertad é instituciones ha consagrado toda su vida pública, su larga y penosa carrera, sin que en ese mismo

Acuerdo conste haber llenado las formas protectoras que la Constitución acuerda, ni procesado, ni sentenciado; y sin que se alegue razón alguna plausible, para imponer á un ciudadano de la República la obligación de estrañarlo de su suelo, y sufrir la privación, la pena más amarga y dura que puede imponerse á un criminal procesado y convicto completamente.

La alta misión que el Acuerdo indica y todos los rasgos con que se pretende colorir un ataque tan violento á los derechos y garantías del infrascripto, ni la honrosa misión que se hace de sus antecedentes y servicios anteriores, ni las circunstancias todas que han rodeado á este desagradable negocio, le permiten adoptar aquella misión, ni dejar de reclamar, como lo hace ante el Gobierno, ante los SS. MM. Interventores, y ante la opinión pública del Estado Oriental, cuyo augusto fallo invoca y espera con tranquila conciencia.

La República, señor Ministro, tiene derecho incontestable á reclamar de sus hijos toda clase de sacrificios: el infrascripto ha sido el primero que, en situaciones solemnes, ha dado ejemplos clásicos y notables de obediencia y sumisión á los mandatos de la ley, á los supremos intereses de la República, su abnegación completa ha mostrado, más de una vez, el profundo respeto que profesa á los principios, á la Constitución, á las leyes, á las garantías públicas. Inútil sería citar sus diversos actos públicos como Presidente Constitucional en dos períodos distintos, y como general en jefe de los ejércitos de la República, porque en manos del pueblo están los documentos oficiales que lo justifican.

Pero exigirle al infrascripto el sacrificio de su honor, de sus antecedentes, de sus servicios, y lo que es más, el de sus principios políticos, no, mil veces no, señor Ministro... ni el gobierno puede demandarlo, ni al infrascripto le es dado concederlo, sin mengua y sin manchar su carrera pública, sin traicionar su propia conciencia, sin ofender á la República contribuyendo con criminal resignación á la consumación de la medida más abiertamente infractora de la Constitución, de las leyes, de las garantías sociales, por cuyo imperio ha combatido toda su vida.

Sea en buena hora que la cabeza del infrascripto ruede en un patíbulo, si fuese criminal, ó que la ignominia y el desprecio le acompañen en la vida privada; pero al menos se salvarán los principios y la justicia y la sociedad ganará en ello.

No le es dado al infrascripto traicionar sus deberes, provocar la indignación de sus compatriotas y del mundo entero, sometiéndose en

silencio, á la situación desastrosa y violenta en que lo coloca el acuerdo del gobierno de 17 del corriente : debe pedir, y pide justicia, respecto á las formas constitucionales, á las leyes, á las garantías individuales, y la libertad que le es debida, para retirarse á la vida privada, bajo el amparo de sus derechos, en el punto que le convenga como simple ciudadano, como antiguo servidor de la República.

El gobierno no puede negar este acto de rigurosa justicia, porque así se lo imponen las leyes, la Constitución y el respeto á las garantías individuales, que la Asamblea General ha declarado en todo su vigor y fuerza; el decreto del gobierno de 14 de Febrero último, cuyos luminosos principios consignan el respeto más completo á la Constitución, á las garantías del ciudadano, y todos los actos públicos y oficiales del Ejecutivo, que han declarado recientemente en pleno y completo ejercicio, y sobre cuyas anchas bases, reposan todos los ciudadanos de la República.

Todas esas solemnes y honrosas resoluciones que forman el complejo de los principios fundamentales, que la República quiere se guarden y observen religiosamente conforme á sus instituciones, y al gobierno que ha adoptado, ha sido el estandarte sagrado que tan heroicamente ha triunfado en la Capital; ha despertado más allá de los mares, las simpatías del mundo civilizado, y ha traído á nuestras playas la inmortal intervención que viene á radicarlas, á asegurar su independencia y libertad.

El gobierno lo ha comprendido así, cuando en su decreto de 14 de Febrero, ha consignado estas formales palabras: « El Poder Ejecutivo poseído de religioso temor al encontrarse en la nueva posición que por este hecho asume, y que sin duda le estaba reservado en los incontestables designios de la Providencia, siente primero que todos la necesidad de reproducir solemnemente ante la República, y la humanidad entera, el juramento que ha hecho, de proteger la religión del Estado, conservar la integridad y la independencia de la República, *observar y hacer observar fielmente la Constitución* ».

« La Constitución que no perece jamás: todos los principios que ella consagra, son el código y la creencia política firme é inalterable del Poder Ejecutivo: su única ambición la de verlos cumplidos, *imperando sobre todas las individualidades*, sobre todos los intereses, en esta tierra digna de la independencia, de la libertad y de la gloria que sabe conquistarse ».

Principios que han servido de base á todos los actos posteriores

que quedan citados, y que desde luego su fiel observancia contestase á la desenfrenada licencia de los enemigos de la República.

Estas mismas declaraciones y principios proclamados tan altamente por el Gobierno y acogidas con respeto de la República, vienen en apoyo de los derechos del infrascripto, de sus garantías fundadas en el artículo 143 (Constitución de la República). « La seguridad individual no podrá suspenderse sino con anuencia de la A. G, ó de la Comisión Permanente estando aquella en receso y en los casos extraordinarios de conspiración contra la Patria, y entonces solo será para la aprehensión de los delincuentes ».

« Art. 136 — Ninguno puede ser penado, ni confinado sin forma de proceso y sentencia legal ».

Si esos artículos constitucionales, y aquellas declaraciones oficiales no son una vana quimera : si el Gobierno (como es justo esperar) profesa el respeto y observancia que ellas demandan, y su aplicación tranquila é imparcial es el norte de sus procederes, el infrascripto apela á su justicia, invoca su rectitud, pide juzgamiento de tribunal competente, pide un consejo de guerra de oficiales generales : ante él responderá de su conducta oficial, como general en jefe de los ejércitos de la República, y contestará á todos los cargos que el Gobierno tenga que hacerle antes y después de esa época.

A este fin se colocará bajo la autoridad del Gobierno, bajo la fé de su justicia, bajo la salvaguardia de su rectitud : su obediencia y sumisión más completa á la Ley, á las instituciones, á las formas. Tranquilo espera su fallo ; y este grande acto de sometimiento, de justicia, mostrará la aplicación práctica de esos mismo principios, por los que se ha combatido y que hoy forman el timbre más glorioso del Pueblo Oriental.

Cuando el infrascripto, apela á la justicia, á la rectitud del Gobierno, reposa en la confianza, de que lo hace para ante los altos magistrados con quienes ha compartido sus tareas administrativas en los dos períodos de su administración, — con quienes ha dirigido los destinos de la República, y dividido su responsabilidad solidariamente. — Conoce sus principios ; hace justicia á su ilustración, y su rectitud no le puede ser dudosa.

Forzoso es decir al infrascripto, que la naturaleza grave de este asunto, le ha colocado en el caso de ocurrir, como lo hace, á los Exmos. SS. Ministros Plenipotenciarios interventores, poniendo en su alto conocimiento copia de esta nota, por cuanto aparecen cono-

ciendo en el Acuerdo del Gobierno del 17 del corriente, como lo hará ante la República.

El infrascripto ruega á S. E. el señor Ministro de la Guerra y Marina, se sirva elevar esta nota al conocimiento del gobierno para la resolución que corresponda, teniendo el honor de saludarle con la más perfecta consideración y respeto.

Fructuoso Rivera.

Al Excmo. señor don Francisco Joaquín Muñoz, Ministro de Estado en los Departamentos de Guerra y Marina.

Rada de Montevideo, Marzo 23 de 1846.

El infrascripto, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República del Uruguay, cerca de la del Paraguay, tiene el honor de dirigirse á S. E. el señor don Carlos Creus, Cónsul General y Encargado de Negocios de S. M. C., acompañándole copia de la nota que dirigió al gobierno de la República, para que S. E. se penetre de los sentimientos y rectitud de intenciones que le animan para terminar las desagradables diferencias que se han suscitado después de la llegada del infrascripto á este puerto.

El señor Encargado de Negocios, verá del modo más positivo consignados los principios que forman la conciencia del que firma, y se penetrará de que prestando una firme adhesión á las instituciones de la República, no hace más que invocar el fallo de las leyes sobre las aras de la justicia.

Al infrascripto le es muy doloroso perturbar los buenos oficios de S. E. el señor Encargado de Negocios de S. M. C., y al hacerlo, protesta que de ningún modo propenderá á que pueda ser un motivo que en lo sucesivo pueda alterar las buenas relaciones que felizmente subsisten entre el gobierno oriental y el de S. M. C.

Igualmente ha creído de su deber, después que los Ecxmos. señores Ministros de la Francia y de la Inglaterra han rehusado prestarse á una conferencia con el infrascripto, remitirles iguales copias, para que abunden en los principios sanos que animan al que firma, y al mismo tiempo para no dejar nada por hacer, en beneficio de una saludable reconciliación.

A V. E. que se ha mostrado desde un principio tan interesado en que las cosas tengan un feliz expediente, le recomienda encarecidamente el infrascripto firmado, se digne remitir á su título las que acompaña.

Aprovecho esta oportunidad para saludar á S. E. el señor Encargado de Negocios con las más distinguidas consideraciones de aprecio.

Firmado.

Fructuoso Rivera.

Excmo. señor don Carlos Creus, Cónsul General y Encargado de Negocios de S. M. C.

(Copia).

Rada de Montevideo, Marzo 23 de 1846.

El infrascripto brigadier general de la República, tiene el honor de dirigirse á S. E. el caballero W. Gore Ouseley, Ministro Plenipotenciario de S. M. la Reina de Inglaterra, acompañándole copia de la nota que en esta fecha ha pasado al Excmo. Gobierno de la República, reclamándole del acuerdo expedido por este en 17 del corriente, por los fundamentos y causas que en ella se expresan. El infrascripto espera que tomando S. E. en consideración aquella nota, se dignará prestarle su alta aquiescencia á los sagrados objetos á que ella se contrae, y ejercer su poderoso influjo en favor de los principios que se invocan y del respeto á la constitucionalidad de la República; objeto grandioso á que se dirijen los multiplicados sacrificios de sus hijos, y de los muy preexelsos Soberanos que intervienen hoy en la presente lucha.

El infrascripto nada quiere, nada aspira que no sea el sostenimiento de esos principios radicados en la República, bajo la poderosa influencia de las altas potencias interventoras, á las cuales se somete sinceramente y á las que unirá siempre sus votos y sus esfuerzos de la manera más eficaz.

Al infrascripto le es sumamente honrosa la satisfacción de saludar á S. E. el caballero W. Gore Ouseley, Ministro Plenipotenciario de S. M. la Reina de Inglaterra con la más perfecta consideración y respeto.

Firmado.

Fructuoso Rivera.

A S. E. el Excmo. señor W. Gore Ouseley Ministro Plenipotenciario de S. M. la Reina de Inglaterra.

NOTA — Otra de igual tenor á esta, fué dirigida al señor Barón Deffaudis, Ministro Plenipotenciario de Francia.

.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Montevideo, 24 de Marzo de 1846.

El infrascripto Ministro de Relaciones Exteriores tiene orden de su Gobierno para manifestar al señor Cónsul General y Encargado de Negocios nombrado de S. M. C., que el general don Fructuoso Rivera vino á este puerto del de Janeiro en terminante contravención de las órdenes que se le habían comunicado, en el bergantín goleta español *Fomento*, y que hoy á su solicitud se encuentra asilado en la fragata de guerra española *Perla*.

La conducta hasta aquí incierta del referido general Rivera respecto de la autoridad, hace revelar el caso de desobediencia abierta : entonces son de presumir otras consecuencias de grave altura, que reclamarían del Gobierno todas las medidas á su alcance para alejar de estas aguas y de las costas de la República la persona del general : y como antes de adoptar esas providencias le conviene sobre manera saber los medios con que pueda contar para hacerlas efectivas, considera oportuno recabar del señor Encargado de Negocios una explicación acomodada al buen estado de relaciones entre ambas Potencias, sin mengua de las inmunidades que ofrece el pabellón español.

Colocado el general en la clase de conspirador (si su desgraciada obstinación lo llevase á ese estado) el Gobierno se creería con derecho á exigir su alejamiento razonable ; y desea por lo mismo saber si el señor Encargado de Negocios se hallaría dispuesto á hacer uso de los medios que posee para volverlo al Janeiro, ó llevarlo donde quisiese ir, con tal que fuese fuera de Cabos.

El Gobierno se promete del señor Encargado de Negocios una respuesta correspondiente á la benevolencia de que le considera animado hácia esta República, y el infrascripto al comunicarlo reproduce la seguridad de su alta consideración y distinguido aprecio.

SANTIAGO VÁZQUEZ.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Montevideo, Marzo 28 de 1846.

Habiendo cesado los motivos que decidieron al Poder Ejecutivo á investir al brigadier general don Fructuoso Rivera con un carácter diplomático, ha acordado y decreta :

Art. 1.º Queda sin efecto el acuerdo de 1.º de Enero próximo pasado, que nombra al expresado general, Ministro de la República cerca del Presidente de la del Paraguay.

Art. 2.º Comuníquese, publíquese y dése al Registro Nacional.

**SUAREZ,
SANTIAGO VÁZQUEZ.**

Y el artículo 1.º del acuerdo de Marzo 29 del año 1846 decía :
« El general don Fructuoso Rivera se alejará de las playas de la República embarcándose inmediatamente en el buque que se designe, eligiendo el destino, con la sola condición de que debe ser á país extranjero, fuera de Cabos ».

Firmado :

*Joaquín Suárez—Santiago Vázquez—
José de Bejar — Francisco J. Ma-
gariños.*

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Montevideo, 29 de Marzo de 1846.

El infrascripto Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores, tiene orden de su Gobierno para manifestar al señor Ministro de S. M. C. que ha llegado el caso previsto en la nota que se le dirigió con fecha 24 del presente. El Gobierno de la República debe reclamar como lo hace, de la manera más positiva, y como una medida urgente, el alejamiento de estas aguas del general don Fructuoso Rivera, cuya presencia en ellas amaga la tranquilidad pública y distrae de su ejercicio los elementos de la guerra.

No puede desconocer la nobleza y dignidad de los comentarios expresados por el señor Ministro de S. M. C. en su nota del 24 del presente, en la cual á la vez reconoce el derecho que en estos momentos ejerce el Gobierno de la República : el infrascripto sin embargo, se permitirá observar que el caso presente, es por su naturaleza excep-

cional, y que el general Rivera no puede considerarse hoy como un asilado político en la acepción común de la frase. No hay asilo, ni motivo para pretenderle cuando no hay persecución; no la ha habido por parte del Gobierno contra el dicho general: los Acuerdos de 17 y 21 y los Decretos de 28 y 29, todos del presente mes, que el infrascripto tiene el honor de acompañar al señor Ministro á quien se dirige, muestran á la evidencia que no es el espíritu de persecución ó castigo el que ha presidido á las medidas de la autoridad, sino las exigencias imprescindibles de la guerra y la conveniencia pública.

Bajo estos antecedentes y atendida la conducta observada desde la *Perla* por el general Rivera, créese el Gobierno que solo la contradicción violenta es la que no debe, ni tampoco quiere pretender: este homenaje á la dignidad del pabellón español, satisface los respetos que se le deben, y las exigencias de la civilización: pero asistiendo el hecho notable de que desde la fragata de guerra española *Perla*, el general Rivera ha observado un silencio ominoso y elocuente respecto de movimientos tumultuarios ejecutados bajo la invocación de su nombre, y ha desobedecido las órdenes del Gobierno, cuya autoridad no desconoce, parece evidente que el pabellón español á cuya sombra ha cometido aquel delito, ha contraído á la vez el compromiso de conservarlo fuera del alcance de la autoridad á quien ofende, y el de no conservarlo en estas aguas; obligación es esta que no puede desconocer el señor Ministro desde que en su situación presente el referido general se hace cada momento más delincuente poniendo en azar la República, prevaleciéndose de su situación excepcional.

El texto de ley y resoluciones que se acompañan muestran la situación violenta de esta capital, donde se han repetido asomos de asonadas peligrosas invocando el nombre del general y siendo provocadas por mentiras de los que se apellidan públicamente sus agentes: él por su parte no ha dado paso alguno ni para desconocerlos, ni para calmarlos: se obstina pues en su desobediencia, se mostrará por el hecho autor ó promovedor de esos tumultos, y considerándose en tal calidad el señor Ministro de S. M. C. cuyas relaciones de amistad con esta República acaban de consagrarse por un tratado solemne, no puede permitir que un conspirador cuya presencia amaga la tranquilidad pública, se conserve en este puerto en la fragata *Perla*.

Ya el señor Ministro á quien el infrascripto se dirige, ha reconocido estos principios en su nota de 24 citada; pero previendo el

inesperado é intraducible caso de que el general no quiera elegir destino para alejarse, parece que presume la obligación de otorgarle el paso á otro asilo : es por eso que el Gobierno ha pasado los antecedentes que comprende esta cuestion para descender á su estado práctico, y evitar las funestas consecuencias que pudiese producir la equivocación de un principio mal aplicado.

Es evidente, por lo espuesto, que su situación no permite al general Rivera buscar asilo fuera del país, ni debe reconocérsele otro derecho, porque no es asilo lo que buscaría el general ; si lo necesitase ya lo tiene, y tan seguro é inviolable como el primero. Lo que pretendía transbordándose á otra bandera en estas aguas, sería territorio para conspirar contra el orden público, manteniendo en agitación á esta población que inquieta con su presencia ; este hecho es innegable, por consecuencia no podría ni conducírsele á otro asilo, ni dársele, sin favorecer del modo más abierto una intervención evidentemente hostil y contraria á las buenas relaciones que mantiene la República con las Potencias amigas que tienen sus pabellones en esta rada.

La negativa, por tanto, del general. á elejir destino libremente, que no podía interpretarse sino una superchería, daría el derecho al señor Ministro de S. M. C. á enviarle con su conocimiento al punto adonde con otros motivos se dirijiese un buque de guerra español.

Tiene el Gobierno entendido que en estos días debe dar la vela el bergantin de guerra español *Heroe* con destino á los puertos de España : se presenta pues una oportunidad incuestionable y feliz para que en él siga viage el general Rivera, sea que elija su residencia, sea que en caso forzoso le conduzca á España sin su elección : el Gobierno que le otorga una pensión bastante para auxiliar su subsistencia decente y cómoda, se cree con derecho á reclamar que en todos casos sea transbordado y conducido en dicho bergantin, dispuesto por su parte á las erogaciones que pueden ser necesarias.

El infrascripto espera que el señor Ministro de S. M. C. penetrado de la urgencia y de los fundamentos contenidos en esta nota, se pondrá de acuerdo en la medida propuesta, sirviéndose darle aviso con la posible prontitud.

El infrascrito reitera al señor Ministro la seguridades de su más alta consideración y distinguido aprecio.

SANTIAGO VÁZQUEZ.

Producida la revolución en la forma indicada más atrás y triunfante la misma, el gobierno no tuvo otra salida, para poder quedar en su

puesto, que permitir el desembarque del general Rivera, el que se efectuó en la forma que va á verse.

Los Ministros de Relaciones Exteriores, Guerra y Marina (debido al triunfo de Rivera), habían hecho dimisión de sus respectivos cargos, siéndoles admitida el 5 de Abril, agradeciendo sus distinguidos servicios. El de Gobierno don José de Bejar, quedó en su puesto. El general Pacheco, á quien sustituyó el general Correa en el Comando de las Armas, y que se había embarcado el 2, permanecía abordo de la *L'Africane*, donde se conservó algo enfermo bastante tiempo.

Se organizó el nuevo Ministerio, entrando á constuirlo el coronel don José Antonio Costa, antiguo Gefe de Estado Mayor del Ejército de Operaciones, de Ministro de Guerra, y don Francisco Magariños de Relaciones Exteriores interinamente, con retención de su cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del Emperador del Brasil — Hombres moderados, fué bien recibldo su nombramiento; acreditando los hechos el concepto formado sobre sus principios de orden y templanza.

Se efectuaron algunos cambios en el comando de los cuerpos. El comandante Espinosa se destinó al del Regimiento de dragones; el coronel Juan Mendoza al del Batallon de Extramuros, y habiendo sido este agregado días despues al 1.º de Guardias Nacionales, se nombró el teniente coronel don Gregorio Conde para comandarlo. El coronel Velazco fué destinado al mando del 3.º de línea, el coronel Lavandera al 4.º y el coronel Guerra al 5.º

Por Decreto del 6, quedó habilitado el general Rivera para bajar á tierra. Desembarcó en la noche de ese día, y al siguiente fué á presentar sus respetos al Gobierno, espresándole este en ese acto « que era consuelo su presencia y una prenda de confianza para el « Gobierno ». (1)

He aquí los términos del Decreto :

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Montevideo, Abril 6 de 1846.

El Presidente de la República :

Considerando que han desaparecido las circunstancias que dictaron la resolución propuesta por el Consejo de Estado y adoptada por

(1) Después de haberlo querido desterrar.

el Gobierno desde el 17 de Marzo último, por las cuales se ordenó que el brigadier general don Fructuoso Rivera fuese apartado temporalmente del país, y que su presencia hoy en la Capital es exigida por la conveniencia pública y por consiguiente conforme con los intereses de la Nación, acuerda y decreta :

Artículo 1.º — Quedan sin efecto ni valor alguno las resoluciones propuestas por el Consejo de Estado y aprobadas por el Gobierno desde 17 de Marzo último, relativas á la persona del señor brigadier general don Fructuoso Rivera.

Art. 2.º — En consecuencia está desde ahora habilitado para bajar á tierra y en posesión de todos sus derechos y prerogativas.

Art. 3.º — Comuníquese á quienes corresponda, publíquese y dése al R. N.

SUAREZ.

JOSÉ DE BEJAR.

El 5 empezó el embarque de la Legión Argentina para Corrientes, á solicitud de la Comisión Argentina de la que hacian parte los doctores Agüero y Varela.

Su gefe el coronel Gelly, al separarse con la Legión de la defensa de Montevideo, á que había prestado desde el principio servicios de sangre, para ir á engrosar las filas del ejército del general Paz en Corrientes, que combatía contra el común enemigo, dirigió al Gobierno una comunicación sentida y respetuosa devolviendo la bandera nacional, siéndole contestada en términos honoríficos por este, como se verá por su lectura.

Excmo. Señor:

En los momentos de dejar el suelo oriental para ir á reunirme al Ejército Aliado Pacificador en Corrientes, la Legión Argentina, que tengo el honor de mandar, me encarga de poner en manos de V. E. la bandera oriental, que el gobierno de la República le confió el 15 de Febrero de 1843, para contribuir á la defensa de la Capital, en unión con los demás cuerpos de su heroica guarnición.

La Legión cree, Excmo. señor, que devuelve esta prenda de confianza, con que se le honró, pura de toda mancha de cobardía, de indisciplina ó deslealtad. Ese convencimiento es el consuelo que lleva al separarse de los compañeros de armas, con quienes ha dividido tres años de privaciones, de fatigas y peligros. En el nuevo campo donde va á continuar sus servicios, combatirá siempre por la causa que ha combatido aquí; hará siempre votos por el triunfo que Montevideo

merece conseguir ; y saludará con entusiasmo las glorias de su guarnición.

Si V. E. se digna, como única recompensa á los servicios de la Legión, aceptar la gratitud de esta por la confianza que en ella puso, y transmitir á todos sus compañeros de armas estos sentimientos con que ella se despide, V. E. tendrá el reconocimiento de este Cuerpo.

Tengo el honor de saludar á V. E. con el mayor respeto.

Montevideo, Abril 6 de 1846.

Juan A. Gelly y Obes.

La documentación que se acaba de insertar, necesaria para que el lector pueda darse cuenta acabada de los hechos, produjo en el campo sitiador la impresión de que el general Rivera era nuevamente el dueño de la situación. Pues la victoria que acababa de obtener, apesar del auxilio pedido al extranjero, era harto significativa en el sentido indicado.

La salida de la legión argentina de la plaza, implicaba que el triunfo del citado general Rivera era completo, sin límites, puesto que, el enemigo encarnizado de los caudillos orientales dentro de la ciudad asediada, había tenido que abandonar el campo.

El horizonte político, dado el giro que habían tomado los acontecimientos, se volvió algo oscuro para unos, despejado para otros, pero siempre con un grado grande de desorientación para todos, en virtud de las enemistades profundas que habían quedado en las facciones enemigas en lucha.

Se hablaba de las represalias que se llevarían á efecto por parte de los vencidos, como así aconteció ; de las ventajas que reportaría á los sitiadores semejantes venganzas ; ó de los peligros que podían estrañar los mismos, dadas las miras del extranjero, que siempre estaba en asecho para aprovechar la primera oportunidad á fin de

satisfacer sus ansias de dominio. En fin: polulaban en el campo sitiador, ideas de toda magnitud, de coloridos diversos, que tendían á hacer más movido aquel ambiente político.

Ambos campos estaban pendientes de los sucesos que acontecían en su esfera: de ahí, la intensa repercusión en uno de lo que pasaba en el otro.

Nombrado el general Rivera jefe del ejército en campaña, los acontecimientos guerreros lo llevaron á encerrarse en el pueblo de Maldonado.

El tiempo había transcurrido, pero los sucesos no se habían olvidado.

Los hombres dirigentes del unitarismo porteño, de poderosa influencia en la política de la ciudad sitiada, siguieron con otros dirigentes uruguayos minando el prestigio del general Rivera, buscando solo una oportunidad para hacerlo desaparecer del esenario político de las Repúblicas del Plata.

Rivera que tampoco las tenía todas consigo, trató de entenderse con el general Oribe á fin de hacer la paz con él; concluyendo por este medio con toda la gente de Montevideo. Y por cierto que procedía con habilidad: puesto que, una vez de acuerdo con Oribe, no habría nada que resistiera el impulso de ambos.

Decidido, pues, el general Rivera á maniobrar en el sentido indicado, se entendió con el coronel don Juan Barrios, jefe de la división de Maldonado; habiendo obtenido primero, este jefe, el permiso correspondiente del general Oribe, para proseguir en las tratativas de paz que se le proponían.

Desde el primer momento comprendieron los hombres dirigentes del Cerrito, la importancia transcendental que tenía para sus finalidades el paso dado por el general

Rivera y de ahí que, con todas las precauciones del caso, como se verá por la correspondencia que va á continuación, autorizaron placenteros la aceptación de las negociaciones propuestas, sin dejar de continuar las operaciones guerreras por temor á una celada.

El comandante Carrión y el cónsul Aguilar, fueron los principales agentes del general Rivera, que se entendieron con los coroneles don Juan Barrios y don José María Flores, argentino éste último y jefe del regimiento número 6 de caballería.

Los documentos inéditos que insertamos más abajo, todos ellos originales en nuestro archivo debido á la galantería del señor don Pío J. Barrios, explicarán al lector, los detalles de aquel asunto.

¡Vivan los defensores de las Leyes!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Cuartel General, Marzo 21 de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido Coronel y amigo:

Ahora que será la una del día, acabo de recibir la apreciable de Vd. del 19, de que quedo impuesto; y digo á Vd. en contestación que luego que tenga Vd. la entrevista con Carrión le ofrezca Vd. todo aquello que Vd. crea que debemos cumplir, y sobre el particular no se detenga Vd. en medios, como ellos sean dignos de nosotros y de nuestra causa; y lo ofrecido en este sentido hemos de cumplirlo extrictamente. El asunto merece hacer algo que le alague, porque es importante, y como dije antes no siendo contra el honor, doy por hecho lo que Vd. haga.

.

Sin más me repito su muy affmo. amigo S. S. Q. B. S. M.

MANUEL ORIBE.

Tome todas las precauciones necesarias si va á hablar con Carrión.

Hay una rúbrica.

¡Vivan los defensores de las Leyes!

¡Mueran los salvajes Unitarios!

N.º 2 — Cuartel General, Marzo 29 de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido Coronel y amigo:

.
Pasando al Pardejón solo diré á Vd. que con él, no hay más que hacer que tener vigilancia y evitar un golpe de mano; porque es muy capaz que esté á la espera del menor descuido para aprovecharlo y ver si puede renovar las escenas de la Colonia y Vacas...

De Vd. affmo. amigo.

MANUEL ORIBE.

¡Vivan los defensores de las Leyes!

¡Mueran los salvajes Unitarios!

N.º 51 — Cuartel General, Abril 27 de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido Coronel y amigo:

Vuelvo á recomendarle la vigilancia más y más, porque cada vez me parece más evidente la mala fé del salvaje unitario Carrión; y lo que me hace conocerlo más es, que cuando proponen suspensión de hostilidades, mandan

más fuerzas de Montevideo : lo que no está en armonia con sus proposiciones.

De Vd. affmo. amigo.

MANUEL ORIBE.

Vivan los defensores de las Leyes !
¡ Mueran los salvajes Unitarios !

Cuartel General, Abril 27 de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido Coronel y amigo :

.

Después de los detalles que me da Vd. de sus entrevistas con el salvaje unitario Carrión, no opino bien de él, y creo que esté de mala fé, pues la proposición de impedir las hostilidades no puede haber sido propuesta á Vd. sino con conocimiento del Pardejón ; lo que supone estar al corriente de sus relaciones con aquel salvaje.

Así pues, no deje Vd. de la mano el asunto principal con él, tome Vd. cuantas medidas de precaución sean imaginables ; prohíba Vd. que individuo alguno del ejército conversen con ellos, y hostilícelos Vd. si es posible, mucho más que antes.

Ayer á las 6 de la tarde avisé á Vd. que se iba á embarcar en Montevideo con destino á Maldonado el 3, que tendrá 160 plazas. Talvez quieren llevarle á Vd. un ataque ; tenga Vd. una vigilancia aún más constante que la de costumbre.

.

Queda de Vd. affmo. amigo.

MANUEL ORIBE, (1).

(1) Como se verá en la documentación que irá más adelante respecto al destierro del general Rivera, el comandante Carrión figura como un hombre leal al gobierno. Ahora, al decirle Oribe á Barrios que parece que Carrión está

¡ Vivan los defensores de las Leyes !
¡ Mueren los salvajes Unitarios !

N.º 86 — Cuartel General, Junio 1.º de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido Coronel y amigo :

.
Presagio como Vd. que pronto se quedará el malvado Pardejón solo. Mucho debemos prometernos de un estado de cosas tan favorable, y mucho más cuando se que Vd. ha de sacar todo el partido posible de los acontecimientos que sobrevengan.

.

MANUEL ORIBE, (1).

N.º 106 — ¡ Vivan los Defensores de las Leyes !
¡ Mueran los salvajes Unitarios !

Cuartel General, Julio 2 de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido Coronel y amigo :

Esta solo tiene por objeto recomendarle á Vd. la mayor vigilancia y que esté siempre prevenido y haga que estén todas las fuerzas de su mando para ponerse á cubierto de la perfidia de los extranjeros. Digo á Vd. esto, porque

al cabo de las entrevistas que ha tenido dicho general Barrios con Rivera, parece que se le quisiera ocultar á Carrión la parte principal del asunto, la intervención de Rivera : lo que da á entender que el fin de la negociación era uno, aunque se diversificase en los medios.

(1) El general Oribe que no ignoraba lo que pasaba en Montevideo, parece que sospechaba que el general Rivera iba á ser delatado : presagiando acontecimientos serios en Maldonado que quizás contribuirían á tomar la plaza Por eso le decia á Barrios que sacaría partido de aquellos sucesos.

los salvajes unitarios de Montevideo han tenido un medio motin y su resultado ha sido nombrar jefe de todas las fuerzas de defensa de la capital al pirata salvaje unitario Garibaldi. Por decontado que han empezado las destituciones de los hijos del país, á quienes persiguen porque hasta cierto punto abogaban por la paz.

Sin más me repito su affmo. amigo.

.

, MANUEL ORIBE

¡ Viva la Confederación Argentina !

¡ Mueran los salvajes Unitarios !

Señor Coronel don Juan Barrios.

Setiembre 27 de 1847.

Mi amigo :

El cónsul Aguilar me entregó la comunicación que le adjunto y me dijo que decía el Pardejón Rivera, que respecto al Gobernador de Rosas y extranjeros que podían tratar después. Cuando me reuní con Aguilar, me tiraron un cañonazo, y después de haberme retirado se llegó Aguilar á los soldados centinelas y les dijo, que venía un ayudante del Pardejón á darme una satisfacción respecto á lo ocurrido quedando el oficial de la batería preso pero yo no contesté nada y me retiré.

Quedo su amigo y S. S.

JOSÉ MARÍA FLORES.

¡ Vivan los defensores de las Leyes !

¡ Mueran los salvajes Unitarios !

N.º 170 — Cuartel General, Setiembre 28 de 1847.

Señor Coronel don Juan Barrios.

Querido amigo :

.
Por lo que hace á la entrevista con el salvaje unitario Aguilar, debe Vd. limitarla á las 24 horas y que después no debe aproximarse á nuestras fuerzas sino con el convencimiento de que será tratado como enemigo.

.
Sin más me repito su muy affmo. amigo Q. B. S. M

MANUEL ORIBE.

**APUNTES EXPLICATIVOS DE LOS MEDIOS POR LOS CUA-
LES SE PODRÁ ARRIBAR AL TÉRMINO DE LA GUERRA
ACTUAL.**

1.º Se establecerá una buena inteligencia entre los Brigadieres Generales de la República don Manuel Oribe y don Fructuoso Rivera y ambos declaran á la faz del Estado que los observa: que se comprometen por su honor ante las Aras de la Patria, por la que han hecho inmensos sacrificios, que promoverán cuanto fuera necesario al Restablecimiento de la Paz en toda la República bajos sus principios Constitucionales por ser elló la salvaguardia de su Ser y de la conformidad de las Potencias que la reconocieron en un Estado Soberano.

2.º Los referidos Generales declaran colectivamente, ser libre el tránsito en todo el territorio de la República para todos sus Ciudadanos, sin otro distintivo que la cucarda nacional suprimiendo al efecto las de guerra que usan hasta el presente; y que las propiedades que hubiesen sido enagenadas y secuestradas, volverán al poder

de sus legítimos dueños en el mismo estado en que fueren encontradas.

3.º A virtud de no existir en la República ningún poder que no haya terminado de hecho y de derecho, conforme á lo que expresa la Constitución; la Nación misma como Soverana, tiene el derecho por sí para reunirse bajo la mejor forma y nombrar sus jueces naturales á fin de convocar con arreglo á la Ley á todos los Ciudadanos para los comicios y Elección de las Cámaras que deben nombrar al Ciudadano que ha de regir los destinos de la República; sin que para este Acto de Soberanía pueda haber coacción, ni menos influencia que lo coactare ni los coloque fuera de la órbita que les ha marcado la Constitución.

4.º Siendo el objeto primordial dar el paso á una reconciliación de todos los Orientales, ninguna otra cosa podrá indicarse, mientras no se establezca la buena inteligencia entre ambos Generales, teniendo por base la buena fé como única garantía en que han de apoyarse todos los demás Actos subsiguientes á la declaración.

5.º Si para establecer las bases que han de desenvolverse bajo los apuntes indicados el señor general Oribe lo hallase á bien, autorizará á una persona de su confianza con quien se estableciesen conferencias, hasta dejar realizado este pensamiento digno á mi ver del Renombre de los Orientales.

6.º Si se considerase para todo caso, necesario la noble garantía del Representante del Gobierno de su Majestad Católica, se darían los pasos para obtenerla por medio de los remitentes establecidos.

7.º Resuelto como estoy á no omitir ningún sacrificio hasta ver restablecido el reposo en toda la República, garantido en sus formas constitucionales, me resignaré,

si necesario fuese voluntariamente á separarme del territorio de la República por todo el tiempo que se hiciere preciso al establecimiento del Gobierno Constitucional. Al hacer esta indicación, no me impele otro motivo que el no querer acarrear sobre mi la desconfianza de unos, los celos de otros y la equivocación que no sería extraño á todos á que yo pueda aspirar á la próxima presidencia de la República, ni menos sustentar innobles miras contra los sagrados intereses de la Patria.

Los apuntes que preceden son mis principios consignados más ó menos, que autorizo, en caso de ser necesario, se publiquen ante la República y del Mundo entero que nos observa.

FRUCTUOSO RIVERA.

(*Memorandum en el archivo del coronel don Juan Barrios, hoy en nuestro poder*).

Mientras se seguían las negociaciones de paz en Maldonado, los enviados diplomáticos extranjeros, Lord Howden y Conde Waleswky, llegaban á Montevideo y proponían á los combatientes un armisticio por seis meses, que el gobierno de Montevideo no aceptó. Los documentos pueden verse en el capítulo titulado : Armisticio celebrado, etc., etc.

Los jefes orientales estaban todos deseosos de paz, y al ver que ésta se escapaba, dirigieron al gobierno de la defensa las siguientes súplicas :

PETICIÓN AL EXCMO. GOBIERNO

Montevideo, Agosto 4 de 1847.

Los ciudadanos que suscriben, ante V. S. respetuosamente comparecen y exponen : Que en la situación crítica, solemne y decisiva en que la República se encuentra, entiende que, si es justo y santo

recurrir á las armas, para buscar con ella la solución de la encarnizada contienda en que está empeñada, y por cuyo sostén ha sacrificado sin reserva sus fortunas, sus tesoros, su crédito, la sangre de sus hijos, comprometiendo hasta el porvenir de las generaciones venideras, no es menos cierto y palpitante, que la prudencia, el patriotismo y la previsión imponen altos é imprescindibles deberes, reclamando imperiosamente de nuestra parte y de los patriotas que nos presiden, el último y el más noble de los esfuerzos que puede hacer un pueblo, tan valiente como magnánimo, en holocausto á la paz, sin que sufra en lo más mínimo su honra.

La magnitud, Excmo. señor, de los sacrificios que ha de hacer para llevar adelante la guerra á que fuese forzado, exigen grande consideración y miramientos, y antes de poner á nueva prueba su decisión y heroísmo en los combates, conviene á su justificación ante el mundo y la humanidad, que no excuse ni omita ningún paso, para tentar un arreglo pacífico, honroso, razonable y conciliador, con el Poder que le asedia y le combate.

El interés del país, la situación deplorable de todas las clases, y el clamor casi universal de sus moradores, exigen, Excmo. señor, que se dé por nosotros este último paso de conciliación y avenimiento cerca del sitiador, sin que nos arredre, ni el mal éxito que tuvieron las empeñosas tentativas de los interventores, ni aún la misma idea de que las nuestras tengan tal vez el mismo resultado.

Por lo menos, Excmo. señor, probaremos hasta lo infinito, que si hay heroísmo, decisión, perseverancia y energía en el pueblo de Montevideo y en todo el país, para pelear y resistir las agresiones extrañas á las exigencias exorbitantes de la tenacidad, hasta sepultarse entre sus ruinas, primero que suscribir á nada que le deshonne, tiene también toda la fuerza y la santidad del sentimiento del patriotismo y de la virtud, para sentir profundamente la prolongación de las calamidades públicas y convidar antes de llevarlas al extremo, con la paz y la amistad á sus antiguos amigos y conciudadanos, que no pueden mostrarse ensordecidos siempre al clamor de la patria, indóciles á la voz elocuente de la razón, y sobre todo, insencibles á los padecimientos é infortunios de nuestra tierra, regada tantas veces, con la sangre generosa de todos.

Un paso más demos pues, Excmo. señor, por nosotros, cerca de los sitiadores en prosecución de una paz honrosa y de una reconciliación sincera: démoslo, Excmo. señor, antes que las dolencias de

nuestra sociedad se reagraven, y los odios, las venganzas y el furor todo de la guerra, encendida nuevamente, levanten entre unos y otros una barrera de cadáveres y de escombros, donde se ahoguen los gemidos de la humanidad y quede la *Patria* sepultada !...

Si la fortuna, como lo esperamos, corona esta última tentativa que hacemos por la paz y la fraternidad de los orientales, la gloria y la felicidad será para la República entera, y V. E. no ha de ser el último en participar de un gajo de tan hermosos laureles.

Pero si contra nuestras mejores esperanzas, se rechazase esta invitación, con cualquier pretexto, y á nada fuese posible arribarse, capaz de terminar honrosamente para unos y para otros, este drama de sangre y de miseria, entonces, Excmo. señor, el pueblo oriental con toda la conciencia de su justicia y la protección del cielo, se levantará como un gigante y ardiendo en santa ira, contra los causadores de sus desgracias, marchará á buscar como otras veces, en los combates, la paz y la prosperidad que el capricho y la obstinación más injustificable pudieran disputarle, llevándoles castigo y escarmiento tremendo y saludable.

Para ello, en uso del derecho de petición que las leyes nos acuerdan, rogamos á V. E. encarecidamente, sea dignado tomar en consideración nuestra respetuosa solicitud, y nombrar ó consentir que nombremos popularmente una diputación nacional de ciudadanos respetables, que en nombre del pueblo de Montevideo, salga, bajo las formalidades establecidas, al campo de los sitiadores, y abra una negociación de paz con su jefe, sobre las bases que se acuerden y bajo los auspicios y aprobación de V. E.

Es justicia y gracia, que esperan de la acreditada rectitud y benevolencia del Gobierno, etc.

(*Siguen 420 firmas*).

Exmo. Señor :

Los ciudadanos que suscriben, con el más profundo respeto, usando del derecho que le otorgan las leyes de la República, comparecen ante V. E. exponiendo: Que los momentos en que se encuentra la República son los más premiosos y solemnes desde que la invasión puso á prueba el patriotismo y el orgullo nacional, y que fatigada la República, aunque no agotado el entusiasmo, necesita á la vez poner en juego los resortes que deben preparar el término de ese estado de cosas, ya para dar al pueblo oriental la paz que tanto necesita, como

para afianzar su independencia y su libertad. Para conseguir uno ú otro resultado, preciso es que el pueblo oriental se levante en masa y bajo los auspicios del Gobierno promueva directamente los medios de arribar á la paz; y si por desgracia se frustrasen las negociaciones que se entablen, se pongan en acción los elementos de resistencia que encierra Montevideo para asegurar el triunfo por el poder de las armas.

Es en este sentido que, los ciudadanos que suscriben, poseídos del fuego santo de la libertad y de poner un trecho á esta lucha desastrosa y fratricida, se ofrecen al gobierno para que, haciendo un llamamiento general, asuma la capital la posición imponente que le corresponde, y de este modo las mezquindades de la individualidad, se estrellen ante las aras de la patria. Que se nombre una Comisión de ciudadanos patriotas y de confianza, para que acercándose al campo del general sitiador, se le proponga, en nombre de los intereses de la patria, una paz que conciliando el bien general, sobre la dignidad nacional y la independencia de la República V. E. encontrará para llevar á cabo ese pensamiento, á toda la República, — si para la paz, siendo honrosa y meritoria, el asentimiento de todos; si para la guerra, el entusiasmo y la perseverancia hasta afianzarla por el estrépito de las armas, llevando la resistencia hasta los extremos de la desesperación. Probaremos entónces Exmo. señor á nuestros enemigos y al mundo entero, que los hombres que han sabido resistir un asedio de 58 meses, todavía tienen el convencimiento de la justicia de su causa y el heroísmo necesario para sepultarse bajo las ruinas de esta ciudad mártir.

Los ciudadanos que suscriben á V. E. suplican que oyendo el clamor público, se digne preparar ese porvenir halagueño, dando á la República la paz por medios equitativos, justos y admisibles, ó el triunfo por la decisión del pueblo oriental que, unido al gobierno, secundará su marcha para el logro de tan altos fines.

Ciudadanos firmantes de las peticiones dirigidas al gobierno.

JOSÈ A. COSTA, LORENZO DE MEDINA, VENANCIO FLORES, etc. (1)

A tan nobles anhelos de paz, el gobierno contestó en la siguiente forma :

Montevideo, 7 de Agosto de 1847.

El gobierno no puede tomar en consideración esta solicitud, en

(1) Análes de la Defensa de Montevideo, por De María, tomo 4.º

razón de no venir en la forma que corresponde. En mérito de lo cual se devuelve.

Rubrica de S. E.

PEREIRA - CORREA - BARREIRO.

Viendo los jefes orientales, en su mayoría, que todo estaba perdido, tramaron una conspiración.

Entretanto, el gabinete había caído, cediendo el campo á los enemigos de la paz y á la influencia porteña.

El nuevo gabinete quedó constituido así:

Gobierno y Relaciones Exteriores: doctor Manuel Herrera y Obes; Guerra y Marina: coronel Lorenzo Batlle; Hacienda: don Bruno Más y Ayala.

Este gabinete se estrenó con la sublevación del comandante Larraya, jefe del 2.º de cazadores; sublevación que fué dominada á tiempo y que por su mala suerte impidió que se le plegaran los demás comprometidos en la revolución contra la autoridad de la ciudad asediada.

El coronel don Venancio Flores, acérrimo partidario de la paz viendo que ya la influencia de la mayoría de los orientales que habitaban y defendían Montevideo poco pesaba en la política gubernativa, decidió retirarse de la plaza por medio del presente documento:

EL 2.º JEFE DE LAS ARMAS

Montevideo, Agosto 16 de 1847.

Después de 20 años de servicios prestados á mi patria, sin que en tan dilatado período haya desmentido jamás mis principios y constante resolución de sacrificar mi vida y fortuna por su independencia y libertad, me veo forzado por mi honor, altamente ofendido, á hacer ante V. E. la más formal renuncia del puesto de 2.º jefe de las armas, solicitando al mismo tiempo mi baja y absoluta separación del servicio, y pasaporte para fuera del país.

De este modo queda satisfecha la exigencia hecha ante V. E. por el general Garibaldi, salvando al mismo tiempo á la autoridad del embarazo en que a este respecto pueda hallarse.

Ese sacrificio que solo hago en obsequio de mi patria, será apreciado por V. E. y por mis conciudadanos del modo que corresponde.

Dios guarde á V. E. muchos años.

VENANCIO FLORES.

Excmo. señor Ministro de Guerra y Marina, coronel don Lorenzo Batlle.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Agosto 17 de 1847.

Admítase la renuncia que hace de 2.º jefe de las armas, y concédase el pasaporte para fuera del país. Respecto á la baja absoluta del servicio, no se hace lugar.

**SUAREZ,
LORENZO BATLLE**

Desvanecidas las últimas esperanzas de paz con la actitud de los hombres de Montevideo, solo quedaba á los del Cerrito un último refugio en ese sentido: las negociaciones iniciadas con el general Rivera, que por otra parte no tenían mucha fé en ella. Estas vacilaciones, dudas ó desengaños, tornaban melancólico el ambiente del campo sitiador, melancolía que se traducía, después, por un aumento de fastidio en todos, al ver defraudado sus más íntimos anhelos: la paz. Con todo, después de pasada la racha agitadora, el medio aquel moldeado en anormalidades sin términos, dada la duración de la guerra, tendía paulatinamente á rehacerse, á establecer su normalidad peculiar, dentro de la anormalidad misma; y todo seguía entonces por su cause natural, á lo que ya estaban acostumbradas aquellas gentes; advirtiéndoles la existencia de la guerra, las sacudidas que les producían los acontecimientos de la plaza asediada.

Los motines, las revoluciones en el campo enemigo, despertaban un interés enorme en los habitantes del Cerrito, interés que crecía con el movimiento de fuerzas, cambio de posiciones, etc., del ejército del general Oribe, que en cada revuelta de la plaza sitiada veía una posibilidad de poder penetrar en ella.

Naturalmente que, este alboroto militar constituía otro en las filas del pueblo, que se traducía en largos comentarios, prolongados corrillos é intensas veladas á la espera de los sucesos.

Los cafés se veían más concurridos por la gente que acudía á ellos en busca de noticias; las diversiones disminuían en virtud del temor á alguna sorpresa, y el tránsito por las calles aumentaba á la pesca de noticias que pudieran satisfacer la curiosidad.

El trabajo en los talleres, las compras en las tiendas, el surtido en los almacenes, era interrumpido por diálogos sabrosos, salpicados

por datos espeluznantes, que preveían fines terribles ó bonancibles para sitiados ó sitiadores. Patrones y dependientes se confundían, se hermanaban en aquella charlatanería sin fin, en aquel mar de noticias y comentarios que agrandaba y desfiguraba los sucesos.

El servicio doméstico que tenía sus tertulias al aire libre con repartidores de pan, verduleros, carniceros etc. se retrasaba, en épocas como las que venimos narrando, en sus que haceres: puesto que las impresiones del contertulio sobre lo acontecido, aumentaba las horas de charla para cambiar juicios, aunar opiniones y fortalecer el criterio, concluyéndose, con tanta curiosidad, por caer en un mar de confusiones que tenía á todos en una expectativa sin límites.

La hora del almuerzo, de la cena, la velada nocturna, era dedicada por las familias á analizar noticias á cambiar ideas, sacándose así deducciones caprichosas que tendían á presentar á Montevideo convertido en un volcán; produciéndose por consiguiente, discusiones acaloradas sobre este ó aquel resultado, que hacían pasar insensiblemente las horas y embriagar la imaginación con la expectativa de halagadores triunfos. Y hasta el atrio de la iglesia y la plaza pública, eran también objetos de concurridas reuniones y en donde la curiosidad seguía la presión barométrica que producía la tempestad de noticias.

Los acordes de la música en la plaza de Restauración, no tenían ya la resonancia de antes. Sus ondas sonoras pasaban desapercibidas para los oyentes, que engolfados en las discusiones políticas no veían otra cosa que la importancia de la revuelta de los salvajes unitarios, como así se les llamaba. Y si por el frente de aquellos grupos pasaba algún jefe conocido de uno de sus componentes, era inmediatamente abordado, asediado á preguntas, mientras que el grupo con la esperanza de grandes noticias, remolineaba, cambiaba de configuración mirando, las personas que lo formaban, inquietamente á todos lados como queriendo descubrir en el gesto de los conferenciantes, la transcendencia de lo que se trataba. Y al final hacían todos causa común. El señor con el si viente, por medio de las preguntas que le hacía á fin de conocer los datos que le transmitió tal ó cual sargento de este ó aquel batallón; el patrón con el obrero, para que le comunicara lo que oyera decir á un pariente que es empleado en la casa de comercio cuyo dueño tiene íntima relación con un personaje político de la situación, etc.: y así seguían enlazándose las noticias y los comentarios, hasta que por cesación de la causa cesaba el efecto, quedando en el haber de todos un gran derroche de fuerza nerviosa producida por la tensión

que habían ocasionado los sucesos de la plaza enemiga. Y esto acontecía siempre que se desarrollaba algo extraordinario en Montevideo.

Dueño el flamante gabinete de la situación de Montevideo, y sabedor de los negociaciones que el general Rivera había emprendido para hacer la paz con Oribe, aprovechó tan oportuna como favorable ocasión á fin de deshacerse de dicho jefe, dándole así el golpe de gracia á la fracción riverista. Y esto se previó en el Cerrito en virtud de la composición del referido gabinete, partidario acérrimo de la intervención extranjera, de la política que desarrollaba dicha intervención y además, del unitarismo porteño; que era el enemigo más encarnizado del avenimiento de los orientales si antes no se destruía al general Rosas y su causa.

Los documentos que van á continuación, instruirán al lector de lo acontecido al general Rivera.

PUBLICACIÓN OFICIAL, DE LOS DOCUMENTOS REFERENTES Á LA DESTITUCION Y DESTIERRO DEL BRIGADIER GENERAL DON FRUCTUOSO RIVERA — MONTEVIDEO, 16 DE OCTUBRE DE 1847.

BREVE EXPLICACIÓN

Ministerio de Gobierno.

« En la necesidad de vindicarse y justificar sus actos (el gobierno), él tendría que abandonar aquella posición y atacar la reputación de un hombre que, cualquiera que sean sus defectos y sus nulidades, ha ocupado una alta posición en nuestro país, y nada puede decirse de él, que no pese sobre nuestra sociedad: y semejante suceso, el gobierno nunca lo ha deseado ni podido desearlo.

« La situación del general Rivera en la escena política, ha mucho tiempo que era violenta y difícil de conservarse. Vuelto á la vida pública, contra la voluntad del gobierno, y apoyado solo en las exigencias de un motín, desde sus primeros pasos manifestó que no comprendía su época ni á los hombres ni á las cosas que predominaban en su país.

« Acostumbrado á gobernar desde la campaña, lejos del contacto de la parte más civilizada de la población. Nutrido en esa omnipotencia de poder y facultades que le hacían dueño de vidas y haciendas sin consideración ni responsabilidad de ninguna especie: acostumbrado en fin, á no mirar las formas legales, sino como una pantalla, cuya sombra le convenía para ocultar la deformidad de su existencia política, el general Rivera entró á figurar, después del 1.º de Abril de 1846, como había figurado, en las épocas anteriores. En la des-

gracia nada había aprendido : en lo que le rodeaba nada veía ; y entregándose á una conducta injustificable, é incomprensible, marcó su nueva carrera con los actos más escandalosos y más funestos para la causa que defiende la República.

Las propiedades violadas, las personas atacadas, sin distinción ni respeto de ninguna clase, la autoridad del gobierno desconocida y despreciada al más alto grado, produjeron como era consiguiente, un conflicto de posición, entre el gobierno de la República, que no podía ni quería consentir en aquellos atentados, y el general Rivera que, apoyado en la fuerza que mandaba, y en lo espinoso y grave de las circunstancias en que se encontraba la República, pretendía un absolutismo de facultades, incompatibles con las disposiciones constitucionales y el orden público, y que cubría de ridículo al gobierno, cuya acción paralizada por consideraciones de alta política, aparecía como un instrumento ciego de las voluntades del citado general. Todos los habitantes de esta capital, conocen esos hechos hasta en los más pequeños detalles : nadie puede haber olvidado la gravedad de los momentos porque entonces pasó el país ; la resistencia, la exaltación, el descontento general que producía cada noticia que se recibía de los puntos que estaba bajo la dependencia del general Rivera : y dígame si eso no es exacto y si ese estado podía durar y no concluir como ha concluido.

« Lo que al general ha sucedido, era lo natural : el primer contraste no podía dejar de hacerlo un objeto especial de la atención y alarma del gobierno. Lo que había pasado lo habilitaba para ser más cauto y empeñarse en colocar su autoridad á una grande altura, depurándola al mismo tiempo de todas las sombras con que había aparecido empañada. La opinión pública, manifestada, por otra parte, del modo más expreso en el pueblo y en el ejército, no le permitían, tampoco, volver al general Rivera, la importancia de posición que antes había ocupado, y que el solicitaba con todo el imperio y tenacidad de un hombre que está acostumbrado á mandar y ser obedecido ; y he aquí el principio de las hostilidades á que el general Rivera, se retiere en su nota de 23 de Setiembre de 1847. El quería el mismo mando, el mismo poder : quería otro ejército, á más de los tres que ya había perdido, y el gobierno no quería darle sino ese mando y ese poder restringido, y ese ejército, limitado á una guarnición y aún punto en que el general no pudiese lo que antes había hecho. ; Y á esto llama él hostilidad y por esto es que se propone acusar al gobierno ante la nación ! Esto solo hace comprender más al general Rivera, que todo cuanto puede decirse de sus exigencias.

« Pero ¿ por qué se queja de su posición ?

« Quién sino él la ha creado ? ¿ Cuáles son los títulos con que el general se presentaba á solicitar que el gobierno le confiase nuevos ejércitos ? ¿ Dónde están los que antes le había confiado ? ¿ Dónde el que se le entregó después del 1. de Abril de 1846 ? ¿ Qué explicación ni justificación había dado de los desastres y crueles desgracias que lo habían reducido á la nulidad más completa ? Y sobre ¿ con qué personería, con que antecedentes quiere hacer pesar sobre

el gobierno la responsabilidad de las operaciones de la guerra ? Si algunas existían ¿ no son las que el mismo había creado ? Perdido el último ejército que se le confió, perdidos todos los puntos de la República que se habían adquirido, á costa de tanta sangre y de tantos sacrificios, desmoralizada la acción de la defensa nacional, por el decaimiento consiguiente á tantas desgracias y tantos contrastes, como los que vinieron de golpe, en el corto período de 30 días. Con que elementos podía contarse, en aquellos momentos, para abrir una nueva campaña, que no presentasen en todas la perspectiva de mayores desgracias ? Y sin embargo el general Rivera, tiene valor para decir que el gobierno es quien le ha deshecho el ejército !! y quiere hacerle cargo por que no le ha creído capaz de dirigir nuevas operaciones de guerra !! ... Esto no tiene explicación sino en un hombre que, en el largo período de 30 años, por primera vez se encuentra obligado subordinarse y obedecer.

« El general Rivera, que tanto proclamó esas formas, que tan poderosas las encuentra para que lo salven de lo que el llama atentados del gobierno, es el mismo que en presencia de todo este pueblo, arrebató de su seno y en medio de la más grande tranquilidad, al benemérito y respetable ciudadano don Luis Lamas, lo llevó á un campamento, le ultrajó, le vejó de todos modos : y, no contento con eso, le arrojó fuera del país por tiempo indefinido. Todos recuerdan este hecho, la violencia, y la calculada firmeza con que se ejerció, y sobre todo su injusticia atroz. Hasta ahora se sabe lo que pudo hacer olvidar en el general Rivera la dignidad de los deberes del magistrado del ciudadano y del hombre que, en el alto puesto en que le había colocado la confianza de sus compatriotas, tenía más obligación que ningún otro, de respetar las formas y disposiciones constitucionales. El general Rivera es el que de público y notorio, ha mandado siempre en la campaña como amo absoluto y jamás ha permitido que allí las propiedades ni las personas, tengan garantías de ninguna especie contra sus voluntades. El general Rivera, que tanto reclama las garantías constitucionales : que tanto las quiere hacer valer para si : que tanto las proclamó en el mes de Marzo de 1846, es el mismo que entónces apenas bajado á tierra del buque que había constituido en Castillo, para desde allí batir la autoridad del gobierno, abusando así del asilo que le había dado, lo primero que hizo fué ensañarse con los coroneles Diaz, Tajés y Lesica : y en presencia del gobierno, y de las autoridades de la República, él, simple general, y sin más motivos que las animosidades personales, les dió la orden de destierro y se empeñó en llevarlo á cabo contra la resistencia del Gobierno. Los periódicos de Abril de ese año, contienen las notas que con ese motivo se cambiarán entre el gobierno y el general Rivera. Veánse y avalórense la importancia que dicho general da á esas garantías tutelares, con que hoy quiere combatir una medida justa, necesaria y conveniente, tomada por el gobierno, y la sinceridad y buena fé con que él y sus amigos la alegan. En fin, el mismo general que tan manso y

constitucional se muestra , es el que, aún no hacen dos meses, tomó á un comisionado del gobierno, le exigió la entrega de las comunicaciones que conducía para otro destino ; y por que ese comisionado, cumpliendo con su deber, se resistió á acceder á sus deseos, lo mandó prender á bordo del buque en donde permanecía, y, só pretexto de resistencia á la fuerza encargada de la ejecución de las órdenes del general, se le asesina vil y cobardemente, (1).

« Si de estos hechos, pasamos á otros de una importancia más alta, veremos al general Rivera en el orden administrativo, marchando sin cesar, en abierta oposición con las más expresas disposiciones constitucionales, y ser un obstáculo insuperable para toda organización regular, para el orden interior, la paz exterior, la mejora y el bien del país.

« Considerándose siempre el presidente de la República, en ejercicio de sus funciones, cualquiera que haya sido su posición social, y las circunstancias en que se encontrase, en donde quiera que personalmente se hallase, establecía su gobierno, sistemaba su administración, hacía prevalecer su política, rompía convenciones las más solemnemente hechas, hacía otras, por si y ante si, sin más autorización, ni requisito ni objeto, que los cálculos de su conveniencia individual, gobernaba, en suma á su modo.

« Es así, como le ha enajenado á la República, sus mejores aliados, llevándolos hasta constituirlos en una especie de hostilidad pasiva. Ahí está Corrientes.

« Es así como ha contrariado y aún hostilizado, á la revolución Argentina, que los más claros y útiles intereses del país aconsejaban que se protejese y fomentase á toda costa. Ahí está lo que hizo con el general Lavalle hasta la batalla del Sauce Grande, y con el general Paz antes y después de Caaguazú.

Es así, como nos alejó las simpatías de la Francia, cambiando su cooperación en la guerra, por unos cuantos miles de pesos tomados bajo una promesa que no cumplió, y contribuyendo así poderosamente al triunfo del Gobernador de Buenos Aires. Ahí está el tratado Makau.

« Es así como dió la batalla malhadada del Arroyo Grande, contra las terminantes y expresas órdenes del gobierno que esperando por momentós, el resultado de las negociaciones pendientes en Europa, comunicado ya por el ministro Mandeville, sobre la intervención para hacer cesar la guerra, no quería correr los azares de los combates. Ahí está la comunicación que se le dirigió á fines de Noviembre de 1842 y su contestación del día antes de la batalla.

« Es así como tomando el nombre de Gobierno, falsa y terminantemente, se constituyó en comisario, plenamente autorizado, y celebró un contrato de alianza ofensiva y defensiva con los revolucionarios de Rio Grande, contra el Gobierno de S. M. el Emperador del Brasil, dando así lugar á que el Imperio, con quien tantos intereses

(1) Véanse la carta del capitán Arriola, y declaraciones del patrón del buque, que existen en el Ministerio de la Guerra.

nos ligan en una estrecha y leal mancomunidad de objetos políticos tomase en la lucha que hoy se encuentra empeñada la República esa posición de expectativa que tanto ha contrariado los esfuerzos del país para su salvación. Ahí están las reclamaciones oficiales, ahí están los tratados publicados, ahí están los hechos que son sus consecuencias.

« Es así, en fin, como el general Rivera, sabedor de la negociación que se había iniciado con el Gobernador de Entre Ríos para que tuviese lugar la cesación de la guerra, y de los compromisos solemnes que el gobierno había contraído, se lanzó sobre el pueblo de Paysandú derramó, á torrentes la sangre de orientales, destruyó uno de sus más hermosos pueblos, perdió el fruto de todas las conquistas que se habían hecho y todos los desbarató los proyectos de paz del Gobierno.

« En vista de tales hechos ¿ puede caber la pequeña duda sobre la sinceridad de las protestas del General, de su amor á las formas, de su respeto y subordinación á los mandatos del Gobierno, de su conformidad de vivir quieto y tranquilo, en su casa, lejos del poder y todos los alagos que tiene para hombres de sus hábitos ? No hay en esto, solamente, sobrados motivos para justificar la resolución del Gobierno, á quien está confiada la conservación del orden y la tranquilidad pública, como base *sine qua non*, de la defensa y seguridad de la República ?

¿ Puede ponerse en cotejo, lo que él hace hoy con el General, y lo que él ha hecho, como Presidente del Estado y como simple General ? ¿ podrá haber quien dude, en una palabra, de la conveniencia y necesidad de separar del país al general Rivera ?

« Pero esto no es de extrañarse. Esa táctica empleada en otra ocasión, ya se ha dicho, que dió los mejores resultados, y con ella, sin hacer distinción de épocas ni circunstancias, se quiere representar las mismas escenas. Sin embargo, ellas no tendrán lugar. Fuerte en su conciencia en sus convicciones, y en el apoyo que le da la oposición pública, el Gobierno sabrá desbaratar esas maniobras criminales con firmeza incontrastable. El apelará al buen sentido público ; y con la verdad y la franqueza que lo caracterizan hará comprender las razones de conveniencia general, de justicia y de necesidad que abogan por los procedimientos que él ha adoptado con el general Rivera »...

Siguen dos párrafos para justificar las medidas que se toman con el general Rivera, sacando ejemplo de las legislaciones de varios países, y como precedentes análogos, casos ocurridos en España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

« ...El gobierno ha dejado para después el juicio que absuelva ó condene al general Rivera, y se ha contentado con separarle temporalmente del país, dando de este modo una prueba inequívoca de la liberalidad y filantropía de sus principios. Y lo ha dejado porque sus convicciones hoy, son á este respecto, las mismas que manifestó el Consejo de Estado en 25 de Marzo de 1846. Entonces dijo : « el general Rivera pretende que se le juzgue y que se observen en su

persona las formas tutelares que garanten los derechos del ciudadano !!... Pero ¿dónde, cuando, como puede tener lugar ese juicio? Habiendo llegado á ser el general Rivera, por su largo tiempo de mando, una especie de poder en la República ¿dónde estarían esos jueces que no fuesen los partidarios del caudillo ó los defensores de la autoridad legítima? ¿El gobierno, las clases todas del pueblo podrán prescindir de hacerse parte en ese juicio, y darle todo el interés del drama que él presentaría? ¿Es en estos momentos, que la suerte de la patria puede jugarse en la más pequeña aventura: en que los esfuerzos comunes necesitan la unión más compacta: en que toda distracción del gran punto de mira, que hoy debe ocupar, solo, la atención de los defensores de la República puede pedirlo; en que todo sacudimiento social, es el más encarnizado enemigo de la defensa nacional: en que las susceptibilidades son más poderosas y ardientes que nunca: en estos momentos decimos, que puede tenerse el juicio que quiere el general Rivera? ¿Hoy ni puede haber buena fé en semejante proposición? ¿Quién no ve el sofisma ridículo, el grande abuso de palabras que se pretende hacer valer, como razones, cuando se equipara al general Rivera, con cualquiera de los demás ciudadanos? ¿Cuál de ellos es ni puede ser como él, una bandera de partido á cuyo derredor encuentran abrigo los descontentos con el orden actual de cosas? ¿Quién puede ofrecer ni prometer cómo él? Déjese para otra época ese juicio, que entonces habrá otra libertad para la acusación y la defensa, que la que hoy no puede ni debe permitirse.

«Ni que otro motivo puede haber tenido el gobierno para no acordar ese juicio? Si él hubiese sido capaz de descender de su puesto para sostener una lucha individual: si la rectitud, la imparcialidad y el patriotismo sincero, que han dictado sus medidas, hubieran dejado su lugar para que le reemplazasen los odios y animosidades de partido ¿no habría estado en sus intereses el decretar ese juicio? ¿no está ahí el cuerpo del delito confesado y escrito por el mismo general? En el mismo Maldonado ¿cuál era la disposición de los espíritus? le hubiera sido difícil, al gobierno, dar en tal caso á la condena del general todas las formas de la ley y obtener la aprobación general?

«Al hacerlo (al desterrar al general Rivera) le conserva sus grados y honores, le da seiscientos pesos mensuales de pensión, cuando su sueldo monta apenas á 250, y el tiempo de su destierro se limita á la duración de la guerra.

«Sobre aquello de que en cuatro meses no se había recibido, yerba, tabaco, jabón, etc., la comunicación del Ministerio de la Guerra, dice lo bastante. Sin embargo se añadirá, que la guarnición se moría de hambre, porque no tenía que comer, apesar de que, por consiguiente, la guarnición no se entregaba á la desesperación por falta de tabaco, yerba, jabón, etc., sino porque la incuria, la desmoralización más criminal, la dilapidación más escandalosa, el sistema del desorden que el general Rivera lleva siempre consigo á donde quiera que fija una administración, la obligaba á buscar el sustento en los yuyos é

inmundicias más repugnantes y á costa de la más torpe abyección. Duro el tener que decirlo, pero es indispensable. El país y nuestra sociedad tienen que pedir al general Rivera cuenta severa de lo que ha hecho en Maldonado. El y ella deben protestar altamente y probar, que los hechos del general, son puramente personales. De otro modo, habría algo más que vergüenza para los hijos de esta tierra, que tan á pecho tienen la vindicación de su honor, de su crédito y de sus intereses ».

.

MANUEL HERRERA Y OBES.

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Setiembre 27 de 1847.

« El P. E. acaba de hacer uso de una de las más importantes atribuciones que le confiere el artículo 81 de la Constitución; y de conformidad con lo que dispone el artículo 2.º del Estatuto Nacional, viene á dar cuenta á la H. A. de Notables.

Los documentos que se acompañan con los números 1 á 5 cree el P. E. que bastan por sí solos, para dar un conocimiento cabal de la necesidad y justicia con que están revestidos sus actos, y sobre todo, de la circunspección y liberación de sus procedimientos.

« La H. A. de Notables verá desde luego, que el P. E. ha limitado sus resoluciones á quitar los medios de dañar á la causa pública. Pudiendo castigar severamente, se ha contentado con una corrección temporaria: en medio de sus conflictos, no ha olvidado que la nación tiene para con los hombres que la han representado en altos puestos y consagrándole sus servicios por largos años, forzosos y sagrados deberes de honor, de moral y de alta conveniencia pública: el P. E. en fin, ha tenido muy presente que el brigadier general don Fructuoso Rivera, bajo el peso de una acusación grave, no es aún un criminal convicto.

« Tales consideraciones espera el P. E. que no se escaparan á la seria atención de la H. A. de Notables y que ellas le merecerán la más completa aprobación de todos esos actos, como expresamente lo pide el P. E.

« Dios guarde muchos años á la H. A. de Notables ».

JOAQUÍN SUÁREZ — MANUEL HERRERA Y OBES.

Excmo. Señor Presidente don Joaquín Suárez.

Maldonado, Setiembre de 1847.

« Mi señor compadre y particular amigo :

Son las tres de la tarde, y va hoy á marcharse la CONSOLACIÓN,

y me da tiempo para dirijirle ésta, y poner en su conocimiento particular, que hoy á las diez de la mañana, llegaron al frente de nuestros puestos avanzados los Coroneles Barrios y Acuña, y me hicieron decir, por medio de un particular, que tenían orden de su Presidente Oribe para proponerme el que yo me extrañase del país, mientras se arreglaba la paz, que se me acordaría una mesada, etc., etc., pero que no estaría distante de oír mis apuntes: que esta virtud, los referidos Coroneles esperarían 24 horas para recojerlos por escrito, y trasmitirlos al General Oribe. Esto, fué más ó menos, la relación que se me hizo á su nombre; en cuya virtud, deseoso de ver el término de la guerra, no tuve inconveniente en vertir mi opinión por escrito, y bajo mi firma; y por el mismo que me trajo el recado de palabra, se la trasmití en ocho artículos, que no remite á Vd. en este momento, porque tengo que hacerlos poner en limpio, pues están en borrador de mi letra que Vd. conoce. Hasta este momento nada ocurre. La guarnición tendrá víveres para 5 dias, y las familias nada tienen ya que comer (1).

« Lo saluda su affmo. compadre y amigo, etc. »

FRUCTUOSO RIVERA.

PIEZA RELATIVA A LA DISTITUCION Y DESTIERRO DEL BRIGADIER GENERAL D. FRUCTUOSO RIVERA

« En Montevideo á veintinueve de Setiembre de mil ochocientos cuarenta y siete, reunidos en el despacho de S. E. el señor Presidente de la República, el citado señor Presidente y los señores Ministros del P. E. don Manuel Herrera y Obes, don Lorenzo Batlle y don Bruno Más, con asistencia, por citación especial que se les hizo, de los señores Presidente de la H. A. de Notables, señor Provisor don Lorenzo Fernández y el del H. C. de Estado Brigadier General don Rufino Bauzá; comparecieron los señores Comandante don Juan de la Cruz Ledesma, y Capitanes don León de Palleja y don Apolinario Sánchez, llegados de Maldonado, los señores Ledesma y Palleja, el día 25 del corriente, y el señor Sánchez el día 28; y después de cambiados los cumplimientos de costumbre, S. E. el señor Presidente de la República les hizo saber; — que los habían hecho venir para que le informasen con entera verdad y franqueza, en presencia de los señores presentes, sobre el estado de tranquilidad, seguridad y disposición de espíritu de la guarnición de aquel punto, porque el Gobierno, en virtud de esa manifestación, iba á acordar las medidas que fuesen más conducentes á su defensa y seguridad;

(1) El día 19 de Setiembre salió el Coronel Baez, conduciendo los víveres que á su llegada á esta Capital estaban ya prontos para salir. El cálculo de lo que se remitía era para 29 dias de subsistencia. Sin embargo se ve que á la fecha de la carta del general ya se habían consumido: y no por esto el hambre y la miseria se habían mitigado.

y les pedía por esta razón, que le hablasen sin reserva alguna sobre los puntos que había indicado, y demás que considerasen necesario manifestar para el mejor acierto de aquellas medidas.

« El señor Comandante Ledesma tomando la palabra dijo : que la disposición de la guarnición era malísima, por la exasperación en que la tenían tantas privaciones y trabajo como había pasado : que á pesar de estar cierto que en ninguno de los individuos que la componen hay espíritu de traición el más pequeño, hace mucho tiempo que no habría quedado gente con que defender el punto, sino fuese el cariño é influjo de los oficiales de los respectivos cuerpos : que por consiguiente, sino se tomaban medidas prontas y vigorosas, el consideraba aquel punto en inminente peligro de caer en poder del enemigo, lo que sería un contraste, porque además de todo, se apoderaría de toda la artillería y abundantes pertrechos de guerra que contiene aquella plaza.

« Preguntado — Si el señor general don Fructuoso Rivera sabía esa disposición de la guarnición, y no había tomado algunas medidas de precaución, contestó : que suponía que lo supiese, pero que no había tomado otras medidas más que la de mandar al señor Coronel Baez á esta Capital ; y que por otra parte, poco podía hacer, porque S. E. el señor General no podía tener gran confianza en su influjo sobre los cuerpos, pues lo miraban como la causa principal de sus padecimientos.

« Preguntado que día salió de Maldonado, contestó que el veinticuatro del corriente ».

Siguen tres párrafos, en los que confirma el Comandante Ledesma, la conferencia del general Rivera con los coroneles Barrios y Acuña — manifestando, que dicha conferencia duró desde las 6 a. m., hasta las 10 idem. Que el cónsul don Francisco Aguilar, va con mucha frecuencia al campo enemigo y que la última vez llevó una correspondencia del general.

« ... Que don Francisco Aguilar le dijo luego que supo la Comisión que venía á desempeñar.

« Comandante, no vaya á desconocer á sus paisanos si se le presentan en su nuevo destino, porque pronto los ha de ver por allí á algunos de sus compañeros » ; y S. E. el señor general, acompañándolo el día del embarque, le dijo lo mismo poco más ó menos, en estos términos : « En tu Comisión puedes hacer grandes servicios y yo cuento contigo : no olvides que los orientales todos son patriotas. Si te mando á algunos de tus compañeros, no los vayas á desconocer, y oí todo lo que te diga el capitán Nicasio, que probablemente será el que mande á tener una entrevista contigo » ; — que la intención indudable del señor general era entenderse con el declarante por tierra, cosa que no sabía él como podría hacerlo sin tener la cooperación del enemigo. Que esto es todo lo que puede decir con seguridad.

« El capitán Palleja invitado, etc., etc., dijo : que poco tenía que agregar á lo que había dicho el señor Comandante : que era positivo el mal espíritu de la guarnición, debido al modo como había sido tratada ; que por mucho tiempo no había conocido más alimento que

los yuyos que se recogían por los alrededores, habiendo presentado este espectáculo. escenas las más terribles ; que consideraba lo mismo que el señor Comandante, que debían tomarse con urgencia, las medidas que se creyesen necesarias para asegurar aquel punto ; que no quedase la menor duda de que la deserción producida por la miseria y el cansancio, disminuía todos los días el número de sus defensores.

« Preguntado — Cual era la razón de esa miseria, cuando el gobierno no había descuidado nunca la atención preferente de remitir viveres con la mayor regularidad, contestó : que la razón no es otra que el desperdicio y mal manejo de la administración ; que los viveres así que llegan, se venden y se destinan ante de todo á pagar cuentas y gastos personales con el mayor escándalo, de lo que resulta que en vez de haber alimento para veinte ó treinta, no hay sino para ocho ó diez cuando más : que además no hay orden ni medida en nada : que los viveres se reparten á granel y tan discrecionalmente como se le antoja al Comisario : que él puede asegurar que en el largo tiempo que ha llevado su cuerpo de guarnición en aquel puesto, apenas habrá recibido una sola vez ración completa como se entrega en esta capital á los cuerpos del ejército : que la prueba de lo dicho, la tiene hoy mismo el gobierno en lo que está pasando allí : que el señor Ministro de la Guerra le ha rectificado lo que antes de su salida se le aseguró en aquel punto, de que habían ido viveres para veinte y tantos días, y que según dice el señor capitán Sánchez, apenas han alcanzado para diez : que esto es lo que tiene más descontenta á la tropa, porque ve que el gobierno hace todo lo que puede y que si sufre es porque los que manejan los negocios, no atienden más que á sus conveniencias : que él puede hablar á este respecto con pleno conocimiento ; porque sus íntimas relaciones con todos los jefes y oficiales de la guarnición, y el contacto en que ha estado con sus soldados, lo habilitan para dar esta seguridad ; que finalmente manifestaba al gobierno no confiase en la popularidad ni prestigio de S. E. el señor general, porque este no existía habiendo llegado á ser motivo de prevenciones, que le son altamente ofensivas y aún perjudiciales á la causa que se defiende ; porque quita la confianza que se debe tener en el que manda ; que él puede asegurar también que á no ser por los jefes y oficiales y ascendiente que ejercen sobre sus soldados y muy especialmente el Comandante Carrión, que es objeto universal de cariño y respecto, ya habría habido escenas de insubordinación y algo más, que fuese funesto para los intereses de la causa.

« Preguntado que sabía sobre las conferencias y arreglos á que se había referido el Comandante Ledesma contestó :

« Que don Francisco Aguilar conserva buenas relaciones con el General Rivera, que esto estraña mucho á todos por ser el referido Cónsul blanco acérrimo y muy amigo de los enemigos : que le consta por haberlo visto, pues estaba de servicio ese día, que el señor Aguilar elevó comunicaciones del General Rivera para el enemigo, y que después de haber vuelto fué cuando se celebró la conferencia á que se refiere el Comandante Ledesma. Que el mismo Aguilar, con quien conserva muy buenas relaciones, le dijo : « amigo todo se va

á concluir muy pronto : se van Vds. á arreglar sin necesidad del Gobierno de Montevideo » que este dicho del señor Aguilar le arrancó una exclamación tal, que fué por demás significativa, atribuyendo á esa exclamación la orden de salida para Montevideo. Que una vez de haber celebrado la conferencia con el señor Aguilar, comunicó todo lo sucedido en ella al Comandante Carrión, así como á otros jefes y oficiales para que uniformasen su conducta al respecto poniéndose todos de acuerdo en firmar un compromiso para no aceptar arreglo alguno con ninguna persona ó cuerpo aislado por corresponder los referidos arreglos al Gobierno. Que al partir para esta capital le manifestó el general que no se dejase alucinar por el Gobierno. Que todo esto es lo que ha acarriado gran desconfianza hacia la persona del General.

« Que es de absoluta necesidad que tanto él como el Comandante Ledesma, deben de volver aquel punto, que él responde que estando á la cabeza de sus cuerpos nadie lo arrastrará á malos pasos ».

« En seguida invitado el señor Capitán Sánchez á expresarse dijo : que después de lo que se había dicho, todo lo que podía añadir era, que todo cuanto se ha dicho sobre la guarnición de Maldonado, su espíritu y el modo como es juzgada la conducta del general Rivera, es de la más completa exactitud. Que uniformemente lo ha sido á los Jefes y Oficiales, y aún en presencia de sus mismos soldados : que la opinión que allí se tiene es, que el general estaba tratando con los blancos para unirse á ellos... »

« Que después de la conferencia de que se ha hecho mención, y posteriormente á la venida de los señores Comandante Ledesma y Capitán Palleja, el señor Aguilar á ido públicamente con comunicaciones dos veces al campo enemigo : que la última que ha visto llegar ha sido el 27 del corriente. Que este día hubo el acontecimiento siguiente : que habiendo bajado los Comandantes Barrios y Acuña á tener una conferencia con el señor Aguilar, la batería de afuera hizo un disparo, mandando entónces el general reprender al oficial que había efectuado el referido disparo ; que no sabe lo que hubiera tenido lugar si el Comandante Carrión no hubiera vindicado al oficial diciendo que se había olvidado de trasmitírsela ».

« Y considerando el señor presidente de la República que lo dicho era bastante para que los señores presentes pudieran formar una opinión acertada sobre las medidas á tomar, y después de haber invitado á que se hiciesen más preguntas, si se creían necesarias, y haber manifestado todos estar satisfechos y considerar inútiles más explicaciones ; S. E. el señor presidente ordenó al señor comandante y capitanes ya nombrados, que se retirasen, agradeciéndoles la franqueza con que se habían manifestado, proponiendo (lo que se acordó unánimemente) que se levantase un acta de esta conferencia, y que firmada por todos, se mantuviese reservada en el Ministerio de Gobierno, para los fines y con los objetos á que hubiere lugar, á cuyo efecto suplicaba

á los señores presidentes de la H. A. de Notables y Consejo de Estado compareciesen al día siguiente en la misma Sala de Despacho, pues quería acordar con ellos las medidas que demandasen la situación crítica en que indudablemente se encontraba el pueblo y guarnición de Maldonado, á lo que accedieron y quedó así convenido.

Joaquín Suárez — Manuel Herrera y Obes — Lorenzo Batlle — Bruno Más — Lorenzo A. Fernández — Rufino Bauzá — A ruego del señor comandante don Juan de la Cruz Ledesma — Apolinario Sánchez — León de Palleja.

ACUERDO DE DESTITUCION Y DESTIERRO DEL BRIGADIER GENERAL DON FRUCTUOSO RIVERA

Montevideo, Octubre 3 de 1847.

« Teniendo presente que el señor brigadier general don Fructuoso Rivera está en comunicación con el enemigo que asedia el pueblo de Maldonado, y ha abierto negociaciones sin autorización de ninguna especie y de un carácter alarmante, por cuanto, por el tenor de su comunicación confidencial á S. E. el señor presidente de la República, se ve que el objeto del enemigo no es otro, que obtener la entrega de aquel punto y su guarnición, haciendo para conseguirlo, proposiciones de interés personal para el citado general: Considerando, que este hecho se halla corroborado y aún explicado por las deposiciones hechas ante el P. E. reunido en consejo de ministro y con asistencia de los señores presidentes de la H. A. de Notables y Consejo de Estado, por el señor comandante don Juan de la Cruz Ledesma y capitanes don León de Palleja y don Apolinario Sánchez, según acta labrada en 29 de Setiembre próximo pasado, y depositada en el Ministerio de Gobierno, y las comunicaciones que al gobierno se le hacen con orígenes, cuya respetabilidad no puede desatender, aunque sean de un carácter reservado y no tengan la evidencia: no pudiendo el gobierno, en tal caso, continuar prestando al señor general Rivera la confianza que hizole acreedor á que se le encargase de la custodia de aquel punto y mando de la fuerza que lo guarnece; y siendo urgente proveer á su reemplazo, tomando al mismo tiempo todas aquellas medidas de seguridad y buen gobierno que sean necesarias; y finalmente, debiendo el gobierno tomar todas las precauciones posibles para que la alteración del orden y tranquilidad pública no pongan en conflicto su autoridad comprometiéndose de ese modo los más caros intereses de la República, que dependen de la eficacia y vigor con que se haga la defensa de esta capital: el P. E. en consejo de ministros, con asistencia de los señores presidentes de la H. A. de Notables y Consejo de Estado, ha acordado:

« 1.º Que el señor General don Fructuoso Rivera sea destituido del mando de la guarnición que defiende el punto de Maldonado, y se entregue á quien el señor Ministro de la Guerra y Marina considere más conveniente.

2.º Que al efecto, dicho señor Ministro se traslade á aquel punto con amplias facultades para hacer y deshacer, en todo lo que sea

necesario para la seguridad de la defensa y mejor gobierno de su guarnición, aquello que considere más conveniente.

«3.º Que el señor General Rivera sea inmediatamente sacado de aquel destino y mandado para puertos extranjeros, dándole una pensión de seis cientos pesos mensuales entregados en el paraje que elija para su residencia, debiendo durar este estrañamiento solo el tiempo que dure la presente guerra.

4.º Que en previsión de los acontecimientos que puedan tener lugar, el señor Ministro vaya acompañado de una fuerza de infantería bastante para robustecer la acción del Gobierno, y no permitir que sufra la moral de la guarnición.

5.º Que con este objeto se apronte un buque de guerra, y se ponga á la absoluta y exclusiva disposición del señor Ministro ».

Joaquín Suárez — Manuel Herrera y Obes — Lorenzo Batlle — Bruno Más.

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Octubre 3 de 1847.

« El Gobierno ha sabido con sorpresa y el más alto desagrado que V. E. se ha puesto en comunicación con el enemigo que asedia ese punto y sigue con el una negociación, cuyo objeto ignora aún, y sin que V. E. haya recibido para ello ninguna especie de autorización.

« A un acto semejante el Gobierno no se atreve á darle calificación; pero por los males trascendentales que hace al país no puede mirarlo sinó como un crimen de lesa patria.

« Asumiendo V. E. un carácter y una misión que no tiene: incurriendo en un delito que los Códigos de todas las naciones castigan con penas severas, V. E. no ha hecho más que comprometer la defensa y seguridad de ese punto, cuyo mando y custodia le está confiado, alentar al enemigo y darle en las filas de nuestros soldados un lugar que hasta ahora no ha tenido por fortuna, y que no debe ni puede tener.

« Con este hecho V. E. ha roto los vínculos de entusiasmo de la disciplina y de la subordinación de la guarnición, introduciendo el desaliento la desconfianza, las divergencias de opiniones, y sobre todo la idea de que con el enemigo cada uno puede tratar por su cuenta, y que, con tal que se tengan buenos pretextos, se puede defeccionar y sacrificar la suerte de la nación... y en vista de los compromisos solemnes que la República ha contraído V. E. ha comprometido su honor y todos los intereses de existencia y destinos futuros que tiene empeñados y que tanto penden del carácter definitivo que asuma la intervención europea... (1)

.

JOAQUÍN SUÁREZ
Manuel Herrera y Obes.

(1) Siguen cinco párrafos, que manifiestan que el general Rivera, con su actitud, ha dado lugar á que las atribuciones del gobierno sean desconocidas, máxime cuando su poder necesita de la mayor unidad posible en estos momentos. Que le ha manifestado particularmente al coronel Baez, su opinión de que él, Rivera, debe extrañarse del país: pues éste está participando de sus infortunios y mucho más ahora cuando lo cree honorífico para la causa que defiende.

Excmo. señor Brigadier General D. Fructuoso Rivera.

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Octubre 3 de 1847.

« El gobierno ha resuelto separar á V. E. del mando de la guarnición de ese punto, y que de él se encargue interinamente al señor Ministro de la Guerra y Marina, portador de esta comunicación. Dios guarde, etc.

Manuel Herrera y Obes.

Excmo. señor Brigadier General D. Fructuoso Rivera. Maldonado

Señor don Fructuoso Rivera :

Montevideo, Setiembre 30 de 1847.

Compadre y amigo.

« He recibido su apreciable del 27 del corriente...

Su comunicación al Ministerio de la Guerra, llena de quejas contra el gobierno y referencias de documentos, que usted dice tener en su poder para justificar que lo han hostilizado, etc., etc., le diré por última vez compadre, que usted se queja sin justicia : que el gobierno no tiene porque arrepentirse de lo que ha hecho : que los sucesos lo justifican y que nadie podrá arrancarle la mucha gloria que ha adquirido en los últimos cinco años de esta guerra desastrosa.

« Además, todo cuanto el país ha tenido ¿ no es en manos de usted y bajo su dirección que se ha perdido ? ¿ qué cargo le ha hecho á usted el gobierno por esto ? *Compadre, recorramos nuestra conciencia, y el que se encuentra sin culpa que tire la primera piedra...*

« Que en estos momentos usted no podrá ser útil al país, por los sucesos desgraciados de la guerra, le han hecho perder su confianza y porque el país estaba participando de sus infortunios, corriendo así un peligro inminente. Esto dije á Baez como opinión particular mía : ahora con más motivos se lo repito agregando que lo creo honorífico para usted, útil para el país y de conveniencia para la causa. Mi franqueza le probará á usted dos cosas : primero que soy amigo del país ; segundo que lo soy de usted, con lealtad y como lo son los hombres de bien cuando el interés de más de una generación está por medio.

Su amigo como siempre y afectísimo compadre.

JOAQUIN SUÁREZ.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Octubre 7 de 1847.

Excmo. señor Presidente :

« En cumplimiento de la comisión...

Me embarqué (1) en la noche del 4, con el señor Tajés y 160 soldados de su cuerpo...

« A la mañana del día siguiente, como á las once fondeamos en dicho puerto, donde inmediatamente traté de tomar todos los conocimientos que puede haber, sobre el estado verdadero de las cosas.

« Supe luego que la guarnición estaba en la mayor conflagración ; y que en aquel mismo día debía reventar una revolución que desposeyese del mando al señor general Rivera privando de la vida á algunos de sus jefes más adictos á él también, pues los esfuerzos del señor comandante Carrión que estaba empeñado en impedirlo tal vez no hubieran bastado á protegerla.

« Al punto comprendí cuanto más grave sería este atentado, cometido en mi presencia ; y haciendo conocer mi arribo, di las órdenes más positivas para que se suspendiera todo procedimiento tendente á aquel fin, asegurando que yo arreglaría en breve satisfactoriamente este asunto.

« A media tarde recibí una invitación del señor general Rivera para que bajase á tierra, y el conductor de esta nota me impuso, que mis amonestaciones para evitar desgracias no eran oídas, que el movimiento tendría lugar inevitablemente al ponerse el sol, que era la hora prefijada.

« En el acto resolví bajar á tierra, como en contestación lo expresé al señor general, lo que no habiendo podido hacer con toda la fuerza, tuve que ejecutar con una sola compañía.

« En la plaza me recibía con caballos el señor comandante Carrión, á quien destaqué inmediatamente para que recorriese los cantones, haciendo saber que yo llegaba, y que era mi voluntad y mandato el que no se hiciera demostración de ninguna especie, hasta recibir órdenes mías.

« Llegado al pueblo impuse al señor general de la parte de mis instrucciones que se referían á quitarle el mando nombrando para sucederle interinamente al señor coronel Baez, y al efecto le entregué el decreto de V. E., y le lei mis instrucciones. Impuesto de todo, contestó que estaba pronto á obedecer al gobierno, siempre que no se atacaran sus derechos ; cosa que reconocía en la medida que se le comunicaba. Fiado en estas palabras me levanté para salir, pero en el momento se puso también en pie, y me dijo : « no señor ; usted no puede irse : la venida de usted con aparato de fuerza, ha alarmado

(1) Goleta de guerra Maipú.

mis jefes, y á mí me tiene disgustado. Ellos acaban de salir de aquí, y sin consultarlos nuevamente yo no puedo acceder á lo que se me exige.

« Señor general, le contesté, veo con pesar que quiere usted agravar su posición. El deseo del gobierno es que en este asunto desagradable se observe para con el señor general todo decoro y respeto que sea compatible con lo que él entiende que pide el bien general; pero también está firmemente resuelto á llevar á cabo sus determinaciones; y yo, que me he encargado de hacerlas ejecutar por honor y por deber no desistiré de mi empeño. También haré presente al señor general, que no debe conservar ilusiones: que si ambos levantamos la voz invocando nuestra autoridad no pudiese en duda que la del gobierno que yo representaba, sería respetada, aún cuando fuese para violentarle ó imponerle: que mi presencia allí era una prueba intachable de lo que avanzaba, pues que teniendo la intención de no desembarcar hasta la mañana siguiente, lo había anticipado precisamente para protegerle y salvarle, contra el rencor de sus soldados, que querían perpetrar en aquella misma noche, designios los más cruentos.

« Conocí que mis palabras llevaban el convencimiento porque tenían el acento de la verdad, y variando él de tono me dijo: que yo había entendido mal; que lo que había querido decirme era que siendo el señor coronel Baez nombrado para reemplazarlo, creía oportuno darle conocimiento de esto antes de yo retirarme.

« A la mañana siguiente dispuse todo hacerlo conforme á las órdenes de V. E. para hacerle embarcar en el Maipú, con destino á Santa Catalina...

« Que en el acto de su embarco, el capitán del Maipú, que debía conducirlo, le remitiría 1500 patacones...

« El citado coronel Tajés (que fué quien llevó la orden) se encontró allí con el señor comandante del vapor francés Chimère, por cuya razón el general pretendió hallarse ya bajo la protección de este jefe y del pabellón francés.

Incierto el señor coronel Tajés de lo que en tal caso debía de hacer, me hizo prevenir en el acto de lo que pasaba, y acudiendo yo, tuve que rebatir esta pretención, y manifestar terminantemente al general, que no se embarcaría sino abordo del Maipú, á menos que el señor comandante francés me empeñase su palabra de honor, que dejándolo ir á su bordo le haría salir incontinentemente para Santa Catalina. Empleó el general muchos subterfugios para evadir mi exigencia, más viendo que eran inútiles, y no siendo sostenido por el jefe francés que le dijo no podía considerarse bajo su protección sino cuando estuviese en su bote, cedió por fin haciendo por escrito, al señor comandante que estaba presente y lo exigía, la demanda de ser conducido á Santa Catalina, para que yo lo dejara libre, pidiéndole á la vez empeñara su palabra porque el no la dejaría mal puesta...

« Le dije que al día siguiente le haría entregar abordo del vapor el trimestre de su pensión.

« Réstame solo manifestar, que este paso del gobierno ha llenado de satisfacción á la guarnición y vecinos de Maldonado, que por una parte aflijidos del hambre, motivada por los desarreglos más escandalosos y criminales que pueden idearse, vino á ser herida en su lealtad acrisolada, presenciando un tráfico de comunicaciones dudosas entre el general y el enemigo.

« Mal preparada y desafecta hacia su primer jefe, por la primera causa, esta segunda colmó la medida, á términos de llegar yo muy oportunamente para salvarlos de un conflicto, y evitar así á la historia de la República una página más de sangre.

« He tenido á bien dejar allí interinamente al señor coronel Tajés, para regular el servicio y mejorar el orden administrativo.

Dios guarde á V. E. muchos años.

LOPENZO BATLLE.

EL MINISTRO DE LA GUERRA Y MARINA, EN COMISIÓN ESPECIAL DEL GOBIERNO EN ESTE DESTINO

Maldonado, Octubre 6 de 1847.

Señor general:

« Voy á llenar la segunda parte de mi comisión, y por lo mismo que ella va á ser á V. E. la más sencible, emplearé todo el comedimiento y respeto que acertare y que se pueda conciliar con los deberes que traigo.

« Y para que V. E. reciba lo mejor posible mis palabras, repetiré aquí por escrito lo que tuve el honor de indicar á V. E. de viva voz ayer: y es que mi precipitado desembarque fué por salvar la vida del señor general y algunos de sus jefes de un verdadero conflicto. Para lograrlo no trepidé en exponer la mía, incierto como estaba del verdadero estado de las cosas.

La nota que adjunto me fué remitida para ser entrega á V. E. una hora antes de su embarque abordo del bergantín de guerra nacional Maipú, con destino á puertos del Brasil.

« Dentro de una hora señor general esta disposición del gobierno, debe ser irremisiblemente cumplida.

« El señor capitán del bergantín lleva á su bordo 1500 patacones, que entregará á V. E. en el acto de su embarque.

« Quiera el señor general persuadirse que le deseo prosperidad y dicha en su destierro, y que sea breve cuanto pueda conciliarse con el bien de la patria.

Dios guarde á V. E. muchos años.

LORENZO BATLLE.

Al señor brigadier general don Fructuoso Rivera.

Montevideo, Octubre 11 de 1847.

Excmo. señor Presidente :

« Cediendo á indicaciones de V. E. para que diese cuenta circunstanciada, por escrito, de los detalles de la guarnición de Maldonado, que tuve el honor de manifestarle de palabra voy á verificarlo con todo y sin recargar de colores demasiado sombríos un cuadro triste en su desnuda realidad.

« Antes de mi arribo á aquel puerto yo sabía por lo que consta del acta que levantamos y las declaraciones contestes de cuantas personas de Maldonado había interrogado que el general Rivera era universalmente destestado allí, y tenido como causante de todos los males que ellos sufrían. Acordes todos, decían, que no ignoraban, que el gobierno enviaba lo muy suficiente para racionarlos, pero que no alcanzaba porque más de la mitad de las raciones se vendían y regresaban á Montevideo, ó bien se daban allí mismo al pago de gastos que el general mandaba hacer. Así pues, con los alimentos del soldado se hacía frente á las prodigalidades y desarreglos del jefe. ¿ Cómo soportar el hambre con estoicidad tal, que no se amontonase sobre el corazón el odio y deseo de venganza contra quien los sometía á aquellas penalidades? Esto Excmo. señor concurrió acrecer estas malas impresiones. La muerte desgraciada del capitán Arriola, haciendo invencible el apartamiento en que vivían el general y el coronel don Bríjido Silveira, hizo desmayar á los que allí confiaban que Silveira fuera á auxiliarlos, y vituperando los más ese atentado, como un crimen altamente punible.

« De todos estos datos estaba en posesión muy de antemano, y aún se me ha dado á entender que los respetos que son inseparables al hombre que ha dominado por largos años, podían tener á raya los designios que contra él se fraguaban.»

Sigue un párrafo donde se repite lo que el general Batlle manifiesta en su primera carta al señor Herrera y Obes, esto es, del conato de revolución contra el general Rivera y otros jefes; asegurando así mismo la veracidad de comunicaciones de Rivera con el enemigo.

« Con todos estos precedentes fui yo á Maldonado. Por casualidad se encontraba el señor comandante Carrión en la playa, cuando mandé el primer bote; con el intento de explorar el estado de las cosas y de los ánimos. Este jefe se embarcó apenas supo mi llegada á la bahía, y me reveló que la noche antes debía haber estallado un movimiento, para matar á cuatro jefes y entre ellos al general Rivera; que no se efectuó porque habiéndolo convidado á él para que lo encabezara, había accedido, á condición de que no hubiese sangre; que apercibiéndose á última hora que se quería ultimar á varios de ellos detuvo el curso confiando que con este retardo podría disponer las cosas á su saber.

« El comandante Carrión bendecía mi arribo mirándolo como providencial.»

Sigue un párrafo en donde el general Batlle manifiesta que tuvo que dar sus órdenes para detener el movimiento apesar de que un cantón del 1.º de línea, ya había emprendido su retirada, costándole al comandante Carrión hacerle volver á su puesto.

« Ya yo en la plaza después de la conferencia con el señor general, y ya bastante obscura la noche, vinieron á prevenirme muchos oficiales de la guarnición, que estaban trabajando para contrarrestar mi autoridad: hombres á quienes yo no conocía y á quienes escasamente podía distinguir las facciones, solicitaban de mí que los dejara hacer, que ellos darían breve término á todo. Los oficiales más influyentes de las fuerzas de los comandantes Vega y Ledesma, y alguno que otro del 1.º de línea, fueron llamados á casa del general: los más no fueron, pero el capitán Borges y otros más que asistieron les preguntaron, si podían contar con las fuerzas. Mi situación era en extremo crítica, pues que duró más de dos horas esta ansiedad sin que apareciera el señor coronel Tajés con la gente, á causa de los escasos medios de desembarque que poseíamos.

« A mi me desanimaba solo la inquietud: á los oficiales de la guarnición los arrebatava el rencor, y me dieron una prueba de subordinación conteniéndose.

« Más no tanto que sin previas órdenes mías, guiados, por deseos del bien general según las disculpas que me dieron, marchan á la plaza con sus escuadrones.

« Esta actitud hostil asustó á algunos de los jefes, y aún á mi me desazonó bastante, pues que avisándome de este movimiento el coronel Baez, él presencié los esfuerzos que hice para aplacar y conciliar en los espíritus, imponiendo á la vez con mis mandatos. Por felicidad á este tiempo llegó el coronel Tajés con su fuerza y entonces me fué dado dominar las cosas, hallándose el orden y la confianza completamente restablecidos á los pocos minutos.

« A la mañana siguiente pude aún convencerme mejor de que era yo allí mirado como un libertador que iba á salvarlos de un yugo ominoso y tiránico. Las familias se agolpaban á mi alrededor implorando una limosna para sustentarse; muchas mujeres y niños estaban extenuados por el hambre, y en sus rostros macilentos se notaban rastros visibles de este tormento. Varias madres me contristaron con la relación de habérseles recientemente muerto algún hijo ú otro deudo á causa de la necesidad.

« Cuando Dios para castigo de los mortales envía estos azotes, la resignación viene á veces á templar la tortura que se sufre; pero cuando estos males vienen de la incuria de aquellos que deben velar en nuestra conservación y bienestar, es imposible padecer en silencio. Y más, si junto á la miseria que se sufre se advierte la malversación de aquello que debía aplacar nuestra necesidad; y sobre todo, si se hace de ese mismo sustento un tráfico escandaloso y criminal, en que la débil criatura no huye del hombre sino para arrojarle á los brazos de la infamia. Todo esto quisiera haber pasado en silencio, y mucho más que por pudor callo, si á hacer estas declaraciones no me viese provocado y en cierto modo impelido á protestar en favor del país y

ante los extraños que lo han presenciado, y que juzgan de toda nuestra tierra por lo que allí observaron. No : lo que en Maldonado ha pasado es un borrón para nuestras costumbres, como lo sería para cualquiera otro pueblo de la tierra ; y lo prueba la indignación y el enojo de sus moradores.

« La mísera culpa que el gobierno los desatendía, ni siquiera merece contestación, pues que por los estados de Comisaría consta que han recibido puntualmente los víveres mes por mes con arreglo á mil doscientas raciones de tropa y mil de familia.

« Por lo que hace á la tropa, no alcanzaba á mas de la mitad del número de raciones que se daban ; y de las familias no recibían sino unas pocas favoritas y otras tantas privilegiadas, en razón de los respetos que se tenían á sus maridos ó deudos que se encontraban en la guarnición. Lo cierto es que no se distribuían la mitad de todas aquellas raciones diarias. ¿ Cómo se explica que apesar de esto, no había mes que no se viese obligado todo el mundo, durante más ó menos días, á sostenerse únicamente con vegetales silvestres que se recojían en el campo ?

« El comisario Cabot á quien el coronel Tajés el día de mi partida, cumpliendo mis órdenes, pidió sus cuentas, le respondió, que sería imposible darlas pues que á más de no entender en la contabilidad, había entregado muchos víveres para pago de deudas del general, y en especial una partida de 2.000 patacones: entregas que, la mayor parte de las veces hacía por órdenes verbales y rara vez escritas.

« Que más ? Cuando regresó el señor coronel Baez, á principios de mi Ministerio, á indicaciones si bien recuerdo, de este jefe nombré una Comisión de inspección para los víveres. Seguro como yo estaba que nuestros envíos sobaban para las necesidades de aquel destino había confiado que la citada Comisión integrada de todos los jefes de Cuerpos, estableciera las mejoras que reclamaba la administración. El general se opuso á ella no permitiendo su instalación. Si se hace valer que por mucho tiempo no se les remitió tabaco, yerba y jabón para la tropa, en mi remesa ha ido lo que correspondía á cada mes, sin que por esto mejorase en nada la condición del soldado ».

Sigue un párrafo donde el general Batlle manifiesta, de que todo el pueblo de Maldonado sabe que el general Rivera fué solicitado para una entrevista por los coroneles Barrios y Acuña y que el expresado general concurrió muy solícito á ella. Que no fué por la casualidad como él así lo dijo.

« Cerraré este manifiesto, asegurando que mi misión en sus fines ha sido antes bien humanitaria que política.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

LORENZO BATLLE.

Excmo. señor Presidente de la República don Joaquín Suárez.

PORT - SCRITUM

« Impresos ya los documentos que anteceden, hemos visto el De-

fensor de Oribe del 13 del corriente, y creemos oportuno transcribir lo que dice con respecto á las negociaciones de Maldonado.

Dice así:

« El encuentro del coronel Acuña con el salvaje unitario pardejón Rivera, no fué obra del acaso como pretende este hacerlo creer, cuando dice que el coronel Acuña, se presentó el día anterior al 23, en las avanzadas de los sitiados y que corriendo él, — él pardejón Rivera, — su línea, un *fracaso* hizo que ambos se parasen á hablar habiéndolo hecho el coronel Acuña en un sentido muy favorable á la paz, que podría fácilmente lograrse si se buscaban medios razonables y provechosos para todos, pues que era uniforme en ese sentido la opinión de los que se encontraban en el ejército del Presidente Oribe, etc., etc.

« El pardejón Rivera fué quien pidió esa conferencia con uno de los jefes sitiadores por medio de don Francisco Aguilar: encargado de solicitarlo y que con ese objeto se apersonó antes al señor coronel Acuña: éste con el acuerdo del jefe de las fuerzas sitiadoras, concurrió al lugar señalado, en donde esperaba el traidor salvaje unitario pardejón Rivera. Ciertó, ciertísimo es que el coronel don Antonio Acuña, habló con mucha *franqueza* en el sentido en que su acrisolada lealtad, sus principios y sus instrucciones le aconsejaban, como es cierto también que el traidor pardejón lejos de ostentar el lenguaje altanero de que hace alarde en su carta, usó uno muy sumiso en el sentido de una completa disposición á abjurar de sus ideas traidoras, renunciando á la posición en que estaba colocado como rebelde y como siervo de los extranjeros que imperan sobre los salvajes unitarios. Abundó en palabras de resentimiento contra los que mandan en Montevideo y contra la opresión de los extranjeros. Más como los antecedentes del pardejón hacían impertinente una franca aceptación sobre sus palabras, consultado el caso por el jefe del sitio de Maldonado, Rivera fué intimado de resolverse dentro de 24 horas á entregar el punto prestando una completa y absoluta sumisión al gobierno, dentro de 24 horas, y que de no decidirse á ese paso, no se le oyese á él, ni á nadie en su nombre, antes por el contrario fuese rechazada decididamente cualquiera tentativa, y hasta empleando la fuerza, que por ellos se hiciera para obtener especie alguna de comunicación.

Pruebas:

¡ Vivan los defensores de las leyes !

¡ Mueran los salvajes unitarios !

Asedio de Maldonado, Setiembre 23 de 1847.

Excmo. señor Presidente de la República don Manuel Oribe.

« Mi querido señor Presidente y amigo: Ayer recibió una carta el señor coronel don Antonio Acuña, de don Francisco Aguilar, en que se le decía que tenía que hablar con él un asunto de importancia; luego me hice cargo que fuese obra del pardejón; sin embargo, le dije al coronel que fuese, y que si él salía hasta inmediato á nuestras guardias, que hablase con él, quiero decir, que le oyese á ver lo que

quería ; el resultado ha sido, que el pardejón primeramente comenzó á hablar de los extranjeros, del titulado gobierno de Montevideo, que ni era gobierno ni cosa que se pareciese porque ni era constitucional, y que últimamente estaba mandado por los franceses ; en resumidas cuentas, que él lo que quería era arreglarse con V. E., y que si en él pendía la tranquilidad del país, aunque no deseaba salir de él, pero que si fuese preciso que lo haría, haciéndolo retirar con alguna dignidad ; que entregará inmediatamente á Maldonado con la guarnición, y que saldrá fuera si V. E. lo mandase ; en fin prometiendo grandes ventajas, muy compadecido de la ruina del país culpando á los extranjeros, cuando no hay nadie que no sepa que él es el origen de todos los males. Le hizo grandes promesas al coronel Acuña encargándole que si le fuera posible se los trasmitiese de viva voz á V. E. á ver si mandaba á alguna persona de su confianza, á arreglar con él el indicado asunto, y que deseaba fuese lo más breve posible : también agregó que él mucho puede hacer sobre Montevideo : que la comisión últimamente nombrada de orientales en ese punto para hacer la paz con V. E. había sido promovida por él, que por un descuido se dejaron sofocar por los extranjeros ; entre tanto yo no hago más que poner en conocimiento de V. E. lo que dice este malvado.

« Nada tiene que decir á V. E. por este momento su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

JUAN BARRIOS,

« Las órdenes que en consecuencia se impartieron al señor coronel Barrios fueron, que hiciese saber al salvaje unitario Rivera, que su resolución acerca de lo que prometía, debía de ser tomada y cumplida sin discusión alguna dentro de 24 horas, pasadas las cuales no se oiría más proposición de su parte. Que en el caso de efectuar su oferta debía salir fuera de Cabos, entregándosele veinte mil patacones en el acto de verificarlo, sin perjuicio de atenderle con más recursos para vivir cómodamente en el país que eligiere para su residencia mientras lo requiriese el bien del Estado, ó si su conducta lo hacía digno ».

(Del Defensor de la Independencia Americana, fecha 21 de Octubre).

Todos los documentos insertos en este capítulo se encuentran publicados en « La Gaceta Mercantil », núm. 7199, fecha Octubre 30 de 1847, Buenos Aires.

El general Rivera ha caído bajo el peso de la acusación de sus propios correligionarios. En las horas de amargura, en las horas de soledad de su prestigio como caudillo, el general Rivera, según los hombres dirigentes de la Defensa, ha sido una rémora para el país y su propio partido, puesto que todo se ha perdido en sus manos. ¡ Oh decepciones crueles de la vida ! ¡ Oh ingratitudes mezquinas de los hombres !

El general Rivera á quien la propia Asamblea de Notables de-

cretó ayer el grado de Mariscal, hoy consiente la misma que se vaya al destierro, pobre, humillado, con el epíteto de dilapidador de los dineros públicos, de gaucho propio para mandar montoneras y de violador consciente de los más sagrados derechos del ciudadano. Así culmina su carrera política el general Rivera, merced al agradecimiento de sus propios amigos políticos.

Pero ¿es qué ya no había orientales en Montevideo que se sulevasen al ver pintar con colores tan negros la personalidad del que todo lo sacrificó en aras de su propio partido? No hay duda que la influencia extranjera había avasallado la altivez de los últimos Abencerrajes, llegando el caso de decirles como al postrer representante de aquella raza: «llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre.»

Si la vida política del general Rivera proclamada como gloriosa por aquellos que lo destrataban soezmente, no satisficía las aspiraciones de los hombres civiles del partido colorado ¿no debían por respeto á su foja de servicios en pró del mismo partido, acallar las iras ante el jefe en desgracia, que ya no poseía más mando, ni muchedumbres que surgieran electrizadas á la voz de su propio conjuro? Aquí la frase de Napoleón, al pedírsele cuenta de los dineros de la Francia de que «todo, todo lo he convertido en gloria», podía traducirse por los hombres de la Defensa respecto al general Rivera, de que, todo, todo se había convertido en odio. Y así fué. En las horas de las supremas recompensas, cuando ya había llegado al pináculo del sacrificio en pró de su partido, el general Rivera salió de su patria para el extranjero, exhausto de fortuna, deprimido, sin méritos para nadie é insultado y vejado por los hombres dirigentes de su propia agrupación política. No hay duda: ya no había orientales en la defensa de Montevideo, y los que habían, sacrificaron hasta el honor de su propio jefe en el altar sangriento del irreductible odio al general Oribe.

El pecado del general Rivera, fué querer hacer la paz con Oribe, pecado que purgó por condena expresa del tribunal que constituyó las iras olímpicas del unitarismo porteño, en convivencia con el resto de uruguayos de la ciudad asediada,

Una vez más se desvanecieron en el Cerrito, las esperanzas de paz, que fueron alentadas y alimentadas, nuevamente, por las palabras del general Oribe al tener noticia de lo que había pasado en Maldonado, cuando dijo: «No es nada, es propio de las grandes causas el sufrimiento: ya se verá el éxito de nuestros esfuerzos: adelante, pues, sin debilidades ni flaquezas.»

Y como complemento de todo lo expuesto, damos á continuación la reseña que hizo un diario brasileiro de la llegada del general Rivera al Janeiro.

Hela aquí.

FRUCTUOSO RIVERA

SU DESTIERRO DEL ESTADO ORIENTAL Y LLEGADA Á ESTA CORTE

El día 11 del corriente desembarcó en esta Corte el famoso

Fructuoso Rivera expulsado de la República del Uruguay. Vino en el bergantín de guerra francés « L'Alsacienne », que quiso dejarlo en Santa Catalina, y que no le fué permitido por el Presidente de aquella provincia.

Acompañaban á Rivera un Coronel y su esposa, y algunos indios é indias, con un tren compuesto de cuantos trastos podrán hallarse en una cocina de las Pampas. Platos rotos, calderas sin asas, jarros de lata y otras piezas, que no tienen nombre conocido entre nosotros.

Rivera vestía casaca azul y gorra de paño con galón.

(*Del « Americano » de Rio Janeiro*).

Esto cierra el cuadro de desdichas é infortunios del citado general Rivera.

En el tomo cuarto, daremos á conocer la respuesta del general Rivera á las apreciaciones que sobre él hiciera el doctor don Manuel Herrera y Obes ; lo mismo que, su encierro en la fortaleza de Santa Cruz y la protesta que dirigió de dicha fortaleza brasilera, demostrando el falseamiento de todo lo que se le había prometido en el decreto respecto de su expatriación, como así también la opinión de la prensa extranjera referente á su destierro.

FIN DEL TOMO TERCERO

NOTA — Algunos capítulos de nuestro libro próximo aparecer y titulado : « Brigadier General don Manuel Oribe. Nuevas facetas de su vida », van incluidos en el presente trabajo, con el objeto de completar su material histórico.

Sumario del tomo tercero

La muerte del doctor Florencio Varela (continuación) — Nombramiento de Provisor Eclesiástico, discusión á ese respecto, la tesis sostenida en el Campo Sitiador — Expulsión é internación de extranjeros durante la Guerra Grande: la doctrina jurídico - internacional sobre el particular, los precedentes — La paz y el general Rival: antecedentes, documentación completa referente á ese suceso.

EN PRENSA

TOMO CUARTO

SUMARIO

La paz y el general Rivera (continuación) — Las misiones diplomáticas extranjeras; la prensa extranjera y la intervención en el Plata.

TOMO QUINTO

SUMARIO

Las misiones diplomáticas extranjeras (continuación) — Se le da el nombre de Villa Restauración al pueblo del Cardal: sus casas de comercio como ser: librerías, fotografías, fábrica de chocolate, etc.; nombre de las principales calles, sus edificios, centro de diversiones, etc. — Los maestros de piano, guitarra, baile, dibujo, idiomas, teneduría de libros, etc. — El instituto de vacuna — Inauguración de la Iglesia de San Agustín, fiestas con ese motivo; la parada militar — Los días de misa en villa Restauración.

TOMO SEXTO Y ÚLTIMO

SUMARIO

Distinción acordada al general Rosas — Continúa la organización del Poder Judicial — La colonización alemana en Maldonado, importancia de la colonización: consideraciones generales á ese respecto — Montevideo ó una nueva Troya, por A. Dumas: refutación — Fundación de nuevos colegios — La Academia de Jurisprudencia: documentación inédita al respecto — La instrucción en campaña — Los tratados de 1851 — Estadísticas comerciales — La paz de 1851: referencias — Nómina de las casas de comercio del campo sitiador — Rasgos biográficos de los principales hombres civiles del Cerrito.

FIN

